

A close-up portrait of a man with a beard and mustache, wearing a dark, fur-lined helmet. A sword is positioned diagonally across the frame, partially obscuring his face. The background is dark and textured, with some red splatters in the upper right corner.

RICHARD
FORD

EL SEÑOR
DE LAS CENIZAS

- TERCERA ENTREGA DE LA TRILOGÍA DE STEELHAVEN -

Lectulandia

El príncipe ha venido... a reclamar su corona.

LUCHAR HASTA LA MUERTE...

La reina de Steelhaven se ha vuelto más fuerte. Después de haberse apropiado de la espada de su padre muerto, debe defender la ciudad del temible caudillo Amon Tugha y su sanguinario ejército que ahora se encuentra a las puertas de la ciudad. La cruel e implacable.

O RENDIRSE ANTE EL ENEMIGO

Cuando el infierno se desate, ninguno de los bandos se librará del peligro, con amenazas de golpes de Estado y el desencadenamiento de la más mortal y más oscura de las magias. La lealtad, la fortaleza y la astucia se pondrán a prueba en la búsqueda de la victoria. ¿Qué destino aguarda a los Estados Libres?

Lectulandia

Richard Ford

El señor de las cenizas

Steelhaven - 3

ePub r1.0

Titivillus 14.03.2017

Título original: *Lord of Ashes*
Richard Ford, 2015
Traducción: Matías Néspolo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lynne, Josie, Hamish y... ¿era Paul?

¡Nunca lo recuerdo!

Prólogo

Dentro del refugio cubierto de pieles estaba oscuro y silencioso, casi pacífico. Nada se movía excepto un solitario pedazo de piel de animal que se había soltado en la noche, dejando que la luz del amanecer se filtrara hacia el interior de la tienda mientras flameaba en la suave brisa.

Endellion tomó aliento profundamente y percibió el penetrante olor salino de carne sudada y sexo trasnochado. A su alrededor, media docena de guerreros khurtas profundamente dormidos, agotados después de haber pasado una larga noche, yacían sobre pieles. El recuerdo la hizo sonreír. Lo habían dado todo para estar a la altura, pero ella era una elharim, y ni siquiera media docena de ellos habían logrado satisfacer su apetito, ni mucho menos.

El que yacía a su lado —ignoraba su nombre, no le servía de nada conocer sus nombres— tenía las marcas de sus uñas en la espalda, en carne viva y amoratadas en la pálida piel. Era guapo; tenía una piel bastante tersa para ser un khurta y en el rostro no se apreciaban aún cicatrices de guerra y violencia. Eso era poco común en los de su clase. A ella le había costado bastante tiempo encontrar a muchachos así —los khurtas eran una raza famosa por su fealdad—, pero después de mucho buscar había conseguido escoger entre los más jóvenes y los más fuertes. Ninguno la había rechazado. Ninguno se había atrevido.

Con un dedo recorrió la línea que una de sus uñas le había dejado en la piel. El muchacho se agitó ante el roce pero no se despertó. La noche anterior había gritado cuando ella lo marcaba, cuando hundía sus dedos en la carne, incitándolo, acicateando su lujuria. Él se había desempeñado bien; había sido uno de los mejores y de los más dispuestos a complacerla. Se había ganado que ella le hubiera otorgado una cicatriz de batalla como aquella. Y a los khurtas les encantaban las cicatrices.

Un ruido proveniente del exterior le hizo olvidar la sequedad de su garganta y el embotamiento que tenía en la cabeza. Era el sonido de una piedra raspando acero.

Endellion se levantó del montón de pieles y sorteó hábilmente los cuerpos que la rodeaban. Encontró su ropa apilada en un rincón, se vistió con rapidez y se puso las botas. Tras lo cual se sujetó la espada a la cintura y con una piel se cubrió los hombros para protegerse del frío aire invernal. Después de echar una última mirada divertida a los khurtas exhaustos que yacían en su tienda, apartó la cortina de piel y salió a la mortecina luz de la mañana.

Él estaba sentado a menos de veinte metros de distancia, y aunque el sol permanecía oculto tras un lúgubre banco de nubes, de todas formas parecía brillar. Endellion no pudo reprimir una sonrisa mientras avanzaba hacia él, observándolo poner a punto esa hoja, raspando la piedra de afilar contra el acero de las Riverlands. Aunque se encontraban a más de mil quinientos kilómetros de su tierra natal en el

norte, cada vez que posaba los ojos sobre Azreal sentía que jamás se había marchado. Él era el hogar para ella. Todo lo que siempre había deseado.

Por supuesto que jamás se lo habría dicho. Hubo una época, años antes, en que le habría profesado su devoción; incluso hasta podría haberle jurado lealtad a él y solo a él. Pero aquella época había quedado atrás. Ella pertenecía al Arc Magna, era una guerrera nata, dedicada al acero y a la matanza. Azreal era de los subodai, un vigía silencioso en la noche, un mensajero que portaba la palabra de su señor, a veces acompañada del regalo de la muerte. Toda unión entre ambos estaba prohibida, pero eso no había impedido que Endellion obtuviera placer con él tantos años atrás. Y cuán embriagadoras habían sido aquellas noches.

Permaneció en el sitio un rato, soportando el frío solo para verlo trabajar. La piedra tañía el acero; la hoja resonaba con cada roce como si cantara de alegría. Cómo le habría gustado a Endellion hacer a Azreal cantar de alegría una vez más, sintiendo su carne contra la suya, oyendo sus exclamaciones de lujuria mezcladas con las propias. Era una tentación que apenas podía reprimir.

—¿Te quedarás ahí mirándome toda la mañana? —dijo Azreal por fin, sin mirar a su alrededor ni hacer una pausa en su tarea.

Endellion casi se echó a reír. Por supuesto que él sabía que ella estaba observándolo. Pocas cosas le pasaban inadvertidas a Azreal de los subodai.

—Podría quedarme aquí hasta que me reclame el Olvido —respondió.

Él se limitó a negar con la cabeza, al tiempo que daba una pasada a la piedra de afilar a lo largo de la hoja con un último tintineo del acero. En un solo y veloz movimiento se incorporó, hizo girar la hoja en la mano con un floreo y la insertó hábilmente en la vaina.

—Por desgracia ni tú ni yo podemos esperar al Olvido, mi amor. Nuestro señor nos ha convocado.

Endellion no pudo reprimir una punzada de excitación cuando él la llamó *mi amor*, pero guardó silencio mientras Azreal la precedía. Si era cierto que Amon Tugha los había convocado, sería una locura hacerlo esperar.

Ella lo siguió de cerca mientras él avanzaba en medio del campamento de los khurtas. Llevaban allí casi una semana y el sitio ya apestaba a cuerpos sin lavar y a carne en putrefacción. No era bueno que esos salvajes pasaran tanto tiempo juntos sin tener con quién combatir. Aunque Amon Tugha había unido a las nueve tribus, las viejas rivalidades seguían ardiendo con fuerza y más de una enemistad se había zanjado con sangre en los últimos días. Por su parte, a Endellion le entusiasmaba la violencia y hasta había estado dispuesta a sumarse a la lucha, pero su señor se lo había prohibido. Él no toleraba disenso alguno entre sus filas, al menos hasta que cayera la ciudad de Steelhaven. Por cada hombre que había muerto a causa de un ataque de ira otro había sido ejecutado a manos de su señor, pero la amenaza de un castigo veloz y permanente seguía siendo ineficaz para mitigar el instinto asesino de los khurtas. Había casi trescientas cabezas clavadas en picas, mirando hacia la ciudad

a la que habían acudido desde tan lejos para sitiarla.

Más adelante, al otro lado del campamento, se erigía una vasta empalizada de madera, que albergaba prisioneros a montones, encadenados entre sí. El hedor que provenía de ellos era peor que cualquier cosa que pudieran generar los khurtas y ofrecían, de hecho, un aspecto lamentable. Endellion no pudo quitarles los ojos de encima cuando pasó a su lado. Eran una marca del poder de su señor, sus victorias desde que habían llegado a esas repugnantes tierras. Los que una vez habían sido orgullosos guerreros estaban abatidos, despojados de sus armas y sus corazas, humillados, hambrientos y apaleados. Cada día que sufrían su señor ascendía a una altura mayor. Cada uno que moría servía solo para engrandecer todavía más la reputación de su señor.

Azreal volvió la cabeza mientras pasaba junto a la empalizada. Ver el desprecio que le causaba ese tratamiento hizo sonreír a Endellion. La misericordia era un atributo poco común entre los subodai, pero a Azreal no le gustaba perder el tiempo haciendo sufrir a los prisioneros. Para él se trataba de una indulgencia innecesaria y no apreciaba su valor. Algunos habrían considerado esa actitud como una debilidad, pero Endellion sabía demasiado bien lo letal que era Azreal. A pesar de toda la piedad que este manifestaba hacia los débiles e indefensos, no tenía ninguna con aquellos que se le enfrentaban con una espada desenvainada.

Mientras avanzaban por el campamento les llegaban los sonidos de serruchos y martillos. Aquellos khurtas que tenían la suficiente sagacidad para ello habían sido seleccionados para forjar las armas de guerra de Amon Tugha: vastas torres para el asedio, balistas, mangoneles y cosas así. A Endellion le sorprendía lo hábiles que los salvajes khurtas habían resultado ser en esa clase de tareas, pero también era cierto que había subestimado su proeza en otras áreas y había quedado gratamente encantada con su capacidad de adaptación.

Los dos elharim alcanzaron la parte alta de un caballón para ver la tierra que se extendía más allá. En la cumbre del promontorio se izaba un molino de viento, recortándose solitario contra el horizonte matutino, enseñando las aspas quemadas y reducidas a guiñapos por los exploradores khurtas que habían llegado en primer lugar a esa posición. Junto a la triste estampa de esa ruina los aguardaba su señor, Amon Tugha.

Estaba tan quieto y firme como el molino, contemplando los inhóspitos terrenos de los Estados Libres en dirección a la ciudad que era su codiciado botín. A sus pies estaban sus dos sabuesos, *Astur* y *Sul*, uno de ellos masticando vorazmente el hueso de alguna bestia, el otro vigilando alerta cuando Endellion y Azreal se aproximaron.

Mientras subían por la colina, Endellion notó que el resto de los generales también se encontraban allí. Brulmak Tarr se escarbaba con impaciencia la piel llena de cicatrices de su rostro, mirando con furia como si fuera a él a quien los elharim habían hecho esperar. Wolkan Brude también los miró con odio desde detrás de una masa de barba y pelo, aunque estaba tan inmóvil como Amon Tugha. Recostado

contra el muro del molino, casi oculto en las sombras, estaba Stirgor Cairnmaker, con las manos descansando sobre las empuñaduras de la espada y el hacha que llevaba ajustadas al cinturón. Endellion no encontró ninguna expresión en sus rasgos, como si le importara poco la matanza que sobrevendría, pero ella sabía, por haber visto lo hábil que era en el combate, el ansia de destrucción que exhibía en el terreno, que sí le importaba mucho.

Azreal fue el primero en hincarse ante su príncipe. Endellion lo imitó, sintiendo cómo la humedad de la hierba empapaba sus pantalones de cuero. Por unos momentos Amon Tugha se quedó mirando hacia el sur, sin prestar atención a sus guardaespaldas elharim ni a los caciques khurtas a su servicio. Mientras tanto, uno de los sabuesos miraba fijo cómo el otro destrozaba ruidosamente el hueso entre las fauces. Endellion levantó la mirada mientras esperaba y se dio cuenta de que el hueso que estaba merendándose el animal no pertenecía a ninguna bestia, sino que era el fémur de un hombre.

—De pie —ordenó Amon Tugha sin volverse, con los ojos dorados clavados en la ciudad como si hubiera sido construida con todas las joyas de los territorios de las Riverlands.

Ambos elharim se incorporaron y Endellion miró de reojo a Azreal, quien no dio señales respecto de qué estaban haciendo allí. ¿Acaso se quedarían admirando Steelhaven desde lejos? Todos sabían por qué se encontraban en ese sitio; llevaban días observando la ciudad sin haber disparado siquiera una flecha. ¿Y ahora qué?

—Mis embarcaciones provenientes del otro lado del Midral han llegado —dijo finalmente Amon—. Lanzarán el bombardeo al atardecer. Será nuestra señal de atacar desde el norte.

—Era hora, mierda. —Gruñó Brulmak Tarr en su gutural lengua khurta. Endellion pensó que era necio de su parte hablar a menos que se le dirigiera la palabra, pero estaba claro que en las últimas semanas Amon Tugha había aprendido a ser un poco flexible con el comportamiento de sus guerreros salvajes. Eran bárbaros y jamás se adaptarían a las tradiciones y modales que se exigían a los elharim.

Amon Tugha se volvió y Endellion vio que sonreía, con las rubias espigas de su cabello prácticamente resplandeciendo sobre su apuesto rostro, con las cicatrices y quemaduras rituales del pecho y los brazos lívidas contra la piel bronceada.

—Sé que estáis inquietos —dijo Amon—. Todos vosotros habéis combatido duramente durante muchos días para veros de pronto obligados a deteneros justo cuando el objetivo está a la vista. Esta noche vuestra paciencia será recompensada. La espera ha terminado.

Endellion podría haberse echado a reír. Aunque llevaban casi seis días acampando allí, los khurtas habían esperado poco; en cambio, habían peleado y follado entre sí como si sus vidas dependieran de ello. Se rumoreaba que Brulmak Tarr ya había matado a una docena de sus propios hombres, tal era su impaciencia por la batalla.

Amon Tugha miró a Azreal.

—¿Qué tal van los preparativos? —preguntó.

—Estaremos listos, mi príncipe —respondió Azreal—. Las máquinas de asedio estarán terminadas antes de la puesta del sol. Hemos encontrado la mejor ubicación al oeste de la ciudad, nuestros guerreros ya están realizando los preparativos que ordenasteis.

Amon Tugha asintió.

—Bien. Es importante que iniciemos el ataque ahora. No podemos esperar más. El Padre de los Asesinos ha fracasado y la reina de esta ciudad sigue con vida. Haré que Steelhaven caiga y cogeré su corona con mis propias manos.

A pesar de las palabras de su amo, Azreal negó con la cabeza. Había algo que quería decir, algo que tal vez Amon Tugha no desearía oír. Por un momento Endellion estuvo a punto de extender la mano para detenerlo, pero era demasiado tarde.

—Mi señor, debo preguntaros algo —anunció Azreal, con la cabeza todavía inclinada—. Nos encontramos en una posición ventajosa. La ciudad no puede recibir ayuda por tierra ni por mar. Este reino está infestado de disputas y los otros nobles no acudirán en auxilio de la ciudad. Entonces, ¿para qué hemos de atacar? ¿Para qué debemos realizar semejante sacrificio cuando podríamos seguir esperando o provocar una hambruna y así obligarlos a pasar a la ofensiva o a rendirse?

Endellion alcanzó a oír que uno de los caudillos khurtas resoplaba lleno de desdén por la idea de hacer morir de hambre al enemigo en lugar de combatirlo, pero le preocupaba más la reacción de Amon Tugha. Era muy infrecuente que permitiera que alguien cuestionara sus deseos sin represalias, incluyendo a Azreal, que era su favorito por encima de todos.

El príncipe contempló al asesino durante unos instantes y Endellion temió lo peor. Entonces una sonrisa atravesó el rostro de su amo.

—Hablas con sensatez, hermano mío —dijo por fin—. Pero no basta con hacer morir de hambre a esta ciudad y recoger los restos. Quiero que sea arrasada. Quiero verla destruida. Quiero caminar por sus piedras destrozadas y avanzar entre los huesos rotos de sus defensores masacrados. —La voz de Amon Tugha subía de tono a medida que hablaba, y los dos sabuesos se agitaron intranquilos al percibir la furia de su amo—. Quiero que su reina sufra entre mis manos. Quiero pisar su corona aplastada con mis suelas. —Ahora Endellion podía ver el fuego dorado en los ojos de su señor. Sus labios se curvaron en una mueca y la saliva se acumuló en las comisuras de su boca—. Y así será en los próximos cuatro días. No importa qué sacrificio nos cueste. No importa si todos los khurtas a mi servicio mueren en el empeño. No importa si tú mismo mueres en el empeño, si terminas destrozado y apaleado en el polvo. —En ese momento se detuvo y contempló a Azreal, quien apenas pudo sostener la mirada de su señor por un instante fugaz.

—Sí, mi príncipe —respondió Azreal con una inclinación de la cabeza.

Amon Tugha no dijo nada más, sino que se limitó a volverse en dirección de la

ciudad de Steelhaven y a contemplar fijamente su premio, tan cerca pero todavía fuera de su alcance.

Con esa señal, Endellion y Azreal retrocedieron, dejando al amo con sus pensamientos. Antes de que se volvieran para descender la colina, Endellion vio que Brulmak Tarr y Wolkan Brude sonreían ante la reprimenda sufrida por Azreal. Cómo le hubiera encantado castigarlos por semejante insulto, pero eso solo habría servido para acrecentar todavía más la ira de Amon Tugha y en ese caso ella jamás habría logrado sobrevivir.

—¿Estás contento de lo que has hecho? —susurró mientras regresaban al campamento.

—Había que decirlo —contestó Azreal—. Todas las doctrinas militares de los asedios establecen que la ventaja es nuestra. Arrasar innecesariamente la ciudad nos costará muy caro.

—Sin embargo, seguiremos a Amon Tugha —respondió ella.

Azreal se detuvo al oírla y se volvió para contemplarla con esos ojos que a ella le resultaban tan bellos. Estaba enfadado, eso era evidente, pero lo único que ella quería era cogerlo y besarle los labios hasta que sangraran de pasión.

—Sí, lo seguiremos —dijo él—. Hasta la muerte, si es necesario.

Ella sintió cómo la sonrisa se desdibujaba lentamente en su rostro.

Dos años atrás, cuando se encontraban en las Riverlands, después de que el hombre al que ahora llamaban Amon Tugha fuera condenado al destierro, parecía que la única alternativa era seguirlo. Era su señor y a pesar de haber traicionado a la reina, a su propia madre, seguían sometidos a su príncipe. Le habían jurado una lealtad incondicional, pero desde el momento en que habían dejado atrás su tierra natal, la mente de Endellion había comenzado a albergar dudas. Ahora, a tantos cientos de kilómetros de su tierra, empezaba a cuestionarse esa lealtad. Ella era Arc Magna, una guerrera sin parangón, respetada y temida por sus familiares y amigos. Allí sentía que solo era un miembro más de la horda de Amon Tugha. Descartable, como todos los demás.

—Lo sigues como una oveja —dijo Endellion, tratando de que la furia no se le notara en la voz, pero fracasando en el intento—. ¿A qué hemos venido hasta aquí? Estamos tan deshonrados como él, no le debemos nada.

—Sigue siendo nuestro príncipe. —Azreal sonaba como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo, tanto como a ella.

—Y nos conducirá a la muerte. ¿Para qué? ¿Por una ciudad fea y maloliente situada a mil quinientos kilómetros de nuestro hogar? Esa no es una razón suficiente para mí.

—No es la única razón. Estamos aquí para recuperar lo que hemos perdido. Para reconstruir su nombre de modo que su eco resuene hasta en las Riverlands. Así sabrán que desterrarlo fue una injusticia. Él es un rey, y los que están a su lado son reyes también.

Endellion vio la luz en los ojos de Azreal mientras hablaba, oyó la vehemencia de su voz. Parecía que no había perdido ni una pizca de su fervor, mientras a ella ya casi no le quedaba nada. ¿Cómo lograría persuadirlo de que abandonara esa locura? Él jamás la escucharía si ella le indicaba la verdad a la que él había decidido no hacer caso. Que el hombre al que llamaban Amon Tugha había tratado de usurpar la corona de las Riverlands de su hermano, el legítimo heredero, en una revuelta fallida. Que la «injusticia» a la que Azreal se refería había sido más bien un acto de misericordia. La reina había tenido todo el derecho de ordenar decapitar a su hijo en lugar de mandarlo al exilio. Pero sabía que Azreal no le prestaría la más mínima atención.

—Tienes razón —dijo con una sonrisa, adoptando una máscara que esperaba que él no pudiera atravesar. De nada le serviría discutir con Azreal cuando estaba tan enfervorizado—. Hicimos un juramento y debemos servir. Incluso aunque signifique que moriremos.

Azreal le devolvió la sonrisa.

—Tú no morirás —aseveró—. Ningún ser vivo puede igualarte.

Con esas palabras la dejó en medio del campamento, rodeada del olor de las hogueras encendidas en el frío del aire matinal. Endellion observó la ciudad desde la distancia, gris e imponente contra el negro hierro del cielo, y se preguntó si él tendría razón o si habría alguien esperando allí dentro que pudiera finalmente vencerla y dejar que su cuerpo se pudriera, solo y olvidado, en aquella tierra deprimente y fría.

1

El desayuno era deplorable en los últimos tiempos y a Waylian Grimm no le importó perderselo. Aunque no era propio de él saltarse una comida, en especial desde la época en que había estado en las montañas Kriega, donde casi se había muerto de hambre, no le apetecía comer. Se avecinaba una lucha, un combate que podría representar el fin de todo lo que conocía, y tenía un nudo en el estómago tan apretado que no dejaba espacio para aquellas gachas aguadas.

Miró por la ventana de su habitación hacia el norte, lo que probablemente no era lo mejor en esas circunstancias, observando con gesto de desamparo la horda que vendría a destruir la ciudad en cualquier momento. Pero ¿qué otra cosa se suponía que podía hacer? ¿Intentar no prestarles atención? ¿Ofrecerles té y pastas? ¿Huir?

La tercera de esas opciones ya era inviable, como mínimo. La última embarcación había zarpado del puerto tres días antes y durante la noche se había acercado una inmensa flota para bloquear la bahía de Steelhaven con forma de medialuna. El camino hacia el norte estaba en manos de una masa de salvajes sanguinarios, y quién sabía qué aguardaba al este y al oeste. Waylian no podía marcharse a ninguna parte, incluso si lo hubiera querido.

Solo tienes que quedarte bien quieto y esperar a que empiecen los combates, ¿verdad, Grimm?

Pero ¿cuándo comenzarían esos condenados combates? Los khurtas seguían inmóviles, prendiendo sus hogueras por la noche, entonando sus brutales cánticos fúnebres, que habían sido muy eficaces para que todos los que estaban en la ciudad se cagaran de miedo. Pero hasta el momento no habían hecho ningún movimiento para pasar al ataque.

Tal vez Amon Tugha se había aburrido. Tal vez había visto las imponentes murallas y las puertas atrancadas de Steelhaven y lo había pensado mejor.

Waylian estaba bastante seguro de que soñar no costaba nada.

Amon Tugha se había desplazado desde lejos para apoderarse de Steelhaven. Era imposible que se marchara sin luchar.

Waylian se lavó la cara en un cuenco de agua fría y se puso la toga antes de salir de la cámara y descender por la amplia escalera que serpenteaba en el centro de la Torre de los Magistrados. Los pasillos estaban prácticamente desiertos en los días previos a la llegada de Amon Tugha. Donde antes se oían charlas insustanciales ahora había silencio. La atmósfera de estudio había sido reemplazada por un aire de férrea resolución que parecía flotar por todo el lugar después de que su señora, la magistrada Gelredida, hubiera movilizado a los archimaestros para su causa.

No había sido fácil. Su señora había metido en vereda a los magos más poderosos de los Estados Libres mediante subterfugios y chantajes y Waylian la había ayudado.

Solo esperaba que cuando todo eso quedara atrás no fuera él quien tuviera que enfrentarse a su ira.

No te preocupes por ello ahora, Grimm. Tienes que sobrevivir a los cuarenta mil khurtas que están a punto de desatar la furia de los infiernos en la ciudad en la que estás encerrado. Lo más probable es que estés muerto mucho antes de que ninguno de los archimaestros se encuentre en condiciones de vengarse de ti.

Mientras descendía por la escalera de roble, Waylian oyó gritos guturales de combate y el choque del acero que resonaban en su dirección. En uno de los pisos habían quitado todos los escritorios y las estanterías, así como otros objetos, para convertirlo en una galería de combate donde pudieran practicar los Caballeros Cuervo. Su habitual patio de entrenamiento en la base de las torres había sido ocupado por el archimaestro Drennan Folds y sus aprendices, donde sus inexpertos intentos de magia pudieran causar menos daño. En consecuencia, los Caballeros Cuervo se entrenaban en el interior del edificio y el entrechocar de sus armas generaba un estrépito enorme dentro de los sacros confines de la antigua torre.

Waylian hizo una pausa en la escalera y observó por el arco abierto cómo se abalanzaban los unos sobre los otros con espadas, lanzas y gujas. No podía más que maravillarse ante esa exhibición de fortaleza y habilidad; incluso a pesar de que llevaban una armadura completa, combatían con una velocidad y una ferocidad que casi llegó a marearlo. Había visto entrenarse a la Guardia del Guiverno en el camino de las montañas Kriega y los había considerado una banda sanguinaria y letal. Los Caballeros Cuervo casi los igualaban en cuanto a brutalidad, pero los sobrepasaban en elegancia y vigor. A Waylian no le habría gustado tener que decidir cuál de ambas órdenes contaba con los asesinos más eficaces.

Se quedó allí observando, casi hipnotizado, hasta que surgió una silueta al otro lado de la entrada y le bloqueó la vista. Lucen Kalvor, el de las cejas oscuras y arqueadas, se volvió lentamente y contempló a Waylian. Todavía no estaba claro si Kalvor sabía quién había ayudado a Gelredida en su complot contra los archimaestros. Era imposible saber si Kalvor estaba enterado de que Waylian había reunido las pruebas de que él había asesinado a su antiguo maestro para ocupar su puesto. Pero sí estaba claro que no le tenía ningún aprecio a la magistrada Gelredida y, por lo tanto, era bastante dudoso que Waylian le cayera bien.

Lo más probable es que te vea como su mascota, igual que todos los demás, Grimm. A nadie le gustan las mascotas de los otros; siempre dejan pelos y olor a culo donde no se los quiere.

Waylian desvió la mirada y descendió las escaleras a toda prisa. Podía sentir los oscuros ojos de Kalvor siguiéndolo y en realidad no quería saber qué pensaba el archimaestro. Estaba bastante seguro de que no sería nada halagador.

Más abajo, el sonido del choque de aceros disminuyó, solo para ser reemplazado por voces que reñían. Cuanto más se acercaba a las voces, más le recordaba a una bandada de gansos peleándose a picotazos por sobras de comida.

Una vez más se detuvo cuando llegó al origen del ruido y espió por la puerta abierta de una inmensa sala de reuniones revestida de paneles de madera. En el centro estaba sentado el archimaestro Crannock Marghil, a quien rodeaban más de una docena de magistrados, todos hablando a la vez, atosigando al anciano con sus quejas.

«¡Nos matarán a todos!». «¡Deberíais haber negociado con los elharim!». «¡Esto no tiene sentido, hemos de huir!». «¡Estoy demasiado viejo para combatir!». «¡No puedo pelear, mi ciática me está matando!».

Tuvo que admitir que Crannock absorbía la cacofonía con un adusto desafío que desmentía sus años y encajaba en la mandíbula cada atemorizada excusa como un pugilista avezado.

Waylian recordó el momento en que Gelredida le había asignado al anciano la tarea de congregar a los veteranos magistrados. Entonces habían declarado que seguirían a Crannock, que lo respetaban. Pero al mirar por la puerta abierta de esa sala Waylian vio pocas señales de aquello. De todas maneras, el archimaestro no parecía dejarse doblegar por las protestas de los otros miembros de su Casta. Daba la impresión de que deberían sumarse a la lucha, les gustara o no.

Cuando llegó al final de la amplia escalera, Waylian se detuvo ante las puertas dobles que se abrían delante de él. Alcanzaba a oír los sonidos de las estrictas instrucciones que llegaban desde el patio que estaba más allá y no sentía prisa por salir de allí y ser visto por los otros aprendices o su tutor. En los últimos días, Drennan Folds había puesto a prueba a todos los aprendices que quedaban en la torre, había evaluado sus capacidades y los había entrenado rigurosamente en la especialidad del Arte en la que se mostraron más capaces. Habían sido unos días duros y no todos habían sobrevivido. Cualquier duda sobre los riesgos de utilizar las fuerzas del Velo sin entrenamiento previo había quedado disipada tiempo atrás. El Velo albergaba todos los poderes mágicos del mundo en sus confines y canalizarlo era peligroso, incluso para los magistrados más experimentados. Para un aprendiz con frecuencia podía significar la catástrofe.

Waylian se había enterado de que un muchacho de nombre Mikael se había ahogado con su propio vómito después de intentar un sortilegio particularmente difícil. Otra chica, cuyo nombre desconocía, había muerto gritando y clavándose las uñas en la cabeza, arrancándose grandes mechones de pelo hasta que por fin había expirado. No era de sorprender que Waylian no tuviera buena acogida entre sus compañeros después de haber conseguido evitar correr semejantes riesgos.

Tampoco era su culpa. La magistrada Gelredida había insistido en que le ahorraran los riesgos de un entrenamiento prematuro. Pero era inútil explicárselo a Drennan y a sus alumnos. Para ellos, lo estaban favoreciendo injustamente. Poco les importaba que en realidad Waylian sí quisiera aprender los secretos del Arte, que quisiera practicar junto a ellos, para poder enfrentarse a los khurtas con toda la furia de los poderes mágicos que pudiera invocar y hacerlos huir aterrorizados hacia las

estepas del norte.

No importa. Todos te odian, en cualquier caso. No tienes amigos aquí, Grimm. Pero, por otra parte, jamás los has tenido.

Cuando se dio cuenta de que no podía esperar más, Waylian salió a la mortecina luz matinal y echó un vistazo al patio. Gelredida estaría esperándolo y él sabía que no debía llegar tarde.

Le llamó la atención la fila de aprendices con sus togas, cada uno de ellos atendiendo expectante las instrucciones del archimaestro Folds. Al otro lado había una hilera de maniqués, cuyos rostros inexpresivos estaban pintados con colores de guerra para representar a los salvajes khurtas. El maniquí del extremo izquierdo estaba quemado y ennegrecido.

Drennan tenía un pedazo de carbón cuyo polvo había ensuciado la parte delantera de su toga.

—Sentiréis que se calienta —dijo, mirando fijamente a sus estudiantes con un solo ojo azul, mientras el otro era tan lechoso como el nublado cielo—. Pero no os preocupéis, no os quemará la piel. Solo la de vuestro objetivo. —Con una mano de gruesos dedos señaló con un gesto la hilera de maniqués, y del último a la izquierda salieron volutas de humo, como para confirmar sus palabras—. Y bien, ¿quién será el primero?

Drennan miró expectante a los jóvenes que tenía a su cargo, pero ninguno parecía demasiado ávido de aceptar su oferta. El silencio se hizo más pesado mientras él posaba sobre cada uno de los aprendices sus desiguales ojos, uno que parecía lleno de furia y desprecio, el otro que los atravesaba con la mirada.

—Yo —dijo una muchacha que Waylian no reconoció.

Se adelantó un paso con la mayor seguridad que pudo pese a que era evidente para todos los presentes que tenía miedo. Debía de ser mayor que Waylian y mejor entrenada en el Arte —y *quién no lo estaría*—, pero se veía diminuta y el pelo corto daba un aspecto varonil a su rostro.

Drennan le ofreció el pedazo de carbón y ella lo cogió; luego dio un paso hacia delante y se enfrentó a la hilera de maniqués.

—Concéntrate —indicó el archimaestro—. Cuando hagas la invocación, no te limites a pronunciar las palabras, sino que debes sentir las. No concentres solo tu poder; debes romperlo. Rompe el Velo. Coge los poderes mágicos y apodérate de ellos.

La joven asintió con un gesto y luego contempló los maniqués, aferrando el carbón con tanta fuerza que se le blanquearon los nudillos. Cerró los ojos un momento, cogiendo aliento profunda y repetidamente para calmarse antes de volver a mirarlos una vez más. Waylian percibió la férrea determinación en sus ojos, la fortaleza en su carita de muchacho, la madurez, el conocimiento de que no fallaría, de que no podía hacerlo.

Cuando pronunció la invocación, cerró los ojos y sostuvo el pedazo de carbón.

Waylian no tenía idea de qué significaban esas palabras, le eran desconocidas y sonaban extrañas en los labios de la muchacha, pero a medida que las decía el carbón empezó a resplandecer y a ponerse cada vez más blanco. Se oyó un siseo y salió humo de su puño apretado, pero ella no reaccionó como si sufriera dolor alguno. Abrió los ojos y Waylian sintió que su corazón se saltaba un latido cuando se dio cuenta de que ardían con el mismo fulgor blanco que el carbón que cogía en el puño, y que los poderes que ella invocaba les habían quitado todos los colores.

Se oyó un alarido y el maniquí del extremo derecho estalló de pronto en llamas, al principio azules, luego de un subido tono rojo. El calor era intenso y Waylian debió protegerse los ojos de la conflagración cuando las llamas hicieron presa del maniquí, pero tan pronto como empezaron a ascender hacia el cielo se extinguieron, sin dejar nada más que madera carbonizada.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Waylian. Tal vez sí tenían alguna posibilidad de ganar. Tal vez podrían vencer a los khurtas si un aprendiz de magistrado lograba convocar esa clase de poderes. Pero su optimismo quedó hecho añicos de inmediato cuando oyó que la muchacha lanzó un grito ahogado como si la estuvieran estrangulando.

Drennan corrió hacia ella cuando cayó de rodillas. Su mano soltó el carbón que chocó contra el suelo y rodó por el patio. Comenzó a sacudirse convulsivamente. Sus ojos ya no estaban blancos, sino huecos y contemplando el cielo, mientras se formaba espuma en las comisuras de su boca.

—Traed al boticario —ordenó Drennan mientras abrazaba a la muchacha. Waylian no pudo hacer otra cosa que mirar, sorprendido por la compasión del archimaestro, que acunaba a la muchacha en sus brazos. Era una faceta de Drennan Folds que jamás había visto y sintió una punzada de culpa. No mucho tiempo antes, siguiendo órdenes de Gelredida, Waylian había ayudado a secuestrar al hijo de Drennan. Entonces había parecido necesario; de otra manera, Drennan jamás se habría comprometido con la causa de Gelredida, pero en ese momento vio algo diferente en el archimaestro que lo hizo arrepentirse de aquel hecho. Mientras Drennan antes parecía una bola de furia contenida ahora era todo amabilidad y preocupación. Eso bastó para que Waylian se compadeciera de él.

—Es evidente que no se conectó plenamente con su prosopopeya. La divagación resultante del Velo con frecuencia produce concomitantes abominables.

Waylian se volvió al oír la voz y vio a otro aprendiz a su lado. El joven era delgado como un junco y su pelo lacio y grasiento estaba echado hacia atrás, dejando al descubierto una frente prominente y un par de gafas sostenidas por una nariz puntiaguda.

—¿Eh? —replicó Waylian.

El aprendiz lo observó con curiosidad.

—Eres consciente de las transmutaciones que tienen lugar durante una importunación sobrenatural, ¿verdad?

Por supuesto que no tienes la menor idea, Grimm.

—Por supuesto que sí —respondió Waylian.

A esas alturas, Drennan ya había decidido encargarse de levantar a la muchacha en brazos y correr hacia la base de la torre para buscar él mismo al boticario.

—Entiendo que estás aquí para recibir entrenamiento, como el resto de nosotros, ¿verdad? —preguntó el aprendiz.

—Eh... No —contestó Waylian, mirando a su alrededor en busca de alguna señal de la presencia de su señora, pero no encontró ninguna—. Estoy esperando a alguien.

—¿En serio? ¿No eres demasiado joven para haber dominado el Oficio?

Waylian negó con la cabeza.

—No se trata de eso. Soy un aprendiz asignado a... —*La magistrada Gelredida. La Bruja Roja. Que te trata como si fueras su ama de llaves. Que te mantiene apartado del resto de los aprendices que están entrenándose en el dominio de su Arte para poder ser útiles en los combates que se avecinan, mientras tú haces mandados*—... una magistrada con necesidades particulares.

—Ya veo —dijo el aprendiz, aunque Waylian no tenía idea de cómo era posible que lo viera—. Entonces estás asignado a la magistrada Gelredida. —*O quizás sí que lo veía*—. Lo que te convierte en Waylian Grimm.

—Así es —convino Waylian, tendiéndole la mano—. ¿Y tú eres?

—Aldrich Mundy —respondió el aprendiz, mirando la mano tendida de Waylian como si fuera un cuchillo ensangrentado—, y eso no es necesario. Las manos tienen una enorme cantidad de bacterias. Lo mejor es dejarlas quietas.

—Como quieras —contestó Waylian, sintiendo que su nuevo conocido le desagradaba cada vez más.

Se quedaron allí en un silencio incómodo mientras Waylian trataba con desesperación de encontrar algo que decir. Por su parte, Aldrich se veía completamente satisfecho con no hablar y al parecer disfrutaba de la ausencia de conversación. Waylian abrió la boca para decir algo, sin saber exactamente qué, cuando una voz familiar lo llamó desde el otro lado del patio:

—Waylian, ven —ordenó la magistrada Gelredida, como si fuera él quien la hubiera hecho esperar a ella, y no al revés.

—En cualquier caso, debo irme —le dijo Waylian a Aldrich, quien acusó recibo de esas palabras con una sonrisa poco sincera que jamás llegó a sus ojos cubiertos con gafas. Mientras Waylian iba a toda prisa al lado de su señora albergó la esperanza de que sus senderos jamás volvieran a cruzarse.

Los dos atravesaron en silencio el portal del patio y salieron a la ciudad. Había una amortiguada atmósfera de premura en las calles, la tensión entre los lugareños de Steelhaven era palpable. Gelredida no les hizo caso y Waylian hizo lo que pudo para evitar los ojos de la gente, no fuera a ser que lo miraran con esperanza, que le transmitieran el tácito ruego de que usara sus poderes mágicos y los salvara de la horda que había venido a derribar sus murallas.

Siguió a la magistrada por el camino acostumbrado. Era como un ritual que ella realizaba todas las mañanas desde que habían llegado los khurtas. Caminar por la calle hasta la muralla de Eastgate y allí subirse a las almenas. Luego caminar hacia el norte rumbo a la Puerta de Piedra, pasando junto a los arqueros allí apostados, los espadachines y caballeros de todas las órdenes, los auxiliares y los reclutados para la milicia, que intercambiaban bromas, tratando con toda su fuerza de no pensar en lo que se avecinaba.

Una vez más Waylian se sorprendió evitando los ojos de esos hombres, aunque ninguno de ellos se interesó en él. Estaban demasiado ocupados apartándose del camino de su señora mientras ella avanzaba entre ellos, con su adusta mirada fija en el norte, donde estaban los campamentos de los khurtas. Cuando llegaban a la Puerta de Río, descendían de las almenas y regresaban a la Torre de los Magistrados, pero ese día era diferente. La magistrada se detuvo, posó las manos con sus guantes rojos suavemente en la almena que tenía delante y exhaló un largo suspiro.

Waylian la observó mientras ella seguía con la mirada fija en el norte y empezó a sentirse algo incómodo con el silencio.

—Has sido un aprendiz leal, Waylian —dijo ella de pronto.

—¿Magistrada? —respondió él, inseguro de adónde iba todo aquello o de si querría saberlo. ¿Estaría ella a punto de encargarle otra misión imposible? ¿De poner en peligro su vida una vez más?

—Debería haberte ahorrado todo esto. Debería haber dejado que te marcharas de aquí hace varios días. Semanas.

—Pero, magistrada, yo...

—No hace falta que protestes. Sé que has detestado el tiempo que has pasado aquí. Me has odiado a mí. Pero debes saber que todo se debía a una razón.

Eso no estaba bien. Ella estaba librándose de una carga. Haciéndole una confidencia. En todo el tiempo que había pasado desde que la conoció ella jamás había compartido sus sentimientos. A él lo único que se le ocurrió es que aquello sería un efecto secundario de la virulenta úlcera que le había infectado las manos y el cuerpo.

—Magistrada, permaneceré aquí todo el tiempo que...

Ella rio y eso le iluminó la cara. Waylian se quedó tan desconcertado que casi se cayó de las almenas.

—Claro que sí, Waylian. Permanecerás aquí todo el tiempo que sea necesario, valiente y joven necio. Esa es precisamente la razón por la que debería ahorrarte el horror que se avecina. Pero son los necios como tú los que tal vez puedan salvar esta ciudad.

Él no pudo hacer otra cosa que mirarla; quería decirle que no era valiente. Estaba aterrorizado. Lo había estado desde el primer día que había puesto pie en la Torre de los Magistrados, pero algo le dijo que ella ya lo sabía.

—No veo que haya nada que pueda hacer —declaró.

Ella le dedicó una mirada de compasión.

—Te sorprenderías, Waylian. El coraje no es algo que pueda conjurarse como la magia. O lo tienes o no lo tienes. Eso es lo que hace que personas como tú se enfrenten a adversidades imposibles, cuando hay poca esperanza. —Lo miró, hundiéndose profundamente en sus ojos—. Combatirás aquí hasta el fin. Y es bastante probable que mueras en este sitio, junto a todos los demás.

Él tuvo que admitir que esa perspectiva no lo llenó de júbilo, pero sabía que ella estaba en lo cierto.

—Entonces está claro —respondió—. No me marcharé a ninguna parte.

En ese momento se contemplaron el uno al otro. Los ojos de ella lo observaron y lo evaluaron. Lo que encontró en lo más profundo de él la dejó satisfecha.

—Ven, pues —dijo, reanudando el recorrido por la gran muralla—. Todavía queda mucho por hacer.

Sin sentirse más valiente que antes, Waylian la siguió.

Merrick se vio reflejado en el escudo mientras lo lustraba. En el transcurso de la semana anterior se le habían ahuecado las mejillas y estaba más delgado y más hambriento que nunca. No era solo por las magras raciones. Jamás había experimentado tanta disciplina, jamás lo habían entrenado tan rigurosamente ni lo habían castigado de manera tan inmisericorde como lo que había sufrido desde que se había incorporado a la Guardia del Guiverno.

Estaba seguro de que en cualquier otra época de su vida habría odiado esa situación; se habría quejado, habría huido o habría armado un escándalo. Pero ahora debía admitir que a cada momento que pasaba le iba mejor. El sádico diablillo que siempre se sentaba en su hombro se moría de risa mientras él se entrenaba hasta que el sudor le caía a chorros, solo para ser recompensado con las gachas más putrefactas que había tenido la mala suerte de probar. No era propio de él aceptar tanta mierda sin rechistar, pero lo único que podía hacer era disfrutar del cambio.

¿El cambio? Has estado en la mierda toda la vida, Ryder. La única diferencia es que ahora tienes mejor aspecto.

Eso, al menos, era cierto. Se sentía más fuerte y más en forma que nunca e incluso cuando tenía toda la armadura puesta era veloz como el viento. Fuera quien fuese el maestro forjador, allá, en la sede de la Guardia del Guiverno, se trataba de un artesano sin igual. A Merrick le habían asignado la mejor espada que había poseído en su vida, un arma con un equilibrio perfecto y un borde más afilado que el ojo de un cernícalo. Cuando se había puesto la armadura completa y llevaba encima todas sus armas, se sentía prácticamente invencible. Y cuando estaba hombro con hombro con sus compañeros caballeros, era como si nada pudiera hacerles frente.

Compañeros caballeros. Casi se echó a reír. Semanas atrás apenas conseguía sobrevivir en la calle, sin amigos, sin dinero, sin suerte. Ahora se contaba entre los luchadores más peligrosos de todos los continentes del mundo, si las leyendas eran ciertas. Era extraña la forma en que la suerte puede hacerte dar un giro de ciento ochenta grados.

Miró hacia el patio y contempló la escena de la Guardia del Guiverno en reposo. Estaban lustrando sus armaduras, conversando ociosamente o entrenándose en la plaza. Aunque tenían todos un aspecto relajado, Merrick podía percibir la tensión. Pronto habría una lucha. Una lucha cruel y sucia que haría morder el polvo a muchos de ellos. Una buena parte de esos hombres morirían próximamente en el campo de batalla y cada uno de ellos lo sabía. Pero si alguien podía enfrentarse a la muerte con una sonrisa y un guiño era la Guardia del Guiverno. Nadie ansiaba encontrar su final, pero Merrick se dio cuenta de que cada uno de los hombres que había allí estaba dispuesto a hacerlo.

¿Y tú estás dispuesto a hacerlo, Ryder? ¿Estás dispuesto a correr a la batalla con una sonrisa y guiñando el ojo como un maldito idiota? ¿O harás lo que siempre has hecho y saldrás huyendo cuando empiece a correr la sangre?

Aunque eran la pandilla de depravados más dura que Merrick había conocido en su vida, se trataban con lealtad. Morirían el uno por el otro. La Guardia del Guiverno era una verdadera hermandad; cualquiera que tuviera ojos en la cara podía verlo. Por su parte, Merrick sabía que estaba en el exterior de esa hermandad. Era cierto que algunos de los muchachos lo habían aceptado. En general les caía bastante bien a todos, incluso a pesar de haber pasado tan poco tiempo allí, pero sabía que le faltaba recorrer un largo camino antes de que confiaran en él como si fuera uno de ellos. Nadie ignoraba que era el hijo de Tannick Ryder, pero si bien eso no le había generado ninguna antipatía, tampoco le había granjeado un tratamiento especial. Una parte de él se sentía agradecida por ello. Si alguna vez iba a ganarse el respeto de esos hombres, tendría que hacerlo en sus propios términos, lograr que lo considerasen un igual por sus acciones, no por ser el hijo del lord mariscal.

Tannick había dejado claro que lo trataría igual que a los demás. El viejo no le había demostrado ningún favoritismo y no lo había tratado de manera diferente a los otros hombres junto a los que pronto estaría combatiendo, y él se sentía agradecido. Como resultado, nadie le era hostil. Casi nadie.

Entre ellos había uno que no le tenía ningún cariño. Cormach Hijoputa estaba en ese preciso instante contemplándolo desde el otro lado del patio con una mirada que decía que desearía acercársele y romperle los dientes. Merrick no tenía idea de qué había hecho para disgustar a ese demente, pero probablemente lo mejor sería mantenerse lejos de él, al menos hasta que empezaran los combates. En ese momento sí que querría que cada uno de esos matones le cubriera las espaldas. Si Cormach también se la cubriría o si intentaría hundirle en ella un metro veinte de acero estaba por verse.

—Merrick —dijo una voz profunda—. Hay que limpiar los caballos. Tu turno.

Levantó la vista y se encontró con Jared haciendo un gesto con el pulgar. Como era el recluta más reciente era natural que le dieran las peores tareas, y eso hasta él lo sabía. No lo hacía sentirse mejor, pero sí lo hizo ponerse de pie sin ninguna queja y dirigirse a los establos de Skyhelm.

Atravesó el patio, saludando con un gesto hacia un lado y hacia otro a los muchachos que había llegado a conocer. Lannar, el de la cabeza grande y afeitada, le devolvió el gesto, y Stross le lanzó un rápido guiño mientras lustraba una de las planchas de su armadura de bronce. Los gestos eran bastante genuinos, pero Merrick seguía sintiéndose fuera. Le gustaba pensar que podía hablar con cualquiera, encajar en cualquier clase de compañía, pero debía admitir que la Guardia del Guiverno le había dado trabajo. Tampoco le parecía sorprendente. Se habían criado en las montañas y solo los habían alimentado con dolor y adversidades. Él venía de una situación de privilegio y aunque había pasado épocas malas eso no era nada en

comparación con la de los hombres entre los que ahora se encontraba. Había tratado de salvar las distancias lo mejor que había podido. En la superficie tenían poco en común, pero cada hombre era el mismo en lo esencial. Todos querían echar unas risas y oír algunos chistes. Todos los hombres que luchaban se burlaban mutuamente y los que mejor lo hacían eran los más respetados.

Si Merrick tenía algún talento para algo, era para mofarse de los demás.

No le había llevado mucho tiempo averiguar quiénes eran los blancos fáciles y a quiénes evitar. A quién podía presionar al máximo y quién podía encajar las chanzas más salvajes. En menos de un día ya había hecho partirse de risa a algunos de esos muchachos. Tenía la suerte de que un hombre que podía levantar la moral en tiempo de guerra era tan valioso como el guerrero más avezado.

Cuando llegó a los establos cogió la horquilla que estaba apoyada contra una pared y se puso a trabajar. No pasó mucho tiempo hasta que se quedó en camisa, incluso en el fresco aire de la mañana, y se acostumbró tanto al fuerte hedor del estiércol que ya casi no podía percibirlo.

Los caballos nunca le habían gustado particularmente y el grupo que había traído la Guardia del Guiverno parecía tener bastantes malas pulgas. Aun así, logró completar su tarea sin que ninguno lo pateara o lo mordiera, lo que era de agradecer, al menos. En una hora tenía la camisa empapada de sudor. En dos sentía dolor en los hombros y en la espalda. Mientras descansaba, dejando que su cuerpo se enfriara un poco, llegó Jared con una taza de agua.

Aunque a Merrick el agua no le gustaba especialmente —el vino siempre le parecía preferible a cualquier otra cosa líquida—, la aceptó con gratitud y bebió media taza de un trago.

—Has hecho un buen trabajo —dijo Jared, echando una mirada a la pila de humeantes excrementos, sin darse cuenta de lo condescendiente que sonaba.

—Todos tienen un talento particular —respondió Merrick.

Al parecer Jared no captó el sarcasmo.

—Esos corceles tienen que estar como nuevos para lo que se avecina.

En un oscuro y lejano pasado, en el Colegio de la Casa Tarnath, Merrick había estudiado los rudimentos de la guerra de asedio y estaba bastante seguro de que la caballería no formaba parte de ellos.

—Si vamos a defender una ciudad, ¿para qué necesitamos caballos?

Jared sonrió con expresión de sabiduría.

—No estás demasiado familiarizado con los métodos del lord mariscal, ¿verdad, muchacho?

—Supongo que no —convino Merrick, reprimiendo un comentario sobre el hecho de que su padre lo había abandonado años antes, de modo que era poco probable que estuviera familiarizado con ninguno de sus *métodos*—. Por favor, ilústreme.

—No es probable que el lord mariscal se quede sin hacer nada detrás de la muralla a esperar que venga el enemigo. Querrá aprovechar la ventaja. Sacar su

caballo y reducir a esos desgraciados. —Jared palmeó las ancas de un corcel, cuyas ijadas se estremecieron como respuesta antes de lanzar un relincho de irritación—. La Guardia del Guiverno no tiene rival con espadas y escudos. Pero detrás de los muros seremos igual de útiles que cualquier otro hombre. A caballo, en campo abierto, seremos condenadamente invencibles. —Le dedicó una sonrisa demente a Merrick—. Suenas glorioso, ¿verdad?

No, suena condenadamente demencial.

—Glorioso, en efecto —contestó Merrick, mientras se imaginaba a la cabeza de una columna que se lanzaba sobre cuarenta mil khurtas. Cuán glorioso sería que lo cortaran en pedacitos. Cuán orgulloso estaría de sí mismo cuando su cabeza seccionada estuviera gloriosamente clavada en la punta de una pica khurta.

Jared lanzó una carcajada en su habitual tono áspero.

—Así me gusta, muchacho —dijo, antes de dar un manotazo a Merrick en el brazo y regresar hacia las barracas.

Merrick apenas sintió el ardor del golpe cuando contempló la fila de caballos en el establo, preguntándose sobre cuál de ellos tendría el placer de que lo mataran.

La tarde pareció pasar un poco más lenta después de eso y él empezó a imaginarse todas las maneras en que podría morir. Para cuando terminó de lavar los caballos y alguien se había acercado con el alimento de los animales casi no podía sentir el sudor frío en la piel ni oír la risa de los otros hombres.

¿Qué les sucedía? ¿No se daban cuenta de lo que se acercaba? ¿En verdad tenían tantas ganas de morir?

Claro que sí. Están ansiosos. ¿No te has percatado todavía de que cada uno de ellos quiere morir en combate, sirviendo fielmente a la Guardia del Guiverno, obedeciendo cada palabra de tu padre?

Pero eso no podía ser cierto, ¿verdad? Seguramente Tannick no le habría pedido a Merrick que se incorporara a esa banda si lo único que le deparaba en su futuro era una muerte segura.

Regresó al patio con paso lento y buscó un poco de agua para lavarse. La perspectiva de un baño frío no era agradable, pero era preferible a apestar como el culo de un caballo.

Cuando llegó al patio, estaba desierto, con excepción de una figura solitaria en uno de los lados, bajo el alero. Tannick Ryder apoyó su enorme espada sobre una rodilla y frotó aceite en la hoja con un cuidado reverente, moviendo el brazo en caricias largas y estudiadas.

Durante un instante Merrick se sintió fuera de lugar. En los últimos días, desde que se había incorporado a la Guardia del Guiverno, había hablado poco con su padre. No estaba seguro de que ese fuera el mejor momento.

De todas maneras, cruzó el patio, con la esperanza de que Tannick no notara su presencia, pero en lo profundo de su ser sabía que era vana.

—¿Te has mantenido ocupado, muchacho? —dijo Tannick sin levantar la mirada

de su tarea.

—Eh... Sí —respondió Merrick sin querer entrar en detalles sobre sus recientes ocupaciones, aunque el olor lo hacía bastante obvio.

Se produjo un silencio, pero Merrick no podía limitarse a irse de allí. Una parte de él debía saberlo.

—He oído que marcharemos directamente a enfrentarnos a la horda —dijo.

—En efecto —respondió Tannick, sin dejar de frotar el acero—. Somos la Guardia del Guiverno. No nos escondemos detrás de ninguna muralla. Además, la mayoría de estos muchachos han esperado toda una eternidad para un buen combate. No sería justo impedirselo.

Es tan amable de tu parte tener en cuenta sus sentimientos...

—¿No será una carnicería?

Tannick dejó de limpiar la hoja y levantó la mirada, con un brillo malvado en los ojos.

—Eso es lo que espero, muchacho.

Merrick sintió que su seguridad se tambaleaba. Una carga enloquecida contra un enemigo enloquecido dirigida por su enloquecido padre no era algo que él ansiara experimentar.

—No puedo esperar —dijo, deseando que no se trasluciera ninguna vacilación, ninguna debilidad en su voz.

Cuando Tannick miró a Merrick su gesto de locura se suavizó y una sonrisa se le dibujó a un lado de la cara.

—Esto debe de parecerte una locura. Lo entiendo, y no te lo echo en cara. —*Oh, qué amable de tu parte*—. Por eso te quiero cerca. A mi lado, donde pueda vigilarte.

—No hay ninguna necesidad de...

—Es totalmente necesario, muchacho. Tú no debes sufrir ningún daño. Habrá oportunidades suficientes de probar tu valía, pero no hace falta que te arriesgues sin sentido.

—Entonces, ¿por qué haremos esa marcha? ¿Por qué arriesgarlo todo en un ataque solitario a los khurtas?

Tannick volvió a lustrar su hoja.

—Necesitamos enviar un mensaje, tanto a los defensores de esta ciudad como al enemigo. Tenemos que demostrar que se los puede vencer. Que son humanos. El general Hawke y Farren y los portaestandartes de esta ciudad piensan que los khurtas son invencibles. Que Amon Tugha ya los ha derrotado. Tengo la intención de probar que se equivocan.

—Supongo que eso tiene sentido —dijo Merrick.

—¿De veras? Lo dudo. Creo que piensas que es una locura. Que te convendría quedarte a esperar detrás de la muralla a que ellos ataquen, como un campesino en una casucha maloliente que espera que los ladrones que merodean al otro lado de la puerta finalmente se escabullan.

En realidad, eso es exactamente lo que pienso.

—No. —Merrick trató de sonar lo más entusiasmado que pudo—. Creo que demostrar que es posible causarle pérdidas a los khurtas ayudará a levantar la moral de los defensores de la ciudad. Y cuando cabalguemos para aplastar al enemigo quiero estar en el medio de todo.

De acuerdo, Ryder, tranquilízate. Es posible que él acepte tu ofrecimiento.

—Me alegra oírlo —admitió Tannick, y por un momento Merrick podría haber jurado que percibió algo de orgullo en el viejo cabrón—. Pero no. Como acabo de decir, te necesito a mi lado. Eres demasiado importante para arriesgarte.

—¿En qué sentido? —*Considerando que eso jamás pareció preocuparte hasta ahora.*

Tannick se incorporó y sostuvo la espada en el medio de los dos con gesto reverente.

—A pesar de lo que puedas creer, muchacho, yo no regresé solo por esta batalla. Regresé por ti.

Merrick tardó un momento en procesar esas palabras. Incluso cuando pudo hacerlo, le resultó difícil de aceptar.

—¿Por mí? Pasaste días sin querer hablar conmigo. Fue necesario que me apuñalaran en el pecho. Casi morí defendiendo a la reina antes de que...

—Tenía que saber que estabas a la altura. Que podía poner mi fe en ti —confesó Tannick—. Porque un día esto será tuyo.

Levantó la espada, la *Bludsdottr*, como si representara todas las riquezas de los Estados Libres.

¿Una espada? ¿Una jodida espada? ¿Viniste hasta aquí después de tantos años solo para darme una inmensa y condenada espada que apenas podré sostener?

Merrick la contempló, abrumado.

—Lo sé. Es hermosa, ¿verdad? —dijo Tannick, como si tuviera a un recién nacido en los brazos y no un pedazo de pesado acero—. Y será tuya cuando ya no esté. Solo tú puedes empuñarla. Solo tú puedes ocupar mi lugar.

—¿Ocupar tu lugar? ¿Por qué? ¿Te vas a algún sitio?

—Aún no —respondió Tannick, mientras se ponía la espada sobre el hombro—. Pero cuando lo haga, deberías estar listo.

Después de decir esas palabras entró en el edificio.

Merrick se quedó en el patio unos instantes, preguntándose qué demonios significaría todo aquello.

Deberías estar listo. ¿Listo para qué? ¿Para cargar una maldita espadota? No podía decirse que la perspectiva lo llenara de júbilo.

Tampoco valía la pena pensar demasiado en ello. Primero tenía que sobrevivir a los khurtas y por lo que parecía no sería una tarea fácil. Por otra parte, Tannick le había dicho que él era demasiado importante como para arriesgarse, lo que significaba que no se encontraba en verdadero peligro. Que estaría a salvo cuando

comenzara la matanza.

¿Verdad?

De pronto la perspectiva de lavarse con agua tremendamente helada no le pareció el peor de sus problemas.

En los días posteriores a la llegada de los khurtas, había permanecido en su puesto y los había observado. No muchos habían logrado reunir el coraje de molestar a Nobul Jacks cuando estaba de guardia, como una estatua, noche y día; pero, por otra parte, él ya no era Nobul Jacks.

Ahora lo llamaban el Casco Negro, un nombre que no había utilizado en varios años. Un nombre que creía haber dejado atrás en el barro y la sangre de la Puerta de Bakhaus. Aquella había sido una guerra contra un ejército invasor, igual que esa. Nobul se había convertido en el Casco Negro para enfrentarse a las criaturas que habían marchado desde el sur con la intención de destruir los Estados Libres. Había logrado sobrevivir al ataque convirtiéndose en algo que era más que un hombre... ¿O era menos? Cuando los aeslanti, los hombres bestia, habían arrasado el valle, les había hecho frente como si él mismo fuera un animal... El invencible Casco Negro. Ahora, cuando miraba hacia las huestes que esperaban en el norte el momento de invadir la ciudad, se preguntó si podría volver a convertirse en ese animal.

El resto de los hombres susurraban a sus espaldas, hablando en voz baja, haciendo correr la noticia de su presencia en la muralla como si se tratara de la peste. Nobul sabía que a algunos de ellos su nombre les proporcionaría consuelo ante la inminente oscuridad. Para otros significaría poco; no sabrían quién era o no les importaría. La reputación no valía nada si uno no podía respaldarla con agallas y acero.

En realidad, no importaba; en cuanto que empezaran los combates, tendría que probar su valor una y otra vez, y ninguna reputación, por renombrada que fuera, podría impedir que te hundieran un hacha o una espada en la cabeza.

De modo que se quedó esperando allí mientras se preguntaba si los años no lo habrían vuelto demasiado lento, demasiado débil, demasiado torpe de cabeza o de corazón. Una parte de él no quería saberlo. La otra apenas podía esperar el momento de averiguarlo.

Por supuesto que Nobul no se había quedado en el mismo sitio día y noche. Había dormido. Había comido. Se había lavado y había meado y cagado. Kilgar y el resto de los muchachos no estaban lejos y seguían cuidando de él, aunque las cosas no eran como antes. A ninguno de ellos, ni siquiera a Kilgar, se les ocurría preguntarle qué estaba haciendo. Ni de dónde habían salido el casco y el martillo. Ni por qué se limitaba a mirar el horizonte en lugar de apiñarse con el resto de los muchachos. Pero ahora él era el Casco Negro y el Casco Negro no servía la comida ni limpiaba las letrinas como los demás. Tal vez esa actitud había irritado a algunos de los Casacas Verdes o de los abanderados, pero ninguno se atrevía a mencionárselo. Había algo inhumano en Nobul de pronto. Algo que no se debía cuestionar.

Aunque una noche alguien lo había intentado; uno de los milicianos, borracho de

cerveza y muerto de miedo por los khurtas, se había acercado demasiado, había empezado a hacer preguntas y como Nobul no le había contestado había comenzado a molestarlo. Había exclamado y gritado y exigido a Nobul que le dijera quién se creía que era. Por su parte, Nobul había apretado el martillo con mucha más fuerza hasta que llegaron Hake y Edric y alejaron al tipo. Por muy fácil que hubiera sido darle al canalla su merecido, eso no habría demostrado nada. Él no necesitaba probar quién era ni lo que podía hacer. No necesitaba revivir glorias pasadas. Al menos, no todavía. Pronto llegarían los combates. Las peleas de verdad, donde o demostrabas tu temple o morías intentándolo.

Aunque aún no habían oído nada de los khurtas. Nada, salvo los ocasionales gritos o los cánticos en torno a las hogueras nocturnas. Debían de estar tan impacientes por luchar como el propio Nobul, pero por alguna razón Amon Tugha los hacía esperar. ¿Intentarían causar una hambruna en la ciudad? Nobul tenía que admitir que eso le daba más miedo que cualquier otra cosa. Llegar a ese punto para morir de hambre no sería un verdadero final. Él quería irse peleando, matando como si hubiera nacido para ello. Pero sabía que no tenía que preocuparse mucho al respecto. En lo más profundo de su ser Nobul presentía que Amon Tugha no lo decepcionaría. Que el elharim solo estaba ganando tiempo, dejando que el miedo se instalara sobre la ciudad como un nubarrón hasta que estuviera listo para arrasarla.

Cuando el sol invernal se elevó en el cielo despejado, Nobul vio a dos jinetes que se acercaban desde el otro lado de la elevación septentrional. Era el primer movimiento que veían entre los khurtas desde hacía varios días y una oleada de pánico se esparció entre las almenas cuando los vigías divisaron a ese par de hombres que atravesaban la llanura. Nobul se limitó a quedarse en su puesto mientras los arqueros ocupaban sus sitios y un sargento daba órdenes de que trajeran a uno de los generales.

Los jinetes galoparon hasta situarse a unos cien metros de la puerta principal, lanzando gritos y fustigando a sus caballos para que se pusieran frenéticos. Nobul apenas podía divisar las pinturas de sus rostros, los amarillos y afilados dientes en las bocas sonrientes. Estaban vestidos con pieles, cabalgaban sin montura y los corceles estaban adornados con los mismos colores chillones que los khurtas que los montaban.

Después de tirar de las riendas de sus cabalgaduras, los dos guerreros esperaron, mientras sus excitados caballos removían el suelo a la sombra de la gran muralla. Ninguno de los dos estaba armado y parecía evidente que no tenían intención de atacar. De todas maneras, los arqueros que estaban sobre la muralla ya no pudieron contenerse. Se oyó el zumbido de la cuerda de un arco y una flecha salió disparada. Cayó a la derecha de la pareja y los khurtas obligaron a sus corceles a retroceder unos metros del muro.

—¡Qué mierda! —dijo uno de los arqueros mientras cargaba otra flecha en su propio arco.

Otro zumbido y otra flecha voló hacia los jinetes. En esta ocasión les pasó por encima y obligó a uno de los khurtas a agacharse. Lanzó un grito de alegría y una vez más ambos jinetes hicieron retroceder a sus corceles unos pocos metros.

—Ahora todos al unísono, inútiles gilipollas —clamó uno de los arqueros—. Cuando yo os diga.

Nobul vio de reojo cómo los arqueros se reunían y cargaban sus flechas simultáneamente, apuntando a los objetivos a pesar de lo absurdo que parecía. Disparar media docena de veces para matar a dos vigías no era más que un desperdicio de flechas. Ya habría blancos más fáciles cuando los cuarenta mil khurtas se lanzaran al ataque.

Uno de los arqueros inició una cuenta atrás y al decir tres se oyó el chirriar de la andanada. El sonido de los arcos al soltar las flechas era bastante impresionante, a pesar de que la puntería dejaba mucho que desear. Era probable que a Nobul le saliera mejor, y eso teniendo en cuenta que sabía tanto de disparar flechas como de ordeñar vacas.

Aunque les pasaban cerca, la andanada de flechas parecía acertar a todo menos a su blanco. Esta vez ambos khurtas lanzaron gritos de alegría y alejaron sus caballos de la muralla un poco más. Fue entonces cuando Nobul se dio cuenta de lo que estaban haciendo, pero antes de que pudiera tener la oportunidad de manifestarlo, alguien ordenó a los arqueros que se detuvieran.

Era una voz profunda y anciana, pero estaba investida de suficiente autoridad como para que Nobul volviera la cabeza y viera a quién pertenecía. Un caballero de armadura blanca se abrió paso por las almenas. Tenía el pelo hasta los hombros, bigote y una barba que le caía por encima de la gola. La armadura que lo cubría desde el cuello hasta los dedos de los pies llevaba unos intrincados ornamentos dorados, que daban la impresión de que tenía encima la piel de un lobo; sobre la cadera cargaba una espada inmensa que ningún hombre de esa edad podría ser capaz de empuñar.

—¿Sois estúpidos? —dijo el viejo, y a continuación le quitó el arco al arquero más próximo y le golpeó la cabeza con él. El hombre levantó las manos para defenderse pero no pronunció ni una palabra de protesta—. ¿Creéis que se están ofreciendo para que practiquéis tiro al blanco? —El resto de los arqueros se miraron entre sí desconcertados y ninguno se animó a aventurar una respuesta—. ¡Están midiendo vuestro alcance! ¡Están viendo hasta dónde puede avanzar la horda antes de que podáis acertarles, condenados zopencos!

Lo único que los arqueros pudieron hacer fue balbucear disculpas. Dos de ellos se bajaron del parapeto y el anciano caballero le lanzó el arco a su dueño, que seguía frotándose la cabeza.

Mascullando para sus adentros sobre cretinos incompetentes, el caballero se volvió para marcharse, pero lo pensó mejor y se detuvo. Nobul lo observó darse la vuelta lentamente y acercarse, con gesto despreocupado, casi como si Nobul no

estuviera allí. Entonces se detuvo ante las almenas, apoyó el codo en uno de los merlones y miró hacia la llanura. Los dos se quedaron en silencio un rato, como si el viejo estuviera calibrándolo, preguntándose si valía la pena iniciar una conversación.

—Te recuerdo —dijo por fin—. O, al menos, al hombre que dicen que eres. —Nobul no dio respuesta. Sabía que algunos dudaban de que él fuera el verdadero Casco Negro. ¿Y quién podría culparlos? Habían pasado casi dieciséis años desde que había combatido en la Puerta de Bakhaus. Seguramente el Casco Negro ya estaría viejo, sus mejores días habrían quedado atrás. Él no podía ser el auténtico, ¿cierto?

»Supongo que no importa si eres el mismo hombre o no —continuó el caballero—, siempre que puedas luchar como el Casco Negro. —Miró a Nobul de arriba abajo—. Al menos tienes el aspecto adecuado.

A Nobul le habría gustado ignorar al caballero, decirse a sí mismo que la opinión de aquel viejo no le importaba, pero había algo en él... La forma en que se movía, la manera de hablar, hacían que Nobul deseara lograr su aprobación. Hacían que Nobul necesitara que aquel viejo caballero le creyera.

—Sí que soy el auténtico —afirmó, mientras miraba en dirección a la llanura—. No te preocupes.

El caballero asintió.

—Eso es un alivio. Te necesitaremos, sin duda. En aquel entonces luchaste como un demonio. Espero que sigas teniendo esa capacidad en tu interior.

¿Y bien, la tienes? ¿Todavía puedes luchar de esa manera? ¿Puedes mover ese martillo? Liquidaste a un grupo de juerguistas desnudos y mataste a un perro a patadas en los últimos días, pero estos son los khurtas. Salvajes. Asesinos, todos ellos. Y tú ya pasaste por tu mejor momento tiempo atrás; algunos dirían que estás excesivamente maduro. ¿De verdad todavía la tienes?

—Supongo que pronto lo averiguaremos —respondió Nobul.

—En efecto —replicó el viejo con una carcajada—. Me llamo Bannon. —Extendió el brazo.

Nobul reconoció el nombre y por un momento se detuvo antes de aceptar el brazo. El que estaba a su lado, charlando sobre el pasado y sobre lo que venía desde el norte, era el duque de Valdor. No todos los días uno se dedicaba a meditar sobre los viejos tiempos con la nobleza.

—Nobul Jacks —contestó, mientras entrelazaba su antebrazo con el de Bannon en un apretón de guerreros.

—¿De modo que ese es el nombre del Casco Negro? —comentó Bannon—. No puedo decir que lo hubiera oído antes. Pensaba que un hombre como tú se habría hecho una reputación en los Estados Libres. Se habría hecho rico.

—También son altas las probabilidades de que un hombre así hubiera terminado muerto. —Nobul soltó el brazo de Bannon y volvió a mirar hacia el norte—. Y eso no me interesó.

El viejo lanzó una risita.

—Supongo que eso tiene sentido. Entonces, ¿qué te ha hecho cambiar de idea? ¿Qué te ha hecho volver a empuñar ese martillo? Lo más probable es que todos los que defendamos esta muralla terminemos muertos. Podrías haber tratado de huir como muchos otros, pero en cambio has decidido quedarte a pelear.

Nobul tuvo que pensarlo. Tuvo que recordar todo lo que había ocurrido para que él terminara allí, en esa situación. Todas las pérdidas, todos los pesares, todo el dolor y la muerte. Le habría hablado a Bannon de ello, y estaba seguro de que el viejo lo habría escuchado. Pero, por otra parte, Nobul nunca había sido un gran conversador.

—A veces no hay elección —respondió.

El duque asintió y permaneció junto a Nobul, contemplando la llanura. Como los arqueros ya no trataban de alcanzarlos con sus flechas, los jinetes khurtas dejaron de dar vueltas y regresaron hacia la distante elevación.

—Tienes razón —dijo Bannon, sin dejar de contemplar el norte—. A veces no elegimos. A veces otros toman las decisiones por nosotros. Yo perdí a mi hijo a manos de estos salvajes. A manos de un canalla asesino enviado por el mismo Amon Tugha. No tengo elección. Lucharé y moriré porque es una deuda pendiente.

Nobul percibió el dolor que había en ese hombre, la amargura. Quiso admitir que él también había perdido a un hijo. Que conocía esa angustia arraigada en lo más profundo del corazón donde ninguna venganza podría aliviarla. Probablemente debería haber advertido al viejo de que las cosas no mejorarían, sin importar a cuántos hombres matara, pero supuso que Bannon lo descubriría por sí mismo.

—Muchos más hijos morirán antes de que esto termine —replicó en cambio.

Bannon asintió.

—Y padres. Y hermanos. Y si no los detenemos en esta muralla también morirán esposas y madres y todos los demás.

Nobul siguió observando la llanura. Apenas alcanzaba a divisar las oscuras astas de las flechas en la hierba, enseñándoles a los khurtas lo mucho que podían acercarse a la muralla sin temor de que les acertaran.

—Y si están calibrando nuestro alcance puedes estar seguro de que vendrán pronto. —Bannon lo miró, miró los ojos detrás del casco negro—. ¿Estás listo?

Nobul no tuvo que pensarlo. Ya conocía la respuesta a esa pregunta.

—Sí, estoy listo. Llevo mucho tiempo listo para esos hijos de puta.

—Bien. —Bannon le palmeó el brazo—. Entonces estaré orgulloso de combatir a tu lado.

Por primera vez en una eternidad, una sonrisa se dibujó en los labios de Nobul.

—No te quedes demasiado cerca, viejo. No querría que te interpusieras en mi camino.

Bannon se rio mientras se volvía y siguió haciéndolo cuando avanzó junto a las almenas. Parecía extraño reírse tanto tiempo por algo así, pero Nobul sabía que se debía al humor negro que afectaba a todos los hombres en la calma antes de la batalla. No había nada de qué reírse en realidad. La muerte no era cosa de risa, más

allá de si eras tú quien la causaba o si te llegaba a ti.

Y Nobul Jacks sabía perfectamente que cuando los khurtas por fin se acercaran sería él quien la causaría.

Regulus y sus guerreros habían sido asignados a la muralla occidental, que daba al vasto río que corría caudaloso desde el norte. Tres puentes lo cruzaban; el del centro llevaba derrumbado mucho tiempo y era tan solo un monumento infranqueable que se extendía sobre las procelosas aguas como una bestia ahogada. Al otro lado había una gran ciudad en ruinas, deteriorada y antigua, pero todavía atestada de andrajosos habitantes de las Tierras Frías. Incluso en ese momento seguían marchando hacia la ciudad propiamente dicha, temiendo la arremetida que en cualquier momento podía caer desde el norte para acabar con ellos.

Aunque pronto cerrarían esas puertas con barras de hierro, de todas maneras sería necesario defenderlas. No había nada que impidiera al enemigo avanzar por las derruidas callejuelas hacia el río y cruzar los dos puentes que seguían intactos. Regulus sabía que le habían otorgado un gran honor, que le habían ofrecido la oportunidad que anhelaba: defender el puente con acero negro y dientes y zarpas, y granjearse una reputación formidable.

Aunque eso no le bastaba a Regulus Gor.

Él quería estar en la muralla septentrional, donde era más fácil que el enemigo concentrara sus fuerzas. La vasta llanura que se extendía delante de la ciudad era el lugar más probable para que el caudillo elharim reuniera a su poderoso ejército. Regulus deseaba estar donde el combate fuera más duro, donde la matanza fuera más feroz y donde la gloria cayera sobre él como un torrente.

Nobul Jacks había sido asignado a esa muralla. El honor de enfrentarse al enemigo en mayor número sería suyo, y eso hería profundamente a Regulus. Tenía una deuda de vida con Jacks y sería difícil saldarla si se quedaba confinado allí, mirando pasar el río y deseando que el enemigo fuera lo bastante audaz como para intentar cruzar el puente. Su oportunidad de pagar la deuda parecía prácticamente perdida. Su única esperanza era que Nobul Jacks viviera lo suficiente como para poder hacerlo. En su fuero interno, Regulus confiaba en que así sería.

En los últimos días, el adusto hombre de las Tierras Frías se había convertido en una especie de leyenda entre los defensores de la ciudad. Desde el momento en que se había colocado ese casco imponía un extraño temor y respeto entre los guerreros. Regulus no se había dado cuenta de lo formidable que era la reputación del Casco Negro y lo único que podía hacer era sentir envidia por Nobul Jacks.

No solo eso; ese hombre había forjado la mejor armadura que el propio Regulus se había colocado jamás. Era de acero negro, para hacer juego con la espada que llevaba a un costado, y cada pieza se había fabricado de manera que se sujetara a sus formas como una segunda piel: era ligera y maniobrable y al mismo tiempo dura como el granito. Hacía que Regulus se sintiese invencible. Solo esperaba que en los

próximos días pudiera probar su valía en combate. Su mayor temor era tener que permanecer innecesariamente allí, defendiendo la entrada occidental, cuando su oportunidad de obtener gloria se encontraba en el norte.

Los hombres de las Tierras Frías practicaban su manejo de la espada preparándose para un ataque. Más abajo, en la calle, donde varias filas de guerreros aguardaban expectantes, combatían entre sí en asaltos amistosos. Regulus no pudo evitar sonreír al verlo. ¿Qué esperaban poder aprender en uno o dos días, lo que faltaba para que el enemigo cayera sobre ellos? Aprenderían más en los primeros momentos de una verdadera batalla que lo que podrían lograr en cien días de práctica. Los que fueran lo bastante rápidos para aprender probablemente sobrevivirían. Los que no serían, sin duda, los primeros en morir.

A Regulus lo habría hecho feliz caminar entre ellos e impartirles su propia sabiduría, la prueba de lo que estaba escrito en las abundantes cicatrices que exhibía orgullosamente en la piel, pero sabía que caería en oídos sordos. A él y a sus guerreros seguían tratándolos con recelo, a pesar de lo que habían hecho para proteger a la reina de la ciudad.

Tampoco le importaba. Regulus no había ido allí para hacer aliados. Había ido allí a matar.

Los únicos hombres cuyas opiniones le importaban eran sus propios guerreros. Incluso en ese momento se tomaban el tiempo de reflexionar, de lustrar sus nuevas armaduras y afilar sus nuevas armas. Hagama, Kazul, y hasta el más joven de ellos, Akkula, eran guerreros avezados. No practicaban. Era el momento de meditar sobre lo que se avecinaba, de imaginarse a sí mismo victorioso, de saber que nadie podría enfrentarse a él. De llenarse de expectativas de matanza. Y sus guerreros sabían muy bien cómo hacer una matanza.

Mientras miraba al otro lado de la muralla el lento avance de las multitudes, oyó el sonido de un movimiento a sus espaldas; los chasquidos de una armadura, el golpe de un arma contra una cadera, las pisadas torpes. No le hizo falta volverse para saber que se trataba de uno de los hombres de las Tierras Frías: a ellos siempre los anunciaba el ruido, nunca parecían capaces de pisar ligero, pero por otra parte esa gente estaba rodeada de piedra. En las llanuras de Equ'un, los zatani habían aprendido a pisar de manera casi inaudible. Cada una de las tribus —ya fueran los gor'tana, los kel'tana, los sho'tana o los vir'tana— habían aprendido que muchas veces eso marca la diferencia entre la vida y la muerte. Pero ahora esas cosas parecían tener poca importancia.

Regulus se volvió para enfrentarse al hombre. Lo reconoció. Lo llamaban «sargento», un término honorario, aunque Regulus no tenía idea de qué había hecho para merecerlo. El hombre era gordo y su pelo estaba encanecido por la edad. Una persona semejante no habría durado mucho como caudillo en las llanuras. Olía a rancio, incluso de lejos, pero en los últimos días Regulus había aprendido que ese hedor no era para nada tan ofensivo como sus modales.

—¿Estáis listos? —dijo, manteniendo la distancia. Su voz estaba cargada de desdén, pero era fácil descifrar el miedo que se ocultaba tras ella.

—Somos gor'tana —respondió Regulus—. La tribu más temida del pueblo de los zatani. Siempre estamos listos.

El hombre frunció el ceño pero asintió al mismo tiempo, satisfecho con la respuesta.

—Bien. Y recuerda quién manda aquí. La Corona puede haberos indultado, pero eso no os da ningún privilegio especial. Estás bajo mi mando, al igual que tus hombres.

Eso casi hizo sonreír a Regulus. Le habría gustado mucho verlo tratar de dar órdenes a sus guerreros, especialmente a Janto. Habría sido todo un espectáculo presenciar cómo el sho'tana le arrancaba la cabeza con un rugido de júbilo.

—Estamos aquí para luchar por tu ciudad —contestó Regulus—. ¿Qué otra orden podrías darnos que no sea matar al enemigo?

El sargento pareció pensativo un momento. Luego, incapaz de pensar en ningún argumento, se limitó a asentir con un gesto.

—Sí, bien. Solo asegúrate de que tú y el resto de tus hombres estéis...

Regulus percibió algo con el rabillo del ojo. Se volvió hacia el sur, a tiempo para ver que el cielo brillaba de repente. Era como si el horizonte se hubiera encendido, lanzando una hilera de escombros ardientes hacia los cielos. Media docena de esferas en llamas se elevaron, dejando estelas de humo negro en su ascenso. Al principio no hubo sonido, pero cuando las bolas de fuego alcanzaron su máxima altitud y comenzaron a caer a toda velocidad hacia la tierra, una oleada de ruido devoró la ciudad. Era un rugido, un aullido antinatural que venía desde el mar. Regulus nunca había oído nada semejante y tuvo que recurrir a su fuerza de voluntad para no levantar las manos y taparse los oídos atacados por la cacofonía.

Humo, llamas y escombros cayeron por el aire durante la lluvia de las bolas de fuego. El sonido le llegó un instante después; el rugido alcanzó un *crescendo*, como si todas las tribus de Equ'un hubieran elevado sus voces repentinamente en un alarido de furia.

El sargento de las Tierras Frías volvió hacia donde estaban sus hombres, corriendo presa de pánico, lanzando órdenes, aunque Regulus no alcanzaba a entender qué podrían hacer ante aquella repentina conflagración. Observó sobrecogido cuando oyó gritos que llegaban desde el sur de la ciudad. La carnicería debía de ser devastadora, las víctimas del fuego tenían muy pocas probabilidades de sobrevivir, pero Regulus no logró sentir pena. Había poco lugar en su corazón para la misericordia.

Tan pronto una hilera de llamas caía sobre la ciudad, la siguiente ascendía a toda velocidad hacia el cielo. Estaba claro que los dioses no tendrían piedad por la ciudad ese día, ni los venideros.

—Al menos ahora sabemos qué se preparaba con el bloqueo de esos barcos.

Regulus se volvió y vio a Janto a su lado, contemplando el sur. Sonreía mientras observaba, con las manos apoyadas en los mangos de las dos hachas que tenía en la cintura. Con la armadura que le había forjado Nobul Jacks, Janto presentaba una imagen imponente; sin duda, era el más impresionante de los guerreros a las órdenes de Regulus.

—Y sabemos que no falta mucho para que el ejército del norte venga a ocuparse de lo que quede en pie —respondió Regulus—. Amon Tugha ha hecho su primera jugada. Atacará pronto.

—Era hora —replicó Janto con un deleite palpable en la voz. Regulus sabía que él, más que ningún otro, disfrutaba con la idea de una batalla. Anhelaba la carnicería y él también tenía una deuda de vida que pagar. Si seguiría siendo leal a Regulus después de saldarla estaba por verse.

Se quedaron allí, mirando la lluvia de fuego un rato más. Los sonidos de pánico que llegaban desde el sur se hicieron más fuertes, mientras los habitantes de las Tierras Frías corrían en todas direcciones, algunos para huir de las llamas, otros para ayudar a extinguirlas. Durante todo ese tiempo, el exterminio seguía cayendo sobre el sur de la ciudad.

Regulus echó un vistazo al puente y se dio cuenta de que aquel flamígero y repentino ataque había acelerado el éxodo de la derruida ciudad sobre el río y los últimos de sus habitantes estaban ingresando.

Él y Janto observaron en silencio. Regulus percibió el desprecio que sentía el guerrero por aquella exhibición de cobardía, pero ¿acaso aquella huida no era equivalente a la que él mismo había efectuado tantos días antes, cuando se había escapado de los cazadores de los kel'tana y había venido al norte, casi causando la muerte de todos? Al menos así sobrevivirían para combatir otro día, en lugar de ser innecesariamente masacrados por las hordas que en cualquier momento caerían sobre la ciudad.

Una vez que el último miembro de la muchedumbre cruzó el puente oyeron el giro de un engranaje y el estrépito de las cadenas, al tiempo que descendía el gran portón levadizo. La torre sobre la que estaban vibró con un ruido sordo cuando se cerró la puerta, pero Regulus no conseguía sentirse seguro. Sabía que no estaban fuera de peligro y una parte de él sintió satisfacción por ello. Para Regulus Gor ese era el comienzo de una ascensión. O al menos lo sería si el enemigo decidía atacar el puente.

Lo único que Regulus podía hacer era tener esperanza.

Su ciudad ardía y Janessa no podía hacer nada para impedirlo. Había jurado ser fuerte, liderar a su pueblo contra la escoria que caía sobre él, pero al ver cómo llovían llamas desde el mar Midral se sintió indefensa. De todas maneras, ni siquiera una reina podía hacer nada para oponerse a algo así. Ella no era ninguna diosa, solo una niña obligada a asumir el trono y a cargar con toda la responsabilidad que este traía aparejada.

Amon Tugha aún no había atacado de lleno y su pueblo ya estaba muriendo. No la reconfortaba el hecho de que el bombardeo desde el mar hubiera amainado un poco desde el mediodía. Ahora que el sol empezaba a caer, el diluvio de llamas que lanzaban los barcos se había vuelto intermitente, pero el daño ya estaba hecho.

Miró desde el palacio cómo una bola de llamas iluminaba el cielo del atardecer, elevándose sobre la ciudad ardiente para aterrizar entre las ruinas ennegrecidas del sur, con un sonido que reverberaba en las calles muertas. El único consuelo de Janessa era que no debía presenciarlo sola. Todos estaban allí a su lado; su consejo de guerra, observando y esperando en un silencio mudo mientras el canciller Durket desglosaba el costo de los daños, las estimaciones del número de víctimas, los edificios destruidos a pesar de los monumentales esfuerzos que se habían realizado para combatir las llamas. Janessa solo podía escuchar, mientras su corazón se hundía más con cada nuevo dato de la destrucción.

Cuando Durket terminó su exposición, el senescal Rogan dio un paso al frente. De pronto otro proyectil ígneo le iluminó el rostro desde el sur y Janessa pensó que aquel hombre se asemejaba más que nunca a una serpiente. Sin embargo, Rogan no había hecho nada por lo que se lo pudiera condenar, y si ella había aprendido algo era que un hombre solo debía ser censurado por sus actos, no por su aspecto.

—Majestad, por ahora no tenemos idea de qué podemos hacer respecto de los barcos incendiarios. El Dockside, la zona de los muelles, ha quedado prácticamente destruida, al igual que el Barrio de los Almacenes. El Templo de Otoño sigue en pie de milagro. Solo se me ocurre que las Hijas de Arlor se han esforzado con sus oraciones.

Janessa echó una mirada hacia el sudeste, en dirección a las dos grandes estatuas de Arlor y Vorena, la de ella mirando al mar y la de él, hacia los prados abiertos del norte. Steelhaven los necesitaba más que nunca, pero llevaban muertos varios siglos. Ningún venerado héroe acudiría en su ayuda. Janessa tendría que salvar la ciudad por su cuenta.

—¿Alguna sugerencia, señores? —preguntó, mientras se volvía hacia el consejo reunido.

El general Hawke se miró los pies. También el mariscal Farren apartó la mirada

como si no hubiera oído la pregunta, mientras su dañado ojo izquierdo no dejaba de parpadear. Eso estaba bien, Janessa esperaba poco de ellos, pero cuando el lord mariscal Tannick y el duque Bannon se miraron entre sí con un gesto de incertidumbre, supo que quedaban pocas esperanzas.

—Todos los barcos de nuestra flota que quedaban en el puerto han sido destruidos, majestad —informó Bannon—. Los barcos incendiarios se encuentran demasiado lejos del muelle, fuera de nuestro alcance, a menos que alguien vaya nadando hasta ellos. Tengo mis dudas sobre cuán eficaz eso podría ser.

—Nada eficaz, supongo —respondió Janessa—. Tendremos que encontrar otra manera. Senescal, hablad con el Crisol de los Magistrados. Averiguad a quién pueden cedernos y qué se puede hacer para destruir esas embarcaciones.

Rogan hizo una reverencia obediente.

—Hay otro asunto, majestad —intervino Durket. Le temblaba la voz, como si tuviera miedo de hablar. A Janessa le parecía extraño; ese hombre nunca había vacilado en manifestar sus opiniones desde que ella lo conocía, pero después del día en que Azai Dravos había intentado controlarle la mente y había asesinado a su escolta, el canciller se había vuelto una persona muy distinta.

—¿Y bien? —Lo espoleó cuando vio que él no continuaba.

—Las Balsas, majestad. Serán un problema. —Volvió a hacer una pausa y se estremeció cuando llegó el sonido de una explosión en el sur.

—¿Tengo que adivinar la naturaleza de ese problema, canciller? —preguntó Janessa, que estaba perdiendo rápidamente la paciencia.

—Eh... No, majestad. Las Balsas se construyeron hace años, formando una barriada que por desgracia hemos dejado que se extendiera hasta la desembocadura del río Storway. En esencia son como un puente que atraviesa el río y llega a la ciudad. Si los khurtas deciden atacar por allí podrían utilizarlas para cruzar el río y entrar en el Barrio de los Almacenes... O, al menos, lo que queda de él.

—Muy bien —respondió Janessa, mirando las caras de su consejo de guerra, evaluando cuál de ellos podría estar en mejor posición para ocuparse de ese problema—. Canciller, ocupaos de evacuar la barriada lo mejor posible. Mariscal Farren, ubicad catapultas en las almenas y en la ribera y encargaos de que Las Balsas estén destruidas antes de caer la noche.

—Pero, majestad, ¿y si no podemos evacuar a sus habitantes a tiempo? —planteó Durket—. Y muchos se negarán a marcharse de sus hogares. Tal vez el anochecer no sea el mejor...

—Las Balsas estarán destruidas al anochecer —dijo Janessa, mientras sentía que su irritación se acrecentaba—. Dejad claro que cualquiera que permanezca en sus hogares morirá.

Durket hizo una profunda reverencia.

—Sí, majestad —contestó antes de marcharse.

—El resto de las defensas de la ciudad siguen tan fuertes como siempre, majestad

—afirmó Rogan—. Hay solo una cosa que se ha planeado para la defensa de la ciudad con la que no todos estamos de acuerdo. —Miró de reojo al lord mariscal Tannick, quien por su parte ni siquiera se dignó a reconocer la presencia del jefe de la Inquisición.

—¿Y cuál es la naturaleza de ese desacuerdo? —preguntó Janessa, dirigiendo la pregunta al lord mariscal.

—Tengo la intención de hacer un gesto —respondió Tannick—. No pienso quedarme sentado detrás de las murallas y esperar a que los khurtas se lancen gritando sobre nosotros desde el norte sin antes hacerlos sangrar por la nariz.

—¿Intentáis trasladar el combate hacia su posición? —Por lo poco que Janessa sabía sobre el arte de la guerra, eso sonaba a una acción suicida, incluso para ella.

—En efecto. Mi caballería los atacará en campo abierto, los abatiré donde se encuentran ahora. Los ejércitos de los Estados Libres aún no han logrado una sola victoria sobre esa horda. Mostrarles a los defensores de las murallas que estos canallas sangran y mueren como cualquier otro hombre no nos aportará más que beneficios.

—Es una auténtica locura —dijo el mariscal Farren. El general Hawke hizo un gesto de asentimiento para expresar su acuerdo—. Y un desperdicio de hombres, si me pedís mi opinión. Si queréis suicidaros, Ryder, adelante, pero los hombres de la Guardia del Guiverno estarían mejor en la muralla.

—Qué suerte que nadie os la ha pedido, ¿verdad? —contestó Tannick.

Farren se volvió hacia él.

—No soy solo yo, infeliz. —Señaló al duque Bannon y Janessa percibió la duda en los ojos del anciano—. Preguntadle a él. Adelante, averiguad si él cree que es una buena idea.

—Basta —ordenó Janessa y experimentó una sensación de placer cuando sus generales detuvieron sus riñas y se volvieron hacia ella con actitud expectante.

Ella los miró, dispuestos a obedecer cada una de sus palabras. La primera vez que los vio Janessa había tenido miedo, se había sentido insegura de qué hacer o decir. Ahora en su mente no quedaba ninguna duda de que esos hombres estaban a sus órdenes.

Y era evidente que debía tomar una decisión. Una elección que humillaría a uno de sus generales. Por otra parte, también estaba claro que el momento de actuar con tacto había quedado completamente atrás.

—Estoy de acuerdo con el lord mariscal Tannick —continuó—. Es cierto que necesitamos un gesto. Los khurtas tienen que saber a qué se enfrentan. Que tenemos dientes y que no nos vamos a limitar a protegernos tras nuestras murallas y esperar el fin. No se me ocurre nadie mejor que la Guardia del Guiverno para transmitir ese mensaje. —Hizo una pausa. Nadie se le opuso—. Muy bien. Estoy seguro de que el resto de vosotros tenéis mucho de que ocuparos. Poneos a ello.

Su consejo de guerra manifestó su asentimiento con una reverencia y se apartaron

justo cuando otra explosión de fuego atravesó el cielo oscurecido.

Janessa se volvió para mirarla y oyó un grito que se elevaba desde alguna parte de las calles devastadas, pero no podía permitirse que ello la alterara. Tampoco podía sentir pena por Las Balsas y la gente que pronto quedaría sin hogar o algo peor.

Tenía que salvar la ciudad y no podía dejar que la compasión la distrajera, si quería tener éxito. Janessa se había permitido ser débil, había dejado que el corazón le gobernara la cabeza y, en consecuencia, había sufrido. Ahora, lo único que quedaba en lo profundo de su vientre era un pozo de oscuridad donde debería haber habido...

Un niño. Debería haber un niño, creciendo fuerte y sano.

Janessa se aferró al borde de la balaustrada hasta que se le blanquearon los nudillos, pensando en lo que había perdido y en lo que jamás tendría. Su hijo, el hijo de Río, había nacido muerto. Ahora estaba vacía, estéril, y lo único que se le ocurría que podría ocupar el espacio en su interior sería la derrota de Amon Tugha. Pensaba en ello, lo anhelaba, en detrimento de cualquier otra cosa. Era lo único que ocupaba sus momentos de vigilia.

Al principio había pensado en salvar su ciudad, su gente, pero se había convertido en algo más. Quería derrotar por completo al enemigo. Enfrentarse a ellos y probar el sabor de la victoria, incluso si costaba la vida de todos los soldados a sus órdenes. Era un pensamiento amargo, pero no importaba lo mucho que tratara de convencerse a sí misma de que lo hacía por su pueblo; en el fondo sabía que lo que quería era una venganza.

Una mano firme se posó sobre las suyas que se aferraban al parapeto. Kaira estaba a su lado, mirándola con tranquilidad, y Janessa sintió que el peso de su ira se aligeraba repentinamente. Esa mujer había jurado protegerla, pero en los últimos días se había convertido en mucho más. Era una roca a la que aferrarse cuando la tormenta rugía a su alrededor.

—Majestad, ¿vamos? —dijo Kaira, señalando la escalera con un gesto.

Janessa asintió y ambas regresaron al interior. No tenía idea de cómo se las habría arreglado sin Kaira. Su escolta había sido una presencia constante desde que la reina había perdido a su hijo. Siempre a su lado, día y noche. Siempre fuerte, siempre inquebrantable. Janessa sabía que en los días venideros la necesitaría más que nunca.

Cuando por fin entró en su habitación, lo que la esperaba le dibujó una sonrisa poco común en los labios.

—El armero real ha hecho un buen trabajo, majestad —declaró Kaira, mientras Janessa se quedaba quieta, mirando.

Habían dejado la armadura que había encargado días atrás en su habitación, sobre un soporte de madera. Incluso a la mortecina luz de la vela resplandecía y cada una de sus piezas parecía fundirse con la siguiente. La corona y las espadas cruzadas de Steelhaven estaban grabadas en el peto. No había casco. Janessa le había dicho al herrero que no lo necesitaría. Vestiría su armadura con la frente bien alta, el pelo sobre los hombros, el rostro visible para todos. Janessa debía ser un símbolo, un

icono, y los defensores de su ciudad la verían y correrían hacia ella cuando encabezara la resistencia en las murallas.

En un gesto distraído pasó el dedo por el emblema del peto, el sello de su padre. Le llegaron recuerdos de sus victorias pasadas, victorias que habían terminado cuando se había marchado a enfrentarse a Amon Tugha. De alguna manera el inmortal elharim se las había arreglado para asesinar a su padre fuera del campo de batalla. Eso no ocurriría con su hija. Janessa estaba decidida a que esta vez la victoria fuera suya.

Al lado del soporte de la armadura se encontraba la *Helsbayn*. Janessa sintió que su mano se dirigía en dirección a la espada. Cuando su dedo tocó el frío acero de la empuñadura, sintió un hormigueo, como si la espada misma contuviera a un demonio que solo ella podía liberar. Desde que había masacrado al hechicero Azai Dravos con esa hoja, la espada parecía infundirle una especie de vigor. Cuando la tocaba, aunque fuera tan solo un instante, se aligeraban los sentimientos de pérdida que albergaba en lo profundo del alma. Casi anhelaba sacarla de la vaina, marchar sola y presentar batalla a Amon Tugha y todos sus secuaces.

—Deberíais descansar, majestad —dijo Kaira a sus espaldas—. Habrá poco tiempo para hacerlo en los próximos días.

Janessa no se volvió, sino que cogió la empuñadura de la *Helsbayn*, lo que le dio fuerza.

—El tiempo de descansar ha terminado, Kaira —respondió, mientras sentía que una extraña sonrisa se le dibujaba en los labios—. Creo que ahora ha llegado el momento de que me ponga la armadura.

Semanas atrás, cuando Janessa lo había sugerido, Kaira pensó que engalanarla con una armadura era una necesidad. Pero ahora, cuando miraba a su protegida, la reina de los Estados Libres, se daba cuenta de su error. A pesar de su estatura, la reina Janessa presentaba una figura imponente. Pero eso no ayudaba a tranquilizar a Kaira. El enemigo estaba a las puertas. No cabía duda de que dentro de la ciudad todavía quedaban algunos que conspiraban para matarla. Ninguna armadura, por bellamente forjada que estuviera, podría mantenerla a salvo de todos los cuchillos que acechaban en la oscuridad.

—¿Cómo me veo? —preguntó Janessa, mirándose al espejo como si estuviera contemplando a una persona diferente.

Te ves como un pez fuera del agua. Te ves medio muerta de miedo y yo tendré que vigilarte como un halcón.

—Os veis preparada para encabezar vuestros ejércitos y defender vuestra ciudad, majestad —respondió Kaira. No era necesario decir lo que realmente pensaba al respecto. La reina precisaba confianza en sí misma, no la verdad.

Janessa apoyó la mano en el pomo de la *Helsbayn*, esa espada que ahora empuñaba con tanta seguridad. Pero era más que eso. La hoja parecía otorgar un poder a la muchacha, hacerla más fuerte, mucho más capaz. Cuando Kaira había tratado de levantarla le había dado la impresión de que aquella hoja no era más que un trozo de metal pobremente elaborado. En las manos de la reina cantaba.

—Me siento preparada —dijo Janessa, pero el fuerte apretón de su mano cubierta por el guantelete de la armadura sobre la empuñadura de la *Helsbayn* delataba una duda que no pronunció.

Kaira sabía que seguía siendo la jovencita abandonada por todos aquellos a quienes había conocido. Su madre y sus hermanos habían muerto a causa de la peste. Su padre había sido asesinado por el mismo caudillo que ahora amenazaba con arrasarse su ciudad. Su niño había nacido muerto y el padre del bebé llevaba mucho tiempo desaparecido. A pesar de lo impresionante que se veía con la armadura, Kaira sabía que aquella niña seguía siendo muy inocente. Seguía estando sola y todavía no había demostrado su valía. Era una niña que jugaba a ser reina y ello, en parte, le desgarraba a Kaira el corazón.

—De todas maneras, debéis permanecer a mi lado, majestad —dijo. Era la primera vez que le hablaba a Janessa con autoridad. Necesitaba que la obedeciera. El momento de decir algo apropiado había quedado atrás; así debía ser si Kaira iba a proteger a su pupila—. Siempre, pase lo que pase en los próximos días, debéis permanecer a mi lado.

La reina Janessa frunció el ceño. Kaira percibió la ira que relampagueaba tras sus

ojos. ¿Sería la *Helsbayn* lo que le infundía tamaña fortaleza, lo que la imbuía de esa actitud desafiante?

—Ya no soy una niña, Kaira. Soy una reina. Tengo que defender una ciudad. No necesito que me...

—Aún no sois una guerrera —repuso Kaira, levantando la voz más de lo que debería haberlo hecho, pero mucho menos de lo que hubiera querido.

Janessa cogió la espada y la sacó unos treinta centímetros de la vaina. Tenía la mandíbula apretada y sus ojos miraron fijamente a Kaira.

—No necesito serlo —replicó en un tono comedido, aunque Kaira percibió que la muchacha estaba esforzándose por mantener el control. Tuvo que admitir que se sentía un poco atemorizada, no por ella misma, sino por la muchacha que había jurado proteger—. Tengo esto. —Janessa agitó la hoja y luego volvió a envainarla de golpe haciendo un ruido audible.

—Esa arma abatirá a vuestros enemigos —afirmó Kaira, tratando de mantener la calma—. Pero no os protegerá de todas las espadas y las flechas. Ahora es más importante que nunca que sobreviváis. Que os mantengáis con vida para que esta ciudad pueda centrar su esperanza en alguien. Vuestra vida no puede ponerse en riesgo.

—No moriré. —Y cuando dijo esas palabras Kaira casi las creyó, se sintió casi convencida de que Janessa no moriría, no podría morir. Casi.

—La confianza en vos misma os será de gran ayuda, majestad. Pero no desviará un arma que apunte a vuestro corazón. No os hará invencible, como tampoco la espada.

—No es necesario —insistió Janessa, mientras el fuego de sus ojos se apaciguaba para ser reemplazado por una grave resolución—. Me tiene que mantener con vida solo lo suficiente como para atacar con ella a Amon Tugha.

Kaira negó con la cabeza.

—No podéis creer seriamente que podéis enfrentaros a él y salir con vida. Es un elharim y lo más probable es que haya combatido y matado a sus enemigos durante siglos. ¿Creéis que será tan fácil derrotarlo solo porque lleváis una espada bendecida por el mismo Arlor?

—Ya veremos —respondió Janessa, y Kaira percibió que su seguridad flaqueaba. A pesar de su determinación, a pesar de la fortaleza que aquella hoja parecía otorgarle, Janessa sabía que jamás sería tan fácil.

Kaira se dispuso a hablar, a decirle a esa muchacha que había que dejar la lucha en manos de soldados de verdad. Que ella aún no era una reina guerrera, pero antes de poder pronunciar palabra Janessa levantó la mano.

—Basta. Esto no tiene sentido. Ocurrirá lo que tenga que ocurrir. Solo tienes que saber que estoy preparada. Que no soy el corderillo indefenso por quien me tomas.

—Eso no es lo que creo.

Pero sí es lo que crees. Tú envolverías a esta muchacha con una armadura y la

protegerías del mundo justo cuando más se la necesita.

—No importa —dijo Janessa—. Necesito pensar, prepararme para lo que se avecina. —Se volvió hacia una ventana de su cámara que daba a una noche iluminada por el fuego del sur—. Estoy segura de que no tendremos que esperar mucho.

No dijo más y Kaira supo que acababa de ordenarle que se marchara. Eso la hirió casi tan profundamente como la hoja que Azai Dravos había usado contra ella, pero, obedeciendo de todas maneras esa orden tácita, salió de la cámara y avanzó por el pasillo.

Durante un instante fugaz Kaira sopesó la idea de quedarse al otro lado de la puerta de la cámara de la reina, aguardando allí para protegerla, a pesar de su testarudez, pero todavía quedaba mucho por hacer. Había muchos preparativos que llevar a cabo si quería protegerla, pese a lo decidida que estaba la muchacha a ponerse en peligro.

Kaira atravesó el palacio. En ese mismo momento Garret estaría preparando a los Centinelas para la defensa de la ciudad e indudablemente ella tendría trabajo que hacer. Pero unas voces elevadas hicieron que se olvidara de los preparativos. La primera que reconoció fue la de Rogan y no sintió el impulso de enterarse de lo que salía de esa lengua de seda. De todos modos, fue la segunda voz la que hizo que se paralizara, una voz que reconoció. Una voz que en otras ocasiones le había dado miedo... La de la Madre Matrona, su exseñora y representante del Templo de Otoño.

Se sintió profundamente afectada. Aquella voz había sido una presencia constante en su pasado durante todos los años en que se había entrenado en el templo para convertirse en una Doncella Escudera. Incluso ahora, que ya no lo era, todavía seguía sintiendo que le debía respeto a la anciana.

Cuando llegó al vestíbulo principal de la entrada de Skyhelm vio que estaba desierto, a excepción de esas dos siluetas. Rogan, aunque su estatura era diminuta, seguía pareciendo un gigante al lado de la anciana. La Madre Matrona miraba con furia al senescal, clavando los ojos en el hombre más alto que ella. Kaira se mantuvo en las sombras, escuchando, sintiéndose algo avergonzada por estar acechando en la oscuridad como un asaltante de caminos, pero tenía que saber de qué discutían.

—No —dijo Rogan, por una vez con un poco de emoción en su insípida voz—. Las Doncellas Escuderas deben permanecer en el interior del Templo de Otoño.

—Qué necedad —respondió la Madre Matrona, con una voz altisonante y llena de ira que a Kaira le trajo recuerdos temibles. Rogan parecía algo menos impresionado mientras ella lo regañaba—. Uno de estos días decenas de miles de khurtas se lanzarán contra las murallas de la ciudad. ¿Y vos esperáis que sus mejores combatientes se escuden tras los muros de un templo?

—El Templo de Otoño será la última línea de defensa de la ciudad. Si atraviesan la muralla, ¿dónde defenderemos a la reina? Skyhelm se eleva en medio de la ciudad, pero no es una fortaleza. El último de los defensores de la ciudad, la reina misma, debe tener un lugar donde refugiarse.

A pesar del desprecio que le inspiraba aquel hombre, Kaira creyó que sus palabras tenían sentido.

—Las Doncellas Escuderas están mejor preparadas para combatir en el frente, no como reservistas. Apostadlas en la muralla y no necesitaremos tener un lugar al que huir. Los khurtas desearán no haberse alejado jamás de sus páramos del norte cuando se enfrenten a las elegidas de Vorena.

Rogan siguió discutiendo, pero Kaira no dejó de prestarle atención cuando oyó que alguien se detenía junto a su hombro. Echó la más fugaz de las miradas y sintió una punzada en el corazón cuando se dio cuenta de que se trataba de Samina Ojofrío, su hermana, que permaneció allí en silencio.

La última vez que se habían visto, Kaira había abandonado el templo y a las otras Doncellas Escuderas. Le había dado la espalda a todos y a todo lo que había conocido. La vergüenza le ardía ahora más que nunca, aunque seguía sabiendo que había sido la decisión correcta.

Mientras Ojofrío observaba en silencio a su lado, Kaira apenas registró el diálogo entre la Madre Matrona y el senescal Rogan. Pensaba constantemente en su amiga, allí a su lado. La amiga con la que no había hablado durante las semanas que habían transcurrido desde que abandonara el Templo de Otoño para abrirse su propio camino en la ciudad.

—Ha pasado bastante tiempo —dijo Samina por fin.

—Demasiado, hermana —respondió Kaira.

Oyó el aliento susurrado de Samina. ¿Una sonrisita sarcástica, tal vez? ¿Un bufido de desdén?

—¿Hermana? ¿Sigues llamándome hermana? ¿Después de lo que has hecho? ¿Después de tu traición?

Kaira se volvió, sintiendo que las palabras de Samina le dolían como una cuchillada en el vientre.

—No he traicionado a nadie. Yo he sido la traicionada. —Mantuvo la voz baja mientras Rogan y la Madre Matrona seguían discutiendo—. Me usaron como una herramienta, como un arma. Serví con honor y no me trataron mejor que a un mueble. Que a un esclavo.

—Todas somos esclavas de la voluntad de Vorena. ¿O ya lo has olvidado?

—Sigo al servicio de Vorena. Y estoy al servicio de esta ciudad. Que no lo haga en calidad de Doncella Escudera no significa que haya olvidado mis juramentos. Los juramentos que hicimos juntas.

Samina negó con la cabeza.

—Tú sirves a tu reina, Centinela. Ni a esta ciudad ni a su gente. —Kaira movió la cabeza para negarlo, pero tal vez había un poco de verdad en eso. Tal vez todo el tiempo en que creía haber seguido los principios de las Doncellas Escuderas a su manera, en realidad se había limitado a defender la vida de una muchacha.

—¿Recuerdas cuando éramos niñas? —continuó Samina, antes de que Kaira

podiera pensar cómo responder—. ¿Recuerdas que tú eras siempre la que hacía lo correcto? Siempre eras tú la que nos dirigía en las oraciones. Siempre la que presionaba para que sirviéramos a nuestra diosa. Para que sirviéramos al Templo de Otoño. Y ahora has traicionado todo aquello. Lo has dejado atrás como polvo del camino.

—No... Yo... —Kaira quería negarlo. Explicar que jamás había sido su intención abandonar a sus hermanas, abandonar a Vorena, pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

Rogan y la Madre Matrona habían terminado su debate. Cuando la Madre Matrona se volvió para marcharse vio a Kaira allí. Su mirada no dejó traslucir nada. En ese momento Kaira habría preferido su desprecio, su ira... algo. Lo único que recibió fue un gesto de completa indiferencia que le dolió más que una bofetada en la mejilla.

Samina caminó en silencio al lado de la anciana quien, por su parte, ni siquiera se dignó a mirar a Kaira por segunda vez. Se dio la vuelta y salió del palacio. Después de su partida, Kaira se quedó un rato en el extremo del vestíbulo. Ni siquiera se dio cuenta de que también Rogan se había marchado.

¿Había sido realmente una traición? ¿En verdad había abandonado a Vorena y a sus hermanas?

¿Acaso importaba? En los próximos días es muy posible que esta ciudad caiga, de modo que ¿a quién le importará entonces? No le des más vueltas. Todavía hay mucho por hacer antes de que debas flagelarte por esto.

Kaira avanzó hacia las inmensas puertas de Skyhelm, decidida a volverse útil, pero antes de poder hacerlo entró el capitán Garret en compañía de dos Centinelas. Tenía el ceño fruncido, un gesto de severidad en el rostro, y Kaira se detuvo a su lado.

—Capitán —empezó a decir, pero Garret levantó una mano para hacerla callar.

—Ahórratelo —respondió sin aminorar el paso—. Tu lugar es junto a la reina.

—Pero todavía queda mucho por hacer antes de que los khurtas empiecen a moverse.

Garret se detuvo y se volvió hacia ella.

—Si hay algo que no hayamos hecho hasta ahora, es demasiado tarde. Los khurtas están avanzando.

La taberna estaba tan atestada como todos los infiernos. Rag permaneció a un lado, observando a los hombres de Bastian sumidos en sus tareas. Limpiaban y afilaban sus armas como si fueran preciosas alhajas, o jugaban a las cartas en silencio, pasando monedas de un lado a otro como si el dinero careciera de valor. Algunos preparaban comida y tomaban sus bebidas, pero no parecían obtener placer alguno de ello, como si no pudieran sentir el sabor de nada.

Habían llegado tres días atrás. Habían entrado descaradamente, como si fueran jefes, y no habían dicho nada a nadie. Shirl, Yarrick y Essen no supieron qué hacer ni decir y, afortunadamente, decidieron no hacer nada. Incluso Harkas se apartó de su camino y los dejó seguir a lo suyo. Ni siquiera ese grandullón iba a meterse con aquellos depravados.

Lo que en realidad era comprensible, puesto que se trataba de los mejores hombres de Bastian, el jefe del Gremio; inescrupuloso y letal y solo interesado en lo que podía hacerle obtener algún provecho. Uno no se volvía tan poderoso sin rodearse de los asesinos más salvajes de la profesión.

Bastian les había dicho que «estuvieran listos». Le había prometido a Rag que tendría la oportunidad de demostrar lo que valía, pero por el momento ella no había hecho otra cosa que permanecer allí tratando de no intervenir. Se cocía algo, de eso no había duda. Solo se trataba de saber qué y si ella quedaría atrapada en lo que fuera. Con la suerte que había tenido últimamente, lo más probable era que acabara metida hasta el cuello en el asunto.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —murmuró Shirl desde las sombras—. Deberíamos habernos marchado hace tiempo.

—¿Adónde? —preguntó Essen. Su irritación con las quejas constantes de Shirl había crecido en los últimos días—. No hay sitio al que podamos ir donde Bastian no nos encontrara. Y, por si no te has dado cuenta, hay unos cuarenta mil khurtas acampando justo al norte de la ciudad. Supongo que ellos también tendrán hambre y están esperando que un gordo cabrón les pase cerca para poder darse un buen festín.

Shirl cerró la boca. Parecía en partes iguales enfadado y temeroso de la reprimenda de Essen.

Rag no pudo evitar sentir pena por Shirl. No pudo evitar pensar que tal vez tuviera razón. ¿Quién podía decir si tratar de escapar era más o menos peligroso que quedarse? Con toda probabilidad, uno de los hombres de Bastian les clavaría un puñal en la nuca antes de que algún khurta tuviera la oportunidad de hacerlo.

Se abrió la puerta trasera de la taberna no con un golpe, sino con un susurro de bisagras. De todos modos, los presentes se quedaron inmóviles. Rag vio que algunas de las manos se dirigían a las hojas mientras otras solo se paralizaban. En cierta

manera, ella supuso que serían los Casacas Verdes que iban a arrestarlos a todos, pero en lo profundo de su ser sabía que estaban demasiado ocupados con lo que aguardaba al otro lado de las murallas de la ciudad como para molestarse con lo que sucedía en el interior de una taberna de las calles apartadas.

Pero lo que entró era más temible que cualquier Casaca Verde.

Bastian la sobresaltaba cada vez que posaba los ojos en él. Era un sobresalto que nunca la abandonaba, una fría pica clavada en la espalda que siempre estaba allí, acechando como un gato callejero. Cuando lo vio recordó que seguía en el mismo sitio, que ella vivía en tiempo prestado y que ese degenerado cadavérico era el que se lo prestaba.

Él avanzó hacia el centro del salón y sus hombres simularon estar ocupados. Los fríos ojos de Bastian recorrieron la taberna y Rag sintió que el corazón empezaba a hundírsele cuando pasaron por encima de todos esos tipos ágiles y letales hasta que al fin se detuvieron sobre ella. Él la miró fijamente unos instantes, con ojos opacos, y Rag supo que había ido a buscarla.

Será mejor que no lo hagas esperar, Rag. Deberías saberlo.

Cruzó la taberna tan lentamente que casi le dolió. Rag había visto cómo colgaban a un hombre en una ocasión. Lo había visto avanzar hacia la horca a un paso de caracol como si quisiera estirar cada uno de sus últimos momentos en la Tierra y extraer la mayor cantidad de vida posible. Mientras avanzaba por la taberna en dirección a Bastian, Rag empezó a darse cuenta de cómo debió de haberse sentido aquel pobre desgraciado.

Bastian la observó todo el tiempo hasta que Rag se colocó delante de él, contemplándola como un ave gigantesca a punto de comerse un gusano. Ella le devolvió la mirada. No quería hablar, pero necesitaba saber qué demonios quería.

Entonces Bastian sonrió.

La sonrisa se veía horrible en ese rostro esquelético; le abría una brecha en la piel pálida y dejaba al descubierto unas hileras de dientes amarillos como pergaminos viejos.

—Tengo un trabajo para ti —anunció con una voz que crujía como la tapa de un ataúd. Luego dejó la frase en el aire tanto tiempo que ella casi tuvo que preguntarle de qué se trataba. Pero Rag sabía que no debía hacerlo. *No hables hasta que te dirijan la palabra si quieres conservar la lengua*—. Alguien espera —continuó Bastian—. Al otro lado de Las Balsas. Es importante que se les transmita un mensaje. Necesito a alguien sigiloso. Alguien que pase inadvertido. Alguien insignificante. Naturalmente, pensé en ti.

Muchas jodidas gracias.

—Sí —susurró Rag—. Ningún problema.

—Esa es la respuesta correcta —dijo Bastian, al tiempo que buscaba en su chaqueta y extraía un pergamino sellado con cera negra. Se lo pasó y ella lo cogió con la mano. Mientras tiraba del pergamino se dio cuenta de que él seguía

aferrándolo con fuerza—. No. La. Cagues —pronunció cada palabra con tanta intensidad que era como si se las clavara en la oreja. Luego soltó el pergamino y dejó que ella lo cogiera.

—No lo haré —respondió Rag, sonando pequeña y asustadiza como un ratón, pero, en realidad, ¿cómo demonios se suponía que debía sonar?—. Pero ¿cómo sabré qué buscar?

Mierda, Rag, no hagas preguntas. ¿Estás tratando de que te maten?

Bastian la examinó con sus ojos inexpresivos, como si estuviera meditando si la pregunta era lo bastante importante como para responderla.

—No te preocupes —dijo—. Ellos te encontrarán a ti. Tú asegúrate de llegar al otro lado de Las Balsas y de no perder el mensaje.

—No lo haré —respondió Rag, y lo decía muy en serio. En ese momento preferiría perder su propia cabeza, aunque si cometía un error eso sería exactamente lo que sucedería.

Bastian no dijo nada más. No reconoció su presencia ni le deseó suerte ni nada por el estilo. Se limitó a darse la vuelta y salir de allí, con los hombres más aguerridos que Rag había visto en su vida apartándose de su camino como si midiera tres metros y estuviera cubierto de púas.

Una vez que se marchó, Rag regresó a su rincón de la habitación, sin ánimo de estar en el camino de nadie. Miró el pergamino que aún tenía en la mano. El sello negro no decía nada, el papel crujía. Por un momento se le cruzó un pensamiento suicida y casi sopesó la idea de abrir el sello y echar un vistazo. ¿Quién lo sabría, a fin de cuentas? Cuando finalmente lo entregara al otro lado de Las Balsas podría decir que había ocurrido por accidente.

Pero ¿y si Bastian se enteraba? Y ella sabía que lo haría, él tenía sus métodos. Su vida no valdría nada.

—¿Qué es eso?

Rag se volvió y vio a Yarrick, que miraba el pergamino que tenía en la mano.

—Un mensaje —contestó—. Bastian me lo dio para que lo entregue al otro lado de Las Balsas.

Yarrick enarcó una ceja, mitad impresionado y mitad claramente aliviado de que no le hubieran encomendado la misión a él.

—¿Qué hay dentro?

—No lo sé. —Le pasó el pergamino—. Pero eres libre de abrirlo y echar un vistazo.

Yarrick levantó las manos como si se rindiera.

—Ni que estuviera loco —dijo—. ¿Para quién es?

—Eso tampoco lo sé —respondió Rag—. Pero Bastian supone que habrá alguien esperando al otro lado de Las Balsas y que me reconocerá cuando me vea.

—A mí me suena terriblemente sospechoso —comentó Yarrick con una insinuación de compasión en la voz.

—¿Hay algo aquí que no sea sospechoso? —Rag señaló con un gesto la taberna y la reunión de maníacos afilando sus armas a la espera de problemas.

Yarrick expresó su acuerdo con un gesto de asentimiento.

—¿Cuándo te vas?

—Creo que tan pronto como pueda. No tiene sentido quedarme por aquí.

—Entonces supongo que será mejor que te acompañe. —Aunque en el momento en que lo decía Rag pudo percibir la duda en la voz.

—Bastian me asignó esta tarea a mí. No hace falta que tú también te arriesgues.

Yarrick se encogió de hombros.

—Parece igualmente arriesgado quedarme aquí. —Miró con expresión temerosa la taberna llena de asesinos.

Rag no pudo discutir esa lógica. Tampoco se negaría a tener compañía. Tal vez ella sola sería más adecuada para la tarea, más capaz de moverse sin ser vista y cumplir el encargo, pero en lo profundo sabía que se sentiría mejor con alguien guardándole las espaldas, incluso aunque fuera solo Yarrick.

—Bien, de acuerdo. Vámonos.

Con esas palabras ambos emprendieron la salida de la taberna, sin que ninguno se atreviera a mirar a los hombres de Bastian a los ojos, por si acaso. Shirl la miró, abrió la boca con una pregunta en los labios, pero Rag negó con la cabeza y Shirl entendió el mensaje, volvió a sentarse en su silla y se quedó en silencio.

En la calle estaba poniéndose el sol y un olor a humo y fuego llegaba con la brisa marina proveniente del sur. Estaba extrañamente silenciosa, como si todos estuvieran escondidos esperando la oportunidad para dar un salto delante de ella y gritar «¡Sorpresa!» como si estuvieran en una maldita fiesta.

—¿Qué narices ocurre? —preguntó Yarrick, quien también presentía que algo andaba mal.

—Espera aquí —dijo Rag, y avanzó hacia una capilla derruida que estaba al otro lado de la calle, enfrente de la taberna.

Era uno de esos edificios viejos, un lugar de adoración para los Dioses Viejos, abandonado desde hacía mucho. En aquellos días los construían altos, y Rag esperaba que le ofreciera una posición lo bastante estratégica como para ver qué pasaba.

El ascenso no tardó mucho; la vieja mampostería le proporcionaba suficientes puntos a los que asirse y llegó a la cima casi de inmediato. Desde el tejado alcanzaba a ver la mayor parte de la ciudad, desde el ennegrecido espigón al sur hasta la Puerta de Río y más allá, hacia el norte.

Rag se aferró con más fuerza a la mampostería. En la muralla, a lo largo de las almenas septentrionales, había una gran cantidad de hombres con armaduras, todos observando la llanura que estaba al otro lado. Tras ellos, llenando la llanura, se veía una horda inmensa avanzando hacia la ciudad. Unas antorchas ardían en la noche, mostrando lo numerosa que era la masa de salvajes que se acercaban a Steelhaven. En medio de las huestes había unas máquinas enormes —catapultas, torres de asedio,

arietes y artefactos cuyos nombres Rag ni siquiera conocía— que avanzaban hacia el sur como si nada pudiera detenerlas.

Miró todo el tiempo que se atrevió hasta que se dio cuenta de que tenía la boca abierta y que los dedos comenzaban a dolerle de tanto apretar la piedra. Casi con la misma velocidad con que había subido volvió a la calle, donde Yarrick la aguardaba.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Qué ocurre?

Ella lo miró, con las manos temblorosas por el esfuerzo y el miedo.

—Necesitamos irnos ahora mismo, mierda, eso es lo que ocurre.

Cuarenta mil depravados khurtas se apiñaban fuera de la ciudad, gritando, rebuznando y montando un escándalo de mil demonios. A lomos de su caballo, Merrick presenciaba el tremendo estrépito que causaban, sin nada que se interpusiera entre él y ellos salvo unos cien metros de llanura oscura y cubierta de hierba.

Tenía que admitir que había pasado mejores anocheceres haciéndose apalear en las tabernas del Dockside.

El caballo relinchó e hincó las patas en el suelo, nervioso. Merrick lo palmeó para tranquilizarlo pero no sirvió de mucho.

¿Y tú te crees nervioso, maldición? Yo tenía planes, ambiciones. ¿Tú qué tenías, aparte de una cebadera delante y una pila de mierda detrás?

A su lado, a la izquierda, estaba Tannick. No había hablado, pero era evidente que el viejo quería mantenerlo cerca, tal vez para cuidarlo y asegurarse de que algún día fuera capaz de coger aquella condenada espada, o tal vez solo para asegurarse de que no avergonzara a la Guardia del Guiverno y el apellido. En ambos casos, el hecho de que su padre estuviera tan próximo a él le daba a Merrick un extraño consuelo.

La Guardia del Guiverno había salido cuando los khurtas llegaron. Unos pocos cientos de hombres cabalgando al trote para enfrentarse a una horda de cuarenta mil. Los salvajes estaban formados delante de ellos y habían permanecido allí, gritando, a menos de cuatrocientos metros de la muralla de la ciudad. Cada tanto algún arquero khurta les disparaba al azar y su flecha silbaba por encima de sus cabezas o chocaba contra algún escudo, pero aparte de eso se contentaban con quedarse allí y gritarles. Del gran Amon Tugha no había señales y eso a Merrick lo tranquilizaba bastante. A los salvajes aulladores podía soportarlos; un gigante inmortal de las Riverlands tal vez fuera un enemigo excesivo.

—¿Los veis? —gritó Tannick por encima del estrépito—. Han venido a conquistar la ciudad. A probar que son los cabrones más duros y letales de todos los rincones del mundo. Miradlos. —Los señaló con un brazo que movió de izquierda a derecha para abarcar todo el frente khurta. Mientras lo hacía, una flecha pasó silbando junto al casco alado que llevaba en la cabeza, pero Tannick no se inmutó—. Han venido al sur para probar su poder. Para probar que son los mayores asesinos que hayan visto los Estados Libres. Y nosotros vamos a demostrarles que se equivocan.

Esta vez fue el turno de la Guardia del Guiverno de lanzar un aullido. Merrick tuvo que admitir que las palabras de su padre lo estimularon un poco, pero no conseguía compartir la alegría de su tropa.

Desde la masa de khurtas surgió una silueta que portaba un estandarte. Se abrió paso y lo clavó delante de las líneas khurtas, como si estuviera tentando a sus enemigos con ese premio. En la penumbra, Merrick alcanzó a ver la figura de un

dragón rojo en un prado amarillo, a pesar de lo quemada y sucia que estaba la bandera. El estandarte de Dredun, allí, en las manos del canalla enemigo. Merrick jamás se había considerado un patriota; la mayor parte del tiempo no sentía el menor interés en la lealtad a reyes y países, pero ver ese estandarte en las manos de un salvaje extranjero le hizo querer escupir su ira. Habían bajado de las estepas del norte y habían avanzado hacia el sur violando y asesinando y quemando todo a su paso. Ese estandarte era un símbolo de la carnicería que habían dejado en su camino, de los inocentes masacrados innecesariamente. Ni siquiera Merrick podía aceptar algo así.

Tannick espoleó a su caballo, asió las riendas con fuerza y avanzó unos metros. Volaron más flechas, pero ninguna dio en el blanco.

—¡Hijoputa! —aulló Tannick por encima de la bulla. Merrick vio que Cormach levantó los ojos y miró con entusiasmo desde debajo del casco cuando el lord mariscal señaló las huestes khurtas—. Tráeme esa bandera.

Cormach dijo algo al tiempo que desenvainaba la espada, palabras que sonaron similares a «¡Era hora, mierda!», pero Merrick no pudo distinguir las del todo. Entonces clavó las espuelas en su cabalgadura. El corcel se encabritó y a continuación se lanzó al galope, alejándose de la Guardia del Guiverno y dirigiéndose hacia los cuarenta mil khurtas.

Merrick lo observó con los ojos bien abiertos. O bien era lo más valiente que había visto o lo más demencial.

Nunca te atraparán haciendo algo así, ¿verdad, Ryder? Tú permanece en medio de la multitud; cuídate las espaldas. No te molestes en arriesgar la vida por nadie.

Cormach galopó hacia el enemigo, mientras el suelo se llenaba de flechas que se clavaban alrededor de las patas de su caballo. Los atacantes de la primera línea empezaron a gritar frenéticamente, como si estuvieran alentándolo, esperando el momento en que pudieran matar a uno de esos desafiantes y arrogantes caballeros de la Guardia del Guiverno.

Va a morir. Lo van a derribar con una andanada de flechas o una tormenta de cuchillos y tú te quedarás allí mirando. Pero, por otra parte, ese desgraciado nunca te cayó bien.

Merrick se dio cuenta de que estaba aferrando con más fuerzas las riendas y que su mano se deslizaba hacia la empuñadura de su espada. Sintió que el estómago se le encogía de excitación viendo a Cormach Hijoputa cabalgar hacia la muerte más gloriosa que jamás presenciaría.

Ni se te ocurra, Ryder. Tú no estás hecho para nada de estas mierdas de valientes. Eres un cobarde egoísta y eso lo sabe todo el mundo. ¿Qué crees que demostrarás si te haces matar?

Su espada salió de la vaina con un tintineo. Se sentía bien en la mano. Con hambre. Él mismo sentía esa hambre. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Merrick clavó las espuelas en los flancos de su corcel y empezó a gritar al máximo volumen de su voz. No tenía idea de lo que decía, podría haber sido algo relacionado con la

gloria de la Guardia del Guiverno, podría haber sido un sinsentido ininteligible. En cualquier caso, le sirvió para hacer a un lado el temor y, cuando su caballo se lanzó al galope, apretó las suelas para no salir despedido de la montura.

Alguien gritó tras él. ¿Sería Tannick? ¿Serían palabras de aliento? Lo más probable era que fueran una reprimenda por tamaña idiotez. Fueran lo que fuesen, Merrick las ignoró y galopó por la llanura vacía, cabalgando como un loco hacia aquellos innumerables asesinos salvajes dispuestos a clavar su cabeza en una pica.

¿Qué diablos estás haciendo, Ryder? ¡Vas a morir!

Merrick apretó los dientes, con el escudo que llevaba al brazo golpeándole el muslo y la espada en la mano apuntando hacia el enemigo.

Vio que más adelante Cormach ya casi había llegado a la primera línea. El khurta que estaba delante con la bandera de Dredun lo incitaba a avanzar, gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Cormach se colgó el escudo sobre el hombro y Merrick alcanzó a ver la masa de flechas que sobresalían de él. Cuando llegó a menos de diez metros del frente khurta, un grupo de salvajes corrió hacia delante, con las lanzas listas. Cormach tiró de las riendas, haciendo girar su corcel y frenándolo justo delante del que llevaba el estandarte. Un movimiento de su espada acalló los gritos del khurta, que se desplomó en silencio. Antes de que el estandarte de Dredun pudiera caer, Cormach lo cogió con la mano libre.

Los hombres empujaban sus lanzas contra él pero el brazo con que Cormach llevaba la espada parecía predecir cualquier ataque por caprichoso que fuera y las apartaba a un lado con un coro de tintineos metálicos. Le propinó un puntapié a su caballo y este, que parecía obedecer instintivamente todas las órdenes de su jinete, retrocedió.

Merrick siguió galopando. Ya había dejado de gritar; su voz se había vuelto ronca. De todas maneras, no le habría servido de nada; el ruido que resonaba desde las inmensas filas de khurtas lo había cubierto varios metros atrás.

En su mano, la espada seguía mostrándose entusiasta. La necesidad de atacar — de probarse a sí mismo ante su padre, ante la Guardia del Guiverno y más que nada ante el canalla de Cormach— lo dominaba por completo.

Pero antes de que Merrick pudiera llegar hasta el enemigo, Cormach ya había vuelto a espolear su caballo. Este se encabritó, se apartó con un salto de las lanzas khurtas y se lanzó a toda velocidad en dirección a la ciudad.

A esa altura los khurtas habían llevado a más arqueros al frente y una lluvia de flechas siguió los pasos de Cormach. Merrick aminoró la velocidad de su cabalgadura y levantó el escudo, al tiempo que negras saetas caían a su alrededor. Dos de ellas penetraron en su escudo y otra se desvió al chocar contra la armadura de su caballo. Cuando levantó la mirada por detrás del escudo, vio que Cormach ya estaba casi encima de él.

—¡Dirección equivocada, condenado idiota! —le gritó Cormach cuando galopó a su lado.

Merrick tiró de las riendas para hacer volver a su caballo y lo siguió lo mejor que pudo.

Bien hecho, Ryder. Has demostrado que eres un completo imbécil. Pero no te preocupes, difícilmente alguien se habrá dado cuenta.

Cormach le llevaba varios metros de ventaja y llovían más flechas alrededor de ellos. Por encima de los alaridos de los khurtas, Merrick de repente oyó un chillido inhumano cuando el corcel de Cormach cayó, con una flecha negra sobresaliendo de su flanco. Cormach también cayó, rodó junto a su caballo y el estandarte de Dredun se le soltó de la mano.

Merrick tiró con fuerza de las riendas y frenó a su cabalgadura al tiempo que Cormach se incorporaba, desorientado. Había perdido el casco y miraba a su alrededor, desesperadamente, tratando de encontrar el estandarte.

—Vamos —aulló Merrick, extendiendo la mano.

Cormach no le prestó atención, encontró el estandarte, lo recogió y echó un vistazo al frente khurta. Dos flechas más cayeron a sus pies con un siseo y le pasó el estandarte a Merrick.

—Cógelo —dijo. No había temor ni duda; como si estuviera dispuesto a permanecer allí y morir. Como si una bandera fuera más importante que su vida.

—¡Sube al caballo! —gritó Merrick, incapaz de reprimir el pánico de su voz—. ¡Antes de que nos ensarten!

Cormach le devolvió la mirada mientras más flechas volaban por encima de su cabeza. Lo miró con desprecio, como si se estuviera dando cuenta de que Merrick le salvaría la vida y prefiriera que los khurtas lo destriparan antes de sufrir tamaña indignidad.

Justo cuando Merrick estaba a punto de espolear su caballo y dejar allí a ese desgraciado, Cormach cogió la mano tendida y se montó tras él.

Los gritos de los khurtas se hicieron más fuertes cuando vieron que su presa se alejaba. Más flechas se hundieron en la tierra en torno a Merrick y Cormach, pero estaba claro que no había un solo arquero decente entre los khurtas. Merrick espoleó su caballo con más fuerza, desesperado por poner la mayor distancia posible entre él y los khurtas hasta que finalmente regresó a las filas de la Guardia del Guiverno, respirando tan rápido como su corcel.

Tiró de las riendas del caballo justo delante de Tannick y miró a su padre, quien le devolvió una mirada de furia bajo el casco alado. Alcanzó a ver hombres que lo aclamaban desde lo alto de las murallas, levantando las espadas y arcos en triunfo, como si le hubiera cortado la cabeza al mismísimo Amon Tugha. Merrick les prestó poca atención; estaba demasiado interesado en la reacción de su padre. «Te quiero cerca de mí —le había dicho este—. No debes sufrir ningún daño». Bien, estaba claro que Merrick no le había hecho mucho caso.

Cormach bajó de un salto del caballo y le presentó el estandarte deldrunés al lord mariscal, quien lo cogió con una mano y lo contempló con reverencia durante un

momento, antes de levantarlo por encima de su cabeza.

—¡Bien, muchachos —gritó—. Creo que hemos dejado clara nuestra postura!

Con esas palabras, hizo girar su caballo y emprendió el regreso hacia la Puerta de Piedra.

Merrick sintió que el corazón le latía tanto que iba a salirse del pecho, que la sangre le retumbaba en los oídos. Mientras seguía a su padre se dio cuenta de que le temblaban las manos y apretó con fuerza las riendas de su caballo para tratar de apaciguarlas.

¿Estás satisfecho, Ryder? ¿Ahora que has demostrado que estás tan loco como todos los demás?

A pesar de sentir júbilo por lo que acababa de hacer, también lo alivió el hecho de que estaban regresando a la ciudad una vez más. Después de haberse visto casi cara a cara con la totalidad de la horda khurta, le alegraba que hubiera tres metros de muralla que los contuviera. Tal vez había probado su valor frente a la Guardia del Guiverno, tal vez había arriesgado la vida por una bandera montada en un palo, pero de todas formas todavía no quería morir.

Cuando atravesó la puerta la ovación fue casi ensordecedora. Los hombres cantaban el nombre de la Guardia del Guiverno y por primera vez Merrick logró ver el método que se escondía tras la locura de su padre. La noticia de su hazaña se esparciría por toda la muralla y atravesaría la ciudad. Le habían quitado un trofeo a los khurtas. Se los podía vencer. Y la Guardia del Guiverno ni siquiera había tenido que lanzarse gallardamente sobre las filas del enemigo para demostrarlo.

Antes de que él mismo se diera cuenta, Merrick detuvo su caballo junto al de su padre. Tannick lo miró de reojo y Merrick se percató de que el viejo no parecía muy contento.

Pero ¿qué esperabas, Ryder? ¿Un abrazo y un beso? ¿Que te preguntara si todo estaba bien? ¿Si esos desagradables khurtas te habían lastimado con sus horribles flechas?

—Te dije que te quedaras a mi lado, muchacho —dijo Tannick—. Acabas de arriesgar tu vida innecesariamente.

—Sí, lord mariscal, pero...

—Pero nada. Vuelve a desobedecerme y te haré azotar. No me importa cuán escasos de hombres estemos.

—Sí, lord mariscal.

—Además de eso, buen trabajo.

Merrick dejó que las palabras flotaran en el aire un momento, casi incapaz de reconocer el elogio de su padre.

—¿Buen trabajo?

Tannick lanzó una carcajada.

—Por supuesto, buen trabajo. Cormach estaría muerto de no ser por ti. El estandarte de Dredun se habría perdido. Habría tenido que mandar más hombres si él

caía. Has mostrado valentía. Iniciativa. Has estado bien, muchacho. —Tannick se inclinó por encima de su montura y el cálido gesto desapareció—. Pero no vuelvas a desobedecerme.

—No lo haré —respondió Merrick—. Pero fue Cormach quien cabalgó hasta el frente khurta. Él recuperó el estandarte. Si hubiera que elogiar a alguien por su valentía, sería a él.

Tannick negó con la cabeza.

—El Hijoputa no es valiente, muchacho. La valentía nace del miedo. Tienes que superar el miedo para mostrar coraje. Cormach Hijoputa no le teme a nada. Y obedece sin preguntar... Algo que tú podrías aprender de él.

Merrick asintió con un gesto, aunque aún quedaba por verse hasta qué punto se tomaría las palabras de su padre al pie de la letra.

Antes de que pudieran desmontar, se aproximó el mariscal Farren, escoltado por varios Caballeros de la Sangre.

—Eres un tonto, Ryder. —Ladró Farren—. Arriesgar a tus hombres así. ¿Y qué has logrado, salvo estimular a los khurtas y generar un frenesí?

—No son los únicos a los que he estimulado —respondió Tannick, al tiempo que le lanzaba el estandarte deldrunés a Farren, quien lo cogió en el aire—. Mira a tu alrededor. Estos hombres están dispuestos a luchar y eso significa que esta ciudad tiene un brillo de esperanza. He probado que no hay nada que los khurtas tengan que no podamos quitarles. —Señaló con un gesto a los combatientes que gritaban ovaciones a su alrededor—. Estos hombres piensan que podrían ganar. Así que asegúrate de colocar esa bandera donde todos puedan verla. La primera victoria de este día es nuestra.

—Estás loco. Has puesto en peligro a tus hombres por un estandarte.

—Solo a dos de mis hombres —replicó Tannick—. Ambos han salido ilesos. Y uno de ellos es mi propio hijo. —El mariscal Farren miró de reojo a Merrick, quien hizo lo que pudo para ofrecer un aspecto imponente ante esa mirada que no dejaba de guiñar.

—Entonces sois una familia de locos —respondió Farren antes de marcharse. Al hacerlo, pasó el estandarte a las manos de uno de sus caballeros, mascullando maldiciones para sus adentros.

Sin tener nada más que decir, Tannick desmontó y un escudero acudió a coger las riendas de su semental. Merrick se quedó sentado un momento, aliviado de que el temblor de las manos se hubiera apaciguado. Por ahora estaba a salvo y se había convertido en un verdadero y condenado héroe, pero estaba seguro de que habría bastantes oportunidades más de demostrar que era un idiota o un cobarde en las noches siguientes. Tal vez esa misma noche.

Pasó una pierna sobre la cabalgadura y desmontó, para encontrarse con que alguien ya estaba cogiendo las riendas del caballo. Cormach Hijoputa lo miró con furia, como si Merrick acabara de untar con excrementos su brillante peto.

—No creas que esto nos hace amigos —dijo, sin dejar de mirar fijamente a los ojos de Merrick, como desafiándolo a que se enfadara.

—No te preocupes, ya lo sé —contestó Merrick.

Sin decir otra palabra, Cormach se volvió y se marchó.

—Y realmente, no hace falta que me des las gracias —dijo Merrick en voz baja a las espaldas de Cormach.

En voz muy pero que muy baja.

Alcanzó a divisar la ciudad en llamas desde más allá del lejano horizonte incluso antes de que el vigía de la embarcación avistara la tierra. Una nube negra se elevaba en el cielo claro y nítido, un faro que podía verse desde varios kilómetros de distancia sobre el plano océano. Había sido un trayecto tortuoso, pero se sentía algo aliviado por el hecho de que ya estuviera por llegar a su fin.

Río jamás tendría que haberse marchado de Steelhaven. Había perdido la cuenta de las veces que se había maldecido por su necedad. Pero lo habían engañado. Su hermano, Bosque, le había mentado; le había dicho que su Padre cumpliría su parte del trato y dejaría con vida a Jay. Y por eso, como un tonto, había seguido adelante con el plan de aniquilar a más hombres de los que podía contar para asegurarse de que los barcos armados de Amon Tugha fueran enviados al norte, a la ciudad de Steelhaven. Pero Bosque y el Padre de los Asesinos no habían cumplido su parte del pacto y su propio hermano había ido a matar a Río una vez que este hizo lo que se esperaba de él.

Cuando Río se enteró de la traición en Aluk Vadir, le pareció que fingir ser un marino a bordo de esa embarcación era la manera más veloz de regresar al lado de ella. Ahora que se aproximaba a su objetivo, le daba la impresión de que avanzaban cada vez más despacio.

Por cada hora que pasaban en el mar, Río sentía que el corazón se le hundía más y más en el pecho. ¿Y si llegaba demasiado tarde? ¿Y si el Padre de los Asesinos ya había matado a su amor? ¿Y si Amon Tugha ya había arrasado la ciudad y le había arrancado el corazón ante las ovaciones de sus huéspedes?

Río se aferró a la proa, mirando hacia delante fijamente, casi tratando de obligar al viento, por pura fuerza de voluntad, a hinchar las velas. Solo habían pasado unos días desde que habían zarpado, pero le parecían meses. Desde que se había infiltrado en el buque de suministros en el puerto de Aluk Vadir, desesperado por regresar a Steelhaven, cada día se estiraba y se hacía más largo que el anterior y a cada hora que pasaba Río se sentía más indefenso. A bordo de la embarcación se había mantenido ocupado desempeñando las tareas de un marinero. No le había resultado difícil aprenderlas y nadie parecía darse cuenta de que era un rostro no familiar y con poca experiencia como marinero y, si se percataban, tampoco parecía importarles. No le habían hecho preguntas y Río suponía que pocos de los hombres que estaban a bordo se conocían entre sí, ya que habían sido contratados aquí y allá para completar la dotación de la flota.

—No te preocupes —dijo una voz a sus espaldas, y Río se volvió para ver al primer oficial de cubierta contemplando la ciudad, igual que él—. No nos acercaremos lo bastante como para estar en peligro.

Río no había hablado con nadie desde que había embarcado. Consideraba que era mejor reservarse sus opiniones antes de arriesgarse a que algo lo delatara, y el tono familiar de aquel hombre lo hizo recelar de inmediato. Ya conocía a todas las caras que estaban en el barco, pero aquellos hombres no eran sus amigos. Habían ido a colaborar en el saqueo de Steelhaven. Lo supieran o no, seguían siendo sus enemigos.

—No estoy preocupado —respondió Río. *Al menos, no por mí.*

—Una vez que hayamos entregado los barriles de brea y las provisiones emprenderemos el regreso —continuó el marinero, como si Río no hubiera hablado—. Es una pena, por otra parte. Debe de ser todo un espectáculo ver caer esta ciudad.

Río se apretó con más fuerza a la borda al oír ese comentario, pero no dijo nada. Todavía no estaba lo bastante cerca de la ciudad. No podía arriesgarlo todo en un arranque de ira.

—¿Cómo sabes que caerá? —preguntó—. Steelhaven está bien defendida. Hará falta más que lanzar fuego desde el mar para quebrar sus murallas.

—Sí que caerá. —El hombre hizo un gesto distraído en dirección a la ciudad—. Amon Tugha atacará desde el norte. En este mismo momento estará formando a sus khurtas para el asalto, si es que no está ya atacando la puerta principal. Supongo que debe de ser algo digno de verse.

Río contempló mientras se aproximaban y vio otra bola de fuego que iluminaba el cielo oscurecido. Parecía que la ciudad sería atacada por todos los frentes y no había más que un responsable de ello.

Amon Tugha. El caudillo que ejercía una influencia tan fuerte sobre el Padre de los Asesinos. El que había ordenado la muerte de la reina Janessa. *Jay. Ella se llama Jay.* Quería arrasarlo la ciudad y acabar con la vida de todos los que estaban dentro. Mientras Río siguiera respirando, jamás podría permitir que el elharim tuviera éxito. Tenía que concentrarse, prepararse. Si iba a salvar a Jay necesitaría todo su ingenio y su habilidad.

La noche cayó mientras se acercaban aún más a la ciudad. Para cuando tuvieron los buques de artillería a la vista, lo único que se alcanzaba a ver de Steelhaven era una silueta oscura contra el horizonte. A bordo de cada uno de los navíos que los esperaban ardían braseros de hierro, todos alimentados al máximo para que sus llamas encendieran los proyectiles empapados en brea.

Cada uno de los barcos de suministros avanzaba hacia un navío artillero que lo aguardaba y Río se mantuvo en su puesto pacientemente, *como un pescador en la orilla.* Bajo la túnica llevaba sus armas, que había mantenido ocultas con grandes esfuerzos durante los últimos días. Observó cómo los marineros de cubierta se ocupaban de sus tareas, recogiendo las velas y disponiendo cabos para amarrarse a los buques de la artillería. Este sería el punto más próximo a la ciudad al que llegarían.

Era el momento.

Lanzaron el primer cabo y un marinero a bordo del buque artillero adyacente lo

atrapó con habilidad; luego otro, que amarraron rápidamente a una de las cornamusas del navío. Río ya se había colocado detrás del piloto, junto al timón de su propio barco. Días atrás le habían dicho su nombre, lo había observado mientras reía y apostaba con los otros marineros. Parecía un hombre bastante inofensivo y Río le había oído contar historias sobre la familia que había dejado en el sur. Algo en su mente le decía que eso era injusto, que no había hecho nada para merecer lo que le ocurriría. Pero Río no podía sentir piedad en ese momento.

En silencio su hoja cortó la garganta del piloto y Río lo hizo a un lado para que lanzara su último aliento sobre cubierta. Cogió el timón firmemente y lo giró con fuerza, dirigiendo el barco hacia el buque de artillería que había acudido a aprovisionar.

Los hombres lanzaron gritos de pánico cuando el barco cambió de dirección con tanta brusquedad, pero en la oscuridad nadie podía ver qué le había pasado al encargado del timón. Un barril rodó por cubierta cuando el barco escoró violentamente. Más alaridos se oyeron en la noche cuando la tripulación del buque artillero se dio cuenta de que su embarcación sería embestida.

—¿Qué ocurre?! —gritó una voz próxima y Río se percató de que se trataba del primer oficial con el que había hablado poco tiempo antes. Una hoja se hundió entre las costillas del hombre y Río lo cogió antes de que se derrumbara y lo depositó suavemente en la cubierta al tiempo que su sangre le inundaba los pulmones perforados. Levantó la mirada y vio que la proa del barco estaba a punto de encontrarse con su presa, acercándose en lo que sería el más brutal de los besos.

—¡Tened cuidado! —aulló alguien en la oscuridad, pero Río ignoró la advertencia y avanzó hacia la proa.

El barco se tambaleó cuando golpeó contra el navío artillero. Los hombres gritaban mientras se bamboleaban de un lado a otro sobre la cubierta. Río se movió deprisa, sintiendo un empujón hacia delante, pero sus pisadas eran seguras cuando se lanzó a correr. A bordo del barco artillero los hombres empezaron a gritar de pánico cuando los braseros que habían alimentado tanto empezaron a derramar brasas calientes a sus pies y la catapulta de la cubierta se movió violentamente, aunque sin llegar a soltar su proyectil, que ya estaba en llamas.

Río saltó desde la proa destrozada hacia la cubierta del barco artillero. Un marinero lo miró con furia cuando tocó el suelo y se dispuso a hablar, pero Río lo silenció con un hábil corte en la garganta.

Mientras Río examinaba la escena de pánico y confusión, el buque artillero viró en el agua, girando sobre su eje, para terminar enfrentado a la hilera de los otros barcos que llevaban varios días bombardeando la ciudad. Río se lanzó a toda velocidad hacia la catapulta y cortó las cuerdas que aseguraban a su marco el arma lanzadora de siete metros de altura. El contrapeso cayó con un crujido de madera y lanzó su carga llameante por encima de la hilera de barcos. Río apenas prestó atención cuando el proyectil cayó sobre uno de los navíos artilleros, que estaban en

un extremo de la hilera, y explotó en una lluvia de restos llameantes.

Ardientes rescoldos seguían resplandeciendo en la cubierta del barco y Río corrió hacia un barril de brea que estaba abierto, lo pateó y derramó su contenido sobre las brasas. De inmediato surgieron llamas, que se esparcieron por la cubierta en una inundación de fuego derretido, y oyó los gritos de pánico de los hombres que lo rodeaban.

—¿Qué haces, ne...? —Río se volvió y acalló a su potencial atacante con dos rápidos tajos de sus hojas.

A esas alturas reinaba la confusión en ambas embarcaciones, que estaban enganchadas entre sí y ardiendo en la noche mientras los hombres corrían de un lado a otro aterrorizados. Río pasó inadvertido cuando avanzó hacia la borda, envainó sus armas y se zambulló en las aguas negras.

El frío lo tragó, pero Río luchó contra las heladas aguas, que amenazaban con congelarle las extremidades. Nadó hacia la oscuridad, con poderosas brazadas que lo impulsaban en dirección a la ciudad. Mientras los buques ardían a sus espaldas, lo único en lo que estaba concentrado era en la distante orilla y se movía por el agua *como un pez contra la corriente*. Para cuando llegó al muelle que corría trazando un gran arco en torno a la bahía, la conflagración de los barcos lejanos había crecido hasta convertirse en una pira.

Salió del agua y respiró profundamente. Se estremecía y casi no podía sentir las puntas de los dedos. Cuando echó un vistazo a las murallas quemadas de Steelhaven se dio cuenta de que el ascenso sería aún más duro. El vapor se desprendía de los muros calcinados, resultado de días de bombardeos. Al menos ahora, hasta que los barcos de artillería se recuperaran del daño que les había infligido, el ataque se apaciguaría... Por un tiempo.

Sin dejar de sentir los miembros entumecidos por el frío, Río encontró un lugar donde agarrarse en la ennegrecida muralla de la ciudad y emprendió el ascenso.

El sol se había puesto, dejando un cielo vacío y desprovisto de estrellas, pero había tanta luz desde el interior y el exterior de la ciudad que Waylian veía casi tan claro como si fuera de día. En la planicie aguardaban los khurtas, con sus antorchas resplandeciendo mientras aullaban en su lúgubre lengua extranjera a la luna escondida.

Waylian debía confesar que ese sonido lo hacía estremecer.

Las filas de magistrados que lo rodeaban tampoco ayudaban a apaciguar su pánico creciente. Eran los magos más poderosos de todos los Estados Libres, reunidos en un solo lugar para presentar batalla, pero Waylian no alcanzaba a entender cómo podrían derrotar al abrumador número de salvajes que estaban a la espera de irrumpir sobre las murallas.

La Guardia del Guiverno había salido a saludarlos. En realidad Waylian no sabía qué había esperado; probablemente, que los masacraran a todos. Habían avanzado trotando en una hilera, enfrentándose desafiantes a miles y se habían quedado allí, quietos, hasta que el lord mariscal había dado la orden de atacar. Pero solo dos jinetes habían galopado para enfrentarse a la horda. Y ambos habían regresado con vida y con un estandarte de los Estados Libres como trofeo. Aquello había sido bastante impresionante y había demostrado que los khurtas no eran la fuerza indomable que todos creían.

Sin embargo, Waylian sabía que seguían siendo los asesinos más letales y que tenían la intención de poner a la ciudad de rodillas. Ningún número de banderas capturadas podía calmar el miedo que sentía en las entrañas.

—Tranquilízate, muchacho.

No necesitó volverse para saber que era Gelredida quien se encontraba a su lado. Por mucho que quisiera obedecer sus palabras, tranquilizarse era más fácil de decir que de hacer. Incluso con su formidable señora a su vera, Waylian se sentía como un conejo en su madriguera a la espera de que llegaran los zorros. Era sencillo para ella decir *tranquilízate*. Era una maestra del Arte, temida y respetada y tan letal como una víbora. Él era Waylian Grimm: un don nadie, un neófito, y era tan probable que echara fuego por la boca como magia con la punta de los dedos. Aunque, por otra parte, tal vez el mariscal Ferenz habría discrepado. Pero Waylian tampoco tenía idea de cómo había conseguido aplastar la cabeza de un hombre con una palabra. Con suerte lo averiguaría, y pronto.

—Mantente detrás de mí —ordenó Gelredida—. Y trata de no meterte en medio.

¡No hace falta preocuparse por eso! Cuando los khurtas trepan por la muralla lo último que Waylian Grimm haría sería lanzarse al combate.

Los khurtas comenzaban a impacientarse y estaban cada vez más frenéticos.

Acercaban sus máquinas de asalto a las murallas de la ciudad y pronto estarían a su alcance. Waylian podía sentir la intranquilidad que ello provocaba a su alrededor.

Drennan hablaba constantemente a los aprendices que tenía a su cargo, con una voz que era un rezongo grave, pero Waylian se daba cuenta de que las palabras eran más de aliento que de reprimenda. Los jóvenes a los que se dirigía parecían concentrados; bajo el tutelaje del archimaestro se veían fuertes, maduros y más que dispuestos a enfrentarse al enemigo que avanzaba. Waylian los envidiaba. Aunque Gelredida había dejado de tratarlo como a un gusano, sabía que seguía considerándolo indigno de ella. Él se sentía como un niño en su presencia y lo único que podía hacer era soñar con compartir la autonomía que se les había otorgado al resto de aquellos aprendices. Aunque tal vez hubiera algo más en su actitud; tal vez era su manera de protegerlo. Quizás hubiera un corazón latente bajo ese frío exterior. O tal vez tenía sus propios motivos para dejarle las riendas tan cortas.

Más allá, en la muralla, se encontraba Crannock Marghil junto a su círculo de venerables magistrados. Reñían y cloqueaban como un corral lleno de gallinas, algunos aterrorizados por la creciente agitación entre los khurtas, otros manifestando su propia cólera, como si les hiciera falta para utilizar los poderes del Velo y soltar a todos los demonios sobre el enemigo cuando este finalmente atacara. Por su parte, el viejo Crannock se mantenía mudo entre ellos, como una isla de calma en el mar de aquellos estruendosos y ancianos magos.

El último archimaestro iba y venía junto a la muralla delante de sus Caballeros Cuervo. Lucen Kalvor observaba a los khurtas con el ceño fruncido, las manos entrelazadas tras la espalda y sus blancos dedos cruzados, como si al separarlos pudiera desencadenar su mágica furia demasiado pronto. Los Caballeros Cuervo, por su parte, estaban quietos como estatuas de ónix, con las lanzas y las espadas listas. Si los khurtas lograban escalar las murallas serían los Caballeros Cuervo quienes se interpusieran entre ellos y los magistrados. Una última línea de defensa. Por mucho que Waylian los hubiera temido durante la época que había pasado en la torre, ahora sentía gratitud por su presencia.

Más abajo, los khurtas habían empezado a cantar, una docena de cánticos diferentes de sus diversas tribus, algunos graves y guturales como una melodía fúnebre, otros feroces como un último grito de batalla. El resultado era una cacofonía que Waylian sentía en la boca del estómago y que le daba ganas de vomitar. Para aumentar el ruido golpeaban los escudos con las armas y el estrépito se elevaba sobre la ciudad, tapando a los sargentos y capitanes que trataban en vano de calmar a los abanderados de la ciudad, arengándolos con discursos y con sus propias canciones.

Entonces, con la misma rapidez con que habían comenzado, los khurtas enmudecieron.

Eso dejó un tintineo en los oídos de Waylian y lo único que pudo hacer fue mirar en silencio mientras el eco de sus repiques se desvanecía lentamente. Desde el centro de la horda emergió una voz solitaria, gritando en su gutural lengua norteña. No había

manera de saber qué decía, pero debía de ser muy importante, puesto que cada uno de los cuarenta mil y pico salvajes lo escucharon en silencio. Waylian esperaba que en cualquier momento se abrieran sus filas y surgiera la infernal silueta de Amon Tugha galopando en el medio, pero eso jamás ocurrió. Aquella voz solitaria siguió hablando y gritando sobre el silencio mientras todos aguardaban.

Aunque escuchar esa voz era como escuchar sus propios ritos fúnebres, Waylian no quería que el guerrero se detuviera. Sabía lo que ello significaría: que la batalla empezaría de pleno. Mientras seguía, sintió que le temblaban las rodillas y se mordió el labio, deseando que la voz no se callara nunca.

Hasta que, por fin, se detuvo.

Y los khurtas atacaron.

Las manos de Waylian comenzaron a temblar. Miró a su alrededor, en parte para ver cuál sería la reacción de los otros magistrados y en parte para buscar un lugar donde esconderse. Aunque habían empalidecido de temor, ninguno de los magistrados abandonó su sitio.

La suerte está echada, Grimm. ¡Ya no tienes siquiera una excusa para huir!

Unas bestias de carga, cubiertas con armaduras y protegidas con escudos de placas de hierro, arrastraron hacia delante las torres de asedio. Multitudes de khurtas cargaban escaleras de treinta metros de largo mientras gritaban y levantaban sus escudos para cubrirse de las flechas que llovían sobre ellos. A lo lejos, Waylian alcanzó a ver que hombres y bestias empujaban y arrastraban un ariete. Detrás de las hordas, unas catapultas estaban tomando posición, con sus brazos de trece metros ya sujetos y preparados para escupir muerte.

Waylian entrecerró los ojos para ver mejor a lo largo de la muralla y pudo distinguir las andanadas disparadas por los arqueros. Las flechas llovían sobre los khurtas, pero por cada salvaje que caía otro ocupaba su lugar. Durante un momento se sintió sobrecogido por el pánico. No había arqueros en la parte de la muralla donde él se encontraba. ¿Quién impediría que los khurtas treparan y atacaran directamente a los Caballeros Cuervo?

Durante un instante quiso correr hacia delante, espiar por encima de la muralla almenada y ver cuán cerca estaba su final, pero la orden de Gelredida había sido clara.

Mantente tras ella, Waylian. No te interpongas en su camino. Ah, e intenta que no te maten, desgraciado.

Oyó el ruido de escaleras al otro lado de la pared, pero ninguno de los magistrados se movió. Tampoco lo hicieron los Caballeros Cuervo, que mantenían su formación y esperaban las órdenes de Lucen Kalvor.

Waylian casi no vio la inmensa roca que voló en medio de la noche. Casi no la notó elevarse hacia los magos reunidos como un meteoro silencioso, dispuesta a hacerlos trizas. Tampoco habría importado; no había nada que él hubiera podido hacer, de todas maneras.

Uno de los magistrados más ancianos dio un torpe paso hacia delante, agachó la cabeza y extendió un brazo hacia el cielo nocturno. La roca se pulverizó obedeciendo su orden muda, rociando la plataforma como una granizada. Un pedazo de piedra del tamaño de un puño cayó a los pies de Waylian, quien la contempló un instante, preguntándose qué habría sentido si le hubiera acertado en la cabeza.

Probablemente no mucho, maldito imbécil. Incluso podría haberte inculcado algo de sensatez.

Waylian miró el borde de la muralla, esperando que en cualquier momento una sombría cara khurta se elevara por encima. Echó un vistazo a los Caballeros Cuervo, con la vana esperanza de que no estuvieran sumidos en el mismo temor y aprensión que él.

Algo se agitó en la oscuridad entre dos de los merlones de la muralla. Al principio Waylian no alcanzó a distinguirlo; luego se lanzó hacia delante, como el tentáculo de una gran bestia marina. Se disparó y se envolvió en torno a un Caballero Negro, para luego levantarlo en el aire. Con un poderoso movimiento lateral, el serpenteante apéndice lanzó al caballero, que gritaba, por encima de la muralla.

Lucen Kalvor les gritó a sus hombres que se prepararan cuando más tentáculos voladores aparecieron por encima del borde de la muralla. En la mortecina luz Waylian se dio cuenta de que no eran los brazos de ningún gigante terrestre, sino raíces, como si los intestinos de un árbol hubieran cobrado movimiento y se les hubiera ordenado trepar por la muralla. Durante un instante su mente retrocedió hasta el estadio, días antes, cuando aquel antiquísimo árbol había cobrado vida y estaba dispuesto a matar. ¿Sería la misma clase de hechicería?

¿Acaso tiene importancia? ¡Tal vez estés a punto de morir!

Las ramas golpeaban los escudos de los Caballeros Cuervo mientras los khurtas comenzaban a escalar la muralla, su ascenso facilitado por las enredaderas y el follaje que crecía sin parar sobre la lisa superficie. Uno de los viejos magistrados gritó algo y no fue hasta que Waylian escudriñó la oscuridad cuando se dio cuenta de que el anciano había sido atravesado por una rama llena de púas.

—¡A ellos! —graznó Crannock, levantando la voz por encima del estrépito.

Cuando la primera oleada de khurtas cayó en tropel sobre ellos, Waylian sintió que la atmósfera se volvía pesada, que le iban a estallar los oídos y que un aroma metálico atravesaba el aire cuando cien magistrados recurrieron al Velo al unísono.

El primero de los atacantes khurtas estalló en una lluvia de chispas y sangre; su esternón se desgarró como si guanteletes al rojo vivo tiraran de él. El segundo, sencillamente, se disolvió en volutas de sangre, mientras el tercero quedó aplastado contra el suelo como si lo hubiera pisado un pie invisible.

Las ramas animadas contraatacaron de inmediato, extendiéndose hacia los ancianos y ancianas que acababan de repeler el primer asalto khurta. Waylian se cubrió los oídos para protegerlos de los alaridos cuando los venerables magistrados, que habían vivido y enseñado en la ciudad durante décadas, eran desgarrados. Los

Caballeros Cuervo corrieron a ayudar a sus amos, atacando con hachas la retorcida masa de ramas, pero eran muy pocos para cambiar algo. Un cuerpo con armadura voló junto a Waylian como un pedazo de metal descartado, mientras que otra cabeza fue arrancada de los hombros como un muñeco en manos de un niño enfadado.

Uno de los aprendices de Drennan corrió hacia delante, contorsionando las manos para trazar sortilegios mágicos en el aire, moviendo los labios en algún hechizo antiguo. Al principio las ramas se extendieron hacia él, luego retrocedieron, como repelidas por la presencia del joven. Comenzaron a marchitarse, desprendiéndose de cortezas y hojas, pudriéndose ante los ojos de Waylian. Luego, el muchacho lanzó un grito. Se cogió la cabeza, tapándose los oídos como si una presión inmensa y repentina los hubiese atacado. Waylian casi se cubrió los suyos cuando el alarido se sobrepuso a los sonidos del combate. Entonces la cabeza del joven estalló en llamas.

Waylian lo contempló lleno de repulsión hasta que pudo soportar el terror. Se abalanzó hacia delante mientras el joven caía, todavía en llamas. El calor era intenso cuando Waylian llegó a su lado, pero de todas maneras lo cogió de la túnica, tratando en vano de extinguir las llamas que le consumían la cabeza. El fuego lamió los brazos de Waylian, chamuscándole los pelos cuando sus mangas comenzaron a quemarse. Los gritos del joven habían cesado pero él seguía retorciéndose, por un lado intentando desasirse de Waylian, por el otro luchando contra sí mismo mientras el intenso calor lo consumía. Waylian combatió las llamas lo mejor que pudo, casi incapaz de mantener los ojos abiertos ante el calor. Cuando consiguió extinguir la llamarada se dio cuenta de que el joven había dejado de moverse y que su cabeza no era más que un muñón ennegrecido.

La carnicería se desplegaba a todo su alrededor y Waylian supo cuáles eran las traicioneras consecuencias si uno usaba el Velo antes de estar completamente entrenado. Casi no vio a los khurtas que se arremolinaban por encima de la muralla. Casi no levantó la cabeza a tiempo para divisar a un salvaje que lo observaba con expresión de ansia, la hoja en mano, listo para matarlo.

Casi.

Sumido en la confusión, Waylian lo vislumbró en el último momento y miró a su alrededor presa del pánico, mientras todas las ideas de usar sus propios e inexpertos poderes desaparecían de su cabeza.

Bueno, tú no quieres terminar hecho un revoltijo quemado y ennegrecido como nuestro amigo, ¿verdad, Grimm?

Era obvio, por la manera en que lo miraba, que el khurta no prestaría atención a ningún ruego de misericordia y decididamente no había trepado por la muralla para charlar sobre el tiempo.

Iba a matar a Waylian sin despeinarse.

El khurta sonrió cuando Waylian comenzó a moverse. Desnudó sus colmillos amarillos, percibiendo que su presa comenzaba a aterrorizarse, sintiendo cómo su sangre bombeaba más rápido al intentar fugarse. Pero no era una escapatoria lo que

Waylian buscaba. Cuando el khurta se abalanzó sobre él, con la espada levantada, Waylian cogió una lanza de un Caballero Cuervo muerto. Cerró las manos en torno al mango y la levantó, asombrado de lo pesada que era. Había visto a los caballeros empuñar esas armas cientos de veces, pero jamás habría supuesto que pesarían tanto.

El khurta lo atacó de todas maneras, con un grito de triunfo surgiendo entre sus retorcidos labios, justo cuando Waylian ponía en horizontal la punta de la lanza. El khurta se lanzó, puesto que lo último que esperaba era que Waylian se defendiera. El ímpetu de su ataque lo clavó en la punta de la lanza, que penetró casi sesenta centímetros en su torso justo debajo de las costillas hasta que se dio cuenta de su error.

Su grito de triunfo se convirtió en uno de desazón. Waylian solo pudo mirar los ojos abiertos del khurta que balbuceaba en esa nauseabunda lengua norteña, profiriendo insultos que Waylian apenas podía entender, aunque no necesitaba conocer ese idioma para captar el significado.

Siguió aferrando la lanza mientras la sangre chorreaba por el mango. El khurta se debilitó, dejó caer su hoja y se puso de rodillas. Sus ojos se llenaron de odio mientras continuaba con su letanía de maldiciones.

—Yo... ¿Lo siento? —respondió Waylian, sin saber qué más decir.

El khurta escupió un último insulto antes de derrumbarse en el suelo. Waylian se quedó mirándolo mientras los combates se sucedían a su alrededor. Cuando logró recuperar el sentido se percató de que tenía las uñas clavadas en las palmas y la cara surcada de lágrimas. Con ojos llorosos miró a su izquierda justo a tiempo para ver a un khurta saltando sobre él. El ataque había sido silencioso. Waylian no tenía oportunidad alguna contra su hacha.

El khurta se arrugó en pleno vuelo, su cuello se retorció, sus brazos se quebraron y soltó esa condenada hacha antes de caer hecho un guiñapo.

—Creo haberte dicho que te mantuvieras detrás de mí —le recriminó Gelredida, saliendo de la noche, contemplándolo con una mirada de desagrado.

—Lo siento, magistrada —contestó Waylian—. Pero estaba...

—No importa —dijo ella, volviéndose hacia la batalla—. Todavía queda mucho por hacer. Mantente cerca esta vez, y, en serio, trata de no meterte en medio.

Waylian asintió, pero la Bruja Roja no lo vio. Ya estaba avanzando hacia el enemigo. Y Waylian tuvo que admitir que sentía un poco de pena por ellos.

A izquierda y derecha había hombres llenos de miedo. Un poco más allá alguien se había meado encima y Nobul vio cómo el orín chorreaba por encima de su bota en un río humeante. Quienquiera que fuera esa persona debía de tener la vejiga de un caballo.

Nobul aferró con fuerza el martillo, aunque eso no lo hizo sentirse mejor. El corazón le latía fuerte y rápido, dando la impresión de que seguía el ritmo de los tambores khurtas. Miró a esos canallas que habían acudido hasta allí para violar y asesinar. Eran una bullente masa de ferocidad que lanzaba alaridos con más violencia que un puño apretado. Nobul intentó intimidarlos con la mirada lo más que pudo. Ya había estado allí, se había enfrentado a enemigos peores y seguía con vida. Pero por otra parte él era el Casco Negro, era condenadamente invencible.

¿En verdad lo eres? ¿Eres el Casco Negro o tan solo el vencido y viejo Nobul Jacks?

Tal vez había alguien allí fuera que pudiera detenerlo. Alguien lo bastante duro, alguien que fuera hierro y acero y que consiguiera aniquilarlo. La idea le hizo recorrer con la mirada la horda que rugía de furia, tratando de ubicar al más grande y mejor de ellos. Intentó obligarlos a atacar con el pensamiento, desesperado por que terminaran con sus aullidos, impaciente por que empezara la lucha.

Y entonces, los khurtas enmudecieron.

El aire se llenó de una calma más letal que cualquier cosa que Nobul hubiera sentido. Se le puso la piel de gallina y ya no importaba cuán fuerte apretara el martillo, no podía impedir que el temor y la duda entraran en su corazón.

De pronto una voz solitaria surgió de entre la aglomeración de cuerpos, cogiendo a todos los khurtas como si estuviera deteniendo el tiempo mismo. Aunque no entendía las palabras, Nobul sabía que se trataba de una letanía de odio y deseo atacarlos en ese momento más que nunca. Estaba preparado para ellos, a pesar del temor, e igualaría cualquier ferocidad que pudieran aportar con su propia violencia.

La voz se detuvo de una manera tan abrupta como había comenzado, y de la noche negra brotó un millar de susurros que se elevaron hasta convertirse en un alarido. «¡Cubríos!», gritó alguien, y Nobul tuvo la presencia de ánimo para agachar la cabeza tras uno de los merlones justo cuando una inmensa andanada de flechas caía sobre la muralla. Más gritos se produjeron en distintos puntos del almenaje cuando los negros astiles hicieron blanco en los que no habían sido lo bastante veloces. Un muchacho cayó en silencio a los pies de Nobul, con una flecha enterrada en un ojo y otra atravesándole la mejilla. Había estado allí todo el día, pero Nobul no se había molestado en preguntarle su nombre ni una vez. Ahora era demasiado tarde.

Se produjo otro silencio después de la tremenda descarga y Nobul miró por

encima de la pared para ver si los khurtas avanzaban. Si hubiera sido un hombre piadoso habría pronunciado sus plegarias justo en ese momento, ya que lo que vio no eran más flechas, sino unas rocas enormes que volaban contra la muralla, una de ellas directamente hacia donde estaba él.

—¡Fuera! —gritó y se hizo a un lado cuando la roca golpeó contra el merlón sobre el que se había asomado un instante antes. El parapeto quedó hecho trizas y lanzó astillas en todas direcciones mientras Nobul caía y se despatarraba, soltando el martillo. Sacudió la cabeza, de la que se derramaron polvo y pedruscos, y se incorporó, recuperando el aliento con dificultad. Su mano rebuscó entre los escombros, desesperada por encontrar su martillo, y sintió una punzada de frío alivio cuando los dedos tocaron el mango.

Mientras se incorporaba oyó un grito que venía desde otro punto de la línea.

—Aquí vienen, mierda. ¡Plantémosles cara, muchachos!

Una hilera de arqueros avanzó. Uno de ellos debió esforzarse para apartar el bulto de Nobul. El sargento dio la orden de tensar los arcos y cargar las flechas, pero su voz quedó ahogada por el ruido ensordecedor proveniente del otro lado de la muralla. Los khurtas lanzaron al unísono un grito de furia hacia el cielo de la noche, al tiempo que avanzaban.

Miríadas de flechas atravesaron el aire cuando los arqueros dispararon hacia la horda atacante, pero era como lanzar bolas de nieve al sol. No había nada que pudiera parar la masa de salvajes que llegaban a las murallas.

Nobul se preparó. Aquello era lo que había estado esperando. Anhelando. Una oportunidad de combatir, y tal vez de morir, enfrentándose a sus enemigos. Pero había otra cosa, además, una semilla de duda enterrada en el fondo de su mente.

Eres un viejo cabrón, no te confundas. Esto no es como en Bakhaus, cuando eras fuerte y estabas lleno de energía. ¿Quién es capaz de decir ahora que no eres un viejo reseco sin otro combustible que los recuerdos de viejas glorias?

Unas escaleras empezaron a golpear los muros. Los arqueros seguían disparando sin cesar; un muchacho se inclinó para levantar un bloque de mampostería por encima de la cabeza y recibió un flechazo en la garganta.

Con un fuerte golpe, una escalera chocó contra la pared, justo donde la roca había abierto una brecha en la mampostería. Nobul se quedó mirando boquiabierto. A su izquierda había otro joven, sin saber qué hacer, pero Nobul no pensaba decírselo. No había reglas para esa clase de asuntos. Cuando llegaba el enemigo uno luchaba o moría, no quedaba otra. Con esas reglas bastaba.

Más lejos, en la misma muralla, se oyeron gritos y el sonido de metal contra metal cuando el primero de los khurtas llegó a lo alto de las escaleras. Nobul no le prestó atención, y mantuvo los ojos clavados en la escalera que tenía delante.

Desde más abajo surgió un estruendo que sacudió la muralla. Un ariete, probablemente, pero tampoco le prestó atención. Otro estruendo, y Nobul aferró el martillo con más fuerza.

Tranquilízate, viejo cabrón. Pronto averiguarás si todavía tienes lo que hace falta. Y si no, no permanecerás por aquí lo suficiente como para que te importe una mierda.

Una mano apareció por encima de la pared, luego se vio una cara, llena de cortes como la tabla de un carnicero y pintada para la guerra. Tenía una mirada de odio y lujuria y Nobul se la devolvió. Pero no se movió.

Porque estás seco, Nobul Jacks. Retorciéndote de miedo y arrepentimiento y vas a morir aquí, en esta muralla, con un pedazo de hierro khurta clavado en las entrañas.

El joven que estaba a su lado lanzó un grito, corrió hacia delante y levantó la hoja bien alto. Pero no fue lo bastante rápido con el movimiento cuando el khurta subió por encima del parapeto y dio un salto, hundiendo su hoja curva en el pecho del muchacho mientras Nobul lo miraba.

Eso es, quédate quieto ahí, maldita sea. Observa cómo masacran a todos los que te rodean. No hagas nada para colaborar, así como tampoco hiciste nada por tu hijo. Como tampoco pudiste hacer nada por Rona. Límitate a quedarte ahí quietecito, y a morirte, mierda.

Mientras el muchacho caía sin emitir sonido alguno, el khurta miró a su alrededor buscando al siguiente enemigo, con el deseo de matar pintado en el rostro y el frenesí de la batalla sobre él. Nobul lo miró cuando el khurta le clavó los ojos. Se quedó allí, con el martillo en la mano, esperando la hora de la verdad.

El khurta aulló corriendo hacia delante con la espada en alto. El martillo de Nobul le abrió un cráter en la mejilla, silenciando su grito de guerra y lanzando un rocío de sangre y huesos y dientes y pelos en una sucia explosión. El impacto hizo que Nobul sintiera una sacudida en el puño que subió por el brazo y le llegó el hombro. Le dolió; un dolor antiguo y familiar, que generó un ansia también antigua y familiar.

Otros khurtas treparon por el borde de la muralla, con los ojos inundados por la sed de sangre. Habían hecho un largo camino para rodearse de muerte. ¿Quién era Nobul Jacks para negárselo?

Dio un paso adelante, llevando la lucha al enemigo, y se topó con un hacha que apuntaba hacia su estómago. Su martillo hizo a un lado el hacha como si fuera una ramita, partió en dos el mango y siguió su camino hasta clavarse en el pecho del primer salvaje. La cara del khurta era un retrato de la incredulidad, con los ojos bien abiertos, mientras su esternón se hacía trizas y él caía hacia atrás, perdiendo el aire de los pulmones.

Nobul no se quedó a regodearse. Oyó un grito a su izquierda y otro de esos canallas lo atacó, elevando una espada vieja y grande por encima de la cabeza. Cuando la hoja descendió, Nobul giró. Sintió cómo el arma cortaba el aire tras él al tiempo que trazaba un arco con su martillo, para acertarle al khurta directamente en la sien. El grito de su enemigo se cortó de golpe y se derrumbó a un lado, y esta vez Nobul no pudo evitar sentir júbilo por ello. El desgraciado había viajado kilómetros,

había llegado desde muy lejos, desde su tierra natal, en busca de una oportunidad de poner de rodillas esa ciudad, y allí estaba, muerto, con un último grito de furia desperdiciado en los labios.

Mientras miraba el cadáver, Nobul se dio cuenta de que estaba sonriendo tras el casco. Tenía los labios fruncidos —tanto que casi le dolían— y los dientes apretados en un rictus de triunfo.

¡Ya ves! Estabas esperando esto. Es lo que eres. No puede negarse que eres un malvado cabrón. No te confundas: lo más probable es que mueras aquí, pero por todos los diablos, correrá bastante sangre antes de que...

Su casco resonó con un golpe. El ruido retumbó en sus oídos como la campana de un templo y ni siquiera se dio cuenta de que estaba derrumbándose hasta que chocó contra la pasarela de piedra. El golpe le había girado el casco y no veía. Durante la caída soltó el martillo, y cuando trató de levantarse tanteó a su alrededor desesperadamente, pero no estaba por ningún sitio.

Con un gruñido de furia, Nobul se arrancó el casco de la cabeza, esperando que en cualquier momento lo golpeará una hoja dentada. Se volvió a tiempo de ver a dos khurtas abalanzándose sobre él, uno de barriga gorda, el otro fibroso y viejo, ambos cubiertos de mugre y oliendo a muerte. Estaban esperando a que él los viera. Esperando a que se diera la vuelta y los mirara a los ojos y viera lo que ellos le traerían, que viera el asesinato que estaban a punto de cometer, para alimentarse de su miedo.

De ninguna manera Nobul se los daría.

Les devolvió una mirada desafiante a pesar de encontrarse desarmado y tumbado de culo. El khurta gordo tenía una maza, que muy probablemente era lo que acababa de usar para propinarle el golpe en la cabeza. El otro portaba una lanza, con la punta dentada de modo que al sacarla hiciera un daño mucho más espantoso que al clavarla.

—¡Venid, cabrones! —gritó Nobul por encima del fragor de la batalla.

El khurta más pequeño echó atrás la lanza, listo para atacar. Una hoja relampagueó en la noche, se clavó en su hombro, le destrozó la clavícula y se detuvo junto al pezón. El khurta soltó la lanza y cayó, llevándose la espada con él justo cuando su compañero giraba, levantando la maza. Aunque el salvador de Nobul había perdido su arma, no se detuvo, y en cambio se lanzó con un golpe de cabeza que chocó contra la espalda del khurta. Otro golpe de cabeza y el khurta gordo pasó por encima del almenaje, desde donde cayó gritando y encontró la muerte treinta metros más abajo.

Cuando el hombre se agachó para arrancar la espada del cadáver del khurta, Nobul lo reconoció en la penumbra. Kilgar se dio la vuelta, mirando fijamente a Nobul con su único ojo y las mejillas moteadas de sangre.

—¿Un poco oxidado, muchacho? —dijo, con media sonrisa atravesándole la cara.

—Así parece —respondió Nobul, al tiempo que cogía su martillo y su casco y se incorporaba.

Antes de que pudiera pronunciar alguna palabra de agradecimiento se oyó un ruido por encima del estrépito de la batalla en el lado occidental de la muralla. Donde los magistrados se habían apostado para defender esa sección había crecido una masa de follaje. Una hueste de khurtas se había montado sobre esas ramas, que se retorcían para atacar a los magistrados que trataban en vano de defender la ciudad.

Kilgar y Nobul no intercambiaron palabra, en cambio corrieron por la muralla. Pero, por otra parte, no era necesario decir nada.

Mientras avanzaba a toda velocidad para enfrentarse a cualquiera que fuera la hechicería que los khurtas habían conjurado, Nobul sintió que se le revolvía el estómago. Combatiría felizmente a cualquier persona o bestia, pero ese era un enemigo de una clase diferente. Jamás le había gustado el concepto de magia. En los días del ruedo la había visto de primera mano, y lo había aterrorizado desde la garganta hasta los testículos.

Pero entonces había superado su miedo. Cuando aferró el martillo con el puño supo con seguridad que también lo superaría ahora.

Regulus alcanzaba a ver hombres luchando desesperadamente en el norte. Oía sus gritos de dolor e ira y el choque del acero. Podía oler el temor y la sangre en el aire. Apretó los puños y un gruñido grave surgió de su garganta, pero no había nada que pudiera hacer.

Por mucho que mirara hacia la ciudad en ruinas que se encontraba al otro lado del gran río, seguía sin ver señales del enemigo. Cómo anhelaba que cruzaran el puente y atacaran la puerta de cuya vigilancia se ocupaba. Cómo ansiaba su mano desenvainar el negro acero y verter la sangre de la horda que atacaba aullando la muralla a escasos metros de distancia de donde él se encontraba.

—¡Mantened la calma! —gritó el sargento—. Tenemos órdenes. Esta es nuestra posición y por todos los demonios que la defenderemos.

El miedo era inconfundible en la voz de ese hombre. Regulus sintió náuseas. Donde se encontraban, eran inservibles. Defendían una puerta que jamás sería atacada, mientras, en el norte, su asistencia era extremadamente necesaria.

Se volvió hacia sus guerreros y cada uno de ellos le devolvió una mirada de anticipación que les ardía en los ojos como un hierro candente. Akkula, Kazul, Hagama, Janto. Cada uno de ellos parecía más feroz que el otro. Todos ansiaban entrar en combate y estaban listos para matar.

¿Quién era Regulus Gor para negárselo?

No hicieron falta palabras. Regulus desenvainó su espada negra y se colocó el casco sobre los mechones que caían en cascada por encima de los espaldares de su armadura. Cuando se volvió y emprendió el camino hacia el norte, sus guerreros lo imitaron, colocándose los cascos y empuñando sus armas con entusiasmo.

—¡Vosotros, allí! —gritó el sargento de las Tierras Frías—. ¿Dónde creéis que vais? Debemos mantener esta maldita posición.

Regulus y sus hombres se desentendieron de las débiles exclamaciones de aquel hombre. Su voz se hacía más aguda con cada palabra, pero era evidente que no podía hacer nada para detenerlos.

Con cada paso, Regulus aumentó la velocidad. Nobul Jacks, el herrero, había hecho bien su trabajo y Regulus no se sintió más lento ni limitado a medida que ampliaba la distancia de sus pasos, hasta que finalmente él y sus guerreros corrieron rápidamente por las pasarelas hacia la batalla.

Los hombres de las Tierras Frías se apartaban, más que dispuestos a permitir que los zatani se lanzaran al combate. Janto hizo oír su apetito de lucha y Regulus dejó al descubierto sus dientes cuando el grito de guerra lo llenó de excitación.

Más adelante, los defensores de la ciudad libraban una batalla desesperada al tiempo que los salvajes pintarrajeados escalaban la muralla. Por doquier había

pedazos de mampostería obstaculizando la pasarela y Regulus esquivó escombros y cuerpos mientras buscaba a su primer enemigo. No tuvo que buscar mucho.

Cuatro guerreros, tatuados, llenos de cicatrices y apestosos, desmembraban a hachazos los cadáveres de los soldados que acababan de masacrar. Su frenesí llenó a Regulus de un odio que no había sentido en muchos días, y él le dio la bienvenida, aceptándolo, cuando saltó hacia delante, levantando la negra espada.

Dos de ellos cayeron antes de que los otros se dieran cuenta de que tenían a Regulus encima. Los dos que quedaban levantaron sus armas para defenderse antes de que Regulus pudiera aniquilarlos, y su hoja chocó contra las hachas de hierro que blandían. Uno alzó un escudo y Regulus lo golpeó tres veces sucesivas con la espada hasta que el khurta se retiró, desesperado.

El otro khurta hizo un amago de ataque, pero antes de poder golpear, la lanza de Akkula le atravesó la garganta. El joven guerrero lanzó una exclamación de júbilo mientras el khurta retrocedía, tambaleándose, su arma olvidada, tratando desesperadamente de contener el chorro de sangre.

Regulus vio que el khurta que quedaba levantó la mirada y el temor se reflejó en sus ojos cuando divisó al formidable zatani abalanzándose sobre él. Todas las ideas de matanza parecieron desaparecer de su mente cuando se dio la vuelta y saltó por encima de las almenas para encontrar su muerte en lugar de arriesgarse a que lo cortaran en pedacitos los demonios de armaduras negras que lo atacaban.

—¡Mirad! —gritó Hagama, al tiempo que señalaba con la hoja de su espada una zona alejada de la muralla.

Regulus avanzó un paso y entrecerró los ojos para ver mejor en la noche. En la oscuridad no solo alcanzó a ver imágenes desesperadas de los combates, sino que también captó la presencia de magia. Una masa retorcida había cubierto las paredes y estaba atacando a los magos de las Tierras Frías. Los azotaba sin piedad, destrozando tanto a hombres armados como a hechiceros con túnicas.

Regulus sonrió y mostró sus blancos colmillos en la noche. Aquella sería la gloria que había esperado. Allí se ganaría su nombre.

Con un gruñido, corrió hacia la bestia que se sacudía, con sus guerreros siguiéndole. Cortó la primera rama serpenteante sin dejar de correr y vio cómo moría en una lluvia de hojas secas. Ignoró los gritos a su alrededor. Ignoró a los hechiceros que retrocedían llenos de pánico, se desentendió de los caballeros con armadura que trataban en vano de defenderse del asalto. Solo pensaba en la gloria de la matanza.

Un khurta se abalanzó gritando en medio de la noche y Regulus lo abatió casi sin pensar. Se agachó cuando una nudosa rama barrió el aire por encima de su cabeza e hizo caer al suelo a Kazul. Janto se interpuso con un salto y atacó la rama con sus dos hachas, rugiendo por encima del fragor de la batalla, con gritos que recorrieron la muralla y que llegaron a los khurtas que estaban más abajo.

Como si se diera cuenta de que ellos representaban la mayor amenaza, el follaje batiente se volvió hacia los zatani, concentrando su ataque en los luchadores más

feroces. Los cinco guerreros rugieron al unísono mientras combatían, cortando ramas, esparciendo sabia blanca por el aire, peleando desesperadamente.

Regulus sintió que algo le cogía la pierna, pero antes de que pudiera librarse de ello otra cosa tiró de sus pies y lo levantó por el aire. Su casco voló en medio de la noche aunque consiguió conservar la espada negra. Antes de que pudiera cortar la rama que lo sostenía, otra le rodeó el brazo, tiró de él con fuerza y amenazó con partirlo en dos. Regulus gruñó por el dolor, sintiendo el esfuerzo de sus músculos y tendones para evitar que las ramas lo desgarraran. El gruñido se convirtió en un rugido de agonía cuando las ramas lo elevaron aún más. Mientras lo izaban alcanzó a ver las almenas, delante de la horda que había ido a conquistar la ciudad.

Hasta aquí llegó la gloria. Hasta aquí llegaron tus aspiraciones de convertir tu nombre en leyenda. No serás más que otro cadáver putrefacto para las aves carroñeras.

Un relámpago deslumbrante hirió la noche y Regulus sintió que las ramas lo soltaban repentinamente. Cayó sobre el parapeto de piedra y su armadura resonó al aterrizar. Las ramas que habían amenazado con partirlo en dos con tanta facilidad estaban muertas a su lado.

Durante un momento lo único que pudo hacer fue recuperar el aliento mientras la batalla rugía a su alrededor. Antes de poder incorporarse una silueta con túnica se puso de rodillas a su lado. Al principio pensó que acudía a ofrecerle auxilio. Luego vio la cara de una anciana, con una expresión desprovista de compasión.

—Encuentra al embrujador que controla a la bestia —ordenó lentamente, como si Regulus fuera un poco tonto—. Mátalo y así destruirás su conjuro. —Al principio pensó que debía sentirse ofendido por que esa vieja arpía le hablara de semejante manera, pero cuando la miró a los ojos se sintió extrañamente atraído por ella, irresistiblemente obligado a hacer lo que fuera que le pidiera.

»No te quedes ahí sentado —dijo ella, y lo obligó a marcharse con un gesto.

Regulus se incorporó de un salto, con la espada todavía en la mano.

—¡A mí! —gritó mientras corría al lado de sus guerreros, cortando una rama en el camino. El resto de los zatani dejaron de combatir y siguieron ciegamente a Regulus hacia el borde de las almenas. No hizo una pausa al llegar, sino que saltó por encima del borde y se aferró a una de las ramas que habían ascendido los treinta metros de altura desde el suelo. Con sus guerreros cerca, empezó a descender por el follaje, saltando de rama en rama con el paso seguro de un animal selvático. Pasó junto a varios khurtas que subían por las paredes, pero no les prestó atención; las palabras de la bruja de túnica roja seguían muy presentes en su mente. Tenía que encontrar a ese «embrujador» y despacharlo. Eso era lo único que importaba.

Cuando había llegado a tres metros de la base de la muralla, Regulus divisó a un inmenso grupo de khurtas que avanzaban hacia donde empezaba el follaje. Hizo una pausa y sus ojos siguieron la masa de verdes ramas que serpenteaban desde la base de la muralla y se extendían más allá del punto donde aguardaban los khurtas.

A duras penas apenas alcanzó a divisar a una figura solitaria arrodillada en la tierra. Estaba rodeada de una guardia de alrededor de una docena de guerreros inmensos, más grandes que cualquier otro habitante de las Tierras Frías que Regulus hubiera visto jamás.

—Allí —dijo, señalando la noche, mostrándoles el objetivo a sus guerreros—. Matad al chamán.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera moverse, Hagama lanzó un alarido y saltó desde la exuberante vegetación hacia la masa de cuerpos que esperaban delante de la muralla. Akkula lo siguió rápidamente y Regulus sintió que su corazón empezaba a latir a toda velocidad antes de lanzarse a la lucha.

Lo último que los khurtas esperaban era que los atacaran desde la base de la muralla y a Regulus le causó gran placer abatir a media docena de ellos antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría.

Aunque luchaban con furia, Regulus seguía sin poder ver la manera de llegar al chamán. Durante un momento fugaz se preguntó si moriría allí, aniquilado por un chaparrón de aceros khurtas, hasta que oyó un estrépito que venía de lo alto. Un fuego azul atravesó el cielo desde la parte superior de las almenas, creando un pasillo entre los khurtas. La ráfaga los apartó a los lados, cocinando carne y ennegreciendo la tierra.

Entonces Regulus sí pudo ver un sendero hasta su objetivo.

Antes de poder moverse, Janto se abrió paso entre los khurtas, que llevaban armaduras ligeras, obedeciendo las palabras de Regulus y dirigiéndose hacia el chamán que seguía arrodillado en el suelo. Regulus lo siguió rápidamente, ya que no quería dejar a Janto la gloria de matar al embrujador.

Mientras Hagama, Kazul y Akkula desfogaban su ira en los khurtas, Janto y Regulus corrieron hacia delante. Las ramas que corrían por el suelo desde la base de la muralla empezaron a converger, pulsando con vida antinatural mientras avanzaban serpenteantes hacia el chamán.

Al tiempo que los guerreros zatani corrían hacia él, los miembros de su escolta empezaron a adelantarse. Se interpusieron pesadamente en el camino de Janto y levantaron sus enormes martillos, con caras desprovistas de emoción, creando una falange de carne hinchada y músculo.

Janto se abalanzó sobre ellos, lanzando un alarido, con las hachas en alto. Se agachó para evitar el esforzado movimiento del martillo, que golpeó el suelo lanzando tierra por el aire, y enterró un hacha en el grueso cráneo del primer gigante. Cuando este cayó, le arrancó el hacha y se volvió para enfrentarse a su siguiente enemigo, al tiempo que otro martillo se movía en su dirección. Esta vez no fue tan rápido y apenas tuvo tiempo de apartarse cuando llegó el martillo. Recibió un golpe ligero en el hombro que fue suficiente para arrojarlo hacia atrás y hacerlo caer al suelo.

Regulus recuperó su ventaja cuando Janto cayó. El guerrero sho'tana podía cuidar

de sí mismo; todavía había enemigos que masacrar.

Cuando Regulus se acercó al chamán vio que sus escuálidos brazos estaban enterrados profundamente en el suelo. Desde esos puntos brotaba follaje, que creaba un hilo que avanzaba pulsando hacia la muralla. Era imposible distinguir dónde terminaba su carne y empezaban las ramas y había algo en eso que hizo que Regulus experimentara náuseas. Reprimió una bilis negra que le subía por la garganta al tiempo que levantaba la hoja. El chamán no alzó la mirada, tan traspasado estaba por su propia hechicería. Mientras Janto se ocupaba de los gigantescos escoltas, el chamán estaba indefenso. Regulus no se detuvo; golpeó y cortó los brazos del chamán a la altura del codo. El viejo gritó y cayó hacia atrás, levantando muñones que escupían sangre blanca al aire. Otro movimiento de la hoja de Regulus y el chamán se derrumbó en el suelo, decapitado.

Janto rugió y Regulus se volvió para ver que acababa de derrotar a otros dos gigantescos khurtas. Su negra armadura brillaba a la luz de la luna, lustrosa de sangre, y sus ojos celestes buscaron su siguiente víctima en la noche, mirando desde detrás del casco.

Las ramas que habían brotado de los brazos del chamán ya empezaban a marchitarse y morir. Se ponían negras, deshaciéndose rápidamente, y Regulus se percató de que el camino de regreso desaparecería si el follaje que había crecido por la muralla hacía lo propio.

—¡Debemos marcharnos! —gritó, corriendo al lado de Janto. Regulus no se quedó a ver si el guerrero sho'tana hacía caso a su advertencia, sino que se lanzó a toda velocidad en dirección a la base de la muralla, donde sus otros guerreros seguían luchando.

Los khurtas ya se habían agrupado y Regulus se regodeó en el hecho de que sus alaridos fueran tan agudos. Sus propios guerreros, en cambio, les lanzaban rugidos de furia a los salvajes que se arremolinaban en torno de ellos al tiempo que los abatían.

Regulus se abrió paso hasta la muralla y Janto empleó su enorme mole para empujar la masa de cuerpos. Los khurtas que no cedían eran aniquilados. Cuando Regulus llegó a donde se encontraban Akkula, Hagama y Kazul, se volvió y se colocó de espaldas al muro.

—¡Tread! —vociferó—. ¡Y tread rápido, no tenemos mucho tiempo!

Kazul fue el primero en saltar a las ramas. Regulus vio que ya estaban volviéndose más negras y quebradizas, y se dio cuenta que no aguantarían mucho tiempo.

Akkula fue el segundo y trepó por la muralla como un simio, mientras los tres zatani restantes defendían la base. Los khurtas atacaban con cautela, después de haber visto cómo muchos de los suyos habían sido masacrados, pero no dejaban de pinchar con las lanzas. En sus ojos se reflejaban el temor y la sed de sangre.

Regulus se volvió hacia Hagama y se dispuso a gritarle que avanzara, cuando una flecha acertó al guerrero en la garganta. Hagama cayó de rodillas y se soltó cuando

aferró el astil negro que sobresalía de su cuello.

Antes de que Regulus pudiera correr al lado del guerrero, Janto lo cogió del espaldar de su armadura.

—Se ha ido. —Gruñó el sho'tana.

Regulus se deshizo del apretón y se acercó a Hagama para asistirlo, pero los khurtas ya estaban aprovechándose del zatani caído. Uno le clavó una puñalada en un espacio entre las placas negras de la armadura que protegía el torso del guerrero, con una hoja curva que se hundió profundamente.

—¡Debemos marcharnos ahora! —exclamó Janto, al tiempo que hundía un hacha en un cráneo khurta.

Regulus sabía que era cierto, que tenía que llegar a lo alto de la muralla antes de que su vía de escape quedara interrumpida, pero no podía apartar los ojos de Hagama. Se habían criado juntos. Hagama había estado a su lado siempre, sin ceder jamás, sin flaquear, ni siquiera cuando los gor'tana habían pasado por su peor momento y se habían visto obligados a exiliarse.

Y él no querría que tú murieras aquí. Querría que sobrevivieras. Para vengarlo.

Regulus lanzó un rugido largo y fuerte, moviendo la espada a la izquierda y luego a la derecha en una última exhibición de desafío, antes de saltar a las enredaderas y ramas que todavía estaban adheridas a la contramuralla.

Alcanzaba a ver a Janto más arriba, trepando con facilidad. Kazul y Akkula estaban más adelante; uno de ellos, Regulus no sabía cuál, tiró de un khurta para apartarlo de la escalera mientras pasaba a su lado. El follaje se volvía cada vez más quebradizo a cada metro que subían, y en más de una ocasión la rama de la que Regulus se asía se resquebrajó en su mano. Por encima de los sonidos del combate oía que el follaje crujía al secarse, pudriéndose a cada instante.

Una flecha se clavó en una rama junto a su cabeza. La rama se deshizo en frágiles astillas. La siguieron más flechas, puesto que los khurtas se habían dado cuenta de que los zatani eran más vulnerables cuando trepaban.

Una repentina andanada llovió desde arriba cuando alguien, Regulus no supo quién, organizó a los arqueros de la muralla para que cubrieran su huida.

La rama de la que se sostenía se rompió de pronto y Regulus se resbaló varios centímetros antes de encontrar asidero. Ya estaba cerca de la meta, Janto acababa de pasar al otro lado del muro, pero todavía le quedaban unos seis metros y parecía que la pared de vegetación podía derrumbarse en cualquier momento.

Regulus avanzó con rapidez, sin prestar atención a los sonidos de la batalla que bullían a su alrededor. Lo único que importaba era llegar a la cima, sobrevivir, para poder vengar a su hermano, Hagama.

Cuando la parte superior de las almenas estuvo a su alcance, la pared de follaje se movió, crujiendo y retorciéndose como una bestia en agonía. Se sacudió hacia atrás y Regulus sintió la fría punzada del pánico en el estómago cuando la pared se deslizó fuera de su alcance. A su izquierda una masa de vegetación se separó de la pared y

cayó al suelo, más abajo. Regulus intentó saltar, pero las ramas de sus pies cedieron antes de que pudiera hacerlo. Extendió un brazo, en un último intento de evitar desplomarse desde treinta metros de altura. Su mano cogió algo duro, sólido, y por un momento detuvo la caída.

Levantó la mirada y vio un rostro que reconoció. Nobul Jacks estaba en las almenas, aferrándose a la muralla con una mano mientras la otra estaba extendida con el martillo.

—¡Vamos! —gritó el hombre de las Tierras Frías con los dientes apretados.

Regulus dio un salto, sin soltar el martillo, esperando contra toda esperanza que Nobul Jacks fuera tan fuerte como parecía. La pared de ramas se derrumbó tras él cuando dio un salto y él contuvo el aliento, giró, chocó contra la pared, esperando caer, pero Nobul lo sostuvo con fuerza. Regulus buscó desesperadamente un punto de la muralla donde apoyarse, las zarpas de sus dedos lo encontraron, y Nobul lo izó por encima del borde. Ambos aterrizaron formando un bulto. Regulus inhaló con fuerza para insuflar aire a sus pulmones.

Nobul se incorporó y Regulus lo miró desde abajo.

—Te debo la vida otra vez, Casco Negro —dijo con un gesto de asentimiento.

—Habrá bastantes oportunidades de que me pagues la deuda —respondió Nobul—. De eso tengo pocas dudas.

Mientras Nobul se alejaba por la muralla, atestada de muertos, Regulus miró al otro lado y vio a sus propios guerreros recuperándose y jadeando por el ascenso. De reojo vio también a la mujer de túnica roja que lo había obligado de manera tan convincente a lanzarse sobre el enemigo. Ella le sonrió, le hizo un saludo despreocupado con la mano, como si eso fuera recompensa suficiente por sus esfuerzos y la pérdida de Hagama.

Regulus no se demoró mucho en ese pensamiento.

La gloria de lo que había hecho sería más que suficiente recompensa.

Ni las imágenes, ni los sonidos, ni los olores eran lo que ella esperaba de la batalla. Pero, por otra parte, Kaira jamás había experimentado una batalla a esa escala. Jamás se había enfrentado a enemigos tan numéricamente abrumadores, jamás los había visto combatir con tanto salvajismo. Y tampoco se había sentido tan indefensa como en ese momento, a lomos de un caballo junto a su reina. Mientras los defensores de la ciudad entregaban la vida ella no podía hacer más que observar. Cómo le habría encantado atacar, estar hombro con hombro al lado de ellos. Golpear a los khurtas y hacerlos caer al otro lado de la muralla, gritar ante su odio. Allí donde estaba, lejos de la batalla, en una seguridad relativa, sentía que no podía hacer nada.

Janessa miraba fijamente desde su caballo y Kaira sintió no poco orgullo por la forma en que la joven reina se enfrentaba a su primera batalla. Kaira había visto exhibiciones mayores de temor en guerreros avezados. Había visto a hombres adultos huir ante perspectivas más favorables, pero Janessa se limitaba a mirar, aparentemente procesando cada alarido de dolor o de furia, observaba en silencio cuando arrojaban a los enemigos al otro lado de la muralla o cuando sus abanderados caían con flechas en el pecho.

Cuanto más tiempo pasaba más nerviosa se ponía Kaira. Eso no tenía sentido y era, además, peligroso. Allí no tenían utilidad alguna, mucho menos Janessa. Era imposible que se le permitiera reunirse con su ejército en lo alto de las almenas. Jamás animaría a sus tropas desde allí; lo único que lograría sería ponerse en peligro.

Antes de que Kaira pudiera ordenarles una retirada hacia el ámbito seguro del palacio, sus peores temores se manifestaron. Una roca inmensa chocó contra el parapeto que tenían delante, e hizo caer a los hombres con armadura que estaban apostados, junto con pedazos de mampostería.

Cuando la enorme roca chocó contra una edificación próxima, el caballo de Janessa se encabritó. Un Centinela recibió medio merlón en el pecho y quedó aplastado en el suelo. Los hombres lanzaron gritos de pánico y Kaira trató desesperadamente de tranquilizar a su caballo, mientras miraba a la reina. Pero el corcel de Janessa se había calmado y había adoptado una posición resuelta. La muchacha seguía mirando las almenas con expresión desafiante.

Kaira siguió su mirada y observó que, animados por los destrozos del gigantesco proyectil, un grupo de khurtas había trepado por la pared. Algunos sonreían, lamiendo las hojas de sus armas, en anticipación de la matanza. Otros lanzaban gritos de júbilo mientras caían sobre los aturdidos defensores como lobos sobre su presa.

Kaira se volvió y vio que la mano de Janessa descansaba en la *Helsbayn*, que llevaba a un costado. Sus ojos miraban fijamente. Quería incorporarse a la batalla. Quería defender su ciudad y estar al lado de sus ejércitos.

Pero no está lista. No es más que una niña, y la matarán si le permites que combata.

—¡Proteged a la reina! —gritó, al tiempo que espoleaba a su caballo delante de los Centinelas—. Llevadla de regreso al palacio. No permitáis que nada os detenga.

Janessa protestó cuando los Centinelas empezaron a cambiar su formación y uno de ellos cogió las bridas de su cabalgadura, pero sus palabras se perdieron en la conmoción. Kaira vio cómo la guiaban por la avenida empedrada hacia el barrio de la Corona, pero no los siguió. No podía hacerlo.

Sabía que debería haberlos acompañado, debería haberse quedado al lado de su reina, pero algo la mantenía clavada en el mismo sitio. Si la reina Janessa no podía ayudar a los defensores heridos a contener las huestes khurtas en la muralla, entonces Kaira tenía la obligación de hacerlo en su lugar.

Espoleó su corcel, sintiendo su entusiasmo cuando se dirigió hacia las almenas y los khurtas que se arremolinaban por encima de la muralla. Tiró de las riendas del caballo a pocos metros de los pies de la escalera y lo oyó resoplar de frustración cuando descendió de la montura de un salto. Mientras subía los escalones de tres en tres, Kaira desenvainó la espada, sintiendo el dolor de la herida, que no se había cicatrizado del todo, que le había infligido Azai Dravos en una muñeca.

No es nada. Una tontería. No impedirá que cumplas con la voluntad de Vorena. Eres un instrumento de la rectitud, afinado y templado en las llamas del combate, preparada para aniquilar a los enemigos de tus dioses y tu reina. Nada puede detenerte.

El primer khurta apenas tuvo tiempo de percibir su presencia antes de que la espada de Kaira le arrancara la cabeza de los hombros. El acero de Kaira tintineó cuando atravesó el aire y sus músculos protestaron ligeramente cuando les exigió demasiado en su impaciencia para lograr su primera muerte.

Contrólate. Esto no es un juego. No estás en el patio de entrenamiento. Esto es real.

Apretó los dientes cuando otro khurta se acercó corriendo. Se agachó, adoptando una postura defensiva, y limpió los pulmones con un solo aliento. Toda emoción desapareció en un instante, para ser reemplazada por todo lo que había aprendido, desde que era una niña en el Templo de Otoño hasta convertirse en una mujer adulta.

Eres la manifestación de la voluntad de Vorena. Una llama resplandeciente en la oscuridad.

El ataque del khurta era salvaje y sin límites. Sus miembros eran poderosos; su expresión, feroz. Pero no tenía ninguna posibilidad. Kaira se agachó muy bajo y después de deducir cómo sería su primer y torpe movimiento antes de que llegara a producirse, le insertó su arma debajo de las costillas. Preparó el hombro para recibir el peso muerto de él, luego lo dejó caer y recuperó su acero plantando un pie en el pecho del hombre.

—¡De pie! —le gritó a un soldado joven encogido de temor bajo la sombra

irregular de las almenas—. Todos vosotros, ¡combatid!

Otro khurta corrió hacia ella. Un rápido movimiento de su espada y el hombre cayó con un aullido.

Ver que ella aniquilaba al enemigo con tanta facilidad pareció infundir un poco de coraje a los defensores de la muralla. Dos hombres se acercaron a ella con vacilación. El muchacho encogido a su lado se incorporó lentamente, la espada floja en la mano, pero al menos todavía la aferraba.

—Formad filas —ordenó y los hombres obedecieron, colocándose en una hilera a lo largo del parapeto para proteger la escalera.

Más khurtas habían trepado por la muralla. Kaira se agachó para recoger un escudo caído y lo unió a los de los tres hombres que estaban a sus lados, justo cuando el primero de los khurtas se abalanzó gritando sobre ellos. Con un salvaje impulso, lanzó su hacha contra la pared de escudos. Kaira y los hombres mantuvieron su posición con firmeza al tiempo que más khurtas se sumaban a la refriega. Cuando se produjo una brecha en el ataque, Kaira atacó y la punta de su espada abrió una garganta. Tan pronto un khurta caía, otro ocupaba su lugar. Detrás de los primeros atacantes siempre había más subiendo por la pared de la muralla.

—Manteneos firmes —masculló Kaira con los dientes apretados. Ellos cuatro eran lo único que se interponía entre estos khurtas y la ciudad. No les permitirían ganar la muralla sin pelear pero, a pesar de su coraje, Kaira sabía que era poco lo que podía hacer para detenerlos. Finalmente ella y el resto de esos hombres caerían ante la superioridad numérica de los khurtas.

Una espada golpeó la parte superior de su escudo y le dejó una marca. El hombre a su derecha de pronto lanzó un grito y se desplomó. Kaira le gritó que se incorporara, pero sus palabras se perdieron en la confusión. Hubo otro golpe en su escudo que la hizo retroceder un paso y se vio obligada a luchar contra su propia ira, para no permitirle que la controlara.

Lo único que oía eran alaridos, una furia escupida contra ella en la noche, pero no era solo furia: también era dolor y miedo.

Los ataques contra su escudo disminuyeron. Alguien lanzó una exclamación desde detrás de los khurtas que estaban atacándola, pero no en su nauseabunda lengua septentrional. Los ruidos de los combates fueron alejándose de las almenas desde el otro lado de la masa de khurtas, y uno a uno, los salvajes dejaron de pelear para enfrentarse a la nueva amenaza.

Kaira se tomó un momento para ayudar a incorporarse al hombre que tenía a su derecha y vio que habían llegado más defensores a las almenas para repeler al enemigo. Hubo un relámpago de acero, un resplandor de bronce a la luz de la antorcha. Los khurtas caían de la pasarela hacia la ciudad. Algunos volvían a saltar por el parapeto hacia el otro lado. Kaira no pudo evitar una sonrisa de alivio cuando reconoció a los hombres de la Guardia del Guiverno, que blandían sus hachas y masacraban desenfrenadamente. No mostraban emoción alguna en su tarea. Cada

movimiento de las espadas era medido, poderoso y letal. Además de alivio experimentó una punzada de envidia. Eran guerreros sin igual, dedicados a su arte, que acababan con el enemigo con aplomo. Durante un instante fugaz pensó en el Templo de Otoño y en sus hermanas. Cómo anhelaba estar junto a ellas, Doncellas Escuderas todas, luchando contra el enemigo hasta la muerte.

Pero eso no puede suceder. Samina tenía razón: abandonaste a tus hermanas hace mucho tiempo.

Cuando el último de los khurtas cayó derrotado, Kaira se detuvo a observar la extensión de la muralla. Hasta donde alcanzaba a ver todos los khurtas habían sido aniquilados. Había partes de las murallas hechas trizas y cadáveres esparcidos a lo largo de las almenas. Pero habían ganado.

Más abajo, en la llanura que estaba delante de la ciudad, se oyó un cuerno fuerte y claro en la noche. El sonido hizo que la horda comenzara a retirarse hacia el norte, dejando sus muertos y heridos en el prado.

Kaira observó a la masa que retrocedía, alejándose del rango de alcance de los arqueros que estaban en la muralla, y se dio cuenta de que seguía aferrando con fuerza su espada y que estaba jadeando, respirando con dificultad. Cuando aflojó la mano en torno al arma, sintió que empezaba a temblar.

—¿Te encuentras bien?

Kaira levantó la mirada al oír una voz familiar y reprimió una sonrisa cuando vio que Merrick la observaba con preocupación.

—Sí —respondió—. Solo que...

—Sí, lo sé —dijo él—. No es lo que yo esperaba tampoco.

Sonrió, pero Kaira vio más allá de la sonrisa. Detrás de los ojos había temor y dolor. A pesar de que con su armadura se veía como todo un guerrero, él estaba tan asustado como ella. Dio un paso hacia él.

—¿Cómo has estado —preguntó— desde que te uniste a tu padre?

Merrick se encogió de hombros.

—Me tatuaron, me dispararon con flechas, los khurtas me persiguieron, y creo que acabo de matar a tres hombres, tal vez a cuatro. Pero también pasé algunos momentos de mierda.

Volvió a sonreír, mostrando los dientes, dejando ver un poco del despreocupado Merrick de antes, y por un instante fugaz Kaira también sonrió.

Sin otra palabra, él le hizo un gesto con la cabeza y se dio la vuelta para unirse al resto de la Guardia del Guiverno.

Después de verlo marcharse, Kaira echó una última mirada al norte, donde se encontraba el enemigo. Los habían hecho retroceder, pero no los habían vencido. No tardarían en regresar. Lo único que ella esperaba era tener otra oportunidad de hacerles frente espada en mano.

Cada vez que podía, Rag evitaba Las Balsas como la peste. Llamarlo un cagadero habría sido generoso para la mierda. Robar en el Eastgate, incluso en el Dockside, ya era bastante arriesgado, pero Las Balsas era un sitio donde no te gustaría que te atraparan con la mano en el bolsillo de alguien. Tampoco es que hubiera mucho de valor que robar allí.

Mientras miraba cómo el último de los habitantes de esas pocilgas pasaba a su lado, recordó que siempre había tenido el buen tino de no acercarse por ese lugar.

Los Casacas Verdes estaban arriando a los habitantes y no con demasiada cortesía. Forzaban como bestias a hombres, mujeres y niños, todos con aspecto de no haber visto jabón ni toallas en demasiado tiempo, a entrar en la ciudad. Cada tanto algún desgraciado de aspecto bastante desagradable trataba de protestar y de armar escándalo, pero no tardaban en hacerlo callar con el golpe de un bastón o un empujón agresivo. Daba la impresión de que los Casacas Verdes no se andaban con miramientos y Rag no podía culparlos. Con los residentes de Las Balsas había que ser implacable, si sabías lo que te convenía.

Si bien la aliviaba el hecho de que no hubiera canallas de mala pinta que estuvieran esperando para robarle escondidos en las sombras de Las Balsas, sabía que no sería fácil atravesarlas. Por alguna razón, los Casacas Verdes estaban evacuando todo el distrito —si podía llamárselo así— y ella suponía que no estarían muy contentos si la veían paseándose por allí.

Pero sabía que tenía que pasar, no tenía alternativa. El pergamino enrollado con el sello negro que abultaba en el bolsillo interior era suficiente recordatorio. Bastian quería que su mensaje llegara a destino, y cuando Bastian quería algo era mejor que lo obtuviera, caso contrario alguien pagaría el precio. Rag suponía que no le gustaría pagar lo que él pidiera si metía la pata.

—Hemos de mantener la cabeza baja —le dijo a Yarrick. Él respondió con un gesto de asentimiento, mientras contemplaba la escena. Estaba nervioso y tenía miedo, pero Rag dudaba que pudiera estar más asustado que ella. Iban a entregarle el pergamino a una persona que se encontraba al otro lado de Las Balsas y ella no tenía muchas ganas de averiguar quién era.

Los dos aguardaron todo lo que pudieron hasta que la muchedumbre que salía de la barriada empezó a disminuir y pasó a ser un goteo. Por su parte, los Casacas Verdes parecían dispuestos a terminar con ese asunto, y era obvio que ocurría algo. Rag solo esperaba tener tiempo para concluir la tarea que le habían encomendado antes de que todo estallara.

—Vamos —susurró finalmente cuando le pareció que había una brecha entre los cuerpos por la que podrían pasar. La oscuridad los cubriría lo suficiente como para

que los Casacas Verdes no los vieran, pero de todas maneras debían ser cuidadosos. No le apetecía que le asestaran un porrazo en la cabeza. Ya tenía bastantes preocupaciones.

Yarrick la siguió de cerca cuando ella se separó de la pared tras la que se habían escondido. Ninguna de las personas a las que estaban evacuando les dirigió una segunda mirada. Por suerte, tampoco los Casacas Verdes parecían prestar mucha atención a cualquiera que tratara de volver a Las Balsas, tan ocupados estaban con hacer salir a la gente.

Rag avanzó silenciosamente sobre la desvencijada plataforma de madera que se había construido sobre el río y durante unos metros ambos estuvieron visibles. Más allá había un revoltijo de chozas donde podrían esconderse si no eran lo bastante rápidos como para que no los vieran. Yarrick seguía junto a ella a cada paso, pero sus pisadas no eran tan ligeras. En medio de la noche, si hubieran estado allí para robar, podría haber sido un problema, pero había ruido suficiente para cubrir sus huellas gracias a las protestas y gritos que surgían de todas partes.

Cuando llegaron a la parte trasera de la primera casucha de madera, se detuvieron y respiraron con fuerza para recuperarse de la carrera y el miedo. Rag espió por una esquina y se sintió aliviada al comprobar que nadie había notado su presencia. Miró a Yarrick y advirtió que nunca lo había visto tan nervioso. Él no estaba acostumbrado a esa clase de tareas y Rag empezó a preguntarse exactamente por qué Friedrik —ese pobre infeliz muerto— lo había empleado. Era demasiado intranquilo para ser un carterista, demasiado miedoso para ser un matón y sin duda tampoco era lo bastante ingenioso como para tenerlo cerca y echar unas risas. Al parecer Friedrik aceptaba a cualquiera.

Después de darle una palmada en el brazo, avanzó hacia las apretadas viviendas. El hedor le llegó a las fosas nasales; a pescado, a humedad y a excrementos, todo junto. Aquí y allá la madera crujía y cedía bajo sus pies y en más de una ocasión sospechó que la atravesaría y caería al río. Sin prestar atención al miedo que surgía en su corazón a cada paso, finalmente llegaron al punto central del río.

Cada tanto surgían voces desde algunas de las edificaciones. Tipos que no habían hecho caso a los Casacas Verdes, sin duda; que habían decidido enviar a paseo a la autoridad y permanecer allí, a pesar de lo que les habían ordenado. Una parte de ella los admiró por eso; después de todo, ella nunca había sentido mucho cariño por los Casacas Verdes. Otra parte de ella pensaba que eran unos malditos estúpidos. Debía de haber alguna razón para la evacuación, incluso aunque solo fuera la amenaza de que los khurtas entrarían gritando desde la Ciudad Vieja. En cualquier caso, eso no la preocupaba en ese momento.

Después de que Yarrick y ella avanzaron un poco más, vieron una luz. Un farol colgaba de un montante y, por un instante, mientras miraba la luz que se balanceaba en la brisa, un pensamiento cruzó su mente.

No lo hagas, Rag. Ya sabes lo que suele ocurrir cuando se te ocurren esos

pensamientos. Te han metido en tanta mierda como de la que te han sacado y Bastian no es la clase de tipo con el que puedes jugar. Cuando da una orden y no se obedece, las cosas nunca terminan bien para quienquiera que lo haya desobedecido.

Rag avanzó de puntillas lentamente en dirección de la luz hasta que se colocó debajo de ella. Sabía que corría peligro, pero no podía sacarse ese malicioso pensamiento de la cabeza. Su mano se desvió distraídamente hacia el bolsillo interior de su abrigo y sacó la carta que le había dado Bastian. Miró a Yarrick, que vio lo que hacía. Supuso que estaría demasiado asustado para preocuparse, porque no dijo palabra cuando ella rompió el sello y echó un vistazo.

Incluso mientras lo leía sabía que estaba mal, y cuando vio lo que estaba escrito en ese pedacito de pergamino, formó con la boca una maldición muda. Maldijo a Friedrik por haberle enseñado a leer. Maldijo su curiosidad. Se maldijo a sí misma, por haberse metido en un asunto tan peligroso.

Pero ya lo había visto y no había nada que pudiera hacer al respecto. No había forma de dejar de saber algo que uno ya sabía...

Iban a abrir una de las puertas. En su mano había un mensaje a los khurtas que les decía cuándo y dónde: la Puerta Lych, la noche siguiente. Bastian y el resto del Gremio iban a abrir una puerta para permitir que los khurtas ingresaran en la ciudad.

Rag miró las palabras, las leyó hasta el final una tercera vez, solo para asegurarse de que entendía bien. No había error posible. Por supuesto que no podía permitir que eso ocurriera. Por supuesto que no sería ella la que transmitiera un mensaje a los khurtas que causaría la masacre a muchos inocentes, solo los dioses sabían cuántos, por lo que ella había hecho.

Entonces ¿qué harás, Rag? ¿Vas a librarte de ese mensaje? ¿Vas a fingir que lo entregaste y tratar de engañar a Bastian para que crea que los khurtas están de camino? Él te cortará la garganta si se entera. Diablos, probablemente te la cortaría solo para divertirse, pero si llega a sospechar que te has puesto en su contra, te matará con absoluta seguridad, y no será rápido.

Rag volvió a enrollar la carta y se la metió en la blusa.

—Vamos, pues —le dijo a Yarrick, antes de meterse entre las casuchas.

Cuanto más se internaban en Las Balsas, más muerto y oscuro estaba el lugar. Ya no se oían charlas en las casas, ni había antorchas que alumbraran el camino, y la plataforma de madera se volvía más resbaladiza y más desvencijada a cada paso que daban sobre el río. En más de una ocasión, Yarrick se resbaló en los grasientos tablones, pero había que admitir que no gritó ni delató su presencia.

No tardaron en llegar al otro lado del río. Allí Las Balsas estaban más separadas y se unían a la Ciudad Vieja. Rag aminó el paso y aguzó la vista en busca de alguna señal de su contacto.

—¿Ahora qué? —preguntó Yarrick, respirando con dificultad. A pesar de la falta de luz, Rag vio que la cabeza de Yarrick resplandecía de sudor, incluso en el frío de la noche.

—¿Cómo mierda voy a saber qué pasa ahora? —respondió, con su propio temor manifestándose bajo la forma de una irritación, aunque eso no la hizo sentir culpable en absoluto.

Los dos se quedaron en la oscuridad, escuchando. Desde el norte llegaban los sonidos de los combates. El cielo nocturno estaba iluminado con fuego y vivo con gritos y alaridos. Por asustada que estuviera, Rag sentía no poco alivio por no estar metida en el medio de aquello.

Hubo un movimiento repentino proveniente de la Ciudad Vieja. Aunque no veían nada en la oscuridad, era evidente que se acercaba alguien. Rag se paralizó, sintiendo que Yarrick hacía lo mismo cuando la figura avanzó hacia ellos, sin emitir sonido alguno. Ella escudriñó la noche, pero no pudo distinguir ningún rasgo. Podría haber sido cualquiera, tal vez alguien de Las Balsas o de la ciudad, desesperado y solo. Tal vez había ido a robar, equipado con las herramientas del oficio.

Cuando una masa de flechas ardientes iluminó de repente la noche, Rag se dio cuenta de que no se trataba de ningún ladrón desesperado.

Una máscara pintada de franjas negras y blancas cubría la cara, los ojos tenían menos vida que los de un pescado, tenía el pelo rapado y atado en un nudo. Estaba desnudo de cintura para arriba, tenía un cuerpo ágil y pintado igual que la cara, y en el breve relámpago de luz Rag estuvo segura de haber captado el resplandor de un acero.

Contuvo el aliento cuando la noche volvió a oscurecerse. Yarrick estaba a su lado; alcanzó a oír sus jadeos y era evidente que él también había visto al khurta. Solo esperaba que no hiciera ni dijera nada lo bastante estúpido como para hacer que los mataran.

Otro relámpago de luz y esta vez Rag vio que el khurta se había movido. Ahora estaba delante de ella, con la misma expresión impasible, pero con la palma extendida, como si quisiera pagar algún tipo de peaje.

Con una mano temblorosa, Rag buscó en el bolsillo y sacó el mensaje enrollado. No había dudas en su mente de que entregárselo era incorrecto, pero de ninguna manera intentaría traicionar a Bastian en ese momento, menos con ese ser malévolo a su lado.

Depositó el papel en la mano del khurta y sintió cómo él lo cogía. Otro disparo de fuego atravesó la noche y bajo esa luz Rag vio que el khurta había desaparecido, dejándola a ella y a Yarrick jadeando y muertos de miedo.

—¿Podemos irnos de aquí ahora, maldita sea? —dijo Yarrick, sin siquiera tratar de disimular el hecho de que estaba a punto de echarse a llorar como un bebé.

—Desde luego que sí, qué narices —respondió Rag. Se dio la vuelta en dirección a la ciudad y avanzó a hurtadillas pero lo más rápido que sus pies y las resbaladizas tablas de madera se lo permitieron.

Los dos atravesaron Las Balsas a buen ritmo. A Rag ya no le importaba que los vieran, solo quería marcharse de ese lugar lo antes posible. Por su parte, Yarrick no

protestaba.

Estaban a mitad de camino cuando Yarrick la agarró del hombro.

—¿Qué mierda es aquello? —preguntó, mientras señalaba la muralla que se extendía hacia el norte.

Rag entrecerró los ojos para ver en la penumbra y vislumbró a lo lejos algo que brillaba encima de las almenas.

—No tengo la menor...

Una brillante bola de llamas salió catapultada desde detrás de la muralla antes de que pudiera terminar la frase. Sobrevoló Las Balsas y rápidamente la siguieron una segunda y una tercera. Rag se quedó quieta y miró sobrecogida cómo la primera bola de llamas pasaba por encima de sus cabezas y chocaba contra las casuchas que estaban detrás de ellos y explotaba en un infierno de luz y calor.

Le recordó el desastre que habían causado aquellos barcos en la mitad sur de la ciudad, pero esta vez no era el enemigo el que quemaba cosas.

—¿Qué demonios? —gritó Yarrick, cuando las otras dos bolas de fuego se estrellaron en medio de Las Balsas, detrás de ellos, cada una más cerca que la otra.

—¡Vamos! —exclamó Rag, sin esperar para ver si Yarrick había tenido la sensatez de obedecer su advertencia.

Hubo más fuego en el cielo. Rag sintió el calor en la espalda. Lo que fuera que usaban para quemar Las Balsas estaba funcionando, sin duda alguna. Debía de haber aceite en aquellos proyectiles ardientes y no hacía falta ser un magistrado para deducir qué ocurriría si no se marchaban pitando.

Más bolas de fuego los sobrevolaron y ella percibió el calor y la explosión que abrió las casuchas detrás y la vibración que sacudió las tablas bajo sus pies.

Necesitas mover el culo o terminarás en el fondo del Storway convertida en un montón de huesos calcinados.

Otra explosión la hizo caer. Su cabeza golpeó contra las duras tablas de madera y durante un momento vaciló, mientras trataba de recuperar el conocimiento y seguir avanzando.

Algo gimió en sus oídos, algo agudo, que le hizo rechinar los dientes, y no fue hasta que consiguió incorporarse cuando se dio cuenta de que se trataba de Yarrick.

Estaba en llamas, gritando. Rag dio un paso hacia él, pero luego lo pensó mejor. De todas maneras, no había nada que pudiera hacer. Entrecerró los ojos, queriendo cerrarlos, pero se obligó a mirar cuando él cayó de rodillas mientras el fuego lo consumía, ardiendo más caliente que los infiernos cuando se encendió el aceite que se había derramado sobre él. Trató de decir algo, tal vez de rogarle que lo ayudara, pero ella no pudo distinguir las palabras y él empezó a ahogarse y a retorcerse. Rag sintió que se le revolvía el estómago mientras lo miraba sin poder hacer nada.

No puedes quedarte aquí toda la noche o serás la próxima.

Con una breve punzada de culpa, Rag apartó los ojos y se echó a correr antes de que otra bola de fuego la convirtiera a ella también en cenizas.

Más adelante alcanzaba a ver a otras personas corriendo, aquellos demasiado testarudos o frágiles para abandonar Las Balsas cuando se lo habían dicho y que ahora hacían lo posible para evitar su destino. Pasó junto a un viejo, pensó durante un instante que debería ayudarlo, pero luego lo reconsideró rápidamente. Si lo ayudaba lo más probable era que ambos murieran. Además, estaba en Las Balsas. Él no vivía allí porque fuera amable y simpático. Ese lugar tenía una reputación y había muchos que dirían que cualquiera que muriera allí bajo las llamas seguramente se lo merecía. Algunos incluso dirían que ella también se merecía aquel destino, por todo lo que había hecho.

De todas maneras, Rag no pensaba quedarse y aceptarlo.

Ya veía el límite de la ciudad. Vio la apertura en la muralla. No estaba lejos. Solo faltaban unos metros y estaría a salvo.

Sigue corriendo.

No mires atrás.

La pasarela a su derecha estalló en llamas y Rag volvió a perder pie. Alcanzó a oler ropas chamuscadas y aceite hirviendo. Tenía las suelas de los zapatos abrasadas, el pelo humeante, pero no se rendiría tan fácilmente. Si tenía que volver corriendo a la ciudad convertida en un farol aullante y ardiente, desde luego que lo haría.

Con el mundo en llamas, Rag se incorporó y corrió.

Janessa sentía el peso de la *Helsbayn*. Durante mucho tiempo esa espada le había servido de alimento, como un elixir, pero ahora parecía una carga, como si no haberla desenvainado para derramar sangre khurta la hubiera vuelto hosca. Cogió la empuñadura, palpando el frío con la mano y los dedos, y sintió que la estaba obligando a ella misma a sentirse mal por no haberla empuñado en combate.

¿Cuántos habían muerto en la muralla ese día? ¿Mil? ¿Cinco mil? Le dolía no haber podido hacer más, pero por otra parte ella era una figura simbólica que atraía a la gente. Una pastora en torno a la cual los defensores de la ciudad debían congregarse, debían pelear por ella, debían creer en ella. De ninguna manera podía correr peligro. Al mismo tiempo, no deseaba mantenerse lejos de los combates. Estaba decidida a luchar, como debía hacerlo cualquier reina guerrera.

—A Las Balsas —ordenó cuando vio que la llevaban de regreso al palacio de Skyhelm.

Los Centinelas que la rodeaban la miraron confundidos.

—Majestad —dijo uno de ellos—, debemos llevaros de vuelta al palacio. Debido al bombardeo desde el sur las calles podrían...

—A Las Balsas —repitió Janessa. Incluso ella misma se dio cuenta de la fuerza de su voz. Tenía poder, y ninguno de sus guardaespaldas la haría repetirse una tercera vez.

Los Centinelas se trasladaron hacia la zona sudoccidental de la ciudad. Gran parte de la zona estaba en ruinas, ennegrecidas y quemadas por el bombardeo que caía desde el puerto. Janessa casi sintió ganas de llorar pero sabía que las lágrimas no repararían el daño ni traerían de regreso a aquellos que habían sido quemados vivos durante los ataques. Además, era muy posible que hubiera muchos más muertos antes del amanecer. ¿Cuántas lágrimas podía derramar antes de que se secara?

Cuando llegaron a la muralla al sudoeste de Steelhaven, Janessa vio que la hilera de catapultas ya estaba lista para lanzar el diluvio. Un goteo constante de sujetos enmarañados entraban a la ciudad desde el sur, y unos rostros cetrinos la miraron al pasar a su lado. Aunque había hecho todo lo posible para unificar a su pueblo ante el ataque khurta, sabía que no sentían amor por ella. Esas personas eran lo más bajo que la ciudad podía albergar. Janessa apenas podía empezar a imaginar lo que habían sufrido a lo largo de los años y, sin embargo, no tenía más que ofrecerles que la destrucción de sus hogares.

Los miró un rato, observando esas caras que pasaban en fila ante ella, sabiendo que lo que iba a suceder era necesario para la seguridad de la ciudad. El enemigo podía entrar muy fácilmente por el puente de madera que formaban Las Balsas. Su destrucción era un mal necesario, otro más que ella tendría que soportar sobre sus ya

sobrecargados hombros. Janessa sabía que no tenía alternativa y cuanto más miraba pasar a la gente hacia la relativa seguridad de la ciudad menos conmovida se sentía. No había tiempo para lamentaciones. Había que parar a los khurtas.

Cuando por fin los Casacas Verdes hicieron salir a las últimas personas de sus hogares y se colocaron a una distancia segura del lugar, un sargento ordenó que se abriera fuego.

En tres de las catapultas que estaban ubicadas sobre la muralla encendieron los proyectiles. Incluso desde esa distancia, Janessa sintió el calor cuando el aceite estalló en llamas. Al tirar de una palanca, el brazo de la primera catapulta se levantó, soltando una bola llameante sobre las Balsas. La miró sobrevolar la noche y estrellarse en las casuchas lejanas. Al primer proyectil le siguieron dos más y en pocos momentos Las Balsas estaban en llamas.

Janessa se obligó a presenciar el acto. Ver cómo el fuego consumía parte de su ciudad, por desvencijada que estuviera, le retorció las entrañas.

Debes dejar que esto te alimente. Debes sumar esta pérdida a todas las demás y dejar que sea el combustible del odio que sientes por Amon Tugha.

Rápidamente volvieron a cargar las catapultas y el sargento gritó de nuevo. Más fuego en el cielo. Más llamas corriendo libres por Las Balsas.

Un grito surgió desde abajo, seguido de otro, y Janessa sintió que se le paraba el corazón. Sabía que jamás podrían limpiar ese sitio del todo, al menos, no a tiempo, pero no había pensado que presenciaría la muerte de nadie.

Pero sabía que era su obligación. ¿Qué era aquello que Odaka le había dicho varias semanas atrás? *Cada decisión que toméis tendrá consecuencias.*

Otro grito, tan agudo que Janessa quiso taparse los oídos, pero no lo hizo. Se quedó a observar, con la mano inmóvil sobre la empuñadura de la *Helsbayn*, aunque ahora la reconfortaba poco.

Algunas figuras salieron corriendo de las edificaciones de madera que aún estaban en llamas, pero se desplomaron antes de poder llegar a la ciudad. Y ella siguió mirando, procesándolo todo. Alimentándose con el dolor y la angustia.

Las Balsas tardaron una hora entera en quemarse, hasta que por fin las maderas podridas cayeron en el Storway y fueron arrastradas hasta el mar, con quienquiera que siguiera atrapado en su interior.

Cuando miró a los enemigos que se encontraban al otro lado del río, Janessa juró que pagarían por aquello. Juró que jamás volvería a permitir que la pusieran a resguardo mientras su ciudad sufría. Cuando los khurtas atacaran de nuevo, llevaría la lucha al terreno de ellos.

No dijo palabra durante el viaje de regreso a Skyhelm, escoltada por los Centinelas. Su mano temblaba en las riendas y si hubiese hablado tal vez habría dejado traslucir alguna debilidad, incluso podría haber sollozado, podría haber dejado oír un temblor en la voz.

Cuando por fin llegaron, el palacio parecía vacío. Muerto. Y ella estaba indefensa

en su interior. Los muros palaciegos se elevaban altos e imponentes, sus defensores no tenían miedo, pero ella sabía que serían reducidos a nada cuando llegaran los khurtas. Poco podrían hacer contra las huestes, incluso en ese lugar donde ella se había sentido a salvo toda su vida. Pero no le importó. Janessa no temía al enemigo, solo a la derrota.

—Los khurtas han sido repelidos —dijo una voz que resonó en el vestíbulo.

Janessa vio quién era y algo se agrió en su boca. La baronesa Isabelle Magrida estaba allí en toda su gloria, con sus galas formales brillando a la luz de las antorchas. Aunque había dejado parte de sus joyas y su rostro tenía una expresión adusta. Nadie sabía exactamente dónde se escondía su hijo Leon. Janessa esperaba que estuviera muerto de miedo debajo de su cama y que se mantuviera lejos de su vista.

Cómo detestaba a aquella mujer. Desde la destrucción de Dredun, se le había concedido refugio en el palacio. La baronesa y su hijo lo habían aceptado y luego habían demostrado su gratitud solo con arrogancia y desdén. Durante un momento fugaz Janessa sopesó lo satisfactorio que podría ser echar a esa mujer al frío y dejar que los khurtas se ocuparan de ella, pero enseguida relegó ese pensamiento al fondo de la mente. Además, era más probable que fueran los khurtas quienes sufrieran si se tenían que enfrentar a Isabelle Magrida.

—La victoria es nuestra, por esta noche —continuó la baronesa—. Los defensores de esta ciudad se han comportado con honor y valentía. Deberíais estar orgullosa.

Janessa solo pudo mirarla fijamente. ¿Qué tramaría Isabelle? ¿La estaba provocando? Si era así, a Janessa le costaba encontrar el agujijón, pero por lo que sabía de esa mujer, debía de tenerlo en alguna parte.

—Estoy orgullosa —respondió—. De ellos. No de mí.

—No os flageléis tanto. No podíais hacer mucho más.

—¿No? ¿No podía hacer mucho más que ver cómo arde mi ciudad?

—¿Os referís a Las Balsas? Eso fue necesario. Una decisión pragmática que había que tomar. Y recordad que la ciudad lleva días sufriendo. Estamos bajo asedio, mi niña. No os culpéis por ello.

Janessa sintió que la furia crecía en su interior. Todo el dolor, toda la angustia de los últimos días creció en ella como una fuente desbordante.

—¡No soy vuestra niña! —gritó—. No soy la niña de nadie. Soy una reina y acabo de ver cómo moría mi gente. Inocentes que murieron por mis órdenes. Yo tengo la culpa de eso. ¡Yo!

Isabelle asintió con solemnidad. No había rastro de malicia en su expresión, ni de engaño. Su mirada era de genuina compasión.

—Y esa es vuestra carga... majestad. Yo también la he sentido, como mi marido, Arlor lo tenga en la gloria. Pero es mejor que perezcan cientos que miles. Que decenas de miles. Todos debemos hacer lo que es necesario.

Janessa se limitó a mirar a la mujer a los ojos, buscando alguna excusa, alguna huella de desdén, alguna trampa, pero no había nada de eso. Lentamente, asintió con

un gesto.

Antes de poder pronunciar alguna palabra de agradecimiento, se abrió la puerta del salón. Kaira entró. Incluso a esa distancia, Janessa alcanzó a ver la sangre que manchaba la armadura de su escolta. Solo esperaba que no fuera de Kaira.

—Majestad, la muralla ha resistido. La victoria es nuestra esta noche.

—Sí, yo... —Janessa se volvió, pero la baronesa Isabelle ya había abandonado la sala. Miró otra vez a Kaira, cuyos ojos tenían un fuego que brillaba detrás de la sangre que le manchaba la cara—. La victoria es nuestra.

Incluso mientras decía las palabras no sintió ninguna emoción. Ninguna sensación de triunfo.

Como para confirmarlo, Kaira se acercó a ella.

—Regresarán, majestad. Tan pronto hayan recuperado el aliento, volverán a atacar.

Janessa asintió, resistiendo la tentación de coger la empuñadura de la *Helsbayn*.

—Y estaremos esperando.

A Waylian le retumbaban tanto los oídos que le dolía la cabeza. Tenía moretones en el cuerpo, pero por mucho que se esforzara no recordaba qué se los había producido. Había participado en una pelea, eso estaba claro, era imposible olvidarlo, pero nadie lo había golpeado. Seguramente no debería dolerle tanto.

Se sentó en su pequeña habitación y recordó el horror de la noche anterior. Había tratado de dormir pero solo lo había conseguido durante unos pocos minutos antes de que las pesadillas lo despertaran. Como si los khurtas no fueran suficientemente malos de por sí, la magia de sus embrujadores había dejado una marca indeleble en la mente de Waylian. Aquella cosa que se retorció y se sacudía y que había asomado por encima de la muralla. Tan rápida, tan mortal.

El horror que le había causado hacía que matar a un hombre pareciera insignificante en comparación.

Waylian todavía veía su cara, todavía oía sus gritos de ira y dolor.

—Lo siento —le había dicho.

¿Lo sientes, maldita sea?

Era demasiado tarde para pedir disculpas, pero ¿y qué importaba, en cualquier caso? No era el primer hombre que Waylian había matado. Si se producían muchos más asaltos como el de la última noche probablemente no sería el último. Matar o que te mataran parecía estar a la orden del día, y Waylian no estaba de ánimo para morir pronto.

Abrió mucho la boca, tratando de aliviar el ruido de la cabeza. Emitió un sonido por la nariz. Se metió un dedo en una oreja. Eso pareció dar un poco de resultado, puesto que el sonido dejó de ser un tintineo agudo para convertirse en un zumbido grave. Era casi como si alguien estuviera llamándolo por su nom...

Algo lo golpeó en la nuca. Eso acabó con los ruidos instantáneamente. Se volvió y vio a la magistrada Gelredida, nada contenta.

—¿Estás sordo, Grimm? —exigió saber ella.

—Eh... No, magistrada. Solo estaba...

—Ven. Hay mucho que hacer antes del próximo asalto.

Se volvió y dejó la habitación. Waylian siguió obedientemente sus pasos.

El próximo asalto. Las palabras lo llenaron de pavor. Una parte de él quería creer que los khurtas habían utilizado todo lo que tenían contra ellos la primera noche, pero sabía que era poco probable. Seguramente solo habían calibrado las defensas de la ciudad y esa noche sería incluso peor: más salvaje, más letal.

Waylian carecía de los conocimientos de un general en el campo de batalla, pero incluso él sabía que el primer ataque le había costado caro a la ciudad. Cuando él y su señora empezaron a avanzar por la torre, comenzó a hacerse una idea de cuál había

sido el precio.

Los pasillos y las salas estaban llenos de Caballeros Cuervo y magistrados. Había muertos y heridos graves esparcidos por todos lados, atendidos por aquellos magistrados y boticarios lo bastante sanos como para ofrecerles asistencia. Un Caballero Cuervo se apoyaba contra una pared, con una mirada de desconcierto en los ojos. Le faltaba la mitad de una pierna, desde la rodilla. A su lado había otro caballero de la misma orden, a quien le habían quitado el peto y que tenía un agujero en el pecho. Waylian no supo si todavía respiraba o no.

Había más cuerpos en el piso siguiente. Era evidente que eran cadáveres, puesto que tenían los rostros cubiertos por sábanas. Los frágiles cuerpos de viejos magistrados yacían junto a las descomunales siluetas de caballeros, cuyas armaduras habían sido destrozadas o desgarradas. Al parecer ni el protocolo ni la jerarquía tenían gran importancia en la muerte.

Cuando bajaron al piso siguiente oyeron más gritos de agonía. Waylian esperaba ver más heridos, pero en cambio se encontró con una joven novicia cuyos dedos aferraban sus rodillas con tanta fuerza que había sangre en su túnica, mientras movía la boca, soltando palabras ininteligibles y balanceándose hacia delante y hacia atrás. A su lado había un magistrado, inseguro de cómo ayudar a la muchacha. Waylian paseó la vista por la sala y vio más siluetas, no todas jóvenes, balbuceando despropósitos. Los horrores de la batalla y el uso del Velo habían costado caro.

La magistrada Gelredida pasaba por todas estas escenas impassiblemente, sin dedicar ni una mirada a ninguno de los muertos, de los heridos o de los dementes. Por un momento Waylian admiró su insensibilidad; él mismo habría preferido ignorar todo aquello. Pero cuando reflexionó sobre el asunto reparó en que ella jamás podía ser tan despiadada como para no sentir nada por esas personas.

¿O sí? En las últimas semanas te ha puesto en peligro bastantes veces. Y no le ha importado lo más mínimo si sobrevivías o si morías para cumplir con sus propósitos.

Pero no eran los propósitos de ella. Nunca sacrificaba a los que la rodeaban por razones particulares. Todo lo que había hecho, todas las muertes que habían tenido lugar como resultado de sus actos, había sido por el bien común. Para preservar Steelhaven. Para mantenerlo a salvo del enemigo, cuando cualquier otra persona habría preferido no tomar decisiones difíciles.

Waylian sabía que si hubiera tenido que ser él quien tomara esas decisiones imposibles, habría fracasado estrepitosamente.

Gelredida y Waylian entraron en la biblioteca. Se había convertido de manera temporal en la sala de reunión de los archimaestros; era evidente que la Cámara del Crisol no agradaba a su señora. En el interior, Folds, Marghil y Kalvor la aguardaban pacientemente. Era obvio que la masacre de la noche anterior había afectado en gran medida a cada uno de ellos y ninguno parecía capaz de disimularlo.

Drennan Folds cruzó sus gruesos brazos y sus ojos desiguales miraron con furia a Gelredida cuando entró. Crannock estaba sentado a un escritorio, tamborileando

sobre la mesa con sus artríticos dedos. Una de las lentes de sus gafas se había roto. Lucen Kalvor se apoyaba contra una estantería, fingiendo indiferencia, como siempre, pero la sangre que aún le manchaba la cara y la túnica demostraban que había sido testigo de tanta muerte como cualquiera de los demás.

Gelredida los miró con una expresión indescifrable. Si esperaban compasión de parte de la Bruja Roja quedarían amargamente desilusionados.

—¿Drennan? —dijo—. ¿Cómo les va a tus aprendices?

Drennan Folds la fulminó con la mirada. Su ojo blanco no parpadeó.

—¿Cómo demonios piensas que les va? De veintiocho, siete han muerto. Cuatro se han vuelto locos a causa de los horrores que han tenido que soportar y el resto están tan asustados que dudo que puedan realizar siquiera un truco de salón mañana.

Gelredida procesó esta información con un gesto de comprensión.

—Estoy segura de que serás capaz de motivarlos —respondió. Drennan se dispuso a hablar, pero ella ya había dirigido su atención a Crannock—. ¿Y nuestros veteranos?

El viejo magistrado continuó golpeando sus arrugados dedos contra el escritorio, como si no la hubiera oído. Waylian comenzó a sentirse un poco incómodo ante la perspectiva de que su señora tuviera que repetirse, pero, lentamente, el hombre levantó la mirada.

—Hemos perdido a doce —respondió—. El doble de esa cantidad están heridos. Dudo que estén aptos para esta noche.

Gelredida asintió ante esa solemne noticia.

—Necesitaremos...

—Lo sé —convino el viejo en tono cansado—. Y haré todo lo posible.

—Sí, lo harás.

Ella se volvió hacia Lucen Kalvor.

—Unas treinta bajas. Nos deja alrededor de cuarenta aptos para los combates —expuso él sin levantar la mirada. No parecía importarle que sus Caballeros Cuervos fueran los que más habían sufrido, pero por otra parte a él nunca parecía importarle nada.

—Sé que esto pinta mal, pero, si lo miramos por el lado positivo, su embrujador está muerto —dijo Gelredida—. Anoche fue especialmente sangriento. De ahora en adelante no deberíamos tener que enfrentarnos a más actos de magia. De todas maneras, todo indica que los combates serán más cruentos antes del final.

—¿Más cruentos? —rezongó Drennan con los dientes apretados—. ¿Cómo podrían ser más cruentos? Estamos perdiendo magos por docenas. ¿Y sabéis cuánto se tarda en entrenar a los Caballeros Cuervo? Para cuando lleguemos al final de esto la Torre de los Magistrados no será más que una cáscara vacía.

—¿Y cuál sería la alternativa? —planteó Gelredida, con voz firme y tranquila, negándose a ponerse a la altura de las protestas de Drennan.

—Deberíamos haber aceptado la propuesta que nos hizo. No deberíamos haber

participado en los combates.

—Seguís tan ciego como vuestro ojo izquierdo —repuso Gelredida—. Seguí ocultando vuestra cobardía tras la voz de la razón.

—¡Vos nos habéis llevado a esto, maldita sea! —gritó él—. Haréis que todos muramos. Que la Casta quede destruida. Es lo único que mantiene unidos a los Estados Libres, y desaparecerá porque vos rechazasteis la oferta.

Hubo un silencio. Waylian sintió ganas de alejarse de la sala antes de que los cuchillos empezaran a volar en todas direcciones, pero logró tranquilizarse lo bastante como para quedarse en su lugar.

—¿Habéis terminado? —preguntó por fin Gelredida. Drennan se quedó en silencio, reflexionando sobre la conveniencia de seguir ventilando su ira—. Bien.

Estaba a punto de continuar cuando la detuvo el sonido de unos pies que corrían. Waylian se dio la vuelta a tiempo para ver a un muchacho, probablemente un poco más joven que él, que entraba corriendo en la sala. Tenía la cara brillante del esfuerzo y su vestimenta indicaba que, si bien no debía lealtad a ningún departamento administrativo en particular de la ciudad, tenía autorización para entrar en la Torre de los Magistrados.

El muchacho se hincó de rodillas ante los archimaestros e inclinó la cabeza como si pudieran convertirlo en un ratón si no exhibía la deferencia apropiada. En la mano sostenía un pergamino sellado.

Con un gesto de impaciencia, Gelredida le indicó a Waylian que cogiera el mensaje, y él obedeció de inmediato. Estaba sellado con cera blanca sin marca alguna. Él lo contempló un momento, sin saber qué significaba.

—Y bien, ábrelo, pues. —Su tono parecía ir más allá de la impaciencia, si aquello era posible.

Waylian rompió el sello y desenrolló el pergamino. Lo leyó lo más rápido que pudo.

—Es de la... Inquisición, magistrada —anunció—. El senescal Rogan exige que los magistrados hagan lo máximo posible para resolver el problema de los barcos con artillería anclados en la bahía.

Gelredida lanzó un suspiro como preguntándose si no tenía ya suficiente.

—Oh, ¿de modo que es eso? —Dirigió el comentario al joven mensajero. Dicho sea en su favor, el muchacho resistió la tentación de levantar la mirada, y Waylian sabía demasiado bien que la idea de contrariar a la Bruja Roja le hacía temer por su vida.

—Muy bien —dijo ella por fin—. Dile al senescal que haremos lo máximo posible para ocuparnos de ello.

El joven no necesitó más estímulo y salió corriendo, casi derribando a Waylian en su salida.

—Caballeros, si no hay nada más —se dirigió a los tres archimaestros—, estoy segura de que todos tenemos muchas cosas en las que ocuparnos.

Salió de la sala y cada uno de los hombres la siguió con miradas llenas de odio. Waylian habría intentado sonreír antes de seguirla, pero sabía que eso sería tan peligroso como inútil.

Ella siguió bajando por la torre y Waylian agradeció en silencio que no hubiera más muertos ni heridos graves ocupando los escalones durante el descenso.

—¿Qué haréis, magistrada? —preguntó, incapaz de contenerse. Sabía que ella tenía mucho en mente, pero de todas maneras quería saber cómo pensaba destruir los más de doce buques con artillería fondeados en la bahía.

—¿Qué haré? —preguntó ella a su vez—. Iré a buscar ayuda, claro.

Waylian soltó un suspiro silencioso. Por un momento había temido lo peor: que lo usara a él como voluntario para otra misión peligrosa que implicara, en este caso, un bote de remos y materiales inflamables.

No pudo resistirse.

—¿De quién, magistrada?

—De la Guardia del Guiverno —respondió ella—. El lord mariscal todavía me debe uno o dos favores.

Waylian lo consideró durante un instante. Algo de ese plan no estaba bien, y no logró reprimirse.

—Pero ¿cómo pueden unos guerreros derrotar unas embarcaciones fondeadas en el mar? No disponemos de barcos para transportarlos, e incluso si los tuviéramos estarían bajo fuego antes de poder llegar al primero de los buques artilleros.

—Muy bien, Waylian. Estás reflexionando. Me gusta. Pero no van a atacar los buques artilleros por mar.

Waylian frunció el ceño. Tenía que saberlo.

—Entonces... ¿cómo lo harán?

Gelredida se volvió y le dedicó una de sus muy infrecuentes sonrisas.

—Bueno, mi joven aprendiz. Aquí es donde entras tú...

Oh. Mierda.

Había sido la noche más larga en la vida de Merrick Ryder. Por fortuna, la mayor parte había transcurrido en una neblina de sangre y violencia. Los interminables alaridos, los hachazos y los cortes, las prendas interiores empapadas de orines. Pero, extrañamente, a pesar de toda la muerte que lo rodeaba, Merrick nunca se había sentido tan vivo. Nunca había tenido una sensación de pertenencia tan fuerte como allí, entre la Guardia del Guiverno, levantando escudo y espada junto a hombres a los que casi consideraba sus hermanos.

Lanzarse hacia el enemigo sin nada que se interpusiera entre él y ellos excepto el aire nocturno había parecido un acto de locura, pero permanecer en lo alto de la muralla cuando habían lanzado el ataque había sido el acto más enloquecido que había visto en su vida. Incluso aunque sabía que se avecinaba, nada podría haberlo preparado para la masacre. Y la Guardia del Guiverno era tan hábil en las masacres...

Y al frente, levantando su acero como un Rey Espadachín de antaño, estaba su padre, inspirándolos y guiándolos con el ejemplo. El viejo había atravesado las filas del enemigo como un asesino que se hubiera vuelto loco, con ese resplandor en los ojos que jamás flaqueaba, y la sonrisa en la cara mostrando un deleite en la carnicería que ningún hombre cuerdo debería haber manifestado jamás.

Merrick debería haber detestado aquello. Debería haber juzgado al viejo cabrón por hallar tanta alegría en la matanza. *Míralo*, debería haber pensado. *Con razón nos abandonó. Con razón me quedé solo para arreglármelas por mi cuenta, con este maldito loco como padre.*

Pero Merrick no podía juzgarlo; solo podía admirar su sed de guerra. Estaba atrapado en ella, como el resto de los caballeros cubiertos de bronceas armaduras que lo rodeaban. Lo único que había deseado era lanzarse al fragor de la batalla y cubrirse de sangre al lado de ellos.

Y sí que lo había hecho.

Toda la mañana había lustrado la armadura. Gruesos pedacitos de materia sanguinolenta se habían pegado en las placas acanaladas y Jared había exigido categóricamente que cada hombre limpiase su armadura hasta que brillaran como espejos antes de volver a enfrentarse al enemigo. Merrick solo quería dormir y relajar los doloridos músculos, en especial el brazo con el que empuñaba la espada, pero se había levantado con el resto de ellos y había obedecido la orden del segundo del lord mariscal. Ya le parecía casi normal lavarse y comer y combatir con esos hombres como si fueran sus pares. El Merrick de antes habría reído, pero, por otra parte, el Merrick de antes se había marchado hacía tiempo.

¿En serio? ¿Realmente has superado lo de ser un cobarde egoísta? Tal vez aún sea un poco pronto para empezar a palmearte la espalda, Ryder.

Se sentó entre el resto de los muchachos que pulían sus espadas y laqueaban sus escudos. Charlaban sobre la noche anterior como si tuviera lugar cada semana. Como si estar en peligro no fuera más que una circunstancia habitual de la vida. Algunos reían, comparando sus habilidades. Otros comentaban con lujo de detalles cómo le habían cortado la garganta a un khurta o habían atravesado una ingle o cercenado un miembro. Era una conversación informal, ligera, como si estuvieran jactándose de haber ganado una partida de naipes. Merrick los escuchó tanto tiempo que ya le parecía casi normal. Estaba a punto de reír junto a un caballero corpulento, de nombre Garnar, que comentaba cómo le había aplastado el cuello a un khurta con el borde de su escudo, cuando echó una mirada al otro lado del patio.

Tumbados en una hilera, ocultos bajo los banderines de la Guardia del Guiverno, estaban sus muertos. De los trescientos que habían combatido la noche anterior, treinta y ocho eran cadáveres. Merrick había llegado a conocer a algunos de esos hombres en el poco tiempo que había pasado en la orden. Terryll lo había hecho reír en más de una ocasión. Barsa, a su vez, se había reído de los chistes malos de Merrick más fuerte y más tiempo que la mayoría. Ahora estaban muertos, pero el resto de sus hermanos no parecían pensar demasiado en ello.

Habían depositado allí a los caídos la noche antes, con bastante solemnidad. Habían inclinado las cabezas mientras el lord mariscal pronunciaba un discurso sobre «hermandad» y sobre cómo sus muertos estaban a salvo en el abrazo de Arlor. Pero ahora era como si estuvieran prácticamente olvidados. Yaciendo allí, en la mañana fría, esperando a que viniera alguien a enterrarlos.

A Merrick no le importaba en lo más mínimo si Arlor querría darle un abrazo o no en el momento de su muerte. Cuando llegara su hora estaba del todo seguro de que desearía algo más que ser depositado en un frío patio y cubierto con una maldita bandera. Querría doncellas lloronas y un cortejo fúnebre con flores frescas esparcidas por la calle y una buena cantidad de oro.

Puedes desear todo lo que se te antoje, Ryder. Tendrás suerte si te dan un agujero lo bastante profundo como para que quepas en él.

Con ese lúgubre pensamiento, Merrick volvió a pulir su armadura, tratando desesperadamente de apartar la mente de la perspectiva de una muerte prematura y sin duda truculenta. Trató de pensar en la noche anterior, en la camaradería, en el júbilo de la victoria cuando los khurtas huyeron. Pero en lo profundo de su ser sabía que volverían, y pronto. Que había decenas de miles de esos canallas, y menos de trescientos en la Guardia del Guiverno. Treinta y ocho se habían ido la noche anterior. ¿Cuántos esta noche? ¿Y cuánto pasaría hasta que fuera su turno?

Un grito se oyó en el área de las barracas que habían convertido en enfermería. Además de los muertos, había más de tres docenas de heridos. La mayoría de ellos podía caminar, puesto que solo tenían cortes leves y moretones, pero el resto tendría suerte si alguna vez volvía a caminar o a levantar una espada.

Merrick suponía que aquello probablemente sería peor que morir; quedarse dando

vueltas como un lisiado por el resto de tus días, inservible para hombres o bestias. Dudaba que la Guardia del Guiverno aceptara parásitos entre ellos. Eran una hermandad, sin duda, pero inmisericorde y brutal. Lucharían el uno por el otro, morirían el uno por el otro, pero no cabía duda de que no toleraban ninguna forma de debilidad, por lo que Merrick había visto.

Solo esperaba que su suerte durara y que él sobreviviera con todo intacto, o bien que tuviera una muerte rápida y gloriosa. Si le preguntaban su parecer, tenía claro que elegiría lo primero.

Mientras seguía lustrando el peto, una silueta entró silenciosamente en el patio. Nadie pareció notar a la anciana de túnica roja que atravesaba el patio de entrenamiento; todos continuaron riendo y ningún miembro de la Guardia del Guiverno echó siquiera una mirada en su dirección. Como si fuera invisible para todos excepto para Merrick.

Cuando ella llegó al centro del patio, él sintió de pronto un tirón en el pecho, justo donde estaba su herida. Esa herida, la que debería haberlo matado apenas días atrás, pareció reconocer a la anciana, a diferencia de Merrick. Se llevó una mano a la camisa, esperando sentirla empapada de sangre, pero la cicatriz seguía en su sitio.

Merrick no la perdió de vista mientras ella seguía cruzando el patio. Antes de llegar al otro lado, el lord mariscal Tannick salió de debajo del alero de una edificación para recibirla.

Los dos se miraron con familiaridad, aunque Tannick parecía un poco receloso. Las palabras que intercambiaron fueron breves, y Tannick asentía y negaba con la cabeza mientras la anciana hablaba. Todo el tiempo el dolor en el pecho de Merrick parecía intensificarse, incluso le ardía un poco, como si la hoja todavía estuviera clavada en su interior y empezara a refulgir con calor. Después de un último y solemne gesto de asentimiento por parte de Tannick, la vieja se volvió. Al hacerlo le clavó a Merrick una mirada que él no pudo descifrar. Había algo en ella que reconocía, pero desde donde se encontraba no tenía idea de qué era. Era como si hubiera soñado con ella y el recuerdo todavía lo acosara en la periferia de sus pensamientos.

Ella lo miró fijamente y la comisura de su boca se elevó un poco, como si estuviera, de alguna manera, saboreando su incomodidad. Merrick hizo una mueca por el dolor, reprimiendo el impulso de gritar.

Cuando la vieja casi había llegado al pasadizo abovedado por el que se salía del patio, se detuvo. La frente de Merrick ya estaba perlada de sudor y él se sintió inundado por un repentino terror.

La mujer de rojo se llevó una mano enguantada a los labios. Tan pronto como había comenzado, el dolor en la herida de Merrick disminuyó y él dejó escapar una fuerte exhalación.

Entonces, la mujer se marchó.

Mientras los ojos de Merrick seguían fijos en el pasadizo del patio, una sombra

cayó sobre él. Levantó la mirada y encontró a su padre allí, con el rostro adusto de siempre.

—Me gustaría hablar contigo —dijo el lord mariscal, antes de marcharse a sus aposentos.

Merrick miró a su alrededor, perplejo. Nadie había notado la presencia de la anciana ni su propia incomodidad. Simplemente seguían con sus bravuconadas y lustrando sus armaduras. Se incorporó con delicadeza y siguió a su padre en el patio. Aunque el dolor del pecho había disminuido, sus piernas seguían inestables y las perlas de sudor de la frente empezaban a enfriarse con el aire matinal.

—Se trata de una misión —anunció Tannick, una vez que ambos estuvieron en los confines de su cámara—. Y es peligrosa. —*Aquí viene, Ryder. ¡Una oportunidad de demostrar lo que vales!*—. Por eso, cuando pida voluntarios, mantén la boca cerrada.

—¿Que haga qué? —preguntó Merrick.

—Guardarás silencio, muchacho. No permitiré que corras peligro.

—¿Que corra peligro? —Merrick sintió que empezaba a enfurecerse—. ¿Y cómo llamarías a lo que ocurrió anoche? ¿Una agradable caminata para tomar el aire de la noche?

—Anoche no corriste peligro alguno. Yo te vigilé todo el tiempo.

—No necesito que...

—Más allá de lo que necesites, muchacho, no te ofrecerás como voluntario. ¿Está claro?

Merrick ya había soportado bastante. Su padre le había permitido que se incorporara a la Guardia del Guiverno, le había dado una oportunidad para redimirse, pero al mismo tiempo le impedía demostrar su valía. Si no hubiera salido a salvar a Cormach ese desagradable tipo estaría muerto y los defensores de la muralla nunca habrían visto a la Guardia del Guiverno volver victoriosos con el estandarte. Y, además, él mismo había aguantado bastante bien en la muralla. Había demostrado con creces que era tan buen espadachín como cualquier otro de ellos.

Pero ¿qué te dijo él ayer, Ryder? No vuelvas a desobedecerme, ¿verdad? ¿Vas a intentarlo? ¿Vas a desafiar los deseos de tu padre por segunda vez? Adelante, inténtalo. Fíjate qué ocurre.

—Claro como el agua —dijo Merrick, esforzándose por no delatar su desilusión.

Cuando siguió a su padre de regreso hasta el patio lo único en lo que podía pensar era que aquella bien podría haber sido una oportunidad para probar su temple. Para demostrar que era un guerrero digno de la reputación de su apellido. Que no estaba escondiéndose en la estela de su padre.

Si bien lo habían aceptado en la Guardia del Guiverno, no estaba convencido de haberse ganado todo el respeto de sus hermanos caballeros. Y al menos uno de ellos lo odiaba a muerte, pero cuanto menos pensara en Cormach Hijoputa, tanto mejor.

—¡Bien, escuchad! —gritó Tannick desde el centro del patio. De inmediato, los

hombres de la Guardia del Guiverno dejaron lo que estaban haciendo y se arremolinaron en torno de su lord mariscal—. Tenemos una misión. Necesito veinte voluntarios. Será peligrosa y es dudoso que la mayoría de vosotros sobreviva. ¿Quién se ofrece?

Merrick echó una mirada a su alrededor. Pocos de los miembros de la Guardia del Guiverno parecían preocupados por la perspectiva de morir.

—Iré yo —dijo la primera voz. A Merrick no le sorprendió que se tratara de Cormach.

Sintió un repentino ataque de ira. Por supuesto que ese malnacido sería el primero en ofrecerse. Ante cualquier oportunidad de demostrar que era el más duro, el más resistente, el ser más depravado de toda la maldita ciudad se lanzaría sobre ella como un campesino sobre un pastel.

A diferencia de ti, Ryder. Tú no eres más que un hijo de papá. Mejor que no te despeines. Mejor que no juegues duro con los chicos más grandes.

Merrick fue contando a los hombres que daban un paso adelante para ofrecerse como voluntarios... Cuatro, cinco...

Y el lord mariscal te dijo que no te ofrecieras. Así que mejor que hagas lo que te han dicho, pues de lo contrario recibirás una paliza.

... Once, doce, trece...

¿Y por qué querrías ponerte en peligro, en cualquier caso? Quieres sobrevivir a esto, ¿no? El lord mariscal acaba de decir que es dudoso que la mayoría de los voluntarios sobreviva.

... Dieciséis, diecisiete...

Solo mantén la boca cerrada, como te han dicho, y tal vez puedas salir de esta entero.

... Diecinueve...

—Iré yo —se ofreció Merrick, abriéndose paso hacia delante antes de que algún otro pudiera coger el último sitio.

Tannick lo miró con furia, y durante un momento Merrick supuso que el viejo lo reprendería allí mismo, delante de sus hermanos de la Guardia del Guiverno.

—Ya son veinte —declaró en cambio.

Merrick tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar un grito de júbilo. Pero en ese momento recordó que acababa de ofrecerse como voluntario para una misión suicida. Gritar de alegría no parecía lo más apropiado en esas circunstancias.

Regulus miró hacia el norte en el momento en que el amanecer daba paso al día. Sus zarpas habían abierto un surco de cuatro líneas en la piedra de las almenas y la pena que sentía por Hagama se clavaba en él con la misma fuerza. Sabía que no debería permitir que le afectara tanto, sabía que era más que probable que terminara perdiendo a más guerreros, incluso su propia vida, pero de todas formas el dolor seguía siendo afilado como un cuchillo.

Hagama había estado a su lado desde que eran niños. Habían jugado juntos, peleado juntos, sangrado juntos, durante años. Hagama había sido el primero de los gor'tana en aliarse con Regulus después de la traición que había sufrido su padre. Incluso antes de que el viejo y sabio Leandran le hubiera ofrecido sus servicios, Hagama se había sumado a la comitiva de Regulus, demostrándole siempre una lealtad inquebrantable. Y ahora estaba muerto.

No era la necesidad de venganza lo que tanto le afectaba; habría tiempo más que suficiente para la revancha. Era el hecho de que no hubieran recuperado su cuerpo. El hecho de que los khurtas lo hubieran arrastrado hasta su propio campamento para hacer solo Gorm sabía qué con su cadáver. Ahora jamás podrían hacer llegar su alma a las estrellas. Ni impedir que el Caminante Oscuro consiguiera atrapar al valiente guerrero antes de que este ocupara su lugar junto a los otros héroes caídos de Equ'un. No era un final apropiado.

Pero el sacrificio... Hagama tendría el honor de un sacrificio como el que ningún otro zatani hubiera recibido jamás. Regulus juró en silencio que derramaría sangre khurta y que él probaría el sabor de cada gota en honor de su hermano caído.

—Deberías comer.

Regulus se volvió y vio al joven Akkula a su lado. Tenía un aspecto taciturno y era obvio que él también sentía la pérdida de Hagama, incluso a pesar de que el experimentado guerrero había criticado severamente a su joven colega en más de una ocasión. Nunca habían sido amigos, pero Akkula ya era un hombre —un guerrero hecho y derecho— y combatiría por sus hermanos y lloraría su pérdida como todo gor'tana debía hacer.

—No tengo hambre —replicó Regulus, aunque sabía que debía comer. La matanza de la noche anterior debería haberlo vuelto voraz, pero su estómago estaba lleno de un anhelo de carne khurta que ninguna cantidad de carne de caballo podría saciar.

—Necesitarás tus fuerzas para el próximo ataque. Como todos nosotros.

Akkula hacía lo que podía para ayudar, pero Regulus no estaba de ánimo para sermones. Negó con la cabeza y Akkula, entendiéndolo inmediatamente, dejó a Regulus con sus oscuros pensamientos.

Tan pronto se marchó, otra silueta se acercó por las almenas. Regulus reconoció al sargento y sintió que su corazón se hundía todavía más ante la perspectiva de tener que hablar con él. Parecía furioso y Regulus casi dejó escapar una sonrisa ante la furia apenas contenida de aquel hombre.

—Habéis abandonado vuestro puesto —dijo el sargento. Regulus notó que se mantenía a una distancia segura—. Obedeceréis las órdenes esta noche, o si no...

—Si no ¿qué? —respondió Regulus, sin molestarse siquiera en mirarlo.

Hubo un instante de silencio mientras el sargento consideraba su siguiente paso.

—Apenas tenemos suficientes hombres para la muralla. No podéis iros corriendo a donde os plazca.

Regulus asintió.

—Sí que podemos. Vuestra puerta no ha sido atacada, ¿verdad? Mis guerreros y yo no habríamos sido de utilidad alguna si nos hubiéramos quedado allí. De ahora en adelante nos encontraréis donde los combates sean más feroces. Donde la matanza sea más sangrienta.

El hombre hizo un amago de hablar, pero lo pensó mejor. ¿Qué podía hacer? ¿Intentar castigar a los zatani por haber repelido a los khurtas? ¿Por haber matado a su chamán y haber sacrificado a uno de los suyos en el intento?

El hombre de las Tierras Frías decidió alejarse antes que volver a hablar.

Regulus miró hacia el norte, cansado de su vigilia. Había llorado a Hagama bastante y, además, tenía otra cosa que hacer antes de que cayera la noche y se reanudaran los combates.

Mientras caminaba por la muralla muchos de los hombres de las Tierras Frías que habían participado en duros combates durante la noche le hicieron un gesto de reconocimiento; algunos incluso pronunciaron palabras de elogio. Cuán diferente de días atrás en los que habían gritado exigiendo su sangre y la de sus guerreros. Ahora era uno de ellos, había derramado sangre y sacrificado a un hermano, igual que esos hombres. La guerra era siempre la mejor manera de unir a los hombres, de juntarlos en su dolor y su odio.

Más adelante, Regulus vio al hombre que buscaba. Nobul Jacks —el Casco Negro, como habían empezado a conocerlo— estaba sentado con la espalda contra la pared, aferrando el martillo con una mano y el casco con la otra. Cualquiera que fuera la leyenda que se había construido parecía tener poca importancia en ese momento. El guerrero parecía agotado después del combate nocturno. Ya no era una leyenda. Apenas un hombre que necesitaba descansar. Tampoco era que los otros combatientes de las Tierras Frías lo considerasen un hombre común y corriente. Regulus había oído relatos sobre él; que no podía morir, que era uno de sus héroes antiguos renacido. Tal vez esa fuera la razón por la que se apartaban tanto de él; la reverencia que les causaba insuflaba temor en sus corazones. Pero Regulus Gor no compartía esa reverencia. Sabía que Nobul Jacks era, sencillamente, un hombre al que podía matarse como a cualquier otro. Solo que era más difícil de matar que la mayoría.

—Te has ganado mi agradecimiento otra vez, Nobul Jacks —afirmó Regulus cuando llegó al lado del hombre de las Tierras Frías.

Nobul inclinó la cabeza en un gesto de reconocimiento.

—Y yo te digo que de nada. Otra vez.

Regulus percibió la fatiga en los ojos del otro, en sus hombros encorvados. Habría muchos más combates antes del fin, y durante un instante se preguntó si Nobul duraría aunque solo fuera una noche más.

—Más que eso —insistió—. Te debo mi vida. Soy tuyo hasta que pague esa deuda. Te has negado una vez, Nobul Jacks. No puedes volver a negarte.

Nobul levantó la mirada. Al principio había desafío en su expresión y, por lo que Regulus alcanzaba a descifrar, un deje de irritación. Pero entonces el hombre sonrió.

—¿Eres mío? —dijo Nobul—. ¿Y qué demonios se supone que he de hacer contigo? Ambos podríamos morir esta noche, ¿y qué sentido tendría que tuvieras una deuda conmigo? Mejor preocúpate por ti y por tus hombres, Regulus. Puedo cuidarme a mí mismo.

Por lo que Regulus podía ver, dudaba mucho de las palabras de Nobul. Parecía a punto de derrumbarse y en su cara se veían las señales de la edad más que nunca.

—Hablas con la verdad. Ambos podríamos perecer esta noche. Pero hasta que la deuda esté saldada, mi vida es tuya.

—Lo entiendo —respondió Nobul—. Y si necesito que alguien muera por mí en el futuro próximo, serás el primero en saberlo.

—No te burles, Nobul Jacks. Tal vez descubras que me necesitas antes de lo que crees.

Nobul asintió.

—No tengo ninguna duda. Pero por ahora lo único que necesito es un poco de tranquilidad. Si crees que puedes hacerlo.

Regulus asintió con un gesto.

—Si es lo que deseas.

Dejó al hombre de las Tierras Frías junto a la pared. No había nada más que decir. Era evidente que aquel guerrero era testarudo. Solo el tiempo diría si Regulus tendría alguna vez la oportunidad de saldar su deuda. Esperaba tener una oportunidad de hacerlo antes de que Nobul consiguiera que lo mataran.

Pero, por otra parte, tal vez no tenía tanta importancia, en cualquier caso. Era probable que todos estuvieran muertos en poco tiempo.

Cuando regresó, vio que lo aguardaban Janto, Akkula y Kazul. Estos dos últimos parecían ansiosos porque se reanudaran los combates. Janto estaba apoyado contra la pared, posando las manos sobre las hachas, pero Regulus sabía que cuando empezara la lucha él sería tan feroz como cualquiera de los otros.

—¿Estáis preparados para esta noche? —preguntó.

Akkula y Kazul asintieron. Si tenían alguna preocupación respecto de los combates inminentes, no la dejaron traslucir.

Janto exhibía su habitual impasibilidad y Regulus sabía que no obtendría nada de él. El único momento en que el sho'tana desplegabá alguna emoción era cuando sentía una furia asesina.

—Bien —prosiguió Regulus—. Porque hemos perdido a un hermano. Habrá que vengarlo. Lo de anoche fue tan solo una muestra de la furia zatani. Esta noche les enseñaremos a esos khurtas el precio de matar a un gor'tana.

Akkula y Kazul gruñeron a modo de asentimiento. Janto permaneció mudo, contemplando a Regulus con esos ojos azules.

Regulus se limitó a devolverle la mirada. En su interior sabía lo mucho que Janto lo detestaba, lo mucho que habría querido matarlo si no estuviera limitado por su propia deuda. Perteneían a tribus rivales, después de todo —Regulus a los gor'tana y Janto a los sho'tana—, y ese deshonor debía de herir profundamente a Janto. Pero también estaba el hecho de que Regulus le había salvado la vida a Janto varios meses atrás y que el guerrero tenía una deuda con él. Por un momento, Regulus se preguntó si había sido sabio exigir esa obligación de Janto. Si alguna vez el sho'tana conseguía saldar su deuda, era muy probable que dirigiera su furia hacia Regulus.

Pero, por otra parte, era posible que eso tampoco tuviera importancia alguna. Decenas de miles de salvajes también lo querían ver muerto. Si Janto deseaba matar a Regulus, tendría que ponerse en la fila junto al resto de la horda.

A Río la ciudad le parecía un mundo diferente cuando avanzaba por sus calles, o al menos por lo que quedaba de ellas. La zona sur era poco más que un páramo ennegrecido y le había llevado casi toda la mañana orientarse por los restos de lo que una vez había sido una próspera metrópolis. Las antiguas entradas al sistema de túneles debajo de las calles eran imposibles de atravesar y tuvo que alejarse mucho hacia el norte antes de poder encontrar la manera de entrar. Todo ese tiempo, los sonidos de los combates resonaban por la ciudad; era evidente que la lucha era intensa. Río solo esperaba que Jay estuviera a salvo por el momento, hasta que él pudiera hallar la manera de protegerla.

Para cuando localizó una entrada a la ciudad subterránea, el sol estaba en lo alto y los sonidos de los combates se habían apagado, con la retirada de las huestes khurtas. Al avanzar por los túneles inundados, pasó cerca de varios cuerpos arrastrados por las entradas de agua, cuya piel era tan pálida y cerosa que casi no podía distinguir si eran los defensores de la ciudad o los salvajes que habían ido a sitiarla.

Cuando se acercó al santuario, desenvainó sus aceros. Lo más probable era que el Padre de los Asesinos estuviera aguardándolo, listo para él. El hombre que lo había entrenado para ser un asesino ya sabría que Río estaba de camino y estaría allí en silencio, esperando para matar a su hijo. Pero que lo hiciera. Río había ido a acabar con su vida. Era adecuado que su padre estuviera preparado.

Había aprensión en el corazón de Río. Culpa, por lo que tenía que hacer. Después de todo, había vivido toda su vida para el Padre. Incluso lo había amado, a su manera. Pero el Padre de los Asesinos estaba sometido a Amon Tugha y había jurado matar a la reina. Río no permitiría que ella sufriera daño alguno, incluso si eso implicaba tener que matar al hombre que lo había criado.

Aunque sabía que había pocas probabilidades de que él mismo sobreviviera a ese encuentro, estaba decidido a que el Padre de los Asesinos muriera, costara lo que costase. No pondría a Jay en peligro. Ella jamás sabría del sacrificio de Río, pero aquello no significaba nada. Lo único que importaba era su seguridad.

Por fin salió a la amplia caverna subterránea en la que había crecido y se había convertido en un hombre. Estaba completamente oscura; la luz de las farolas que alumbraban las paredes se había extinguido mucho tiempo atrás. Río se detuvo a encender una, usando una yesca y un pedernal, y la chisporroteante luz le permitió echar una mirada a lo que lo rodeaba. Esperaba que en cualquier momento el Padre llegara hasta él como un relámpago bajo esa luz, pero cuando la mecha prendió, se dio cuenta de que estaba solo.

Levantó el farol, proyectando luz en la caverna. Todo estaba en su sitio y daba la impresión de que nadie había pasado por allí en varios días. Por supuesto que sus

hermanos no estarían allí; Montaña había muerto a manos del propio Río y Bosque se encontraba a muchos kilómetros de distancia, si había sobrevivido a sus heridas. Solo quedaban él y Padre.

Mientras caminaba por la caverna, trató de controlar la respiración, los oídos alertas a cualquier sonido, incluso a pesar de que sabía que si el Padre de los Asesinos hubiera querido atacarlo sin ser visto ni oído podría haberlo hecho fácilmente.

—Padre —llamó en la oscuridad.

Ninguna respuesta.

Río se quedó quieto durante lo que pareció una eternidad, alumbrado en esa inmensa caverna, *un pez que lucha por mantenerse a flote mientras espera que lancen la red*. Pero no vino nadie.

Sin alternativa, Río encendió más faroles y antorchas en las paredes, iluminando el sistema de cavernas que formaban el santuario interior. En cada nueva cámara que entraba esperaba que el Padre estuviera aguardándolo, pero no había señales de él. Para cuando todas las cavernas estuvieron iluminadas, Río ya había bajado la guardia por completo. Si el Padre de los Asesinos estuviera allí, seguramente ya se habría manifestado, ya habría aparecido en medio de la oscuridad y habría acabado con la vida de su problemático hijo.

Pero había un sitio en el que aún no había mirado. Un lugar en el que jamás había entrado en todos sus años en el refugio.

Río avanzó hacia la cámara interior del Padre de los Asesinos con inquietud. Ni a él ni a sus hermanos se les había permitido ingresar en el refugio privado de su Padre y era evidente cuál sería el castigo si alguno de ellos lo hubiese intentado.

Se encontraba detrás de una simple puerta de madera. El pasador era un sencillo adminículo de hierro y no había cerradura ni cerrojo. Siempre había estado abierta, sin más. Pero ¿qué necesidad de seguridad podía tener el Padre de los Asesinos? Si algún intruso hubiera conseguido burlar la vigilancia de sus hijos, habría tenido que ser un guerrero formidable para sobrevivir a tal enfrentamiento.

En ese momento, mientras corría el pasador de hierro, Río se preguntó si él mismo tendría que ser ese guerrero.

La puerta se abrió al menor empujón. La sala que estaba al otro lado se encontraba completamente a oscuras y Río levantó el farol, sin saber qué esperar. En el interior vio paredes sencillas y desprovistas de adornos, tan lijadas que se habían convertido en superficies limpias y blancas. Al principio, la cámara cuadrada parecía vacía, sin ni siquiera un camastro para el descanso del Padre de los Asesinos. Cuando el farol bañó el interior de la cámara con una luz amarilla, Río comprobó que no había más que un solo objeto allí.

En el suelo, en un rincón, yacía una sencilla cartera de cuero. Río la reconoció de inmediato como la cartera que el mensajero de Amon Tugha le había mandado al Padre muchas semanas atrás. Recordó el silencio que había inundado el refugio cuando su padre miró el interior. Sin duda, lo que contenía era significativo.

Río no perdió tiempo. Dejó el farol en el suelo y cruzó la cámara. Se arrodilló junto a la cartera y extendió la mano, pero se detuvo antes de tocarla. Podía ser una trampa. Tal vez la cartera contuviera algún sortilegio elharim que le marchitaría la piel y se la arrancarían de los huesos. Tal vez el Padre de los Asesinos sabía que él iría y le había tendido una trampa.

No. El Padre de los Asesinos había mandado a Bosque a asesinar a Río. No tenía idea de que Río sobreviviría, mucho menos que regresaría en busca de venganza. Por lo que sabía, Bosque había cumplido su misión con éxito. No podía ser una trampa.

Río cogió la cartera y la abrió delicadamente. No sabía qué esperaba encontrar, pero no era la rosa seca y aplastada que apareció en los pliegues de la cartera de cuero.

Se arrodilló y la contempló durante unos momentos. Una rosa solitaria. Río no tenía idea de qué significado podría tener para el Padre de los Asesinos. Tal vez sería un recuerdo de las Riverlands. O un símbolo de unión de Amon Tugha. Río no podía más que especular. Extendió un dedo para tocar uno de los pétalos secos...

Una luz blanca le quemó los ojos; se deslizó por un túnel de fuego deslumbrante y abrasador. Quiso gritar pero no podía abrir la boca. Quiso cerrar los ojos, pero las pestañas se resistían.

Clavos.

Dos clavos apretados contra sus labios, el sabor metálico del hierro estimulándole la lengua. Sabía que cogería esos clavos y haría algo con ellos, algo mortal, algo profano.

Un árbol solitario en un antiguo anfiteatro. Un martillo. Los clavos. Un sigilo.

Una sonrisa.

Más tarde, este árbol servirá de distracción. Le permitirá alcanzar a su objetivo. Cometer el homicidio que le han asignado. Habrá una magia antigua implicada en ello. Malignas palabras norteñas para un maligno sortilegio norteño.

El estadio se llena de gente mientras él espera en la oscuridad, sin ser visto ni oído. Ha tenido muchos rostros diferentes a lo largo de los siglos, muchos nombres, pero para esta tarea lleva el mismo que ha utilizado durante varias décadas, viejo y cómodo.

Cuando llegue el momento justo, cuando el árbol cobre vida con todo el odio y la furia de su amo, él atacará desde las sombras, abatiendo a muchos hombres. Para él no son nada, es como asesinar niños; su hierro se desliza entre las placas de las armaduras que ellos creían que los protegerían.

Hay confusión. Gritos. Carnicería.

Y, finalmente, ella viene hasta él.

Tiene una actitud desafiante, pero no tanto como el último que la protege. Hay algo en ese hombre, algo especial dentro de su sangre, pero eso tiene poca importancia. De modo que ataca. Hay más guardianes a los que no puede permitir que interfieran con su objetivo.

Más muerte. Más matanza. Un propósito.

Hasta que finalmente los tiene a su alcance.

Se encuentran en la parte superior de una derruida muralla y él aniquila al último de sus protectores. Ella sigue sin mostrar miedo. Él sabe que debe golpearla rápido pero no puede contenerse. Debe saberlo.

—¿Qué hicisteis con mi hijo, Río, para volverlo en mi contra?

Ella sonríe.

—Le ofrecí amor.

Él ya ha oído bastante. Pero hay un movimiento a sus espaldas. Él percibe peligro... Un peligro verdadero.

Una anciana, pero mucho más que eso.

Ella le arroja algo y él reacciona instintivamente.

Una tontería.

Las llamas lo consumen. Lo aplastan. Lo queman. Ha perdido el brazo. La máscara que lleva puesta importa poco.

Se vuelve para verla allí. Una vez más con actitud desafiante.

Algo en su interior la admira por ello. Por fin se da cuenta de la razón por la que Río lo traicionó por esta mujer.

Ella levanta la espada.

Él apenas oye sus palabras cuando se la hunde en la garganta.

Río cayó hacia atrás, jadeando, y la cartera de cuero se desprendió de su mano.

Lo único que veía era el blanco techo parpadeando a la luz danzarina. Al tiempo que llenaba de aire los pulmones, empezó a darse cuenta de lo que acababa de ver.

El Padre de los Asesinos estaba muerto.

Y Jay había sido quien lo había matado.

Durante un instante, Río se sintió lleno de júbilo. Jay estaba a salvo del Padre de los Asesinos.

Pero no está a salvo de Amon Tugha.

Volvió a mirar la cartera y se dio cuenta de que la rosa seca se había salido y yacía sobre el piso blanqueado. Ya tenía la cabeza casi despejada, pero la revelación que acababa de recibir todavía viciaba su entendimiento. Fuera cual fuese la magia que le había enseñado el pasado de su Padre, fuera lo que fuera aquella cosa, albergaba un gran poder. Tal vez podía mostrarle algo más.

Río extendió la mano, cogió la flor y la aplastó en el puño.

El aire norteño estaba despejado. Lo rodeaban montañas, ríos de cristal. Los capiteles se extendían hacia el cielo, entrelazados con el paisaje en sus raíces. Era impresionante de contemplar y él estaba orgulloso de saber que aquel era su hogar. Pero no tenía tiempo de apreciar su arquitectura.

En cambio, había aprendido métodos para matar. Los fundamentos del Arc Magna no se comprendían fácilmente. Muchos fracasaban. Muchos morían. Pero él no. Él era un príncipe, alto y orgulloso e invencible. Habría podido ser un gran rey,

pero no tenía derecho a ese honor.

Su madre era una reina guerrera. Que había mantenido protegidas las Riverlands con un reinado despiadado. Su hermano era el heredero por derecho de cuna, destinado al poder. Él no era más que un guerrero, un arma. Jamás sería rey...

... A menos que tomara la corona por la fuerza.

Convocó a su lado a otros guerreros de mentalidad afín. Aquellos que no aceptarían ser vasallos de su hermano. Lo planeó todo meticulosamente. Entrenó su cuerpo sin cesar. Y atacó sin piedad.

El golpe fracasó.

Mientras sus cómplices en la conspiración eran ejecutados, él fue enviado al exilio. Desterrado a los vientos meridionales. Para siempre. Solo Endellion y Azreal permanecieron a su lado. Sus leales asistentes. Los recompensaría con todas las riquezas que pudiera reunir cuando regresara a reclamar su derecho de cuna.

Y regresaría.

Pero primero debía probarse a sí mismo en el sur. Tenía que conquistar. Destruir. Reducir a cenizas todo lo que aquellos sureños estimaban y luego reconstruirlo en su propio nombre.

Los khurtas habían sido los primeros. Eran bárbaros, sin duda, pero conocedores de métodos eficaces de exterminio y grandes en número. Le llevó menos de un año derrotar a sus nueve líderes tribales y ponerlos en vereda. En honor de su victoria sobre ellos lo bautizaron con el nombre de Amon Tugha, y él lo usó con orgullo.

Luego vendrían los teutones. Una perspectiva más complicada, sin duda, pero él sabía que eso jamás sería fácil. Solo esperaba que las noticias de sus victorias se expandieran hacia el norte y llegaran a las Riverlands, donde su madre las oyera. Donde su hermano empezara a temerle.

Al principio el rey Cael había parecido un adversario digno, pero se había enfrentado a los khurtas con un orgullo desmedido. Y eso había sido su perdición. La prematura muerte del rey había sido desafortunada. Cómo le habría gustado tomar esa vida él mismo, pero no podría ser.

De todas maneras, con el ejército del rey derrotado y desviado, era solo cuestión de tiempo para que conquistara la joya de la corona de los Estados Libres: Steelhaven.

Y todo habría sido tan fácil si ella no hubiera cogido el bastón de mando de su padre... Si no hubiera esquivado a sus asesinos y confundidos a sus espías a cada paso...

Y allí seguía ella, desafiante como siempre. Y esa era la razón por la que debía morir...

Río sintió que su visión se volvía borrosa y que la historia estaba a punto de concluir, pero había algo más. Algo... Alguien que lo observaba desde un rincón de su propia mente al mismo tiempo que él era testigo de otra vida que se desplegaba ante sus ojos. Trató de girar la cabeza, pero los ojos que estaban sobre él ya habían

empezado a mirar dentro de los suyos.

Amon Tugha lo contempló. Amon Tugha lo vio y supo de él y descifró sus intenciones.

—Ven, muchacho —dijo—. Ven, si te atreves.

Río abrió la palma y dejó que la rosa aplastada cayera al suelo.

Le había subido la bilis, haciéndole arder la garganta y derramándose de la comisura de su boca. Sus ojos siguieron mirando, ardiendo como si los vasos sanguíneos que tenían dentro hubieran estallado por el esfuerzo de presenciar el pasado de Amon Tugha.

Se obligó a no pensar en la incomodidad. No prestó atención a los efectos de la magia, que seguía atormentándolo.

Río tenía una nueva resolución. Lo que había visto lo impulsaba a actuar.

Amon Tugha había ido al sur en busca de un reino y Jay era lo único que se interponía en su camino. El elharim la mataría, aunque fuera lo último que hiciera.

A menos que Río lo matara antes.

Caminó por la parte de atrás y se detuvo un segundo en el pasillo oscuro para respirar profundamente, contenta por seguir con vida. En la chaqueta de Rag había un enorme agujero causado por una quemadura y en uno de los zapatos asomaba el dedo gordo del pie. El pelo le hedía y crujía a un costado, y toda ella estaba cubierta de suciedad de los pies a la cabeza.

Pero no es nada a lo que no estés acostumbrada, ¿verdad, Rag? Considérate afortunada de no haberte convertido en un carbón achicharrado como el pobre desgraciado de Yarrick.

Volvió a tomar aliento profundamente y abrió la puerta de la sala principal de la taberna. Seguían allí, todos dando vueltas, como cuando había partido. Nadie le prestó mucha atención, aunque daba la impresión de que alguien había intentado quemarla viva.

—¿Y bien?

La voz le llegó como una nube negra desde la oscuridad, llenándola del pavor que experimentaba cada vez que la oía. Bastian estaba sentado en un rincón, rodeado de sus hombres. La miró con gesto expectante. Ella no necesitó que le dijeran nada más y cruzó la taberna en su dirección.

—He hecho lo que me pediste —dijo.

Bastian asintió.

—Bien. —La miró de arriba abajo como si fuera una zanahoria de la que estaba a punto de coger un bocado pero de la que sobresalía un gran gusano—. Entiendo que no hubo problemas.

Sí, hubo problemas. Casi me matan y el pobre de Yarrick murió quemado. Podrías decir que en realidad hubo todos los malditos problemas que se te pueden ocurrir.

—No —respondió—. Ningún problema.

No tenía sentido contarle sus penas a Bastian. A él no le importaban en absoluto.

Bastian se puso de pie sin dirigirle una segunda mirada, caminó hasta el centro de la taberna y se quedó allí esperando. Poco a poco la cháchara que llenaba la sala terminó cuando sus hombres se dieron cuenta de que estaba a punto de decir algo.

—El mensaje ha sido transmitido —dijo con una voz tranquila, aunque todos lo oían—. Esta noche abriremos la Puerta de Lych. La torre del guardián debería estar vacía y podéis entrar directamente, pero manteneos preparados. vuestras vidas dependen de ello. Cuando esta ciudad caiga, lo que sin duda ocurrirá, es importante que el Gremio haya cumplido con su parte. Llega un poder nuevo a Steelhaven y tenemos que escoger el bando correcto ahora, o terminaremos comiéndonos nuestros propios testículos cuando Amon Tugha se haga con el trono. —Los hombres de la

sala hicieron ruidos de asentimiento, algunos con expresión de alegría ante la perspectiva, otros impasibles como siempre—. Todos conocéis vuestras tareas. Cuando llegue el momento, aseguraos de estar listos.

Con esas palabras, Bastian se dirigió a la puerta.

Rag casi lo siguió, casi quiso saber cuál sería su parte en todo ese asunto, pero pensándolo mejor decidió que no quería ninguna. Iban a abrir la Puerta de Lych y dejarían que los khurtas arrasaran la ciudad. Traicionarían a la reina y a todas las almas dentro de las murallas de Steelhaven. Tampoco era que a Rag le importaran un comino los habitantes de la ciudad con excepción de su pandilla y de los muchachos, pero, aun así, no era correcto.

Se abrió camino hacia donde se encontraban Shirl y Essen, con expresión hosca y tratando de mantenerse apartados para no desagradar a ninguno de los muchachos de Bastian. Se sentó junto a ellos y advirtió, con una punzada de tristeza, que Essen estaba mirando por todas partes en busca de Yarrick.

—No va a venir —dijo.

Essen pareció entenderlo y bajó los ojos para clavarlos en la mesa. Vio el estado de ella; era obvio lo que habían tenido que pasar para entregar el mensaje de Bastian. No era necesario que ella explicara nada más. Pero Shirl no fue tan avisado.

—¿Por qué? —preguntó el gordo, frunciendo el entrecejo en gesto de perplejidad—. ¿Dónde está?

—Está muerto, jodido imbécil. —Soltó Essen antes de que Rag pudiera responder—. ¿Dónde mierda crees que está? Mira el estado de Rag. —Señaló con un gesto las ropas destrozadas, el pelo chamuscado y el rostro manchado de hollín de la muchacha—. ¿Te da la impresión de que venga de dar un paseo por el barrio de la Corona? Yarrick está muerto, estúpido gordo...

Essen se detuvo y volvió a mirar la mesa furiosamente, con los puños apretados. Durante un instante Rag sintió deseos de darle un abrazo, o al menos posar una mano sobre él para demostrarle compasión, pero no sería bueno exhibir esa clase de afecto. Al menos allí y en ese momento.

Shirl pareció comprender el mensaje, mantuvo la boca cerrada y no miró a nadie. Por su parte, el grandulón de Harkas se quedó sentado a un lado, sin pronunciar palabra y ni siquiera dar alguna señal de que lo había oído. Si Yarrick le importaba algo, no estaba lo bastante conmovido como para manifestarlo.

A medida que avanzó la tarde, los hombres de Bastian empezaron a marcharse para hacer los dioses sabrían qué para estar listos para la noche y la sala fue quedándose vacía. Rag se limitó a observarlos en silencio, pensando todo el tiempo que lo que planeaban no estaba bien.

Pero ¿qué vas a hacer al respecto, Rag? Has tenido una oportunidad de detenerlo si no entregabas el mensaje. Ahora van a abrir las puertas y los khurtas estarán esperando para entrar. Y todo eso es culpa tuya. Bien hecho, estúpida cabroncita.

Cuanto más pensaba en ello más se le hundía el corazón. Pensó en los millares de mujeres y niños y viejos canallas. Pensó en Amon Tugha y se preguntó si cumpliría su parte del trato cuando conquistara la ciudad o simplemente los mataría a todos. Pensó en el pobre Yarrick y en el desperdicio que había sido acompañarla y dar la vida para entregar el mensaje. Y, mayormente, pensó en sus muchachos —en Chirpy, Migs y Tidge— y en lo que los khurtas les harían cuando entraran en tropel por esa puerta, gritando y aullando a sus malignos dioses y aniquilando todo lo que se moviera.

Y supo lo que había que hacer.

Cuando la sala se vació lo suficiente para que Rag se sintiera cómoda y pensando que no la oirían, hizo que los muchachos se apiñaran más cerca de la mesa. Hasta Harkas se acercó para oírla.

—No podemos permitir que esto suceda —dijo, esperando un momento para que la comprendieran.

—¿A qué te refieres? —preguntó Shirl. Tenía que ser él.

—Tenemos que impedir que abran la puerta —dijo esas palabras con mucha lentitud, para que hasta Shirl las entendiera.

—¿Y por qué demonios vamos a hacer eso? —planteó Essen.

—Porque, si no, los khurtas van a entrar por allí y matarán a un montón de personas.

—¿Y qué? —dijo Essen—. A nosotros no nos matarán. Bastian ha hecho un trato.

—Sí, es cierto. Con los condenados khurtas. ¿Crees que les importará quién es amigo o enemigo cuando entren? ¿Y quién dice que Bastian nos dejará con vida una vez que Amon Tugha alcance el poder?

Essen negó con la cabeza.

—No sabemos nada de eso con seguridad. Pero lo que sí sabemos es que si intentamos impedirles que abran esa puerta Bastian nos meterá las bolas en las cuencas de los ojos más rápido de lo que Shirl tarda en comerse una pata de pollo.

—Morirá mucha gente si no los detenemos —insistió Rag, sonando un poco más desesperada de lo que le habría gustado.

—Ya está muriendo gente —respondió Essen—. Y no tengo intenciones de terminar como ellos. Yarrick ya se ha ido. No seré el siguiente.

Rag lo miró, sintiendo que se quedaba sin argumentos. Si Essen no se sumaba a ella perdería a los otros dos. O al menos eso creía.

—Estoy de acuerdo.

Rag, Shirl y Essen se volvieron lentamente para mirar a Harkas, cuya voz atronadora se dejaba oír en raras ocasiones.

—¿Eh? —preguntó Essen, cuando finalmente superaron la impresión de oír hablar a Harkas.

—Rag tiene razón —prosiguió—. No podemos dejar que abran la Puerta de Lych.

—Mira —dijo Essen—. Deja que nosotros nos ocupemos de pensar, ¿de acuerdo?

Tratar de impedir que abran esa puerta es una locura. Nos conviene olvidarnos de ese tema. Bastian ha hecho un trato. El Gremio, y todos los que pertenecen a él, estará a salvo. Lo único que debemos hacer es quedarnos quietecitos y esperar a que esto pase.

—Tú puedes hacer lo que te plazca —afirmó Rag, sintiéndose más segura gracias al apoyo de Harkas—. Pero nosotros vamos a detenerlos si tenemos una oportunidad. ¿Estás con nosotros, Shirl?

Shirl la miró fijamente. Luego pasó la mirada a Essen. Luego a Harkas.

—Todavía tengo parientes en la ciudad. No estarán a salvo si entran los khurtas. Supongo que será mejor que os ayude.

Rag se volvió a Essen.

—Tres contra uno. ¿Sigues negándote?

Essen movió la cabeza.

—No quiero tener nada que ver con esto y vosotros no me podéis obligar.

—Y nadie lo hará. Pero mejor mantén la boca cerrada sobre nuestras intenciones.

Essen miró a Harkas, que se limitó a observarlo, en silencio y con actitud amenazadora. Luego, lentamente, asintió.

—Bien —convino Rag—. Está decidido, pues. Tenemos que hacer planes. Pero primero voy a ver si puedo conseguir más reclutas. —Se incorporó, sintiendo el cansancio de la noche anterior en los miembros, pero se sobrepuso—. Vosotros dos esperadme en la plaza principal de Eastgate dentro de dos horas —les dijo a Harkas y a Shirl. Luego miró a Essen—. Será mejor que tú te quedes quietecito donde estás. — Essen no respondió.

Después de decir esas palabras salió de la taberna. El frío de la calle le penetró los huesos y parecía mucho más cruel después del calor de la noche previa. En especial le daba la impresión de sentir más frío en el dedo gordo del pie, que sobresalía del zapato, que en el resto del cuerpo.

Se detuvo en la calle, se quitó ambos zapatos y los dejó allí. Había pasado la mayor parte de la vida paseándose descalza y de todas maneras nunca le había gustado la sensación de los zapatos.

Mientras se dirigía al sur de la ciudad en dirección del Dockside, vio lo que los khurtas habían hecho en esa zona. Había presenciado de primera mano el efecto del fuego sobre Las Balsas. Ahora veía lo que había ocasionado en el Dockside y en el Barrio de los Almacenes. No había una casa en ninguna calle que no hubiera sufrido daños. Algunas estaban reducidas a escombros, otras a cenizas. En cada techo faltaban al menos la mitad de las tejas y para cuando llegó a la calle Slip comenzó a pensar que lo que hacía no tenía sentido. Cuando vio el estado del Toro Silencioso, se llevó lentamente una mano a la boca.

La posada en la que Chirpy, Migs y Tidge habían hecho un hogar estaba aplastada. Los edificios de ambos lados seguían más o menos en pie, pero el Toro Silencioso no era más que una pila de ladrillos y maderas destrozadas.

Rag avanzó con dificultad, tambaleándose entre los restos. Solo podía pensar en que sus muchachos estarían sobre el tejado, ocupándose de sus cosas, cuando una bola de fuego había caído y acabado con ellos en un instante. Al menos habría sido rápido. O al menos, eso era lo que Rag no dejaba de decirse para sus adentros.

A la distancia, otra bola de fuego voló por encima de la muralla, y Rag vio cómo chocaba con algo al otro lado del barrio.

Eso había sido una estupidez. No quedaba nadie en el Dockside y ni siquiera los muchachos habrían sido lo bastante tontos como para permanecer allí, con esos barcos en el puerto haciendo llover toda clase de proyectiles sobre el sur de la ciudad.

Se volvió para marcharse.

—Te dije que era ella.

Rag se volvió al oír la voz, mirando a su alrededor en busca de una señal de su dueño. Al principio no vio nada y pensó que sus oídos estaban jugándole una mala pasada, y entonces lo supo. Tidge, con la cara y el pelo negros, estaba delante de las ruinas. En ese momento aparecieron Chirpy y Migs, mirándola con recelo, pero no le importó. Corrió hacia ellos, abrazó a Tidge y a Chirpy con tanta fuerza que sus cabezas chocaron, y los apretó hasta que ellos empezaron a tratar de liberarse. Les besó las cabezas mugrientas, sintiendo que sus ojos se inundaban de lágrimas de alivio.

—¿Te has vuelto blanda? —dijo Migs cuando ella intentó alcanzarlo también a él. Rag rio.

—Sí, creo que sí. Pensaba que todos vosotros estaríais...

—Sí —respondió Chirpy, contento de verla—. Lo estaríamos si no hubiéramos salido a robar. Todas las casas de por aquí están vacías. Era fácil encontrar cosas.

—No todas —replicó Tidge—. Boris se quedó en el Toro después de que todos se marcharon. —Señaló las ruinas—. Estará allí, en alguna parte, aplastado como un chicle.

—De todas maneras, siempre se quejaba de su peso —comentó Migs—. Ya no tendrá que preocuparse de eso, ¿verdad?

—¿Y qué hay de Fender? —preguntó Rag.

Migs negó con la cabeza.

—No he visto señales de ese malnacido desde antes de que llegaran los khurtas.

Rag había supuesto que esa sería la respuesta. De todas formas, no lo necesitaban. Ahora estaba ella allí. Los cuidaría.

—¿Qué estás haciendo aquí, en cualquier caso, Rag? —preguntó Tidge.

Ella le sonrió.

—Vine por vosotros —respondió.

—¿Qué? —preguntó Migs—. ¿Has venido a comprobar si todavía vivimos en medio del lujo? —Señaló con un gesto la carnicería que lo rodeaba.

—No —contestó ella con una sonrisa—. He venido a ver si queréis ayudarme a salvar la ciudad.

Un momento de calma y reflexión. Era lo único que Janessa quería. Ese deseo hacía que una parte de ella se sintiera egoísta. Todavía había tanto por hacer, que planear, que saber, que organizar... pero necesitaba un momento a solas.

Los jardines habían sido el santuario de su padre; no parecía haber razón por la que no lo fueran también para ella. Incluso aunque las sombras de oscuros recuerdos permanecían allí —el nauseabundo roce de Azai Dravos, cuando había conseguido mirar en el corazón y en el vientre de ella y había descubierto el bebé que no había llegado a nacer—, ese sitio seguía reconfortándola. Además, ella había matado a Dravos; le había cortado la cabeza de los hombros y había triunfado. Esa era una victoria en la que podía solazarse.

Los pensamientos sobre Dravos fueron desvaneciéndose a medida que pasaban los minutos en el jardín de invierno. El aire frío no la molestaba. Había ordenado que sus Centinelas la dejaran sola y Kaira se encontraba en otro sitio, probablemente tomándose un merecido descanso después de la noche que había pasado. Janessa estaba sola y se había librado del peso de la armadura y de la espada, aunque solo fuera por un breve instante.

Respiró profundamente, recordando cómo habían sido las cosas antes de todo aquello. Antes de que hubiera perdido a Graye a causa de una traición y un asesinato. Antes de haber perdido a su padre a manos de Amon Tugha. Antes de que Río la abandonara.

Por un segundo, mientras la fría brisa le acariciaba el rostro y le arremolinaba los rizos rojos, se sintió despreocupada nuevamente. No había ninguna ciudad en peligro, ni salvajes escalando las murallas.

¿Debería haber aprovechado la oportunidad de huir de la ciudad semanas atrás? Habría sido tan fácil... Un caballo veloz o un viaje en barco. Con el oro suficiente como para un nuevo comienzo, una nueva vida. Todo lo que había vivido hasta ahora no era más que un pasado que podría haber dejado atrás. Había tenido una oportunidad cuando Río le había pedido que se fugara con él. En ese entonces había parecido una decisión difícil, pero ahora, en ese jardín, con el peso de diez mil vidas sobre ella, no podía creer que hubiera vacilado.

Sin embargo, esa oportunidad había desaparecido. Ya no habría ningún veloz caballo. Ya no habría ninguna carabela que la llevara a costas más seguras. De modo que saborearía el momento. Respiraría, a pesar del hedor a muerte y fuego que flotaba en el aire. ¿Quién sabía cuándo volvería a poder hacerlo? ¿Quién sabía cuánto podría durar este instante?

—Yo también creo que los momentos de tranquilidad son los mejores.

Janessa se volvió, al ser interrumpida su ensoñación. Leon Magrida la observaba

desde debajo de las ramas desnudas de un sauce. El hijo de la baronesa Isabelle le sonrió cálidamente, pero eso no ayudó a disminuir el frío en la piel de Janessa. Él también vivía en el palacio desde que los khurtas hubieran incendiado Dredun pero, por fortuna, a diferencia de su madre, Janessa lo había visto poco durante los recientes días de lucha.

Sus ojos recorrieron los jardines, pero no había señales de nadie más. No tenía idea de cómo había logrado colarse entre los Centinelas. Sin duda, era hábil para moverse sin ser visto. Ese pensamiento no la ayudó a tranquilizarse.

—Lord Leon —dijo. Debía de haber habido algo más. Un poco de conversación cortés, como era tradicional en el palacio, pero a Janessa no se le ocurrían las palabras. De todas maneras ese no era el momento de parloteos insustanciales. ¿Y qué podría haberle dicho, en cualquier caso? *Espero que os encontréis bien. ¿Los aposentos del palacio son de vuestra satisfacción?* No parecía apropiado, cuando su gente moría por centenares.

Él se acercó a ella sin dejar de sonreír. Al hacerlo, se alisó su negro jubón y ella notó la daga que llevaba a un lado, aunque de inmediato descartó la idea de que él pudiera representar una amenaza. Era el heredero de Dredun, no había manera de que ella pudiera estar en peligro.

—Os pido disculpas si os he alarmado, majestad. Pero se ha vuelto cada vez más difícil encontrar un momento en el que no estéis rodeada de guardias. Y es importante que hable con vos.

No, no podía ser. Ahora no. ¿Realmente Leon iba a proponerle matrimonio? ¿Justo entonces, cuando su ciudad estaba al borde del abismo? ¿Acaso estaba loco?

—Lord Leon, estoy segura de que no se tratará de nada que no pueda esperar.

—Oh, sí, realmente no puede esperar —respondió él sin dejar de aproximarse con un paso tranquilo pero decidido—. Veréis, se trata de algo que he querido deciros desde hace muchísimo tiempo, pero, sencillamente, no he podido. Ahora estamos solos. Y no hay mejor momento que el presente, como dicen en las provincias.

Su sonrisa cambió y el humor desapareció durante un instante. Sus ojos parecían muertos. Si estaba a punto de confesarle su amor, era evidente que no le importaba lo poco convincente que se vería.

—Mi lord, este no es ni el momento ni el lugar —dijo ella, sintiendo que su irritación aumentaba. ¿Quién se creía que era Leon? La ciudad estaba en llamas y lo único en lo que pensaba era en su ascenso al trono. Un trono que bien podía quedar reducido a escombros en pocos días más.

—Oh, sí que lo es —replicó él. Ya estaba tan cerca que podía tocarla, y seguía contemplándola con sus opacos ojos. Hasta ese momento ella no había notado nunca lo desprovistos de emoción que estaban, como si él estuviera soñando con los ojos abiertos—. He esperado este momento por una eternidad, majestad. Igual que vos.

—Mi señor...

Él extendió la mano y le cogió la suya antes de que ella pudiera pensar en

apartarla. Su piel era fría y pálida como la de los muertos. Como había sido la del joven lord Raelan cuando esperaba que los hombres de su padre lo llevaran junto a Valdor.

—El tiempo de hablar ha terminado —anunció Leon, con una sonrisa dibujada en los labios. Empezó a mirarla con ansia; su expresión muerta fue reemplazada por una de necesidad. La sonrisa se ensanchó cuando separó los labios de los dientes. Sus ojos le lanzaron una mirada de odio.

Janessa trató de apartarse, pero él la aferró con fuerza. Intentó hablar, pero él negó con la cabeza.

—No digáis nada. Este debería ser un momento digno. Otorguemos formalidad a este asunto. Mi príncipe, Amon Tugha, debe recibir lo que merece.

Janessa sintió un escalofrío que se iniciaba en la nuca y le bajaba por la columna vertebral. No pudo moverse, mientras las palabras de Leon la llenaban de pavor. Cuando contempló esos ojos sin vida, de pronto sintió náuseas.

En todo ese tiempo Leon había residido bajo su techo y durante ese período había pertenecido al caudillo que quería su cabeza.

Vio cómo la mano de él se movía hacia la daga que llevaba a un costado, pero sus ojos seguían clavados en los suyos. Sus Centinelas estaban apenas a unos metros, pero ella no podía gritar; él, simplemente, acabaría con ella y por el fervor que transmitían sus ojos parecía improbable que le importara que lo mataran a él justo después, siempre que lograra asesinarla antes.

—¡Chis! —siseó él en voz baja—. Esto llevará tan solo un momento.

El cuchillo salió de su vaina.

La mano de Janessa se disparó antes de que ella tuviera tiempo de pensar en lo que hacía. La base de la palma golpeó a Leon bajo el mentón y ella sintió una momentánea ráfaga de satisfacción cuando oyó el chasquido de sus dientes. Él retrocedió, tambaleándose y el cuchillo se desprendió de su mano para chocar ruidosamente contra el sendero del jardín, pero él seguía aferrándole la muñeca.

Ella trató de golpearlo de nuevo, esta vez formando un puño, pero él levantó el brazo y le atrapó la mano antes de que ella pudiera alcanzarlo. Durante un instante se miraron y ella vio la ira en él, la locura. Iba a matarla y no le importaban las consecuencias. Tal vez le había pasado algo; tal vez su mente había quedado presa de los trucos de magia de los elharim. O quizá se había vuelto loco, sin más.

Pero nada de eso parecía tener importancia en ese momento; si ella no encontraba ayuda, él la mataría.

Janessa tomó aliento para pedir auxilio a sus Centinelas, pero cuando estaba a punto de soltar un grito, Leon la golpeó en el estómago. El impacto la hizo doblarse sobre sí misma, y antes de que pudiera caer, él le agarró la garganta.

Ella le cogió las muñecas y le clavó las uñas, mientras se sumía en el pánico al sentir su fuerza. Sus ojos miraron a uno y otro lado en busca de ayuda, pero no la había. Leon negó con la cabeza.

—No van a venir —susurró—. Al menos, no a tiempo para salvaros. Me doy cuenta de que está volviéndose una costumbre que os veáis en peligro mortal en vuestro propio palacio, pero yo no soy Azai Dravos. Yo no quiero controlaros. Quiero mataros. —Ella sintió que él le apretaba la garganta con más fuerza para que no pudiera respirar.

El cuchillo seguía en el suelo; ella podía verlo, pero era como si estuviera a mil leguas de distancia. Su visión empezó a nublarse. Al hacerlo, vio que Leon había vuelto a sonreír y que uno de sus dientes se había astillado cuando ella lo había golpeado bajo el mentón. A medida que perdía el conocimiento, Janessa sintió una extraña satisfacción por haberlo herido, sin importar cuán poco. De todas maneras, sería una pobre recompensa a cambio de su vida.

—¡Leon!

La voz cortó el silencio del jardín y trajo a Janessa de regreso del borde de la inconsciencia.

Leon aflojó un poco el agarre en su garganta, pero todavía la ceñía apretadamente y le impedía hablar.

—Madre, ¿qué estás haciendo aquí? —dijo él—. No puedes estar en este sitio. — Su voz vaciló y Janessa vio que su mirada, un momento antes tan concentrada, se llenaba ahora de dudas.

—Suelta a la reina, Leon.

Él miró hacia donde estaba la baronesa Isabelle. Janessa alcanzó a verla, tan calmada como siempre, pero con los ojos clavados firmemente en su hijo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Leon—. Tú no debías implicarte. Tenemos planes. He hecho un trato. Seremos todopoderosos. Gobernaremos los Estados Libres. Dredun resurgirá de sus cenizas más fuerte que nunca.

Se volvió hacia Janessa y la apretó con fuerza nuevamente.

—¿Cómo lo harás después de muerto, Leon? —inquirió Isabelle—. Te han tratado como a un necio. Si la matas estarás muerto antes de dar un paso para salir de este jardín.

—No puedo morir. —Escupió Leon.

—¡Claro que puedes, idiota! —gritó Isabelle.

Su voz pareció arrancar a Leon del hechizo al que estaba sometido. Aflojó el agarre lo bastante como para que Janessa pudiera zafarse y caer de rodillas, jadeando. La reina echó un vistazo hacia la entrada del jardín pero ningún Centinela entró corriendo al oír el sonido de la voz airada de Isabelle.

—Amon Tugha me lo ha prometido —reveló Leon, tanto para sí mismo como para su madre—. Él es más poderoso de lo que las palabras pueden describir. Lo he presenciado. Me lo ha demostrado.

Isabelle avanzó con los ojos llenos de compasión.

—Te ha hechizado —afirmó con delicadeza—. No cumplirá con su parte del trato. Te está utilizando.

Leon negó con la cabeza.

—No, me ha mostrado el futuro. Lo he visto. Llevaré la Corona de Acero. Dredun será el nuevo poder detrás de los Estados Libres.

Isabelle ya estaba tan cerca que pudo ponerle la mano en el brazo y tranquilizarlo. Leon sonrió mientras ella negaba con la cabeza.

—No compartirá el poder con nosotros, mi dulce muchacho. Te ha lavado el cerebro. Pero no es tu culpa. Siempre has sido fácil de manipular, por todos los dioses, yo lo sé mejor que nadie.

Entonces fue Leon el que negó con la cabeza y dejó ver en sus ojos la lucha que se libraba en su mente.

—No, seré rey. Reinaré en su nombre, pero seré rey.

—¿Crees que Amon Tugha ha venido desde tan lejos con decenas de miles de hombres a su mando para dejar que gobiernes tú?

Leon miró a Janessa. Una lágrima se formó en la comisura de un ojo y durante un instante ella sintió compasión por él. Había sido embrujado. Con magia, con la promesa de poder, o tal vez con ambas cosas.

—Él me lo juró —insistió suavemente, como si él mismo no lo creyera.

Entonces golpeó a su madre en la cara, con el puño apretado.

Cuando la anciana cayó, la expresión de Leon se convirtió en una nueva. Janessa vio todo el odio y el desprecio que imaginaba que Amon Tugha sentía por ella. En ese momento no pudo sentir compasión ni misericordia.

Leon se abalanzó sobre ella, estirando las manos una vez más para intentar estrangularla, pero ella fue más rápida. Se lanzó hacia el cuchillo que él había dejado caer en el sendero del jardín. Cerró los dedos en torno al mango del arma mientras Leon conseguía sujetarle el pelo y la obligaba a levantarse. Con la otra mano le apretó la garganta justo cuando ella le hundió el acero en el ojo.

Él cayó hacia atrás sin emitir sonido alguno, con el cuchillo todavía clavado en el ojo. Golpeó contra el suelo como un muñeco de trapo. Janessa se quedó mirando su forma sin vida al tiempo que la baronesa Isabelle empezaba a gritar; su voz, un chillido de desesperación que trastornó la tranquilidad del jardín.

Janessa siguió mirando mientras sus Centinelas acudían a toda prisa.

Tenía moretones y rasguños por todas partes, pero por suerte no necesitaba que lo cosieran. No recordaba cómo se había hecho la mitad de las heridas; lógico: uno nunca podía recordarlo en medio de la batalla. De todos modos, Nobul sabía que los cortes y los raspones no serían lo peor. Estaba cansado, casi a punto de desplomarse, y si aquello se prolongaba todo el tiempo que él suponía que lo haría, finalmente se derrumbaría para ya no volver a levantarse.

Aun así, no se encontraba en tan malas condiciones como otros. Había sido solo una noche y los combates habían durado relativamente poco, a fin de cuentas, pero algunos de los muchachos habían dormido todo el día. Y unos cuantos de ellos daban la impresión de que podrían no volver a despertarse.

A Nobul nunca le resultaba fácil conciliar el sueño después de un combate. La lucha lo hacía sentirse demasiado vivo, con una necesidad de matar demasiado fuerte. Ya había empezado y él se sentía lleno de esa excitación. La mano en la que empuñaba el martillo ardía en deseos de ser utilizada. Además, el sueño nunca había sido muy amable con él, jamás era placentero. Recuerdos que preferiría olvidar, demasiadas muertes que regresaban a su mente con una nitidez excesiva.

Sin embargo, aún lo anhelaba, seguía alimentándose de ello como si fuera carne recién hecha, salida directamente del asador. Incluso en ese momento oía a aquellos maléficos khurtas preparándose para la noche próxima. Entonando sus canciones a lo lejos mientras el sol se ponía.

Y pronto estarán aquí, Nobul Jacks. Vendrán a raudales a encontrarse contigo, tropezándose los unos con los otros para probar tu martillo.

Nobul levantó el arma y miró su cabeza de metal. Era el objeto más elaborado de los que había hecho y le había llevado todo el día limpiarle la sangre y los restos de sesos y de huesos de su superficie tallada. Su martillo era un objeto hermoso, concebido para una tarea sucia y desagradable. Podía captar la ironía.

—Apuesto a que por la noche duermes con esa cosa junto a tu almohada, ¿verdad?

Hake estaba a su lado. Nobul había estado tan inmerso en su ensoñación que ni siquiera se había dado cuenta de su presencia. El viejo tenía el ojo derecho morado y había sangre en su casaca verde. Probablemente habría mucho más antes de que ese asunto se acabara.

Nobul esbozó una sonrisa, lo que era muy poco frecuente.

—Siempre me gusta dormir junto a alguien en quien puedo confiar. —Bajó el martillo, pero no lo soltó.

—Supuse que necesitarías un poco de compañía. Considerando que el resto de los muchachos están demasiado asustados para hablar contigo.

Era cierto. La leyenda que arrastraba desde la batalla de Bakhaus más lo que había demostrado la noche antes había hecho que la mayoría de los soldados que combatían a su lado estuvieran tan atemorizados por el Casco Negro como por los khurtas.

—¿Y tú no estás asustado, viejo? —preguntó Nobul, medio en broma y también por curiosidad.

—No me asusto mucho estos días: si logro escapar de los khurtas, el Señor de los Cuervos no está muy lejos. Supongo que tú eres prácticamente la menor de mis preocupaciones.

—Supongo que sí —dijo Nobul, volviéndose para mirar el paisaje bajo la luz menguante. Había movimiento al norte, pero demasiado lejos para distinguirlo.

Hake se puso a su lado en las almenas.

—Diría que lo de anoche fue solo una prueba. Todos los soldados jóvenes e inexpertos de Amon Tugha lanzándose contra la muralla para ablandarnos... Esos a los que no les importa sacrificar. Esta noche será más sangrienta.

—Lo sé —respondió Nobul. Él había pensado lo mismo. Los khurtas que habían atacado la noche anterior se habían lanzado demasiado rápido y habían muerto con demasiada facilidad. Era evidente que muchos de ellos jamás habían probado la sangre. Probablemente esa noche Amon Tugha mandaría a sus mejores hombres.

Nobul recorrió la muralla con la vista, a un lado y al otro. Habían sufrido numerosas bajas. Quedaba por ver si los que habían sobrevivido serían adecuados para la tarea, pero si habían logrado seguir con vida después de los combates de la noche anterior, era probable que dieran lo mejor de sí esa noche, a pesar de lo cansados que se veían.

Desde el norte, un grupo de antorchas avanzaba hacia ellos, balanceándose en la oscuridad como espíritus luminosos que flotaban en la noche. Cuanto más se acercaban las antorchas, más detalles podía distinguir Nobul: eran un grupo enorme de khurtas que se movían con paso decidido, pero no estaban solos. Arrastraban prisioneros, hombres capturados en las semanas en que se habían abierto camino hacia el sur a fuerza de combates. Cuanto más cerca estaban, más podía oír: un lenguaje brutal, gutural, seguido de ruegos de misericordia. Nobul podía imaginar los horrores que habrían presenciado aquellos hombres como prisioneros de los khurtas. Dudaba que su situación mejorara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hake, mirando nervioso hacia el norte.

—Nada bueno —contestó Nobul.

Caminó hacia el este por la muralla, con la esperanza de gozar de una mejor panorámica. Otros defensores de la muralla habían oído la conmoción y observaban los grupos de antorchas. Cuando los khurtas y sus prisioneros llegaron al Árbol del Bailarín, se detuvieron.

Clavaron las antorchas en torno al tronco del roble. En pocos minutos encendieron un fuego que alumbró el gran árbol de modo que todos pudieran verlo

como si fuera de día. Cada uno de los hombres que se encontraba en la muralla estaba mirando hacia el norte y Nobul sintió su pavor. Sabían que serían testigos de algo terrible, pero de todas formas no podían apartar la mirada.

El Árbol del Bailarín estaba justo más allá del alcance de sus flechas, y era evidente que los khurtas lo sabían. Sabiéndose observados, todos los salvajes exhibieron sus genitales, gritando y provocando y riendo. Y nadie podía hacer nada al respecto.

Entonces empezó la masacre.

Los khurtas se dedicaron con deleite a arrancar miembros y a eviscerar a sus prisioneros de los Estados Libres. Los alaridos atravesaban la corta distancia que había hasta la muralla y todos reaccionaron a ese horror con desesperación creciente. Colgaban a los prisioneros de las grandes ramas del Árbol del Bailarín, de una manera muy similar a la de los días de antaño, solo que en esa ocasión las entrañas de los condenados colgaban sueltas... Sus verdugos rugían de placer ante cada muerte. A algunos los clavaban en el ancho tronco y sus alaridos se elevaban por encima del sonido de los martillazos.

Nobul percibió la desesperación del resto de los hombres que estaban a su lado. Hake se limitó a quedarse allí boquiabierto, incapaz de hablar. Los khurtas hacían bien su trabajo; en poco tiempo los hombres de las almenas estarían dispuestos a volverse y huir, con lo que permitirían que el enemigo trepara por la muralla sin que nadie los detuviera.

Nobul sintió que su furia crecía. No porque sintiera pena por los hombres que estaban masacrando, sino porque bajo aquel árbol había enterrado a su hijo apenas unas semanas antes. Markus, que nunca le había hecho nada a nadie. A quien habían matado por accidente por haber estado en el lugar y en el momento equivocados. Bajo aquel árbol yacía el hijo de Nobul y esos desalmados khurtas estaban pisando la tumba como si eso les importara un comino. Nobul sintió un ardor que lo atravesaba profundamente y contempló cómo los hombres de la muralla se cubrían los ojos para no ver, lo cual acrecentaba su furia.

Cuando terminaron de torturar y de colgar a los prisioneros, los khurtas cogieron sus hierros de marcar, juntaron ramitas y prendieron fuego el árbol. El Árbol del Bailarín había estado allí durante más de cien años y ellos no tardaron nada en quemarlo.

A la derecha de Nobul un muchacho cayó de rodillas, tapándose los ojos llenos de lágrimas. A lo largo de la muralla había hombres con las cabezas gachas, tratando de no llorar por lo que habían visto, con los hombros encorvados, hombres que habían perdido todo deseo de lucha. Estos apartaban la mirada de los prisioneros, —a algunos de los cuales aún les quedaba un soplo de vida— que ardían junto al árbol.

Era lo máximo que Nobul podía soportar.

Saltó sobre las almenas, olvidándose de que tras él había un abismo de treinta metros. Después de colocarse el casco, levantó su martillo.

—¡Escuchadme! —gritó. Como solo unos pocos hombres miraron en su dirección, levantó la voz todavía más—. ¡Escuchadme, condenados! —Más hombres lo miraron; el rumor empezó a correr por la fila cuando otros vieron al Casco Negro sobre las almenas, con el martillo apuntando al cielo de la noche.

¿Y ahora qué, Nobul? ¿Una arenga? La mayor parte del tiempo no puedes armar una sola frase. Mejor no metas la pata o no harás más que empeorar las cosas.

Nobul dejó que su furia ardiera un instante, sintiéndola en su interior como un puño hinchado y lleno de sangre después de la lucha. La notó latir dentro de él y durante unos segundos supo que tenía que encontrar las palabras que representaran esa furia, algo que nunca había hecho antes.

—¡No apartéis la mirada! —exclamó—. No les escondáis vuestros condenados rostros. —Apuntó el martillo hacia la llanura donde ardía el gran roble—. Mirad. Mirad y no volváis la cara. Tragadlo hasta que no podáis tragar más. Llenad vuestros estómagos con eso. ¡Llenadlos de odio!

Los hombres miraron en la dirección que él señalaba. Y si alguno no lo hacía, alguno de los que estaban a su lado le daba un golpe en el hombro o le giraba la cabeza para obligarlo a mirar.

—¡Mirad cómo son! —bramó Nobul—. Son unos putos cobardes. Torturan y asesinan, pero ya les hemos enseñado nuestro acero. Van a volver. Cargarán contra esta muralla y habrá una sola cosa para detenerlos. —Se golpeó la palma con la cabeza de su martillo. Le dolió, maldición, pero era un dolor bueno. Dolía como el odio que sentía en su interior y que le hizo esbozar una sonrisa de muerto—. Yo estaré aquí. Me enfrentaré a ellos hasta la muerte. ¿Quién estará conmigo?

Hake y algunos de los hombres a su alrededor gritaron que ellos lo harían, pero no bastaba.

—¡¿Quién demonios estará conmigo?! —aulló Nobul, volviendo a levantar el martillo como si fuera un estandarte alrededor del cual todos debían congregarse.

Otros hombres gritaron su apoyo, y así sucesivamente, hasta que todos los que estaban en la muralla clavaron sus ojos en él, con la frente alta: ya no quedaba una pizca de miedo en ellos.

—Combatiremos. Y moriremos. Pero no sin llevarnos a una buena parte de esos malnacidos con nosotros. ¡Por Steelhaven!

—¡Por Steelhaven! —chilló uno de ellos. Y primero unos pocos, luego docenas, luego multitudes a lo largo de la muralla, recogieron el grito, todos entonando el cántico de «Steelhaven, Steelhaven», hasta que resonó desde las almenas, cruzó la llanura y ahogó los ruidos de los khurtas.

Nobul se empapó de la escena, igual que había visto hacer al viejo rey Cael en la puerta de Bakhaus muchos años atrás. Entonces había habido discursos en gran cantidad, y todos mejores que el suyo, pero finalmente las palabras no tenían importancia. Si lo que decías ayudaba a que el odio de un hombre superara al miedo, entonces bastaba.

Bajó de un salto mientras los otros cantaban y Hake le sonrió. Había una extraña mirada de aprobación en los ojos del anciano.

—¿Crees que ha sido suficiente? —preguntó Nobul.

—Creo que estamos a punto de averiguarlo —respondió el viejo, señalando el otro lado de la muralla con un gesto.

Nobul se volvió. En la oscuridad, los khurtas avanzaban nuevamente.

Venían rugiendo por la planicie nuevamente. Esta vez Regulus y sus guerreros se negaron a que los relegaran en la batalla y permanecieron en la vanguardia, sobre la puerta principal. Miraron en silencio cómo los khurtas llegaban hasta el muro, preparaban las escaleras y empezaban a escalar la muralla a toda velocidad para ser recibidos por una andanada de flechas y rocas. También llevaron el ariete, arrastrándolo por la llanura una vez más, empujado por corpulentos salvajes bajo el látigo de sus amos. Cuando uno caía a causa de una flecha certera, otro, azuzado a latigazos, corría a ocupar su lugar, ya que el temor a los azotes era más fuerte que el temor a las flechas que llovían sobre ellos. Cuando por fin llegó a su posición, el inmenso ariete golpeó contra la puerta, sacudiendo toda la zona de la muralla que estaba bajo los pies de Regulus.

El ruido que procedía de abajo era ensordecedor, los rugidos de cuarenta mil hombres decididos a poner la ciudad de rodillas. El joven Akkula no pudo contenerse, dio un paso adelante y rugió él mismo desde las almenas, con un alarido que resonó desde el interior de su casco y se elevó por encima de la cacofonía de la furia gutural.

Todo el tiempo los rítmicos golpes del ariete marcaban el compás de la batalla. Regulus observaba, esperando que el primer khurta subiera arrastrándose a las almenas en busca de la muerte, pero los hombres de las Tierras Frías los combatieron con un fervor que él antes no había visto. Poco antes, Nobul Jacks había pronunciado un discurso inspirado, avivando un fuego en ellos que Regulus no podía más que admirar. Como resultado, los khurtas ni siquiera conseguían llegar al borde del parapeto antes de ser repelidos. Empezaba a pensar que tendría que saltar por encima de la pared y lanzarse a la refriega, como había hecho la noche anterior.

Entonces, la puerta cedió.

Con un poderoso estruendo de maderas rotas, la puerta se astilló y se dobló hacia el interior. La pared se estremeció y Regulus debió reafirmarse cuando se combó el rastrillo de hierro que se encontraba debajo de ellos. La cabeza del ariete golpeó la puerta una vez más, lanzando chispas de madera y metal ardiente por el aire. La cara del ariete se hizo visible solo un momento —una magnífica testa de bestia, forjada en hierro— antes de que volvieran a tirar de ella por la llameante brecha donde antes estaba la puerta. Se oyó un rugido de triunfo por parte de los khurtas y gritos de pánico desde el interior de la muralla cuando los hombres que estaban allí abajo se dieron cuenta de que iban a superarlos.

Regulus no pronunció orden alguna; en cambio, corrió hacia la escalera de piedra que descendía hasta el pie del bastión. Sus guerreros lo siguieron con entusiasmo; Akkula y Kazul casi tropezaron entre sí en su excitación. Janto se situó en la retaguardia, pero Regulus sabía que de ninguna manera se quedaría atrás cuando

empezaran los combates.

Llegaron abajo y se colocaron delante de la puerta derrumbada. A su alrededor empezaban a reunirse los hombres de las Tierras Frías, con sus comandantes gritando órdenes. Se organizaron en hileras y levantaron los escudos, pero Regulus no quería esconderse detrás de ninguna barrera. Había ido hasta allí en busca de gloria; el honor de la primera muerte sería suyo.

—¡Colocaos detrás de la maldita fila de escudos, malnacidos! —gritó alguien a espaldas de ellos, pero Regulus no le hizo caso.

Mientras observaban, un grupo de khurtas atravesó gritando la brecha que habían hecho adelantándose a la horda, excitados en su deseo de matar, desesperados por saciar su sed con sangre de las Tierras Frías. Pero Janto Sho también tenía sed.

Con hachas en sendas manos avanzó al tiempo que media docena de enemigos se le lanzaban encima. Regulus apenas pudo contenerse cuando el guerrero sho'tana se abrió paso a hachazos entre los salvajes que gritaban, apropiándose del honor de la primera muerte, pero lo dejó continuar; sin duda habría suficiente para todos.

Cuando Janto le arrancó la cabeza al último adversario un extraño silencio cayó sobre los hombres que tenían detrás. Sabían qué aparecería por la brecha que ocupaba el lugar donde antes estaba la puerta.

Regulus casi lanzó un rugido de desafío, pero finalmente se quedó en silencio. Mejor que los khurtas no supieran qué los aguardaba dentro de la ciudad. Mejor recibirlos con acero negro.

Atravesaron corriendo el paso abierto, sin hacer caso de las flechas que les disparaban en una apresurada andanada, gritando de cólera. Regulus sintió un destello de admiración; por un momento, se vio de regreso en las llanuras de Equ'un, enfrentándose a los kel'tana por última vez, con sus rugidos elevándose por encima de los prados. Luego él también comenzó a correr, cruzando el terreno que lo separaba de los khurtas, flanqueado por sus guerreros, todos asesinos de armaduras negras. Los khurtas no retrocedieron y Regulus se alegró. Le habría molestado tener que perseguir a hombres que huían; era mejor encarar al enemigo de frente: la victoria era más sabrosa cuando se derrotaba a un adversario digno.

Su espada tintineó y él rugió mientras mataba. A su lado, Akkula y Kazul se afanaban en lo mismo, haciendo resonar el éxtasis del combate para que todos lo oyeran. En el fragor de la batalla perdió de vista a Janto, pero tampoco le importó, tan sumido estaba en su propia sed de matanza. Y por cada khurta que mataba, otro ocupaba su sitio, gritando de furia, bramando de odio. Regulus se lo agradecía; él no se cansaría, su aliento no se haría más trabajoso. Tenía un vigor que no podía saciar, ni con una docena de enemigos muertos, ni con una veintena.

Regulus oyó que a su espalda uno de los comandantes de las Tierras Frías daba la orden de atacar. La fila de escudos se movió hacia delante, con las puntas de las lanzas sobresaliendo para acabar con los khurtas que habían logrado pasar entre los zatani. Más salvajes entraron por la puerta para unirse a la lucha y Regulus casi se

perdió, casi salió corriendo por la brecha llameante para llevar el combate a los khurtas que estaban al otro lado.

Pero la segunda oleada de bárbaros no atacó sola. Entre los salvajes Regulus vio a dos guerreros que avanzaban con más cuidado. Ambos vestían de negro, un hombre y una mujer, pero incluso desde esa distancia se dio cuenta de que eran más que humanos. Ella caminaba con el paso seguro de un guerrero, la cabeza descubierta, el pelo rubio cayendo sobre los hombros. Él tenía una capucha, una máscara que le cruzaba la cara y llevaba una hoja recta de plata colgando floja a un costado. Ambos examinaban el campo de batalla con ojos dorados que parecían atrapar la luz del fuego y arder por voluntad propia. En esa pareja Regulus vio más que salvajes atacando con furia.

Vio su oportunidad de alcanzar la gloria.

—¡Kazul, Akkula! —bramó por encima del estrépito de la batalla. Ambos guerreros se apartaron de la refriega y se acercaron para cumplir sus órdenes—. Allí. —Regulus apuntó con su espada por encima de la confusión, señalando a los guerreros vestidos de negro. Una sonrisa cruzó los labios del joven Akkula y Kazul lanzó un gruñido grave desde la garganta cuando divisó a los guerreros y reconoció lo que Regulus había visto: la oportunidad de enfrentarse a un enemigo digno.

Junto seguía perdido en la batalla, bramando con sus rugidos audibles por encima del tumulto, dejando que Regulus y los otros dos gor'tana se abrieran paso hacia los dos elharim, apartando a hachazos a los khurtas para dedicarse a enemigos más letales. Cuando la pareja estuvo a la vista, Regulus vio que una sonrisa se dibujaba en los labios de la mujer y que sus ojos ardían de lujuria, aparentemente deleitándose con la perspectiva de enfrentarse a él. No la desilusionaría.

—A él —dijo Regulus, señalando al asesino encapuchado. Kazul y Akkula obedecieron y avanzaron con entusiasmo para enfrentarse al hombre, quien se limitó a esperarlos donde estaba, con la espada a un lado, sin hacer ningún intento de defenderse.

Regulus avanzó para encarar a la mujer mientras la batalla crepitaba a su alrededor. Ella siguió sonriendo, contemplándolo con esos ojos dorados. No había miedo allí, solo expectativa, ansia.

Lanzando un rugido, Regulus se abalanzó sobre ella. La espada de la mujer se alzó para encontrarse con la de él, con una rapidez deslumbrante. El negro acero del zatani chocó contra la plata de ella y ambos quedaron entrelazados un momento. Pero ella no dejaba de mirarlo despreocupadamente; su aspecto no dejaba traslucir su fuerza. Regulus le sacaba una cabeza entera y los gruesos músculos de su cuerpo la hacían parecer pequeña a su lado, pero ella no cedió ante su ataque. En ese instante él se dio cuenta de que sería necio subestimarla.

Con un bramido, la mujer lo empujó, obligándolo a apartarse, y él retrocedió un paso justo a tiempo para evitar el contraataque de esa hoja plateada que se movía con tanta velocidad y habilidad que casi le arrancó la cabeza. Regulus se percató de que

no podía darle ningún respiro y volvió a atacarla lanzando un bramido, chocando su negra espada contra la suya. Ella giró antes de que él pudiera profundizar su ataque y se colocó al costado de él. Antes de que pudiera golpearlo, él arremetió con una zarpa, desgarrándole la chaqueta de cuero a la altura del hombro.

La guerrera lanzó un gemido de dolor y se echó hacia atrás para evitar la siguiente acometida. Por un breve instante miró con rabia la herida que él le había causado. Regulus fue consciente de que la expresión de diversión había desaparecido de esos ojos dorados. Contemplaba con el ceño fruncido las marcas de zarpas en su hombro. Él se complació en esa expresión de ira. La arrogancia se había esfumado. Ahora esa mujer lo tomaría tan seriamente como él la tomaba a ella.

Corrieron el uno hacia el otro. Regulus mostraba los dientes y emitía hondos gruñidos. La mujer guardaba silencio pero había una colérica concentración en su rostro. Hizo girar la espada en el momento del choque. La hoja negra que Regulus blandía se sacudió violentamente cuando las armas se encontraron. Ella era veloz, casi demasiado, y su espada le arrancó un pedazo de la pieza de la armadura que le protegía el hombro.

Regulus luchaba con toda la furia animal de los zatani; su hoja y sus zarpas barrían el aire, pero no lograba acertarle otro golpe. Mientras combatían empezó a tener la ominosa sensación de que ella estaba jugando con él, que sabía que era demasiado rápida, demasiado hábil para él. Eso no hizo más que enfadarlo y a punto estuvo de desconcentrarse, lo que le habría costado caro.

La hoja de la mujer le acertó en la mano, golpeó contra su guantelete y lo obligó a soltar su arma, que cayó rodando. Ella levantó el pie, a una velocidad sobrecogedora, para golpearlo en la rodilla y hacerle perder el equilibrio. Él cayó, resbalándose en la tierra blanda, y en un instante ella estuvo sobre él, con la espada levantada. En ese momento Regulus lo vio todo con claridad: los ojos de ella clavados en los suyos, las comisuras de la boca levantadas en una divertida expresión de triunfo.

Él había tenido tanto entusiasmo... Ahora estaba muerto.

Janto rugió. Estaba cubierto de sangre khurta, había perdido el casco, su cara era una máscara de furia roja. La mujer apenas tuvo tiempo de volverse y esquivarlo antes de que cayeran las hachas. Contra la furia del ataque de Janto no podía hacer más que retroceder, obligada a eludir sus hachas voladoras.

Regulus se incorporó tambaleándose y buscó desesperadamente su arma caída. Cuando la recogió, sintiendo el dolor en su mano, oyó un grito de angustia al otro lado del campo de batalla.

Akkula cayó al tiempo que el guerrero encapuchado se apartaba de él, sacando su acero del pecho del zatani. Girando con la gracia de un bailarín, esquivó fácilmente un desafío de Kazul al tiempo que Regulus empezaba a moverse, cubriendo el terreno para ayudar a su guerrero. Antes de que pudiera alcanzarlo, la hoja del guerrero encapuchado volvió a resonar, cortando en dos la lanza de Kazul y amputándole la mano.

Regulus lanzó un gruñido y dio un salto, ignorando el dolor de la mano y la rodilla. El hombre encapuchado lo miró con sus ojos dorados y dejó traslucir una breve llamarada de alarma cuando vio que el feroz zatani le caía encima. El elharim levantó la hoja para defenderse y la espada negra de Regulus chocó con ella, pero su mano derecha ya estaba disparándose hacia delante, más rápido que lo que esos ojos dorados podían percibir. Le cogió el cuello al elharim en un apretón de zarpas y escupió un gruñido cuando le arrancó la garganta. Los ojos dorados lo observaron con expresión confundida durante un instante fugaz, mientras la sangre manaba del lugar donde antes había estado su cuello, y luego cayó.

Regulus habría lanzado un rugido de victoria, pero los khurtas que lo rodeaban se lanzaron sobre él, en un frenesí. Los mantuvo a raya, apoyándose en el pie trasero, cediendo terreno al enemigo con cada golpe de sus aceros.

Sonó un cuerno, Regulus levantó la mirada y se dio cuenta de que los khurtas habían recibido la orden de retirarse, aunque algunos seguían luchando, sin querer huir.

—¡Colocaos detrás de la maldita fila de escudos! —aulló una voz a espaldas de Regulus. Le palpitaba la rodilla; sabía que lanzarse en una persecución sería inútil y, a regañadientes, se situó detrás de los hombres de las Tierras Frías.

Miró el campo lleno de cadáveres y vio que Janto también había retrocedido, dejando que los khurtas corrieran más allá de la puerta destrozada. La mujer rubia se arrodilló junto a su compañero elharim, y clavó una mirada de odio del zatani. Antes de que pudieran huir, ordenó a tres khurtas que recuperaran el cadáver, pero en ningún momento apartó los ojos de Regulus. Cuando el último de los khurtas hubo escapado por el pasaje que habían abierto en la puerta, ella los siguió, retrocediendo mientras protestaba, como si estuviera pensando en volver corriendo a las líneas defensivas y cobrarse venganza.

Regulus la observó cuando se marchaba, esperando, contra toda esperanza, tener la oportunidad de volver a enfrentarse a ella.

Waylian solo podía imaginar la batalla que se libraba en el norte de la ciudad. La había presenciado de primera mano la noche anterior, la había experimentado en toda su gloria, una gloria que había puesto en jaque a sus intestinos. Era un alivio no tener que padecerla de nuevo. Casi sentía gratitud por el hecho de que Gelredida lo hubiera liberado de la muralla para asignarle una misión diferente. Pero sabía en sus entrañas que no sería menos peligrosa que estar allí esperando que los khurtas llegaran corriendo. De hecho, lo más probable era que fuera todavía más peligrosa.

Avanzó tambaleándose entre las ruinas ennegrecidas de lo que había sido el Dockside. Aquí y allá todavía quedaban algunas edificaciones en pie, como islas en un mar de casas devastadas. Ardían hogueras por todas partes y Waylian necesitó toda su concentración para no tropezarse entre los escombros. Su compañero tampoco tenía un andar más seguro. De hecho, Aldrich Mundy era más torpe que Waylian, si aquello era posible.

¿Por qué se le habría ocurrido a su señora juntarlo con Mundy? Era evidente que ese muchacho tenía algunos... problemas. Si aquella misión era tan importante como parecía, seguramente tendría que haberlo acompañado un magistrado de más edad. O, al menos, alguien que no estuviera loco.

—Mantén el paso —dijo Waylian cuando el aprendiz de gafas le dio un tirón a su túnica, que se había quedado enganchada en una madera chamuscada que sobresalía de una pila de escombros.

Pensó que Aldrich respondería con algún comentario petulante, utilizando toda la verborragia que empezaba a esperar de él, pero el joven se limitó a obedecerlo. Por un momento, Waylian se sintió culpable. Era evidente que Aldrich jamás había visto tanta destrucción. A pesar de su obtusa naturaleza, lo más probable era que estuviera paralizado de terror.

—Ya casi llegamos —dijo Waylian, mientras se detenía a esperar a Aldrich, que trastabillaba por el terreno irregular como un potro recién nacido. Cuando finalmente llegó al lado de Waylian, llevó la mirada al cielo nocturno y sus ojos se iluminaron tras las gafas de finas monturas.

—Fascinante —exclamó el aprendiz.

—¿El qué? —preguntó Waylian, pero la pregunta era innecesaria.

Oyó un rugido distante, notó que la cara de Aldrich brillaba y que los cristales de sus gafas se volvían blancas, y se dio la vuelta para ver un proyectil ardiente que sobrevolaba la muralla marina.

—¿Ves cómo mantiene su integridad estructural hasta el momento del impacto? —comentó Aldrich, señalando el cielo de la noche—. Hace falta mucho ingenio para...

—¡Corre, maldita sea! —Gruñó Waylian, agarrando a Aldrich de la túnica y arrastrándolo para apartarlo del sitio donde claramente aterrizaría el proyectil.

Se tambaleó, con Aldrich siguiéndolo con sus sandalias. Algo le raspó el muslo, rasgándole la túnica y lacerándole la carne. Gruñó, pero trató de no prestar atención al dolor, sin atreverse a levantar la mirada cuando a su alrededor todo se iluminó como si comenzase un nuevo día.

El calor se intensificó a sus espaldas, el ruido fue ensordecedor. Cogió a Aldrich de los hombros y lo empujó contra el suelo, justo cuando lo que quedaba de la calle explotó tras ellos. Pedazos de mampostería volaron por todas partes mientras Waylian se refugiaba detrás de una pared derruida. Unos fragmentos en llamas estallaron al caer en la calle y Waylian se cubrió la cabeza. Oyó a Aldrich chillar a su lado y el mundo pareció partirse en dos en una explosión abrasadora.

Cuando por fin pudo abrir los ojos, Aldrich balbuceaba para sus adentros, aovillado. Waylian estaba a punto de tranquilizarlo cuando sintió la pierna ardiendo. El dobladillo de su túnica estaba en llamas, y empezó a golpearla desesperadamente con las manos enguantadas.

Esto es una locura. Morirás aquí. Ella te ha vuelto a enviar a la muerte. Deberías huir, Grimm. Darlo por terminado. Ya has hecho bastante por ella; no hay duda de que esta misión suicida es demasiado.

Cuando extinguió las llamas, Waylian miró la destrucción. Por entre las hogueras que ardían a su alrededor, de pronto vislumbró algo en las sombras de un edificio derrumbado. Tres pares de ojos lo miraron desde rostros negros de hollín. No podía ver si eran niños o adultos, pero el temor reflejado en sus rostros era fácil de distinguir, a pesar de la falta de detalle. De pronto sintió una creciente urgencia por llevar a cabo su misión.

—Vamos —ordenó, al tiempo que se incorporaba y tiraba de Aldrich.

—Qué experiencia quintaesencialmente estentórea —dijo Mundy, con voz vacilante.

La lente izquierda de sus gafas estaba rajada y lo miraba todo con una expresión enloquecida. Waylian no tenía idea de por qué Gelredida había supuesto que le sería de ayuda, pero era dudoso que sirviera de algo con lo conmocionado que se encontraba.

Entonces será mejor que reces por un milagro, Grimm. Tampoco es que seas capaz de destruir aquella flotilla de barcos tú solo, ¿verdad?

Siguieron hacia el sur. La Puerta Marina era fácil de divisar por encima de la llanura de edificios aplastados y Waylian tuvo un mal presentimiento. Ese lugar ya era un infierno. Si tardaban más tiempo no quedaría nada más que cenizas, y quien permaneciera refugiándose entre los escombros estaría perdido.

Waylian y Aldrich se abrieron paso entre las ruinas y cuando por fin llegaron a la Puerta Marina había varios Casacas Verdes agachados junto a la muralla. Sus verdes vestimentas estaban manchadas de hollín y sus rostros, negros; aun así seguían

esperando. Waylian no podía más que admirar tanta dedicación. Dudaba que él hubiera podido asumir el mismo compromiso si su trabajo hubiera sido proteger esa puerta.

—¿Qué diantres queréis? —preguntó uno de ellos cuando Waylian y Aldrich se agacharon a su lado. El hombre tenía la cara hecha un desastre y los miró con furia.

Waylian miró a Aldrich, pero era evidente que no tenía nada que decir. En cualquier otro momento lo habría tomado como una bendición.

—Tenemos que llegar allí. —Waylian señaló el ennegrecido rastrillo de hierro. La puerta de madera que debía haber estado delante había caído presa de las llamas tiempo atrás.

—Imposible —dijo el hombre—. Esta puerta permanecerá cerrada. Son nuestras órdenes.

—Somos de la Torre de los Magistrados. Nos han enviado a ocuparnos de aquellos barcos.

Oyó el miedo en su propia voz. Una parte de él quería que el hombre le hiciera caso y que apreciara lo que estaba haciendo. Otra quería que el hombre le dijera que volviera pitando a la torre, donde al menos estaría a salvo... por el momento.

—Me importa un bledo si venís directo de la maldita recámara de la reina. Esta puerta permanecerá cerrada.

Waylian echó una mirada a los otros Casacas Verdes. Ninguno de ellos parecía estar de ánimo para disentir con su camarada. Ninguno parecía estar de ánimo para nada más que salir corriendo, a decir verdad. Vio una pila de cuerpos achicharrados que todavía despedían humo en la fría noche. Por un momento se preguntó si pertenecerían a otros Casacas Verdes, amigos de los que se habían quedado a proteger la puerta. No había duda de que esos hombres las habían pasado canutas. ¿Quién era él, un cachorro con una túnica quemada que parecía tan asustado como un zorro en un cepo, para ordenarles lo contrario?

Sin más palabras, cogió el brazo de Aldrich y lo apartó de la puerta. Miró hacia el norte y pensó en si le convendría emprender el regreso hacia la Torre de los Magistrados para informar de su fracaso. Pero, por otra parte, ya había informado de muchos fracasos a su señora. Se le había asignado una misión y la llevaría a cabo, incluso si moría en el intento. Aunque no eran muchas las misiones que ella le daba que no implicaran un riesgo mortal.

—Vamos —le ordenó a Aldrich—. Debe de haber otra manera de cruzar.

Aldrich lo siguió obedientemente mientras avanzaban a lo largo del pie de la muralla. No tardaron en llegar a las escaleras que subían al parapeto y, sin otra alternativa, los dos subieron hasta las almenas. Se agacharon bajo la crestería y, con cuidado, Waylian se asomó para mirar al otro lado. A la luz de la luna alcanzó a distinguir la bahía curva, las aguas quietas que parecían negras bajo el cielo de la noche. A la distancia, los barcos incendiarios formaban una hilera y sus cubiertas estaban iluminadas por braseros ardientes. Si no hubieran sido tan peligrosos, si no

hubieran arrojado tanta muerte y destrucción sobre su ciudad, los habría considerado hermosos.

Inclinando la cabeza un poco más, miró hacia el terreno que estaba abajo. No podía calcular la distancia, pero evidentemente era un salto demasiado grande.

—Piensa, Waylian —dijo en voz alta. Sabía que no tenía sentido dirigirse a Aldrich; en los mejores momentos no podía entenderlo y ahora, en semejante estado de terror, era improbable que dijera algo que tuviera sentido—. Debe de haber alguna manera.

Miró hacia ambos lados de la muralla. Tal vez habría una cuerda en algún lugar. Tal vez la red de un pescador, que podría usar como si fuera una escalera. Mientras avanzaba por la pasarela, se dio cuenta de que Aldrich no lo seguía. Se volvió y vio que el aprendiz estaba contemplando el mar.

—Tenemos que movernos —susurró, aunque no sabía por qué hablaba en voz baja. Los marineros de los buques artilleros no es que pudieran oírlo precisamente.

Sin decir palabra, Aldrich se subió a la pared y se aferró a los merlones que tenía a ambos lados.

—¿Qué haces? —dijo Waylian, sintiendo que el pánico lo sobrecogía.

Corrió hacia el lado de Aldrich, extendiendo la mano para tirar de él, pero con una velocidad inesperada, el chico le cogió la muñeca y lo hizo subir a las almenas.

—Qué diablos... —Fue lo único que pudo decir antes de que Aldrich se inclinara hacia atrás haciendo que ambos cayeran al otro lado del borde de la muralla.

No hubo tiempo de gritar mientras se precipitaba en la oscuridad. El aire corrió en torno a su cara, su estómago dio vueltas con violencia. Mientras caían, Aldrich lo rodeó con los brazos y Waylian cerró los ojos con fuerza, preparándose para el impacto.

Cuando los volvió a abrir, ambos estaban al pie de la muralla. Aldrich seguía cogiéndolo sorprendentemente fuerte. Se miraron y la brisa marina les acarició la cara. Aldrich no dijo palabra; lo soltó y avanzó hacia el muelle. Waylian lo miró un momento, sin poder creer del todo que todavía estuviera vivo, y luego lo siguió, sintiendo que sus piernas se habían convertido en jalea. No tenía idea de qué hechizo mágico había utilizado Aldrich para detener la caída pero, en cualquier caso, se sentía agradecido.

—La próxima vez, avísame —susurró. Si Aldrich lo oyó, no respondió.

Siguieron hacia el agua y avanzaron a lo largo del gran muelle en forma de medialuna. Su calzado prácticamente no hacía ruido alguno sobre la madera. Mientras se movían en la oscuridad, otro proyectil flameante salió disparado de una de las embarcaciones, los sobrevoló y pasó por encima de la muralla, para aterrizar con una explosión sorda.

Ahora era Waylian quien seguía al otro aprendiz que, aparentemente, había tomado la delantera. Debería haberse sentido irritado por ese repentino cambio en la dinámica, pero si era honesto consigo mismo, en realidad no tenía la menor idea de

qué iba a hacer cuando llegara al puerto.

Una vez que se situaron a la misma altura de las embarcaciones, Aldrich se detuvo y contempló la hilera de navíos anclados.

—¿Ahora qué? —dijo Waylian—. Espero que hayas planeado algo espectacular. Aldrich se volvió, ahora sonriendo, y le ofreció la mano a Waylian.

—Oh, sin duda alguna —respondió—. Pero se requiere tu asistencia.

—¿De qué manera? —preguntó Waylian, cogiendo la mano de Aldrich a regañadientes.

—Tú has usado el Velo antes, ¿verdad, Waylian?

—Claro que sí. —*Por error, pero en cualquier caso sí que lo he hecho.*

—Entonces intentémoslo juntos. Es una experiencia de lo más estremecedora.

Aldrich se inclinó junto al muelle, apoyando la palma sobre las tablas de madera bajo sus pies, sin soltar la mano de Waylian. Al principio no hubo nada, ningún encantamiento, ningún signo mágico, solo el penetrante olor del mar transportado por la brisa nocturna.

Pasó un tiempo hasta que Waylian se dio cuenta de que su mano se había convertido en hielo. Un frío que jamás había sentido subió por su brazo en el punto en que Aldrich lo cogía, penetrando en la piel y en los huesos. Quiso gritar pero no tenía voz, quiso apartarse pero ya no había fuerza en sus miembros.

Bajó la mirada y vio que el punto de las tablas donde Aldrich había puesto la mano se había convertido en hielo, una sólida lámina que se extendía desde los dedos del joven y bajaba por el costado para continuar por uno de los puntales que sostenían el muelle en forma de medialuna. Cuando más miraba, más veía que el hielo se expandía desde el pie del muelle y penetraba en el mar. Oyó que el hielo crujía a medida que el mar se solidificaba y, al mismo tiempo, él tenía cada vez más frío.

Justo cuando pensó que ya no podría aguantar más y que se convertiría en un sólido bloque de hielo, Aldrich le soltó la mano. Waylian se desplomó sobre el entarimado, al tiempo que sentía que el color fluía instantáneamente en su interior. Aldrich se limitó a incorporarse y a mirar el mar, donde estaba el sendero que ambos habían creado. Waylian vio que se extendía hacia la noche, en dirección a los barcos artilleros que aguardaban a lo lejos.

—¿Y ahora qué? —balbuceó apretando los dientes congelados—. ¿Se supone que hemos de dar un paseo hasta allí y extinguir sus hogueras?

—No —respondió Aldrich—. Es imposible que esa estrategia tenga éxito. Pero ellos sí podrían. —Señaló la ciudad.

Waylian miró, pero no alcanzó a ver nada en la oscuridad. Entonces, a través de sus orejas congeladas por el frío, le pareció oír un sonido similar a un trueno.

Pasaban cabalgando estruendosamente por las calles. Veinte de ellos, con todas sus armaduras, sus escudos y sus espadas. Todo aquello había parecido una buena idea en su momento —y de hecho, estaban alejándose de la batalla que se desarrollaba en el norte—, pero Merrick empezaba a ver lo equivocado que había estado. Apenas veinte hombres contra una flotilla anclada al sur de la ciudad. Solo una veintena contra toda una escuadra. Es cierto que eran los tipos más desalmados y duros que Merrick había tenido la desgracia de conocer, pero de todas maneras, no eran más que humanos.

El lord mariscal no le había dicho ni una palabra mientras preparaban sus corceles para la misión. Merrick había supuesto, en cierta medida, que el viejo se le acercaría y le exigiría que cambiara de opinión, pero Tannick no dijo nada. Tal vez, en el fondo, estaba orgulloso. Tal vez una parte de él se alegraba de que Merrick se hubiese ofrecido como voluntario para la más peligrosa de las misiones. O quizás no quería quedar mal delante de la Guardia del Guiverno reprendiendo a su propio hijo, que había decidido participar en tan arriesgado cometido.

Fuera cual fuese la razón, Merrick se alegraba. Había bastantes cosas en qué pensar sin discutir con el viejo. Cosas como no terminar apuñalado ni quemado ni ahogado eran más importantes en su lista que preocuparse por los castigos que le pudiera aplicar Tannick Ryder por su desobediencia.

Mientras se dirigían al sur, Merrick vio con sus ojos la carnicería que había provocado la artillería naval y por primera vez entendió la importancia de su misión. El Dockside y el Barrio de los Almacenes estaban en ruinas. Al sudeste, el Templo de Otoño parecía relativamente intacto, pero eso no restaba importancia a la destrucción que habían sufrido el resto de los barrios meridionales de la ciudad. Merrick esperaba que no hubiera habido nadie viviendo allí cuando empezaron los bombardeos. Pero en el fondo sabía que sí. En el fondo sabía que dentro de la mayoría de esas casas habría cadáveres, quemados y negros, con las muertas manos clamando al cielo.

Y eso te enfada, ¿verdad? Eso te da ganas de matar. Eso te conmueve, y no te gusta en absoluto, Ryder.

Merrick aferró las riendas con más fuerza, tensando la mandíbula. Trató de no mirar, de no pensar, pero era imposible. Aquello no era una guerra, era una matanza. A pesar de todo su egoísmo, de su autoconmiseración y arrogancia, y de hacerse el payaso tantos años, eso dolía. Tenía que haber una revancha.

Pero tú nunca has sido de los que se vengan, Ryder. Nunca te importó lo suficiente. La venganza es una pérdida de tiempo; no hace más que interponerse. ¿Qué pasó con Merrick Ryder, el pragmático?

—Está muerto, ha desaparecido —dijo con los dientes apretados.

Poco a poco los veinte caballos fueron acercándose a la muralla marina. Cormach

iba al frente; la piel blanca que llevaba sobre los hombros se balanceaba siguiendo el paso de su cabalgadura. Justo antes de llegar a la puerta una bola de fuego cortó el cielo encima de ellos, para caer en la calle a unos cien metros de distancia. Era un irritante recordatorio de por qué estaban allí, que no hizo mucho para poner freno a la determinación de Ryder.

Tiraron de las riendas y los caballos se revolviéron delante del gran rastrillo de hierro. Estaba ennegrecido y chamuscado y Merrick se preguntó si el mecanismo que lo abría seguiría funcionando.

—¡Abrid la puerta! —gritó Cormach.

Merrick miró el pie del rastrillo. En la oscuridad ni siquiera había percibido la presencia de los hombres llenos de hollín que estaban allí encogidos.

—¿Qué demonios les ocurre a todos esta noche? —preguntó uno de ellos—. Esta puerta permanecerá cerrada. Por orden de la reina.

Cormach hizo que su caballo se adelantara al trote y miró desde su montura.

—Abrid la puerta —repitió con ese tono medido de *no me fastidiéis* que tan bien le salía.

El guardia de la puerta lo miró. Merrick se dio cuenta de que quería discutir, pero un rápido vistazo a los veinte Guardias del Guiverno, todos armados y con armaduras y listos para matar, le hizo cambiar de idea rápidamente.

El mugriento Casaca Verde hizo un gesto hacia el resto de los hombres. Tres de ellos se introdujeron en la pequeña caseta que albergaba el mecanismo y en pocos instantes la puerta empezó a moverse. Se estremeció y crujió, desprendiendo grandes terrones de hollín y carbón, cuando los tres hombres accionaron el cabrestante. Merrick los oía jadear en el interior de la diminuta edificación conforme se esforzaban por hacer girar la rueda. No podía más que mirar el muelle que estaba al otro lado de la puerta.

Los barcos aguardaban, quietos, como si estuvieran llamándolo. Era muy probable que muriera allí, y él mismo se había ofrecido como un puñetero voluntario.

¿Recuerdas esas casas destrozadas? ¿Recuerdas los cuerpos en el interior de ellas? ¿Qué pasó con la venganza, Ryder? ¿Qué pasó con eso de que tu antiguo yo estaba muerto y desaparecido?

Antes de que tuviera tiempo de seguir pensándolo, Cormach clavó las espuelas a su caballo y lo hizo pasar por la puerta abierta. El resto de la Guardia del Guiverno lo imitó y el sonido de sus cascos sobre el empedrado resonó como campanillas por el muelle. Del trote pasaron a un medio galope y luego a un galope en dirección a la bahía en forma de medialuna. Cormach desenvainó la espada con un tintineo, y diecinueve espadas más tintinearón a su vez. El sonido de los cascos de los caballos cambió de timbre cuando dejaron atrás el camino empedrado para pasar al embarcadero de madera, sin dejar de galopar.

Merrick ya sentía el viento en la cara, la excitación de la carga. Debía de haber algún plan, algo que no le habían dicho, porque nadie se había molestado en

informarlo de cómo iban a cruzar la bahía para abordar los barcos.

Mientras taconeaban por las tablas mantuvo la mirada fija en las naves, preguntándose si en algún momento lanzarían sus proyectiles de fuego en dirección a la Guardia del Guiverno. Se dio cuenta rápidamente de que no debía preocuparse. Esos barcos artilleros no estaban diseñados para ser maniobrables. Jamás habrían tenido la oportunidad de ponerlos en el punto de mira antes de que los corceles de la Guardia llegaran al final del embarcadero... Y se lanzaran directamente al agua.

El caballo de Cormach continuó avanzando y su jinete levantó la espada. Era casi imposible ver por dónde iban; el camino estaba solo iluminado por la luna, pero por fortuna esta era lo bastante clara como para que ninguno de ellos cayera por un costado del entarimado.

Justo cuando Merrick calculaba que se acababa el muelle, Cormach tiró violentamente de las riendas, guiando a su caballo a la izquierda y bajando por un costado de la pasarela. Merrick sintió que el corazón le daba un vuelco ante esa maniobra, pensando que Cormach se arrojaría directamente a la helada bahía, pero vio que el caballo seguía corriendo y que sus cascos repiqueteaban contra una nueva superficie.

Sin pensar, sin siquiera considerar lo demencial que era, Merrick, lo siguió y su caballo resopló como si estuviera de acuerdo con que todo aquello era una locura. Mientras guiaba con las riendas su corcel para que siguiera al de Cormach, sintió la diferencia bajo los cascos, oyó el repiqueteo y el crujido, como si estuviera cabalgando sobre un puente de... ¿hielo?

La Guardia del Guiverno entró galopando al mar, siguiendo a Cormach que avanzaba hacia el primero de los barcos artilleros. Estaban acercándose al flanco de la flota, sobre el puente que se extendía ante ellos y los llevaba directamente a la borda del primer navío. Merrick oyó a los marineros a bordo de sus embarcaciones, gritando de pánico. Habían percibido el ruido de los jinetes aproximándose y era más que probable que sintieran el estruendo de los cascos sobre el puente de hielo.

Mientras seguía a Cormach por la inclinación que subía a cubierta, Merrick casi quedó enceguecido por el fuego que seguía encendido a bordo. Apenas tuvo tiempo de ver que Cormach aniquilaba a un marinero y de presenciar cómo otro miembro de la tripulación quedaba atrapado bajo la lámina de hielo que había consumido la cubierta, con los ojos clavados en un desconcertado terror, antes de pasar al otro lado, con su corcel saltando sobre la borda.

Cormach no se detuvo y Merrick estaba decidido a no dejarlo adelantarse demasiado. Eran veinte miembros de la Guardia del Guiverno, todos deseosos de matar. No tenía sentido apiñarse en el primer barco, cuando había más de una docena.

El segundo barco estaba mejor preparado, con sus tripulantes gritando y empuñando sus hachas curvas y sus alfanjes amenazadoramente, pero el corcel de Cormach pasó entre ellos como si no estuvieran allí. Continuaron hacia el tercer barco y el cuarto. Merrick oyó los sonidos de los combates cuando sus compañeros se

enfrentaban a aquellos marineros que todavía podían luchar y que no habían quedado atrapados en el hielo. Empezaba a pensar que tal vez aquella no era la misión suicida que había supuesto al principio, quizá su justa ira quedaría saciada, después de todo. Esas mujeres y niños incinerados vivos en la ciudad vengados por su mano. La mano de Merrick Ryder. Renacido como arma divina de...

Su caballo lanzó un agudo relincho cuando perdió pie en el puente de hielo. Trastabilló y luego cayó, y no fue hasta que saltó de la montura y se apartó rodando cuando Merrick se dio cuenta de que el animal había recibido un lanzazo en un costado. A la luz de las hogueras de cubierta vio las siluetas de tres marineros que se acercaban a él. Cormach había continuado avanzando y el resto de los miembros de la guardia seguían abatiendo a los supervivientes de los barcos anteriores. Estaba solo.

Los tres marinos lo rodearon, dando la espalda a una brillante hoguera que seguía ardiendo sobre la cubierta. En el resplandor Merrick apenas podía distinguirlos y esquivó por poco el primer ataque de un alfanje. Levantó el escudo a tiempo para frenar otro golpe antes de poder contraatacar. Hubo un grito en la oscuridad y sintió el sonido discordante de la espada al chocar contra la carne, pero su alivio por haber acertado el golpe duró poco. Su casco resonó cuando algo lo golpeó en un costado. Merrick resbaló y perdió pie en la cubierta. El escudo se le cayó de la mano al tiempo que él se derrumbaba hacia atrás. Sus piernas chocaron contra la borda. No pudo reprimir un grito de pánico cuando cayó al agua.

Su mano libre intentó aferrarse a algo, a cualquier cosa. De alguna manera consiguió retener la espada; el miedo de perder el arma era más poderoso que el deseo de sobrevivir. Algo se enganchó en su armadura justo al caer al agua. La negrura lo rodeó, la heladora oscuridad. Para su alivio, había quedado enganchado en una red, pero la armadura seguía empujándolo hacia abajo, hundiéndolo en las negras profundidades. Merrick sacó el brazo del agua congelada, aferrándose a la red. Con un esfuerzo titánico se impulsó hacia arriba y sacó la cabeza a la superficie, escupiendo agua salada y jadeando.

Aterido, hizo una breve pausa, respirando con dificultad, resollando para recuperar las energías. Le llegaban los sonidos de los combates. Los alaridos, los relinchos de los caballos. Algo se zambulló en el agua cerca de él, pero le era imposible determinar si era uno de sus hermanos de la orden o un marinero.

Cuando reunió bastante aire en los pulmones, se impulsó para salir del agua. Lo hizo lentamente; la armadura parecía pesar el doble que antes de la caída. Apoyó ambas manos en la borda y se izó por un costado del barco, para deslizarse en cubierta como un pez recién atrapado. Le costaba respirar y podría haber cerrado los ojos y haberse quedado dormido si no hubiera tenido tanto frío.

No tiene sentido quedarse tumbado toda la noche. ¿Qué pasó con la venganza? ¿Qué pasó con el nuevo Merrick? Eres tan haragán e inservible como el anterior.

Hizo un esfuerzo para ponerse de pie. Había perdido la espada y miró a su alrededor en la penumbra buscando un arma, cualquiera. De pronto una se abalanzó

hacia él desde la oscuridad: la hoja de un alfanje, curvada y afilada. Lo empuñaba un marinero con expresión asustada, con los ojos bien abiertos como si hubiera presenciado un asesinato y estuviera decidido a no ser el siguiente en perder la vida.

—¿Por qué no te tranquilizas? —dijo Merrick, levantando las manos en gesto de rendición. El marino no pareció muy convencido. De hecho, dio la impresión de que ese gesto lo aterrorizó aun más—. Los dos podemos salir bien librados de esto —continuó Merrick, con la esperanza de que sus palabras dieran mejor resultado para salir de la mierda que el que habían dado su armadura y sus armas—. Ambos podemos sobrevivir, pero debes ser inteli...

La cabeza del marinero se partió en dos. En la oscuridad pareció que un líquido negro había explotado dentro de su cráneo. Se quedó allí un momento, mirando con expresión confundida, como si le acabaran de preguntar por el sentido de la vida, antes de desplomarse en cubierta. Cormach estaba detrás de él.

Merrick soltó un suspiro de alivio y se apoyó en la borda, con cuidado de no volver a caer al agua. Miró a un lado y a otro por la hilera de embarcaciones y vio que la Guardia del Guiverno había cumplido su tarea. Había hogueras ardiendo en la cubierta de los barcos y los caballeros estaban listos para marcharse en sus caballos.

—Esto nos compromete aún más, maldición —dijo Cormach, cuando por fin logró liberar su acero del cráneo del marinero.

Merrick hizo un gesto despreocupado con la mano, sin ánimo de discutir. Estaba demasiado ocupado pensando en el monumental error que había cometido. En la forma en que había cabalgado valientemente hacia los barcos y se las había arreglado para estar a punto de morir sin saber si había logrado matar a alguien. Dudaba que su contribución quedara registrada en los anales de la Guardia del Guiverno.

No hay lugar para la venganza. No hay lugar para ser un héroe justo.

Pero al menos todavía respiras.

Nobul miró cómo desplazaban la torre de asedio hacia la muralla. No se movió, no habló, se limitó a quedarse allí y mirar. A su alrededor había jaleo: las flechas volaban por todas partes, los hombres pedían refuerzos a gritos. En algún lugar alguien sollozaba. A un par de metros yacía un cadáver, con el pecho completamente abierto. La cabeza cortada de un khurta estaba apoyada de costado a la sombra de la pared y lo miraba con furia desde la oscuridad. Nobul no tenía idea de qué enfadaba tanto a la cabeza salvaje; después de todo, no había sido él quien matara a ese feo cabrón. Pero sí había matado a bastantes otros. Y cuando esa torre se acercara lo suficiente, habría muchos más.

—¡Venid, cabrones! —gritó alguien a su lado.

Unas flechas volaron por encima de su cabeza para chocar inofensivamente contra el blindaje de la torre de asedio. Desde su interior, un arquero contraatacó, no tan inofensivamente, y alguien de la fila cayó con un grito.

Nobul aferró con más fuerza el martillo cuando la torre se detuvo. Un inquietante silencio cayó sobre los defensores de la muralla que esperaban lo que sucedería. Nadie sabía exactamente qué saldría gritando desde la torre, pero estaban dispuestos a matarlo, fuera lo que fuese.

Con un crujido, las placas blindadas que conformaban la parte delantera de la torre cayeron hacia delante sobre bisagras de hierro, creando un puente hacia la muralla. Los khurtas ya estaban corriendo antes de que esa cosa hubiera siquiera llegado a su objetivo. Nobul no pensaba permitirles poner pie en las almenas sin el recibimiento apropiado.

Corrió hacia delante, adelantándose al resto de los soldados. Su martillo se encontró con una espada khurta y la mandó volando por encima de las almenas. Gritaba tan fuerte que Nobul sintió que resonaba dentro de su casco y su mano se extendió instintivamente para coger esa garganta que trinaba y extinguir todo sonido. Sin soltar al primer khurta, Nobul volvió a lanzar un golpe, que chocó contra un hombro y abatió a otro hombre antes de que tuviera tiempo de descender de la rampa.

Se vio rodeado por más ruido cuando el resto de los defensores de la muralla siguieron su ejemplo, levantando los escudos y atacando con lanzas y espadas. Un chorro de sangre le mojó el brazo y él volvió a alzar el martillo, poniéndolo a trabajar, abriéndose paso a golpes entre la masa de cuerpos que empezaban a apiñarse. Hubo más hombres que cayeron de la rampa y murieron, lanzando gritos mezclados con exclamaciones de ira.

La sensación del martillo contra la carne y el hueso se extendía por todo el brazo y el hombro empezaba a dolerle. Mientras seguía presionando para avanzar lo único que veía eran rostros dando alaridos, inclinándose hacia él, blancos fáciles. Un acero

chocó con un ruido metálico contra su casco. Un khurta cayó delante de él y Nobul pisó tres veces con la bota la cabeza expuesta antes de que el resto del cuerpo dejara de retorcerse.

Un gruñido empezó a formarse en el fondo de su garganta, escupiendo su rabia a medida que cada vez más hombres caían ante él y la acometida se iba haciendo más ligera. Cada khurta que salía corriendo de la torre de asedio se encontraba con una hoja, un martillo o una flecha. Ansiosos por matar, encontraban su propia muerte. No pasó mucho hasta que Nobul se quedó solo, gritando al aire vacío, sin nadie más con quien luchar.

Miró por encima del hombro y vio que el resto de los portaestandartes de la ciudad lo observaban, con los rostros convertidos en máscaras expresivas y llenas de sangre. Nobul jadeó con fuerza y no fue hasta que bajó el martillo cuando se dio cuenta de que todavía estaba cogiendo al khurta al que había agarrado de la garganta, que lo miraba con ojos sin vida y con la lengua asomando floja por la boca. Justo cuando dejó caer el cuerpo flácido al suelo, se oyó una exclamación de alarma desde el sur:

—¡Han tomado la Puerta de Piedra!

Nobul vio que se trataba de un joven, tocado con un casco demasiado grande para su cabeza y con la cara convertida en una máscara de sangre. Se quedó allí, sin saber qué hacer. Cuando miró a su alrededor se dio cuenta de que todos los demás estaban haciendo prácticamente lo mismo.

Nobul avanzó con lentitud desde la rampa de la torre de asedio, abriéndose paso entre los cuerpos.

—Aseguraos de prenderle fuego —les dijo a un par de muchachos, señalando a la torre—. El resto de vosotros, seguidme.

Con esas palabras se lanzó al trote, mirando en la oscuridad hacia el este. Alcanzó a distinguir un grupo de soldados más adelante, formando una apretada falange sobre la muralla, y más allá vio el bastión de la Puerta de Piedra. Nobul no llegaba a ver mucho de lo que ocurría, pero oía que los khurtas gritaban en su idioma.

Para cuando llegó al bastión, las exclamaciones se habían convertido en alaridos, aunque no parecía haber muchos combates. Nobul se abrió paso entre la muchedumbre de hombres apiñados, encogidos tras sus escudos. Cuando llegó a la primera línea vio que los khurtas estaban aguardando al otro lado de la parte superior de la torre de la puerta. Estaban provocando a los defensores de Steelhaven, invitándolos a atacar, y era obvio que no se trataba de salvajes comunes y corrientes. Sabían que lanzarse contra una falange de escudos sería un suicidio. Querían incitar a sus enemigos a enfrentarse a ellos en el espacio abierto del bastión.

¿Quién era él para defraudarlos?

Nobul se abrió paso a empujones hasta llegar a la hilera de portaescudos de la primera línea. Cuando trató de pasar al otro lado de los escudos uno de ellos intentó hablar, muy probablemente para decirle que no se comportara como un estúpido, pero

cuando vio el casco negro cerró la boca de golpe. La pared de escudos se abrió y lo dejó pasar al techo de aquel bastión, sin que nada lo separara de los khurtas salvo el miedo y la muerte que flotaba en la brisa nocturna.

Cuando lo vieron aparecer sobre la plataforma, los khurtas se acallaron un momento. Tal vez algunos lo habían reconocido o al menos habían oído hablar del demonio de casco negro que blandía su martillo en la muralla y que había aplastado a sus compatriotas como si nada. Nobul no pudo reprimir una sonrisa. Por primera vez veía duda en los rostros de los khurtas y si alguno de ellos quería enfrentarse a él, no parecían muy entusiasmados.

—¿Quién será el primero? —gritó a la muchedumbre de salvajes.

Nadie se movió.

Justo cuando pensaba que terminaría quedándose allí toda la noche, se oyó un tumulto en la retaguardia de la multitud de los khurtas. Desde las sombras de atrás surgió un guerrero que le sacaba una cabeza al resto. Se abrió paso hasta el frente con una inmensa hacha en la mano y una masa de barba negra en el mentón. El gigante se quedó quieto un momento, sopesando a su oponente, y Nobul le permitió que le echara una larga mirada.

Los khurtas empezaron a canturrear mientras el gigante contemplaba a Nobul. «Wolkan, Wolkan, Wolkan», cantaban, alegres por lo que iba a suceder. A espaldas de Nobul sus hombres habían enmudecido, lo que no era un gran voto de confianza, pero por suerte él jamás había necesitado que lo ovacionaran en un combate. La matanza era recompensa suficiente.

—Es enorme. —Nobul echó un vistazo a un costado y vio que Hake asomaba la cabeza por encima de la multitud que tenía detrás—. ¿Estás seguro de que quieres enfrentarte a él?

Nobul no estaba seguro, pero sabía que había que hacerlo. A ese hijo de puta de Wolkan había que matarlo. Era necesario demostrarles a los khurtas que era posible derrotar a sus paladines. Además, ningún otro hombre iba a ocupar su lugar, ¿así que por qué no podía ser el Casco Negro quien se encargara de ello?

—¡Ten cuidado con esa hacha! —gritó Hake cuando Nobul dio un paso adelante.

—Gracias por el consejo —jadeó como respuesta.

Wolkan lanzó una carcajada desdeñosa cuando Nobul apareció, y agitó esa gran hacha en torno a su cabeza como si no pesara nada. Nobul alzó su martillo, devolviéndole la mirada, y el khurta sonrió ampliamente, mostrando los dientes que le faltaban. Volvió a reír, luego dio un inmenso paso hacia delante hasta que estuvieron a menos de un metro de distancia. Se miraron, con sus respectivas armas a punto. Entonces Wolkan hizo descender el hacha como si cortara un leño.

Nobul cogió el martillo de ambos extremos y lo levantó para bloquear el hacha. Los mangos de las armas chocaron entre sí y Nobul sintió que sus brazos estaban a punto de ceder bajo el peso del golpe. La hoja del hacha le golpeó el casco con un sonido metálico. La fuerza del choque lo obligó a retroceder unos pasos y se

tambaleó hacia los escudos que estaban detrás. Uno de los escuderos lo empujó hacia delante, lanzándolo contra Wolkan. Nobul estaba seguro de que su intención había sido alentarlo pero lo único que logró fue ponerlo otra vez al alcance del gigante. Wolkan balanceó el hacha y Nobul apenas logró agacharse, sintiendo cómo el arma barría el aire encima de él, dispuesta a partirlo en dos. Giró y levantó el martillo, pero Wolkan fue más rápido, le cogió el arma por el mango y elevó su inmensa hacha con una sola mano.

El enorme khurta abrió la boca para lanzar un grito de triunfo, orgulloso por haber vencido con tanta facilidad al paladín de Steelhaven. Nobul hundió su cabeza protegida por el casco en el puente de la nariz de Wolkan, después de dar un salto para ponerse a su altura, y sintió el estremecedor impacto como si acabara de golpear la cabeza contra un árbol.

Wolkan soltó el martillo, retrocedió trastabillándose y estuvo a punto de dejar caer el hacha. Nobul tuvo que seguir presionando; si la daba tiempo al gigante de que lanzara otro ataque, lo más probable era que estuviera perdido. Tal vez debería haberlo hecho de una manera más espectacular. Tal vez debería haber extendido la lucha para demostrarles a aquellos malnacidos khurtas quién era el mejor. Pero, por otra parte, cuanto más durara el enfrentamiento, más probabilidades había de que acabara muerto.

El martillo de Nobul cayó sobre el hombro del khurta. Se oyó el sordo crujido de un hueso, pero, en defensa de Wolkan es necesario decir que no gritó de dolor. En cambio, trató de levantar su hacha, pero Nobul la apartó a un lado con su martillo y la mandó volando por la zona superior del bastión. Después de otro golpe en el hombro, Wolkan se derrumbó, con el rostro convertido en una barbuda máscara de furia. Comenzó a hablar en lengua khurta, despotricando con palabras incomprensibles pero llenas de odio. El siguiente golpe del martillo de Nobul le acertó en la mandíbula, destrozándola y dándole al rostro del gigante una extraña expresión torcida. El siguiente se hundió en la cabeza de Wolkan. El martillo le penetró el cráneo e hizo que uno de los ojos saliera de su cuenca y colgara sobre el barbudo rostro.

Los khurtas dejaron de gritar. Nobul los miró al tiempo que liberaba el martillo y dejaba que el cuerpo de Wolkan se derrumbara. Pensó en pedirle a alguno de sus compañeros que lo sustituyera, para ver si los otros tenían arrestos para luchar, pero de repente se sintió extremadamente cansado. Tampoco tendría que haberse preocupado. Los khurtas no hacían más que mirarlo, algunos con reverencia, otros con temor.

Tras él, alguien lanzó la orden de atacar. Una veintena de hombres dejaron atrás a Nobul, entusiasmados por enfrentarse a los khurtas, ansiosos por exhibir tantas agallas y muerte como Nobul acababa de enseñarle al desgraciado de Wolkan. Si esperaban una pelea quedaron amargamente decepcionados, puesto que los khurtas se desbandaron de repente. Por mucho que le habría gustado unirse a en la persecución, Nobul no tenía fuerzas.

—Buen trabajo —dijo Hake.

Nobul levantó la mirada y vio al viejo a su lado, con una sonrisa sardónica.

—No ha sido tan difícil —mintió Nobul.

—No, no lo ha parecido. —Hake se arrodilló junto al inmenso cadáver del khurta

—. No todos los días tendrás la oportunidad de aniquilar a un jefe khurta.

—¿Debería sentirme satisfecho de mí mismo?

Hake se encogió de hombros.

—Sí y no. Deberías sentirte satisfecho por estar respirando todavía, eso seguro. Durante cuánto tiempo seguirás haciéndolo es otro asunto. Te acabas de convertir en el objetivo de todos los khurtas que estén en esta muralla y que quieran demostrar lo que valen. Va a correr el rumor. Y cuando ocurra, todos querrán tu cabeza y la gloria que conlleva.

Bien hecho, Nobul. Si creías que las cosas eran difíciles, acabas de empeorarlas diez veces más. Pero tú nunca fuiste de los que escogían el camino fácil, ¿verdad?

—Que vengan —dijo Nobul, aferrando con más fuerza el martillo.

De pronto, a pesar del dolor y la fatiga, deseó aplastar más cabezas.

Río ya había estado en innumerables ocasiones en los promontorios más elevados de la ciudad y había contemplado con reverencia la majestuosidad de Steelhaven. Su mirada se había extendido varios kilómetros por paisajes que a ninguna otra persona le había sido dado ver y se había sentido emocionado. Pero ahora, cuando se aferraba a lo que quedaba de una torre derruida, solo se sentía lleno de tristeza.

Cantidades de hombres habían luchado y perecido defendiendo una muralla que parecía casi a punto de caer. Unas máquinas bélicas lanzaban proyectiles ardientes mientras otras avanzaban por la llanura para sitiar el norte de la ciudad, escupiendo guerreros salvajes dispuestos a destruir lo que había sido un sitio de gran esplendor. El enemigo era cada vez más numeroso y avanzaba en una oleada de salvajismo; sin embargo, los defensores de la ciudad se mantenían firmes, contra toda probabilidad.

Cómo le habría encantado a Río ir corriendo a sumarse a su lucha. Cómo habría querido aportar su fortaleza y sus habilidades para proteger Steelhaven. No porque fuera su ciudad, sino porque era la de ella. Pero sabía que sería una locura. Pelear y morir junto a todos los demás sería algo valiente, pero finalmente caería. Había una sola manera de acabar con esto. Una sola manera de salvar la ciudad y a Jay.

Amon Tugha debía morir.

Si su caudillo caía, esos salvajes no tendrían quien los guiara. Estarían acéfalos, sin objetivo, y se desbandarían para regresar al norte. O, al menos, eso era lo que él esperaba.

Descendió de la torre. Los tejados que tan bien había conocido estaban cambiados. Los bombardeos del norte habían hecho que muchas de las estructuras que él había recorrido durante años ya no estuvieran allí o se hubieran vuelto peligrosas de pisar. En más de una ocasión había trastabillado cuando un puntal se había quebrado bajo su pie o aparecía un agujero en un techo de tejas, y cuando por fin llegó a la muralla exterior estaba jadeando debido al esfuerzo.

Los khurtas concentraban su ataque en el norte. Donde él se encontraba, en el lado oriental de la ciudad, había una tranquilidad relativa, aunque la muralla seguía muy vigilada. En la oscuridad, Río logró pasar inadvertido entre los vigías, ayudado por el hecho de que la mayoría de ellos contemplaba pensativamente el norte o miraba hacia el este por encima de la muralla. Escaló con facilidad el bastión de la Puerta de Lych y se deslizó al otro lado de las almenas. El descenso hacia el suelo fue más difícil. Se deslizó por un costado de la torre de la puerta, pasó junto a las dos siluetas talladas —guerreros encapuchados, espadas en ristre— y saltó los últimos tres metros para aterrizar hábilmente en la oscuridad.

No perdió tiempo y se lanzó corriendo en dirección norte. Era noche cerrada y era consciente de que podía haber enemigos acechando en las tinieblas. Aunque los

khurtas atacaban en el norte como una horda, era más que probable que quedaran grupos dispersos en otras zonas, listos para caer sobre cualquiera lo bastante desesperado como para tratar de escapar del asalto a Steelhaven.

Río se apartó bastante del grueso del ejército, alejándose hacia el este al tiempo que la batalla seguía librándose, y bordeó un risco casi una legua al norte de la ciudad. Cuando llegó a la cima de la colina, aminoró el paso, agachándose y moviéndose en silencio. Más allá de la colina veía la luz radiante de las hogueras del campamento y oía voces que hablaban en una lengua extranjera. Cuando se acercó desenvainó sus armas, concentrándose en su tarea. Su presa estaría en algún lugar de ese campamento. Amon Tugha lo esperaba.

Un vigía pasó sin darse cuenta junto a Río, que estaba en cuclillas en las sombras. El hombre hizo una pausa, mirando hacia el sur, y Río vio una expresión de anhelo en sus ojos, como si envidiara a sus hermanos. Estaban desencadenando su barbarie sobre la ciudad y sentía deseos de estar con ellos, de morir a su lado cuando se lanzaban contra el muro. Río se sintió feliz de otorgarle una muerte de diferente clase.

Su hoja se movió en la oscuridad y le abrió la garganta al khurta. El hombre cayó en silencio casi decapitado mientras Río seguía avanzando, descendiendo el risco en dirección al campamento.

Por todas partes había tiendas de piel de tamaños y formas distintos, aunque quedaban pocos khurtas en el campamento, lo que a Río, que se mantenía en las sombras y buscaba sin ser visto, le facilitó el camino. Seguramente Amon Tugha se encontraría en la tienda más grande, la más apropiada para el puesto que ocupaba en la jerarquía. Lo único que debía hacer era encontrarla en medio del montón.

Avanzó con actitud acechante hacia el centro del campamento, prestando atención por si oía voces o pisadas en la tierra blanda, manteniéndose todo el tiempo apartado de las hogueras titilantes. En ocasiones le llegaban gritos de dolor de los khurtas heridos que yacían entre las tiendas. Los habían dejado allí sin que nadie se ocupara de ellos, abandonados a su suerte, sobrevivieran o no. Parecía una conducta cruel, pero a Río le importó poco esa demostración de salvajismo. Ellos, al igual que su comandante, carecían de piedad. Lo entendía con toda claridad. Él sería igual de inmisericorde cuando se enfrentara a Amon Tugha.

Cuando estaba más o menos en el centro del campamento vio una tienda más alta y más ancha que el resto. No había centinelas apostados en el exterior y parecía prácticamente abandonada. Río esperó en las sombras, presintiendo una trampa, pero no podía ver ni oír a nadie y no se le ocurría otra manera de localizar a su presa que revisar la totalidad del campamento.

Se lanzó hacia delante a la velocidad del rayo, cruzando el claro hasta la puerta de la tienda, en la que entró con un solo y veloz movimiento y con los aceros listos. El interior estaba oscuro, pero había un fuego mortecino que emitía la suficiente luz como para que Río pudiera ver lo que había allí. En el suelo, tal vez a unos veinte metros, vislumbró una silla de madera y sentado en ella, relajándose con actitud

despreocupada, con una pierna sobre el apoyabrazos, un guerrero. El hombre sonrió a Río cuando este entró e incluso mantuvo la sonrisa cuando se le acercó. A pesar de lo arrogante y poderoso que parecía, era evidente que no se trataba de Amon Tugha, pero, con un poco de suerte, sabría dónde Río podía encontrarlo.

El guerrero no hizo movimiento alguno para defenderse, a pesar de la claridad de sus intenciones. No exhibió temor y Río sintió una ira creciente. Haría que ese hombre lo temiera, como lo había hecho con muchos más.

Cuando pisó el suelo a menos de cinco metros delante de la silla de madera, el pie se le hundió. Río se maldijo al tiempo que una cuerda se enrollaba en torno a su tobillo. Hubo poco tiempo para lamentar su estupidez cuando de pronto toda la tienda estalló, llenándose de khurtas con arcos y lanzas que aparecieron tras las pieles que formaban las paredes. Río intentó cortar la trampa que le aferraba el pie, desesperado por liberarse, pero ya tenía una lanza en la espalda y tres khurtas que lo apuntaban con sus arcos a muy corta distancia.

Su desesperación por hallar a Amon Tugha lo había vuelto displicente y había permitido que lo arrinconaran. Miró a su alrededor, buscando alguna oportunidad de huir, pero no la había; lo rodeaban una docena de guerreros, con un palpable deseo de hacerle daño.

El guerrero de la silla de madera se incorporó con calma y habló en lengua khurta con palabras llanas y tranquilas en lugar de escupidas guturalmente, como Río había oído hablar a otros khurtas antes. Alguien le apretó un cuchillo en la garganta, al tiempo que lo desarmaban con rapidez y tomando precauciones, como si esos guerreros supieran de qué era capaz. Le ataron las manos a la espalda enseguida y lo sacaron de la tienda sin miramientos.

Avanzaron por el campamento hacia el sur. Río pasó todo el tiempo buscando una oportunidad de escapar, pero esta jamás se presentó. Era como si alguien hubiera advertido a esos salvajes de sus habilidades, como si hubieran sido escogidos a dedo para esa tarea. La intranquilidad del líder era evidente, a pesar de su pretendida despreocupación; sus manos nunca estaban lejos del hacha y la espada que pendían de su cintura y sus ojos vigilaban incesantemente en busca de cualquier señal que indicara que Río se proponía huir.

Por fin llegaron a un risco. La ciudad estaba al otro lado; el sitio ardía en la noche, los fuegos ascendían hacia el cielo, volaban flechas. Allí, enorme, recortado con la lejana luz, había una silueta que Río supo que solo podía ser Amon Tugha. Medía fácilmente más de dos metros, su mole inmensa se recortaba contra la noche. Cerca de él había dos siluetas más, apenas visibles en las sombras; una estaba tumbada e inmóvil en el suelo; la otra, una mujer, por lo que Río alcanzaba a ver, estaba de cuclillas junto al cuerpo, en silencio.

Llevaron a Río por el risco hasta unos pocos metros de la espalda de Amon. No le habría costado nada atacarlo si no hubiera tenido las manos atadas y no le hubieran quitado sus armas. Lo único que podía hacer era esperar.

—Tú eres el estudiante —dijo por fin Amon Tugha, con una voz profunda como el océano—. El traidor. El que le dio la espalda al Padre de los Asesinos por el amor de una mujer.

Río guardó silencio. No debía ninguna explicación a ese caudillo. Había ido a matarlo, no a cruzar palabras con él.

Amon Tugha se volvió y lo miró furiosamente con ojos dorados, resplandecientes en la oscuridad.

—Sé a qué has venido. He mirado el interior de tu alma, asesino. Quieres matarme. Salvar esta ciudad y a su reina. Eres valiente, aunque nada más, y eso es de admirar. Pero la valentía no te protegerá. Y no la salvará.

Un guerrero khurta apareció de las sombras trayendo un arma enorme, una lanza de acero, cuya punta medía casi sesenta centímetros de largo y era tan ancha como la cabeza de un hombre. Amon la cogió como si no pesara nada. Habló rápido en la lengua khurta y dos de los captos de Río se acercaron. Un cuchillo le cortó los lazos que lo ceñían. Otro khurta le trajo sus aceros y Río los cogió, casi aturdido.

—Has venido a aniquilarme, asesino. Esta es tu oportunidad. —Amon Tugha extendió los brazos, como si se presentara como un blanco fácil—. Salva a tu reina de mi ira.

Río no necesitó más estímulo. Sabía que por acudir allí era muy probable que terminara muerto. Al menos podía llevarse al caudillo elharim a los infiernos junto a él.

Se abalanzó a toda velocidad, pendiente de la inmensa lanza en la mano de Amon Tugha. Estaba listo para agacharse o esquivarla, pero el elharim no hizo ningún movimiento defensivo. Río saltó y lanzó una de sus hojas hacia delante para apuñalar a Amon en el cuello, pero la lanza subió a una velocidad imposible y la parte plana de la hoja chocó contra la mano extendida de Río y le hizo soltar el arma, que se perdió en la noche.

Río aterrizó, tambaleándose. La mano derecha había perdido sensibilidad. Amon Tugha empezó a moverse y a caminar con aplomo, haciendo girar la lanza en la mano como si no tuviera peso. Sus ojos dorados contemplaron a Río sin emoción alguna.

—Eres veloz para ser un sureño, asesino —le espetó Amon—. Preciso. Determinado. Yo habría apreciado ese talento. Es una pena que debas morir.

Río volvió a lanzarse e hizo ademán de atacar por la derecha, justo cuando el caudillo movió la lanza. Había tenido la intención de esquivarlo, pero el ataque de su enemigo fue sencillamente demasiado veloz y directo contra las piernas de Río y no pudo reaccionar. Cayó de espaldas contra el suelo y se preparó para recibir el golpe letal, pero este no llegó. En cambio, Amon Tugha dio un paso atrás, para permitirle que se levantara y volviera a atacarlo.

Cuando Río se incorporó de un salto vio que Amon sonreía y sintió que la furia crecía en su interior. La frustración lo obligó a intentar un último y desesperado ataque. Se lanzó, esperando que la lanza lo penetrara, pero en cambio Amon la soltó

y la dejó caer al suelo. Disparó hacia delante la otra mano, cogiendo a Río por la muñeca en la que sostenía el arma que le quedaba. El caudillo lo apretó con la fuerza de un torno, obligando a Río a soltar la hoja, al tiempo que con la otra mano le agarraba la garganta.

—Sabías que no podías ganar —dijo el elharim—. Sin embargo, has venido. Te has sacrificado por ella y eso merece mi admiración. —Amon le giró la cabeza lentamente para que mirara a la silueta acucillada en las sombras ante el cuerpo que estaba velando—. Pero no eres el único que ha hecho sacrificios. No eres el único que sufre.

Río miraba indefenso, asfixiándose en el apretón del inmortal príncipe elharim. Ese sería el fin; moriría allí, estrangulado, mientras a cientos de metros de distancia la batalla continuaba encarnizadamente.

Empezó a sentir que se le nublaba la vista y que sus miembros se debilitaban pero, antes de perder el conocimiento, los khurtas que lo rodeaban lo sostuvieron por los brazos. Lo arrastraron hacia un árbol próximo y lo ataron al tronco, en una posición en la que solo podía mirar la ciudad.

—No carezco de piedad, asesino —declaró Amon Tugha—. Has venido a matarme, pero a pesar de que has fracasado te dejaré con vida. Para que veas cómo arde tu ciudad. Quizá antes de aniquilar a tu reina te permita mirarla una última vez.

Después de decir esas palabras, el elharim desapareció en las sombras, dejando que el grupo de khurtas vigilara a Río.

Este no podía hacer más que mirar hacia el sur mientras atacaban la ciudad. Mientras Steelhaven moría. Y no había nada que pudiera hacer para impedirlo.

Jerrol y los diez que había llevado consigo, los mejores hombres de Bastian, avanzaron hacia el este por las calles desiertas como ratas de cacería. Tenían las manos, las caras y las armas pintadas de negro con brea. Incluso si hubiera habido alguien en la calle a esa hora de la noche, no los habría visto.

El ruido del extremo septentrional de la ciudad resonaba en las calles. Jerrol no envidiaba el cometido de los soldados. Combatir a los khurtas era para hombres valientes, corajudos y leales a la Corona. Por suerte para Jerrol, él no era ninguna de esas cosas. Jamás había sido valiente. *Es capaz de apuñalar a un hombre por la espalda tan pronto lo ve.* Eso es lo que se decía del viejo Jerrol, la Muesca. *No lo veías venir,* añadían. *Cobarde, mentiroso y ladrón,* comentaban. Jerrol no podía discutir nada de eso. Siempre era mejor saber qué eras y admitirlo abiertamente.

De todas maneras, no importaba si eran valientes o no. Los abanderados de Steelhaven estaban perdiendo el tiempo y sus vidas defendiendo la muralla. En especial teniendo en cuenta que él y sus muchachos estaban a punto de dejar que los khurtas entraran en tropel por la puerta lateral.

Jerrol se había molestado en considerar lo correcto o incorrecto de esa acción durante el tiempo que le había llevado tomarse una cerveza. Él era un hombre de Bastian —llevaba años siéndolo— y lo que Bastian quería, lo obtenía, maldición. ¿Quién era Jerrol para cuestionarlo? ¿Quién era él para decir que dejar entrar a los khurtas era un error? Bastian nunca se había equivocado antes y no había necesidad de pensar que lo haría ahora. Lo mejor era seguir adelante con la tarea y confiar en que todos sobrevivieran.

Once hombres para esta misión era, probablemente, una exageración. Habían sobornado a un Casaca Verde —Platt, se llamaba—, que estaba apostado en la Puerta de Lych. Él se lo pondría fácil, así que haber llevado un grupo tan grande era solo una precaución. Ser cuidadoso siempre reportaba beneficios, en cualquier caso, y Jerrol lo sabía más que nadie. *No tiene sentido correr riesgos,* decía siempre su padre. Y si bien eso no había impedido que aquel viejo imbécil recibiera una puñalada en el vientre cuando Jerrol no era más que un jovenzuelo, seguían siendo sabias palabras.

La puerta apareció al final de la calle. Jerrol sintió que el estómago se le revolvía un poco cuando se aproximaron. No importaba lo fácil que pareciera, de todas maneras había que hacerlo bien. Sería cuidadoso, sin duda, pero siempre había algo que podía salir mal. Ni siquiera se animaba a pensar en cuáles serían las consecuencias si se equivocaba. Uno no defraudaba a Bastian: esa era la regla número uno. Palien era un testimonio de aquello. Había sido astuto y fuerte y le había hecho ganar al Gremio un montón de dinero, pero finalmente eso no tuvo ninguna importancia. Una metedura de pata y eras nada más que carne. Jerrol había sido el

encargado de pasarle el cuchillo por la garganta al desgraciado de Palien. Lo último que quería era que a él le ocurriera lo mismo.

Cuando llegó al final de la calle se detuvo, se agachó y escudriñó la penumbra en dirección a la puerta. Lanzó un silbido grave, similar al sonido de un búho en la noche, y supo que los otros diez muchachos se detendrían y tomarían posición en las sombras.

La Puerta de Lych estaba sumida en una oscuridad total. Jerrol confiaba en que la luz de la luna le diera alguna clase de pista sobre lo que les esperaba, pero era inútil. Todas las antorchas y faroles a cien metros a ambos lados de la puerta estaban apagados. No le llegaba sonido alguno desde el interior del baluarte. No tenía forma de saber si Platt, el infiltrado, había hecho su trabajo o no. Era cierto que todo estaba tranquilo, pero a Jerrol no le gustaba la idea de tener un encontronazo con una pandilla de Casacas Verdes que estuvieran esperándolo para abrirle otro agujero en el culo.

Levantó el brazo, haciéndole una señal a uno de los muchachos para que se adelantara y comprobara lo que ocurría. Si había peligro, de esa forma se aseguraría de no ser él quien se llevara la peor parte. ¿Para qué te ocuparías de ladrar si ya tenías un perro?

Uno de sus hombres, Kurt, corrió a oscuras. Jerrol lo perdió de vista cuando llegó a la base de la torre de la puerta y hubo un silencio mientras esperaban, conteniendo el aliento en caso de que algo anduviera mal. Si ello ocurría sería cuestión de echar a suertes si huía lo más rápido que pudiera o si decidía enfrentarse al problema que se presentara. El fracaso lo asustaba bastante, pero también resonaba una frase en el fondo de la mente: *Mantente con vida, no dejes que te maten*, junto con *No defraudes a Bastian, no vale la pena enfrentarse a la clase de muerte que él te daría*.

Kurt no tardó en volver corriendo. Se hincó delante de Jerrol, tomándose un momento para recuperar el aliento.

—No hay nadie ahí dentro —dijo—. Al menos, no he oído a nadie. El lugar está completamente oscuro.

—Entonces, ¿nadie está vigilando el cabrestante del rastrillo levadizo? —preguntó Jerrol, sintiendo que aquello era demasiado fácil.

—No que yo haya visto.

Jerrol se volvió hacia el resto de los hombres, preparado para darles la orden de avanzar. Lo habían planeado al pie de la letra. Dos esperarían delante de la puerta, listos para abrirla cuando se elevara el rastrillo. Cuatro se dividirían en dos pares que se ubicarían a ambos lados del baluarte para asegurarse de que no bajara nadie de las almenas y se convirtiera en un inconveniente. Dos vigilarían la puerta de la torre. El resto entraría en ella; uno montaría guardia en el tejado mientras los otros dos se ocuparían del cabrestante para levantar el rastrillo. Fácil.

O al menos, lo más fácil que podían ser las cosas del Gremio.

Con un movimiento de la mano, Jerrol los hizo avanzar por el terreno abierto

hasta la base de la torre de la puerta. De inmediato cuatro de ellos se dividieron en parejas que se colocaron a la izquierda y a la derecha, y empezaron a subir las escaleras hacia las almenas.

Kurt abrió la puerta y los hizo pasar al negro interior. Jerrol lo siguió. Lo único que oía era la respiración del muchacho, mientras dejaba que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Incluso cuando lo hicieron, no veía más que un ligero resplandor que venía de la escalera.

Subieron lentamente por la torre. Jerrol esperaba que en cualquier momento surgiera alguien de la oscuridad, y su inquietud se incrementaba a medida que ascendían por el edificio, hasta llegar al primer piso.

—¿Qué ha sido eso? —susurró el joven que tenía detrás.

Todos se detuvieron. Jerrol prestó atención en la negrura. Apenas oía nada. Debía de haber sido algo de fuera. Tal vez un silbido. Quizá el sonido de uno de sus hombres haciendo una señal en la noche, pero no era lo bastante fuerte como para distinguirlo adecuadamente.

Por fin, negó con la cabeza.

—¡Bah! —respondió jadeando a nadie en particular—. No podemos quedarnos aquí toda la noche. Tú. Arriba.

Uno de los muchachos obedeció la orden y ascendió hacia el techo de la torre.

Jerrol se deslizó por la oscuridad, buscando el cabrestante que servía para izar el rastrillo. Su pierna chocó contra algo y lo que fuera repiqueteó contra el suelo, con un ruido suficiente para despertar a los muertos.

—Necesitamos una luz —susurró.

Al principio, silencio. Luego el sonido de Kurt golpeando la yesca con un pedernal. Cuando la luz de la mecha de un farol inundó la habitación, Jerrol percibió algo con el rabillo del ojo. Por un momento le pareció ver a un niño mirando desde el hueco de las escaleras hacia el piso de abajo, pero cuando parpadeó la imagen desapareció.

Jerrol miró la escalera unos instantes antes de negar con la cabeza.

—Sigamos adelante —ordenó, avanzando hacia el cabrestante.

Hubo un ruido en el techo incluso antes de que llegara a coger la rueda de la polea. Kurt lo miró, con los ojos bien abiertos y una expresión de miedo mortal en la cara iluminada por el farol.

—Ve a ver qué demonios ha sido eso —dijo Jerrol.

Al principio dio la impresión de que Kurt quería discutir, pero luego lo pensó mejor. Dejó la linterna en el suelo y sacó un cuchillo de su cinturón. Subió la escalera con precaución. Jerrol lo vio desaparecer y quedó solo en la oscuridad de la torre.

Oyó un silbido pero no pudo distinguir de dónde venía.

Algo hizo un ruido en el techo pero tampoco supo qué lo había producido. *¿Era una pelea?* Luego nada.

Jerrol miró el hueco que daba al techo antes de susurrar «Kurt» lo más fuerte que

pudo en la oscuridad. No hubo respuesta.

Apareció un cuchillo en su mano. No recordaba conscientemente haberlo desenvainado, pero hacer las cosas por instinto le había salvado la vida en más de una ocasión. Echó una mirada al cabrestante que estaba a sus espaldas. Pensó en accionarlo. Pensó en dejarlo como estaba y huir corriendo por la noche mientras aún tuviera la oportunidad, pero antes de poder tomar una decisión en un sentido u otro oyó pisadas en las escaleras que estaban más abajo.

Se quedó allí agachado, esperando. Probablemente debería haberse preparado para repeler cualquier ataque, pero se dio cuenta de que estaba demasiado asustado para moverse. *Mejor admitir lo que eres...*

Apareció un hombre con un casco tipo sallet, de los que dejaban el rostro al descubierto, vestido con una casaca verde, nítida a la luz del farol. Jerrol intentó moverse, tratando de convencer a sus paralizadas piernas de que entraran en acción, pero se detuvo cuando reconoció el rostro bajo el casco... Platt.

Jerrol dejó escapar un suspiro.

—¿Dónde diantres has estado? —preguntó.

Platt se limitó a mover la cabeza. Parecía asustado.

—He estado haciendo mi trabajo y librándome del resto de los Casacas Verdes. ¿Has venido solo?

Jerrol negó con la cabeza.

—Claro que no. El resto de mis hombres están fuera.

Platt volvió a mover la cabeza e incluso parecía más preocupado.

—No hay nadie fuera. ¿Y por qué habéis apagado todas las luces?

—Yo no he apagado las mald... —Jerrol volvió a echar una mirada a las escaleras, luego volvió los ojos a Platt—. Tenemos que accionar el cabrestante y luego largarnos enseguida.

Antes de que pudieran moverse, Jerrol vio algo con el rabillo del ojo nuevamente. Sin duda era el rostro de un niño, que ahora se asomaba desde la trampilla superior, por donde había salido Kurt para no regresar. *¿Qué demonios ocurre?* Jerrol no tenía idea, pero de ninguna manera permitiría que esa pregunta quedara sin respuesta.

—Empieza tú. —Le señaló el cabrestante a Platt y luego ascendió al techo por las escaleras de madera.

Apenas había un poco de luz de luna, pero cuando sus ojos se adaptaron, vio dos cuerpos tirados sobre el techo. Uno era Kurt y a su alrededor estaba formándose un charco de algo.

Jerrol cogió su cuchillo y miró alrededor en busca de alguna señal de movimiento, disponiéndose a hundirle quince centímetros de acero. No le importaba en absoluto si se trataba de un niño. Destriparía a ese miserable, fuera quien fuese.

Un silbido. Jerrol se dio la vuelta y vio a un joven en las almenas, un poco alejado. Lo miró un momento, pequeño y solo en la noche. Luego el tipo lo saludó con la mano.

Jerrol reprimió una maldición y dio un paso adelante, pero recordó que tenía un trabajo que hacer. Antes de que pudiera regresar oyó otro silbido. Se volvió y vio a otro joven, muy parecido al primero, que saludaba con un movimiento de la mano desde la otra dirección de las almenas. Jerrol tardó un breve instante en percatarse de que ambos estaban en el sitio en el que debería haber visto a sus hombres.

Reprimió el pánico, retrocedió hacia el escotillón y bajó hasta la sala del cabrestante. Mientras lo hacía, sus ojos pasaban a toda velocidad de uno de esos dos pequeños canallas al otro. Una vez que llegó a la sala, jadeando como si acabara de correr diez leguas, tardó un poco en darse cuenta de que estaba solo; Platt había huido.

¡Basta ya, joder! Acciona el cabrestante y lárgate de aquí...

Otro silbido, este fuerte. Sonaba como si estuviera en la misma habitación.

Jerrol se volvió y se encontró con otra carita sonriente que lo miraba con un gesto alegre desde el hueco de la escalera.

¡Pequeño bastardo!

Con un grito de cólera se abalanzó sobre el muchacho, aullando algo ininteligible. El niño era veloz, Jerrol tuvo que admitirlo, pero no se escaparía. Bajó las escaleras de tres en tres y salió de golpe a la calle, listo para destripar a ese imberbe.

En la oscuridad del exterior corrió hasta toparse con alguien y se paralizó de golpe, como si hubiera chocado contra un muro de ladrillos. Jerrol levantó la mirada y vio un rostro al que reconoció vagamente y que lo miraba desde más altura. ¿Sería Barkus? ¿Farkus? Era un tipo grande. Uno de los de la pandilla que había visto en la taberna.

Intentó hablar, pero en lugar de palabras escupió un pegote de sangre que resbaló por su mentón.

Maldita sea, eso no está bien.

Bajó la mirada y se dio cuenta de que tenía clavada una hoja que el grandullón sostenía en la mano.

Jerrol quiso contraatacar con el cuchillo que tenía en la mano pero en ese momento supo que ya lo había soltado.

Retrocedió trastabillándose y la hoja salió deslizándose de su cuerpo con un húmedo sonido de succión. Miró a su alrededor y vio a otras siluetas allí, que le devolvían la mirada en la oscuridad. Cuando se le doblaron las rodillas alcanzó a divisar a alguien que se le acercaba, otra niña.

Cuando la cara golpeó contra la calle ella se arrodilló a su lado. La reconoció. Se llamaba Rag, todos conocían su nombre. Era la que había sobrevivido a Friedrik y a Palien. Esa en la que Bastian tanto confiaba.

Ella lo miró sin traslucir emoción alguna en sus ojos de niña.

—Este es el último —dijo—. Huyamos de aquí.

Jerrol siguió mirando la calle, toda torcida de costado, hasta que finalmente se desvaneció en la nada.

Se quedó sentada toda la noche a su lado. La batalla había sido encarnizada pero Endellion apenas se dio cuenta. Los khurtas regresaron cojeando de las puertas de Steelhaven una vez más, caminando a su lado sumidos en un silencio hosco, y aun así ella siguió sin prestarles atención. Incluso cuando apareció el sol, bañándola a ella y a Azreal con una luz que daba poco calor, ni siquiera levantó la cabeza.

Los dorados ojos de Endellion no derramaron lágrimas. Los Arc Magna no lloraban a sus muertos. Que fueran los sureños quienes prorrumpieran en llanto ante sus pérdidas. Que todos lloraran en esa ciudad mientras caía a su alrededor. Que los oscuros gigantes contra los que ella y Azreal habían combatido sollozaran hasta que las puertas del Olvido se abrieran en honor de la venganza que ella llevaría a cabo.

Cuando había atravesado la puerta destrozada junto a Azreal, había esperado encontrarse con una resistencia mínima. Lo único que debería haber habido allí para recibirlos eran hombres presa del desaliento luchando con poco ahínco ante unas probabilidades de sobrevivir tan abrumadoramente escasas. Ahora lamentaba su displicencia. Lo que los habían enfrentado eran bestias, no hombres. Criaturas de los desiertos meridionales: semihombres, monstruos. La parte del hombro donde le habían clavado una zarpa todavía le dolía. Debería haber buscado que la atendieran por si se infectaba, pero Endellion no lo había querido. Las cicatrices que le quedaran servirían para recordarle la necedad de su actitud. Cuán necia había sido al seguir a Amon Tugha, por obedecerle sin hacer preguntas, al pensar que sería tan fácil conquistar Steelhaven.

Endellion contempló el cuerpo que tenía delante. Los ojos de Azreal estaban cerrados. Tenía la garganta abierta; coágulos de sangre en medio de una masa desgarrada de carne. Debería haberlo tapado, estaba mal verlo así, pero también necesitaba recordar. Por encima de todo necesitaba que el dolor ardiera en su ser, recordar en su corazón, hasta que tuviera la oportunidad de vengarse.

Había amado a Azreal; ahora era evidente. Durante un siglo, o más, había anhelado que él fuera suyo. Lo había seguido a todas partes, pero jamás le había hecho saber lo que había en su corazón. No era esa su manera de ser, ni de los Arc Magna. Ella había vivido siguiendo los fundamentos de su credo y había disfrutado de todos los placeres que le había permitido, pero lo habría abandonado todo por Azreal. Aunque él no habría abandonado nada por ella. Él había sido leal hasta el fin y finalmente había dado la vida por su amo.

Endellion sabía que ella jamás haría lo mismo.

Todo aquello para mayor gloria de Amon Tugha. Él los sacrificaría a todos, a cada uno de sus seguidores, para alcanzar su objetivo. ¿Y cuál era? ¿La gloria? ¿La venganza? ¿Probarse a sí mismo que era digno de la corona de su madre? Al

principio había parecido tan simple... Había sido una aventura en la que Endellion se había embarcado con su típico entusiasmo. Finalmente había dejado atrás las Riverlands y sus asfixiantes edictos. Ahora, tanto tiempo después de haberse sumado al viaje, parecía una locura haberse marchado. A la fría luz de la mañana habría dado cualquier cosa por estar de regreso en su tierra natal, con Azreal a su lado.

Una sombra se cernió sobre ella, pero decidió no prestarle atención y siguió contemplando el rostro de Azreal y la herida en el cuello.

—Nuestro príncipe exige vuestra presencia —dijo una voz. Endellion creyó reconocerla, aunque la mayoría de esos khurtas sonaban iguales. No respondió; no permitiría que nada la apartara de su vigilia. Que Amon Tugha exigiera lo que quisiera. Ella había terminado con él.

Pero el khurta no se movió. Endellion percibió la incomodidad del hombre.

—Por favor. Debemos ir a su presencia.

Endellion siguió arrodillada junto a Azreal, tratando de recordar lo que habían vivido juntos. Cómo habría podido ser si ella le hubiera contado todo lo que sentía en el corazón.

El khurta le puso una mano en el hombro.

—El príncipe estará furioso si vos no...

La hoja de Endellion salió de su vaina y se enterró en las entrañas del khurta antes de que este pudiera terminar su frase. Ella lo miró con furia y él le devolvió una mirada de sorpresa y luego de temor. Cuando se desplomó en el suelo delante de ella, lo reconoció. Era uno de sus amantes. Había sido uno de los favoritos: enérgico, vigoroso. Cuando cayó muerto ella se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

Una vez que el khurta exhaló su último aliento, ella volvió a arrodillarse junto a Azreal, sin preocuparse por extraer la espada del cadáver. Sin importarle si volvía alguna vez a empuñar ese acero. Se quedó mirándolo, simplemente, mientras el frío le atravesaba la ropa y le congelaba el corazón.

No había forma de calcular el tiempo que había estado así hasta que finalmente otra sombra apareció sobre ella. Sintió que la ira volvía a inundarla y buscó su acero, pero no estaba allí, sino que seguía hundido en el cadáver del khurta. Con lentitud, volvió la cabeza, esperando espantar a cualquier otro de los perros falderos de Amon Tugha en lugar de tener que matarlos, pero no había ningún khurta allí tras ella.

—Un día triste —dijo Amon Tugha—. Un día negro, que jamás olvidaré. Azreal era mi servidor más fiel. Lo echaré muchísimo de menos.

Y no solo tú, quiso replicar ella. Tú lo olvidarás con el tiempo, a medida que crezca tu sed de poder, pero yo jamás lo haré.

Endellion permaneció en silencio. A pesar de la pena, no tenía deseos de unirse a Azreal en el Olvido.

—Ven —la conminó Amon Tugha y empezó a caminar en dirección a la ciudad. No prestó atención al cadáver reciente que Endellion había dejado, sino que pasó por el lado como si ella hubiera aplastado una hormiga en lugar de a uno de sus guerreros

khurtas. Tal vez sí entendía su pesar, después de todo. O tal vez, sencillamente no le importaban las vidas de los que estaban por debajo de él.

Endellion sacó la hoja del cadáver cuando pasó y limpió la sangre con la manga. Al envainarla, volvió a sentir el ardor de la herida del hombro. Las laceraciones habían dejado de sangrar, su sangre elharim se había coagulado tiempo atrás, pero el dolor seguía presente. ¿Un recordatorio de que no era inmortal, tal vez? Un recordatorio de que cualquiera de ellos podía caer muerto... Incluso Amon Tugha.

Y sin embargo él caminaba delante de ella, por un prado lleno de cuerpos. Caminaba sin temor, como si nada pudiera tocarlo, como si pudieran arrojarle todas las piedras y las flechas y el fuego desde las murallas de Steelhaven, que pasarían a su lado como si fuera un fantasma.

Durante un fugaz instante consideró la idea de desenvainar la espada. Pensó en clavarla en esa espalda ancha, quemada y tatuada hasta llegar al corazón, para probar que no era más que un hombre. Pero el pensamiento desapareció de inmediato. Por más llena de odio que estuviera, por más sumida en la pena que se sintiera, no tenía deseos de morir. Al menos, no en esa llanura meridional, lejos de su tierra.

Los dos elharim se dirigieron hacia la ciudad y a la fría luz del día Endellion vio los estragos que los khurtas habían causado. Las almenas estaban destrozadas y ennegrecidas. Por doquier había hombres encogidos en las brechas. A los pies de la muralla se habían formado altas pilas de cadáveres entre los escombros. La zona al norte del prado estaba moteada de flechas; por todo alrededor se veían torres de asalto quemadas y las carcasas de la artillería. El olor de la madera y la carne quemada era repugnante, pero no era nada que no hubiera experimentado antes. Nada que no la hubiera deleitado. Aunque en ese momento no sintió placer alguno.

Amon Tugha se detuvo a unos cien metros de la muralla. Endellion vio que los arqueros se apresuraban a tomar posiciones y alzaban los arcos como si el príncipe elharim fuera a sitiar la ciudad por su propia cuenta, superando las defensas donde sus khurtas habían fracasado. En cambio, se limitó a aguardar, observando cómo la noticia de su llegada recorría las almenas.

Cuando una multitud lo bastante grande se apiñó sobre las destrozadas murallas, Amon Tugha hizo una inspiración profunda y purificadora.

—¡Guerreros de Steelhaven! —gritó, con una voz profunda que resonó por la llanura—. Hijos e hijas de los Estados Libres Teutones. —Pronunció la palabra «Libres» con apenas una insinuación de desdén, como si estuviera mal colocada y fuera irrelevante—. Sabéis quién soy. Sabéis lo que he hecho. —Entonces hizo una pausa, como si esperara alguna clase de respuesta, pero Endellion sabía que no la habría. Los sureños escucharían en silencio; siempre lo hacían—. Os han dicho que he venido a matar. A destruir. A reducir esta ciudad a cenizas y a masacrar a todos los que se ocultan tras sus murallas. —De nuevo, otra pausa. Endellion esperaba que en cualquier momento apareciera una andanada de flechas, pero ello no ocurrió. Todos los hombres miraban con reverencia a Amon Tugha y la mayoría de ellos veían por

primera vez a qué se enfrentaban: no a un hombre, sino a un dios.

»¡Mentiras! —Escupió Amon. Había cerrado los puños y sus ojos recorrían la muralla como si buscaran a alguien que lo desafiara, que lo llamara tramposo, que cuestionara sus palabras. Si ese hombre existía, no habló—. No he venido a destruirlos. He venido a liberaros. A salvaros de vuestro cautiverio. Yo no os mantendría sometidos con mentiras. Yo no os pediría que fuerais leales a ningún dios ni bandera. Juradme fidelidad y seréis hombres libres. Todos vosotros. Esta carnicería puede terminar. Vuestra inevitable destrucción será conjurada. Vuestras mujeres e hijos se librarán de la masacre. Solo os pido una cosa. Que me entreguéis a vuestra reina.

Por primera vez los hombres de las murallas comenzaron a refunfuñar. Era evidente que Amon Tugha había puesto el dedo en la llaga. Daba la impresión de que eran tan leales a su reina como tenaces en la defensa de la ciudad. Pero ello no pareció perturbar a Amon.

—Tenéis una noche para considerar mi oferta. Mañana no habrá oportunidad de clemencia. No habrá misericordia.

Después de esas palabras se volvió y regresó al campamento khurta. Endellion esperó que lo siguieran burlas e insultos, pero los sureños mantuvieron su incómodo silencio.

—¿Crees que la traicionarán tan fácilmente? —preguntó ella mientras ascendían el risco donde yacía Azreal.

—No —respondió Amon Tugha, mientras la sombra de una sonrisa se dibujaba en su amplia boca—. Pero el rumor de mi oferta llegará a la reina igual que si yo mismo se la hubiera susurrado al oído. Y quién sabe qué podría hacer ella para salvar su ciudad y a su gente.

La oferta del caudillo elharim había llegado a oídos de Janessa. Se enteró de que Amon Tugha había pronunciado su proclama a la sombra de la muralla. Sirvientes, chambelanes y Centinelas hablaban de ello en voz baja, pero Janessa no pudo evitar oírlos. De todas maneras, los pasillos de Steelhaven nunca habían sido un buen lugar para guardar secretos, y eso ella lo sabía mejor que nadie.

Si se entregaba a él, pondría final al asedio. Su vida a cambio de la de las miles de personas que estaban dentro de las murallas de la ciudad. Pero Janessa sabía que nadie la abandonaría. Incluso, si una muchedumbre enfadada hubiera llegado a las puertas del palacio, sus Centinelas la habrían defendido a muerte. Pero no había llegado nadie. Ninguna multitud de atemorizados hombres y mujeres, desesperados por conservar la vida y la de sus hijos, había acudido a exigir que la reina se entregara. Los ciudadanos de Steelhaven le eran leales; tal vez incluso la amaban, a pesar de los conflictos.

No, su pueblo jamás la obligaría a rendirse.

Pero ella sí podía hacerlo.

Había sido una decisión difícil, que no había tomado a la ligera, pero al menos la idea de rendirse la había ayudado a distraerse de sus otros pensamientos.

Durante todo el día la habían acosado los recuerdos de los jardines, de las manos de Leon en su garganta, de los gritos de la baronesa Magrida cuando había visto morir a su hijo. Janessa no tenía idea de dónde se encontraría la mujer ahora. Sin duda se habría retirado a sus aposentos para que sus doncellas la consolaran y donde unos guardias podrían vigilarla en caso de que intentara hacerse daño a sí misma... O a alguien más.

Janessa no lograba sentirse culpable por ello. Magrida había llevado a su hijo al palacio. Al parecer no era consciente de su complicidad con Amon Tugha, pero se merecía todo lo que le ocurriera. Además, una aristócrata resentida era la menor de las preocupaciones de Janessa.

Tenía que tomar una decisión y debía hacerlo rápido. ¿Podía confiar en la palabra del elharim? Si se entregaba a él, ¿realmente dejaría a salvo la ciudad? ¿O se limitaría a dar rienda suelta a sus khurtas para que se divirtieran?

Y si no accedía al deseo del caudillo elharim, ¿estaría condenando la ciudad a la destrucción? ¿Podría mantener a raya las huestes que se lanzaban en su contra? ¿O sería solo cuestión de tiempo hasta que las murallas cayeran, hasta que los khurtas entraran en tropel para quemar y violar y destruir todo lo que encontraran a su paso?

Ya había bastantes muertos, de eso no había duda. Las murallas de Steelhaven estaban cubiertas de cadáveres. Si había alguna oportunidad de que su sacrificio sirviera para salvar la vida de solo uno de sus habitantes, entonces debía aceptarla.

Tenía una responsabilidad con la ciudad y con todos los que se encontraban dentro de sus murallas. La más mínima probabilidad de que la ciudad pudiera salvarse si ella se rendía a Amon Tugha era más excusa de la que jamás necesitaría.

Janessa contempló la *Helsbayn* y luego posó la mirada en la armadura que descansaba en su soporte. Sabía perfectamente que debería vestirla para enfrentarse a Amon Tugha; que debería dar la imagen de la reina guerrera cuando se presentara ante él y se rindiera a su misericordia. Pero también sabía que jamás lograría salir de Skyhelm de esa manera. En cambio, se vistió con ropas sencillas y se puso una capa, como había hecho cien veces antes.

Los pasillos del palacio estaban desiertos cuando atravesó las cocinas y salió por la entrada de los sirvientes. Sabía dónde se encontraba apostado cada uno de los Centinelas de su séquito. Todos los demás estaban en sus aposentos, esperando el resultado del sitio, o ya habían huido para escapar a su destino. No había nadie para detenerla cuando salió del palacio, con la capa bien ceñida en torno a la cabeza, y los Centinelas de la puerta no le prestaron atención.

Durante un fugaz instante sintió pena por Kaira. La fiel y devota Kaira. Una mujer que se había dedicado a la protección de Janessa y que viviría esa pérdida como algo personal. Janessa solo esperaba que su escolta entendiera que era por el bien común. Que había que aprovechar cualquier oportunidad, por mínima que fuera, de salvar la ciudad.

Mientras el cielo del atardecer se oscurecía y caía la noche, Janessa se dirigió hacia el norte de la ciudad y su decisión de seguir adelante con ese plan demente no hizo más que reforzarse. Steelhaven estaba hecha pedazos. Había edificios destrozados, voces que susurraban a primera hora de la mañana, heridos que pedían auxilio con sus gemidos, a pesar de que era evidente que no podía hacerse nada por ellos.

Pasó junto a un grupo de soldados de aspecto cansado que afilaban sus armas, todos ellos heridos y con los ojos pesados por falta de sueño. Nadie le echó siquiera una mirada cuando caminó a su lado, mordiéndose los labios para no llorar. La fetidez de los cuerpos sin lavar era casi insoportable. El hedor a sudor y muerte.

Cuando se acercó a lo que quedaba de la Puerta de Piedra, lo que vio no fue menos desesperante. El rastrillo estaba convertido en un revoltijo de hierros retorcidos, la puerta era un amasijo de astillas chamuscadas. Los defensores habían hecho lo mejor que habían podido para construir una rudimentaria barricada con carros viejos y pilas de escombros, pero parecía poco probable que pudiera mantenerse en pie cuando las huestes de Amon Tugha volvieran a atacar. Un sargento ordenaba a gritos que trajeran más piedras, mientras los exhaustos abanderados seguían llenando la abertura.

Justo a la izquierda de la puerta había varios soldados heridos sentados juntos, uno de ellos apoyado en su vecino, con la cara convertida en una máscara de sangre y suciedad. Janessa avanzó hacia ellos, con la capa bien ceñida para ocultar sus rizos

rojos. Si la reconocían en ese momento, el juego se habría acabado.

Había un cubo de agua a un costado y se detuvo. Le ofreció un cuenco al primer soldado herido. Él lo aceptó con gratitud y se lo devolvió con un gesto de asentimiento cuando terminó de beber. Janessa le ofreció agua a todos los hombres de la hilera, siempre con la vista fija en la puerta abierta a medida que se acercaba a ella. Cuando llegó al último de los soldados heridos, dejó el cubo en el suelo y caminó hacia la puerta. Se resistió al impulso de correr; si lo hacía solo conseguiría llamar la atención. Al principio dio resultado y sintió que su corazón latía más rápido cuando empezó a huir. Nadie dijo una palabra hasta que quedó a la sombra de las almenas. Entonces una voz gritó:

—¡Oye, tú! ¡Detente!

Janessa rompió a correr, atravesando la puerta a toda velocidad, sin prestar atención a los cadáveres de animales, ignorando el hedor y la humareda que cortaba la noche. Corrió hacia la oscuridad mientras unas voces la conminaban a detenerse, pero nadie la siguió. Tratar de escapar con tantos khurtas rodeando la ciudad era un suicidio y nadie arriesgaría la vida para seguirla. Por lo que sabían, ella era una pueblerina asustada, no la reina de los Estados Libres.

Avanzó a tientas por la oscuridad. Al norte brillaban las luces del vasto campamento khurta. Si seguía su marcha, si exigía ver a Amon Tugha, si se entregaba a él, todo habría terminado. Cada cadáver con el que tropezaba, cada flecha que se enganchaba en su falda, le recordaba que esa era la única manera. La lucha debía terminar y solo ella podía hacerlo.

A medida que avanzaba hacia el norte había menos cadáveres. A cada paso que daba esperaba que la atacaran, pero no había nadie aguardándola. Cuanto más se acercaba, más crecía el temor en su interior, pero en ningún momento pensó en regresar.

Esta es la única manera. No hay otra opción que entregar tu vida a Amon Tugha.

Unas voces khurtas atravesaron la oscuridad antes de que ella viera a los vigías. Estaban recortados sobre el risco y Janessa solo esperaba que la vieran llegar y que no la ensartaran con sus lanzas tan pronto la vieran.

Dejó caer la capa al suelo y subió por la colina; el frío del aire nocturno le puso la piel de gallina. Uno de los vigías la divisó cuando subía y le gritó una rápida advertencia a uno de sus camaradas. Se situaron uno al lado del otro, empuñando las lanzas en actitud defensiva. Lo que fuera que esperaran que surgiera en medio de la noche no era, evidentemente, una mujer desarmada. El primer khurta le echó una mirada de desconcierto al otro cuando distinguió las facciones de Janessa. Volvieron a hablar entre ellos, pero no había manera de que ella pudiera entenderlos.

—Soy la reina Janessa Mastragall —anunció, tratando de sonar segura de sí misma, de mantenerse fuerte, pero le temblaban tanto las manos que tuvo que apretar los puños—. Amon Tugha me espera. —Señaló el campamento con un gesto.

Los khurtas hablaron entre sí y uno de ellos agitó la lanza amenazadoramente, a

pesar de que no tenía con quién luchar. Janessa extendió las manos, tratando de demostrar que no representaba ninguna amenaza, que había ido a rendirse, pero la expresión de la cara del salvaje que tenía delante le hizo comprender que él no lo entendía así.

Se lanzó hacia delante con la lanza, apuntando a su corazón, y Janessa no tuvo tiempo de moverse.

Una sombra surgió de la oscuridad, junto con el sonido de acero cortando el aire dos veces en rápida sucesión. Antes de poder inhalar, una silueta se detuvo delante de Janessa. En una mano tenía la punta cortada de la lanza del khurta; en la otra, una hoja plateada y recta manchada de sangre. El khurta cayó sin emitir sonido mientras el segundo vigía retrocedía atemorizado.

A la débil luz Janessa vio que quien la había salvado era una mujer. Rubia, hermosa, con el hombro desgarrado por una herida reciente. Cuando la mujer se volvió, Janessa quedó impactada por sus ojos dorados, que resplandecían en la oscuridad.

—Majestad —dijo la mujer con una sonrisa desprovista de humor. Inclino la cabeza en una burlona reverencia—. Mi señor estará pletórico de dicha cuando sepa que habéis decidido aceptar su oferta. —Con esas palabras, señaló el campamento—. Por favor.

Janessa la siguió, manteniendo todo el tiempo la cabeza erguida, reprimiendo el miedo. Cuando avanzaban por el mar de tiendas, aparecieron los khurtas; algunos la miraban con interés; otros con una ansiedad siniestra. Siguieron caminando, abriéndose paso, hasta que, cuando llegaron al centro del campamento, eran cientos los que las rodeaban. Janessa se daba cuenta de que muchos de los khurtas deseaban echárselo encima y hacerle cosas indecibles, pero la mujer de los ojos de oro parecía ejercer un extraño poder sobre ellos. Era evidente que la temían. Por más que sabía que aquella mujer era su enemiga, solo podía sentir gratitud por su presencia a su lado en ese momento.

Por fin llegaron a una inmensa pira en el centro del campamento. Había khurtas moviéndose de un lado para otro en actitud impaciente, como si una noche sin combates los pusiera intranquilos. Cuando Janessa se acercó a la hoguera, uno de ellos, un gigante en comparación con el resto, le echó una mirada. Su rostro era un revoltijo de desgarros y cicatrices. Sonrió espantosamente y Janessa casi sintió que perdía fuerza bajo esa mirada. Durante un momento se preguntó si se trataría de Amon Tugha, pero cuando otra figura que estaba de cuclillas junto a la pira se incorporó, los khurtas acallaron sus voces.

Caminó hacia ella y Janessa supo que debía de ser el caudillo elharim. Tenía el pelo puntiagudo, de un color que parecía variar a la luz de las llamas que bailaban, y su torso desnudo brillaba, con un fulgor en los gruesos tendones de los brazos y el pecho. Le clavó unos ojos que lanzaban chispas doradas y cuando se acercó saludó a Janessa con una sonrisa de bienvenida. Eso no ayudó a tranquilizarla.

—Qué valentía —dijo con un acento profundo y marcado—. Los Mastragall son, sin duda, un linaje valeroso. ¿Habéis venido a salvar vuestra ciudad?

—Sabéis por qué he venido —respondió Janessa, que no estaba de ánimo para parlamentar—. Acabad con esto y envid a vuestra horda de regreso.

—A vuestro padre tampoco le gustaba malgastar palabras. Eso me gustaba. Pero no deberíais estar tan dispuesta a que esto acabe. Al menos, hasta que veáis el regalo de despedida que os he preparado.

Amon Tugha hizo un gesto hacia una zona apartada de la hoguera. Un grupo de khurtas se movieron a un lado cuando lo hizo, dejando al descubierto un marco de madera erigido en un claro. Atado a él, con brazos y piernas ceñidos con cuerdas, había una silueta destrozada.

Janessa dio un paso adelante y entrecerró los ojos para ver mejor. Cuando el hombre levantó la cabeza ella lanzó un grito ahogado y se acercó a él, olvidándose de todo lo demás. Río trató de hablar, pero tenía la boca ensangrentada y costras sanguinolentas en la cara. Janessa corrió hacia él y le acunó la cabeza entre las manos, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Como veis —dijo Amon Tugha, que ya estaba a su lado—, no soy ningún monstruo. He reunido a dos amantes por última vez.

Janessa intentó no prestarle atención; lo único que podía hacer era mirar a Río, que le devolvía la mirada desde un rostro golpeado y ensangrentado. A pesar de que él intentaba disimularlo, se dio cuenta de que estaba padeciendo. Se percató de que él se esforzaba por mostrarse valiente por el bien de ella.

—Liberadlo —ordenó, volviéndose al caudillo elharim. Por un momento se dio cuenta de lo ridículo que era plantearle exigencias a esa criatura. Era una bestia, no había nada que pudiera hacer para intimidarlo, pero eso no parecía importar en ese instante.

—Lo dudo —respondió Amon Tugha—. Inevitablemente, regresaría algún día para vengaros. Y ya habrá bastantes personas dispuestas a matarme una vez que haya arrasado vuestra ciudad y me haya apoderado de la corona. Ahora venid. Es hora de terminar con esto.

—¡No! —gritó ella, pero no pudo hacer nada cuando el elharim la cogió del brazo. Nunca la habían agarrado con tanta fuerza y se mordió los labios para no llorar cuando él la apartó de Río—. Prometisteis que perdonarías a Steelhaven. Hicisteis un juramento.

Amon la obligó a hincarse de rodillas y la miró con esos ojos dorados, tan fríos a la luz del fuego.

—Vuestra ciudad se rendirá a mí o la reduciré a cenizas. Hasta la última piedra. Aplastaré a cada hombre, mujer y niño. —Extendió una mano y uno de los khurtas le entregó una inmensa lanza que él cogió—. Ahora, agachad la cabeza con dignidad.

Janessa lo miró. Las lágrimas que anegaban sus ojos no le impidieron ver que estaba rodeada. No había escapatoria, nada que pudiera hacer.

Una lágrima rodó por su mejilla, pero no era por ella.
Janessa Mastragall derramó una última lágrima de pena por Steelhaven.

Kaira no sabía conducir un interrogatorio. Ya lo había demostrado cuando había fracasado en su intento de infiltrarse en el Gremio. Había hecho falta que una niña la ayudara a encontrar a Friedrik y este sencillamente se le había reído en la cara cuando ella había intentado interrogarlo. Y, sin embargo, allí estaba, en una fría habitación subterránea de Skyhelm, a solas con una anciana apenada.

Kaira sintió una punzada de culpa, pero la hizo a un lado. Janessa había estado a punto de morir en los jardines. La complicidad de Leon Magrida con Amon Tugha los había engañado a todos, pero de todas maneras Kaira debía haberse mantenido alerta. Por eso había asumido la responsabilidad y había sentido la necesidad de ser ella misma quien se encargara del interrogatorio a Isabelle.

La baronesa Magrida estaba sentada en silencio. Toda su altivez había desaparecido. Su arrogancia se había evaporado con la muerte de su hijo. Todavía había una férrea determinación detrás de los ojos nublados. Una resolución. Era fuerte, de ello no había duda. Pero ¿era también culpable de haber participado en una conspiración para asesinar a la reina?

Janessa había dicho que Isabelle había tratado de detener a su hijo cuando intentó quitarle la vida. Aún quedaba por ver si ese hecho bastaba para probar su inocencia.

—¿Decís que no teníais idea de que vuestro hijo estaba confabulado con el enemigo? —preguntó Kaira. Por más compasión que sintiera por la anciana que había perdido a su único hijo, sabía que no podía dejar que se notara—. ¿Cómo esperáis que creamos semejante cosa? Llegaron aquí juntos. Eran inseparables.

La baronesa Magrida miró de arriba abajo a Kaira como si estuviera evaluando a esa simple escolta que había ido a juzgarla. Se dispuso a hablar, pero cambió de idea. Tal vez la consideraba inferior a ella. A pesar de la grave situación en la que se encontraba, seguía comportándose como una noble. Por otra parte, Kaira suponía que, a decir verdad, seguía siéndolo. Incluso si era culpable de haber conspirado para matar a la reina de todos los Estados Libres, no había dejado de ser una baronesa de Drelund. Seguía teniendo abanderados. Y súbditos.

—¿Entendéis que debo asegurarme? —preguntó Kaira—. No puedo permitirlos salir en libertad hasta que podáis probar que no erais parte de esto. De que no hay otros conspiradores en palacio.

Magrida lanzó una sonrisita de suficiencia mientras sus dedos tironeaban del bordillo de su vestido, que no se veía tan regio como antes. Estaba arrugado y se le había descolgado de uno de los hombros. Una de las mangas estaba rota, aunque Kaira no sabía si se había dañado durante el ataque en los jardines o si la anciana se lo había hecho a sí misma por la pena y la furia.

—Mi hijo está muerto —dijo Isabelle—. El único heredero del baronazgo de

Dreldun. Sus aldeas y granjas han sido incendiadas. Su capital, arrasada. Incluso si los khurtas son derrotados, la provincia caerá en la anarquía y seré yo quien tenga que gobernarla en medio de ese caos. —Le clavó una mirada severa a Kaira, con fuego en los ojos—. ¿Crees que me importa un bledo la seguridad de vuestra reina? ¿Crees que me preocupa que me consideres culpable de traición?

—Creo que seguís siendo una noble de los Estados Libres. Sostened vuestra inocencia o admitid vuestra culpa, pero decid algo. Es mejor que lo hagáis. Otro gallo os cantaría si estuviera aquí el senescal Rogan con su Inquisición...

—Él no puede lastimarme y tú tampoco. No os debo nada.

La baronesa Magrida hizo un gesto de desdén con la mano. De pronto Kaira sintió que su furia aumentaba. Aquella mujer solo la había tratado con desprecio. No había hecho más que faltar el respeto a la reina, a pesar de que se le había permitido permanecer en aquel sitio y refugiarse de las huestes que asolaban la ciudad. Su culpabilidad por conspirar con el enemigo bien podía estar en duda, pero sí era culpable de arrogancia y engreimiento.

Antes de que Kaira pudiera seguir presionándola, sonó una campana desde el piso superior.

Al principio no tenía idea de qué se trataba hasta que oyó las exclamaciones de pánico. Salió a la carrera de la celda, sintiendo que el corazón le latía más rápido en el pecho. ¿Acaso los khurtas habían abierto una brecha en la muralla? ¿Estarían atacando el palacio en ese mismo instante?

Corrió por la puerta del bloque de celdas, pasando por delante de los dos Centinelas que vigilaban a la baronesa. Subió las escaleras a toda velocidad, lanzándose hacia el sonido de los tumultos que llegaban desde el interior del palacio. La profunda voz de Garret retumbó por los pasillos impartiendo órdenes y Kaira no tardó en encontrarlo en el vestíbulo.

—¡Se ha ido, maldita sea! —gritó él cuando vio a Kaira.

Ella no tenía respuestas. Solo podía referirse a la reina. El horror de lo que aquello significaba hundió en ella sus dientes profundamente. Tenía cien preguntas, pero en el fondo sabía que Garret no podría responder a ninguna.

El palacio estaba completamente alborotado; habían despertado a todas las doncellas y sirvientes para que colaboraran en la búsqueda. Kaira corrió hacia el patio delantero, tratando desesperadamente de pensar, de mantener la calma en medio del caos.

Ha ido a enfrentarse sola a Amon Tugha. Se ha entregado para salvar la ciudad.

Ese pensamiento no la abandonaba. Por mucho que la atemorizaba, sabía que era la única opción. Si un asesino la hubiera matado ya se habría corrido la voz. Amon Tugha querría que toda la ciudad se enterara de que la reina había sido eliminada.

No, era evidente. Janessa se había enterado de la proclama del elharim de que su muerte salvaría la ciudad y había escogido la alternativa noble. Estúpida, pero noble.

Había un caballo solitario atado en el patio, con la librea de un mensajero. Kaira

lo montó de un salto. Cuando espoleó al equino y tiró de las riendas para dirigirlo hacia la puerta principal oyó que alguien gritaba tras ella, pero no había tiempo de detenerse a explicar. No podía perder ni un minuto. Nadie sabía cuándo se había escapado del palacio. Nadie sabía cuánto tiempo podría haber pasado desde que su reina se había marchado.

Salió al galope por los terrenos adyacentes al palacio, con los cascos del corcel repiqueteando en el empedrado. Se dirigió al barrio de la Corona, gritando a los Casacas Verdes que la dejaran pasar. Por suerte no estaban de ánimo de impedirselo y le abrieron la puerta a tiempo para que la cruzara sin dejar de galopar. En la luz creciente del amanecer vio que las calles estaban vacías y agradeció en silencio a Vorena el hecho de que nadie tratara de detenerla mientras avanzaba hacia el norte.

Para cuando llegó a la Puerta de Piedra el caballo ya escupía espuma por la boca. Kaira tiró de las riendas, buscando desesperadamente a alguien que pudiera ayudarla. Había hombres dando vueltas alrededor, con aspecto desastrado; la mayoría parecían heridos. Empezó a preocuparse, pensando que tendría que salir al galope sola por la llanura septentrional, cuando vio un resplandor bronceo entre los uniformes de los abanderados de la ciudad.

Cabalgó hasta la base de la muralla, esperando contra toda esperanza que estuvieran listos para combatir. El corazón le dio un vuelco cuando vio a Merrick entre un grupo de otros miembros de la Guardia del Guiverno.

—¡Ryder! —El grupo se volvió al oír su grito. Por un momento pensó que aquello debería quedar en secreto. Que si divulgaba la noticia de que la reina se había entregado a Amon Tugha cundiría el pánico. Pero si no llegaban a tiempo para salvarla, también habría bastante pánico, en cualquier caso. El tiempo de la discreción había quedado atrás—. La reina ha desaparecido. Creo que ha huido de la ciudad para entregarse a los khurtas.

Merrick no necesitó más estímulo.

—¡Montad de inmediato! —gritó.

Antes de que Merrick pudiera seguir procesando la noticia, Kaira ya había tirado de las riendas y regresaba a la puerta. Los hombres se apartaron de su camino cuando atravesó el ancho arco y salió al desierto campo de batalla. El sol estaba justo al otro lado del horizonte, pero todavía había poca luz en la llanura al norte de la ciudad.

Mientras fustigaba al caballo para que siguiera corriendo hacia el norte, sabía que aquello era una locura. Si se equivocaba y la reina no se había marchado a rendirse, Kaira estaba metiéndose sola en pleno campo enemigo. La eliminarían antes de que pudiera llegar hasta el final. Pero si Janessa sí se había entregado a Amon Tugha, todavía debía enfrentarse a miles de khurtas sin ayuda. No había modo de que aquello acabara bien.

Arlor es fortaleza, Vorena es coraje.

Esas palabras, que tanto la habían ayudado en el pasado, parecían servir de poco ahora. Iba a morir, al igual que la reina, hiciera lo que hiciese. La necesidad de todo

aquello casi la hizo enfurecerse, pero no podía permitirse la ira. Debía luchar, mantener el control. Tenía que morir como una Centinela de Skyhelm... Como una Doncella Escudera de Vorena.

Cuando alcanzó el borde del campamento hizo subir al caballo por una cuesta, esperando que en cualquier momento los vigías khurtas aparecieran entre las sombras, pero no había nadie vigilando la extensión meridional de la zona. La locura de galopar directamente hacia las garras del enemigo la llenó de determinación. Ya tenía la espada en la mano y estaba dispuesta a atacar.

El campamento estaba alumbrado por una luz débil, pero Kaira seguía sin ver a nadie. Incluso cuando el sol por fin se asomó por encima de las colinas del este, no divisó a ningún enemigo. Entonces, más adelante, vio a la multitud reunida.

El corazón se le hundió mientras cabalgaba. Janessa ya podría estar muerta, tal vez los salvajes allí reunidos ya la habrían ejecutado, pero solo oía murmullos entre la horda, no la ovación que había esperado. Un susurro de esperanza en la oscura mañana.

El corcel no era muy veloz, pero de todas maneras siguió aguijoneándolo. Los khurtas en la retaguardia de la multitud tuvieron tiempo suficiente de volverse y verla cuando galopó en dirección a ellos, pero no para apartarse de su camino. El semental los arrolló. La espada de Kaira relampagueó a la luz del alba. Oyó los relinchos del caballo, los gritos de dolor y de cólera de los khurtas. Surgió un rugido que hizo que el corazón le diera un vuelco y entonces, llegó.

En el claro que estaba en el centro de la multitud, vio a Amon Tugha por primera vez. Era formidable, de eso no había duda, pero Kaira no se dejó intimidar. Había llegado a morir. Lo único que importaba era cómo lo haría.

Con el rabillo del ojo vio a Janessa de rodillas en el suelo a los pies del elharim, con su inconfundible melena de rizos rojos.

Pero Kaira estaba concentrada en un solo hombre.

Levantó la espada, gritando el nombre de Vorena, mientras se lanzaba hacia él. La inmensa lanza en la mano del caudillo se impulsó en su dirección para clavarse en el pecho del caballo y detener el galope. Kaira cayó junto al corcel que relinchaba y rodó para apartarse de él.

Se incorporó en un instante. Había perdido el arma. Un khurta salió de la multitud con la intención de ensartarla en su propia lanza, pero ella se volvió, le quitó el arma de la mano y le dio vuelta hábilmente, para luego clavarle la punta en la garganta.

Kaira tenía los ojos bien abiertos ante el peligro. Los khurtas se arremolinaron a su alrededor y avanzaron, con las espadas desenvainadas y el ansia en los ojos.

Amon Tugha levantó el brazo y habló en su lengua gutural antes de arrancar el arma del cuerpo del semental. Extendió la mano y le hizo un gesto a Kaira de que se acercara. Un desafío mudo entre guerreros.

Así es como moriría. A manos del caudillo elharim, defendiendo la vida de su reina, más allá de lo vana que fuera su oportunidad de triunfar.

Sería una buena muerte.

Mientras avanzaba, como si estuviera anunciando su última batalla, el suelo empezó a temblar.

Merrick ignoraba cuántos de sus compañeros de la Guardia del Guiverno cabalgaban con él. Estaba demasiado oscuro para ver mientras atravesaban el campo de batalla rumbo al campamento de los khurtas, pero esperaba que fueran más de los que habían salido a destruir aquellos barcos incendiarios. El campamento al otro lado de la cuesta estaba lleno de locos salvajes que los hervirían vivos y harían sus necesidades dentro de sus cráneos si se les daba la más mínima oportunidad de hacerlo. No había duda de que tendrían que ser más de veinte si querían salir de una pieza de allí.

Trató de no pensar demasiado en ello. La perspectiva de que alguien defecara en su cráneo, hervido vivo o no, no lo llenaba de alegría. En cambio, pensó en lo bien que se vería cuando regresara a Steelhaven transportando a la reina. «Menudo héroe que es ese Ryder —dirían—. Debe de ser el mayor espadachín que jamás haya existido. Derramemos sobre él nuestra adoración, y no solo un poco de oro, sino todo. Y tal vez añadamos un par de bailarinas».

No seas idiota, Ryder. No vas a salir con vida de esto. Vas a morir de manera horripilante y tu cabeza terminará en la punta de una pica.

Siempre había detestado las pica y se hizo el juramento de evitarles a toda costa, justo cuando su caballo llegaba a la cima de la elevación y entraba al galope en el campamento khurta. A la luz de las hogueras vio que había poca resistencia. También comprobó que definitivamente eran menos de veinte los que habían corrido a enfrentarse a miles de khurtas. Pero al menos Cormach estaba entre ellos. Si iban a matar a alguien antes que a Merrick tenía que ser ese demente, ¿verdad?

¿Verdad?

Galoparon entre las tiendas, tal vez una docena de ellos. Alguien gritó a la izquierda y fue inmediatamente silenciado. Merrick esperó que fuera un khurta que se había topado con la punta de la espada de uno de los miembros de la Guardia del Guiverno y no al revés, pero estaba demasiado preocupado por encontrar a la reina y a Kaira como para detenerse a comprobarlo.

Apareció una muchedumbre a la vista. Había un tumulto en medio de ellos, pero Merrick no alcanzaba a distinguir de qué se trataba. Espoleó a su caballo, que relinchó cuando le clavó las espuelas dos veces, por si no fuera suficiente con una.

Una tormenta de confusión estalló a su alrededor cuando cayó sobre la muchedumbre de khurtas. Hombres y caballos gritaron y el fuerte impacto le hizo castañetear los dientes. Merrick atacó con la espada y sintió que le acertaba a algo, pero no supo a qué. Volvió a espolear a su corcel, impulsándolo entre la multitud. A su izquierda alguien rugió por encima del estrépito cuando otros caballeros de la Guardia del Guiverno se sumaron a la refriega.

Irrumpió entre la confusión de khurtas. A la luz de una inmensa pira alcanzó a ver

a la reina Janessa de rodillas, a Kaira de pie, con una lanza, lista para defenderla, y al canalla más grande que jamás había visto observándolo todo como si fuera una actividad deportiva.

Sus ojos resplandecían con el color del oro, su cuerpo refulgía a la luz del fuego, estaba cubierto de marcas arcanas y en una mano del tamaño de un cubo de agua sostenía una lanza enorme. Solo podía ser Amon Tugha. Ningún otro hombre en la Tierra le habría revuelto a Merrick tan rápidamente las tripas.

No tenía tiempo de pensar; otros miembros de la Guardia del Guiverno ya habían cruzado la línea de khurtas.

—¡Proteged a la reina! —gritó alguien.

Como respuesta, Merrick metió más prisa a su corcel. Se dirigió hacia Janessa, con la intención de alzarla sobre el lomo de su cabalgadura y salir hacia el amanecer, pero Cormach se le adelantó. Janessa le cogió la mano y saltó.

Merrick casi lo maldijo; se veía tan heroico, con aquella piel de oso blanco que lo hacía destacar como si fuera una especie de héroe legendario de antaño.

Entonces Amon Tugha hizo su jugada.

Blandió la inmensa lanza con una rapidez increíble para un arma de ese tamaño. Era cierto que el caudillo parecía poderoso, pero incluso un hombre con tantos músculos debería haberse tenido que esforzar para mover un arma así. Con una gracia calculada la echó hacia atrás para lanzarla, apuntando a Cormach justo cuando este intentaba huir.

Antes de saber lo que hacía, Merrick volvió a clavar las espuelas en las ijadas de su montura. El caballo se lanzó hacia delante. El lanzazo dirigido a Cormach golpeó el escudo de Merrick, atravesó la parte superior y le hizo un tajo en la hombrera. El corcel retrocedió cuando Amon Tugha tiró de la lanza para liberarla, obligando a Merrick a soltar el escudo.

—¡Vete de aquí de una vez por todas! —le gritó a Cormach, quien no necesitó otra advertencia. Clavó las espuelas y galopó hacia el sur.

El resto de la Guardia del Guiverno ya había pasado en su totalidad y le cubrieron los flancos a Cormach, que se lanzaba a toda carrera hacia una zona segura.

Merrick se les habría sumado encantado, pero estaba demasiado ocupado mirando con temor al caudillo elharim de dos metros veinte de altura, que le había clavado una mirada que hubiera marchitado flores. Amon Tugha volvió a echar la lanza hacia atrás. Merrick ya no tenía escudo, aunque tampoco le habría servido de nada.

Querías ser un héroe, Ryder. Bien, ¿estás contento? Entonarán canciones durante años sobre cómo moriste salvando a la reina.

De pronto el elharim se agachó esquivando una lanza que casi le acertó en la cabeza, errando por pocos centímetros. Alguien saltó sobre el lomo del caballo de Merrick, quien estuvo a punto de chillar de pánico, pero no tardó en darse cuenta de que no se trataba de un ataque.

—¡Cabalga! —gritó Kaira, aferrándole las hebillas del peto.

Merrick no necesitó que se lo pidieran dos veces, ni tampoco su corcel, que se lanzó tras el resto de la Guardia del Guiverno. Habían abierto una brecha en la multitud y él se dirigió hacia ella. Unos khurtas destrozados y aturdidos yacían esparcidos por el camino y el caballo de Merrick parecía más que dispuesto a pisarlos y hundirlos todavía más en la tierra.

—¡Agáchate! —aulló Kaira, le cogió la cabeza a Merrick y tiró de ella hacia un lado cuando la enorme lanza de Amon Tugha atravesó el aire tras ellos. El arma chocó contra el suelo un poco más adelante y Merrick volvió a clavar las espuelas en su montura, más decidido que nunca a dejar atrás ese lugar.

El caballo hizo lo que pudo para orientarse en el laberinto de tiendas de piel mientras Merrick se dirigía hacia la ciudad, pero de todas maneras aplastaron muchas de esas tiendas a su paso. Un khurta apareció rugiendo ante ellos, pero la espada de Merrick fue más veloz. Oía aullidos a su alrededor y su corazón dio un salto cuando alcanzaron el límite del campamento. Solo debían atravesar el campo abierto y estarían a salvo.

Unas flechas pasaron por encima de sus cabezas mientras avanzaban por la llanura. Más adelante Merrick alcanzó a ver al resto de los caballeros de la Guardia del Guiverno llevando a la reina a un lugar seguro. Contó solo a la mitad de los doce que habían salido originalmente.

Cuando habían galopado lo suficiente como para quedar fuera del alcance de las flechas khurtas, Merrick aminoró la velocidad del caballo y avanzó al trote.

—¿Te encuentras bien? —preguntó por encima del hombro.

Kaira asintió, sin aliento.

—Estoy ilesa.

—Si querías enfrentarte a todo el ejército khurta por tu cuenta, bastaba con que lo dijeras. Me habría quedado en la muralla y te habría saludado desde allí.

Al parecer ella no le encontraba el lado divertido al asunto.

Por fin, la Guardia del Guiverno atravesó la Puerta de Piedra. Si Merrick había esperado una calurosa bienvenida quedó amargamente desilusionado; nadie parecía tener ninguna prisa especial por preguntarles por qué demonios se habían internado en la noche a toda velocidad. Janessa ya había bajado del caballo de Cormach y tenía la capa sobre la cabeza.

—Desmonta —ordenó Kaira. Merrick no tenía energía para discutir y bajó con dificultad de su montura al tiempo que Kaira le hacía un gesto a Janessa para que se trepara al caballo—. Nadie debe saber lo que ha ocurrido —dijo al tiempo que la reina subía detrás de ella. Luego aguijoneó al corcel y avanzó hacia el sur, rumbo al palacio.

—No me lo agradezcas. Es lo que hago cada día —dijo Merrick en voz baja, observando cómo se marchaban las dos.

Cuando regresó a los barracones, cerca de la zona de la muralla donde había estado apostada la Guardia del Guiverno, vio a su padre esperando. Cada uno de la

media docena de aquellos con los que había regresado recibía una palmada en la espalda al tiempo que Tannick elogiaba su valentía. Incluso Cormach Hijoputa se encontró con una mirada de aprobación. Merrick le sonrió a su padre, esperando un tratamiento similar. Debería haberse dado cuenta de que no sería así.

—¿En qué demonios pensabas? —dijo Tannick, manteniendo la voz baja.

No quiere avergonzarte delante de los otros muchachos, al menos. Algo que agradecer.

—Pensaba que la reina estaba en peligro —respondió Merrick, perdiendo la paciencia cada vez más rápido con las constantes preocupaciones de su padre—. Pensaba que la vida de ella es un poquito más importante que la mía y que probablemente valía la pena ponerme en peligro si así lograba salvarla.

Eso no es estrictamente cierto: si hubieras tenido tiempo de pensar, lo más probable es que no hubieras ido en ningún caso, pero nadie tiene que saberlo.

Tannick asintió.

—Sí, bueno, al menos has vuelto entero. Bien hecho.

—Gracias —dijo Merrick mientras su padre se alejaba. Entonces se dio cuenta de que el viejo no había parecido expresamente preocupado por los hombres que no habían regresado, aunque en los últimos días habían perdido muchos hermanos a manos del enemigo. Estaba claro que Tannick no tenía tiempo de lamentar la pérdida de todos.

Merrick bebió agua de un barril y sintió cómo le refrescaba la reseca garganta. Después del tremendo temor que había experimentado y que le había hecho tener el culo apretado todo el tiempo, no se había dado cuenta de lo sediento que estaba. Mientras recorría con la mirada a los otros muchachos, vio que Cormach subía la escalera hacia las almenas.

Es evidente que desea estar solo. Acaba de salvar a la reina, después de todo. Quiere solazarse en su gloria sin que nadie lo moleste. Desde luego, no deberías interrumpirlo mientras está sumido en una silenciosa meditación. Además, te odia, de modo que serías un tremendo cretino si trataras de iniciar una conversación con él en este momento.

Merrick subió las escaleras detrás de Cormach.

Hijoputa estaba esperando en la pasarela, contemplando al otro lado de las almenas mientras el sol salía por el este. Merrick se acercó a él en actitud tranquila y se colocó a su lado, tratando de mostrarse lo más despreocupado posible, como si aquello fuera alguna clase de encuentro accidental.

—Lamento los hermanos que hemos perdido —confesó Merrick, sin saber bien por qué siquiera se molestaba con esa conversación—. Sé que los conocías más que yo. Debe de ser duro haber perdido a tantos.

Cormach le echó una mirada y luego volvió los ojos a la salida del sol.

—No tan duro como crees —respondió.

Una respuesta no tan desagradable como esperabas, Ryder. Al menos no te trató

de estúpido cabrón.

—Pero se trata de tus hermanos. ¿No te criaste con ellos? ¿No estáis todos unidos en la sangre y en el honor?

Cormach lo miró y por primera vez apareció una fugaz sonrisa en sus labios.

—No tengo ningún hermano. ¿Tú?

—No, yo, eh...

—Y si tuvieras, ¿te gustaría que te llamaran Hijoputa todo el tiempo? La única razón por la que no me dicen nada peor es que saben que podría acabar con todos ellos.

—Ya veo —dijo Merrick, recordando muy bien aquella ocasión en la que había experimentado de primera mano el talento con la espada de Hijoputa. No tenía ninguna duda de que ese hombre podía hacer exactamente lo que sostenía—. Entonces, ¿no es un apelativo cariñoso?

Cormach lanzó una carcajada.

—¿Qué diantres crees?

—Pensaba que debía de ser algo relacionado con tus proezas en los prostíbulos. O tal vez una maldición que te lanzaban todos tus enemigos antes de que tú...

—Mi madre era una puta barata de la calle en Silverwall. No es un gran secreto.

Merrick quedó un poco desconcertado por la sinceridad de la respuesta, pero no del todo sorprendido.

—¿Y cómo pasaste de eso a convertirte en la primera espada de la Guardia del Guiverno?

—Tu padre no escogió a sus reclutas entre los niños de buena cuna. ¿Creías que recorría las provincias buscando hijos de lores para que se unieran a su cruzada? Cada uno de nosotros somos basura de la calle. Muchachos a los que nadie echaría de menos. Tannick nos cogió a todos cuando éramos tan jóvenes que lo obedecíamos sin preguntas.

—¿Y tu madre lo aceptó sin más?

La expresión de Cormach se oscureció.

—El lord mariscal Tannick me compró por diez peniques de cobre.

Y tú pensabas que era un canalla por haberte dejado a solas con tu madre cuando no eras más que un niño.

—Lo siento —dijo Merrick.

—No te preocupes. Fue una oferta generosa. Ella solo le había pedido cinco, al parecer.

—De todas maneras, lo siento. Es algo horroroso...

—¿Por qué demonios lo sientes? ¿Por qué estamos hablando siquiera? Yo no te importo un comino y tú a mí, por tu parte, no me importas en absoluto. Ocuparemos nuestros puestos en la muralla y nos cubriremos las espaldas y esta noche o mañana o en algún otro momento estaremos los dos muertos, y no será dentro de mucho tiempo. No tenemos que convertirnos en jodidos amigos.

Después de decir esas palabras, se volvió y se marchó por las almenas.

Merrick observó un rato cómo aquel demente se alejaba a lo largo de la muralla y, por más que lo intentó, él tampoco pudo deducir por qué tenían que ser amigos.

Nobul estaba exhausto pero no permitiría que eso lo venciera. Era cuestión de no ceder al cansancio, de ignorar los dolores y la fatiga, pero cuando estabas muerto de pie, por más que ignoraras el mundo, no te serviría de nada. Al menos había dormido, pero eso probablemente había sido un error. El momento en que te despertabas era cuando cobrabas conciencia de todas las horas que habías pasado empuñando un martillo y recibiendo palizas. La rigidez se instalaba en tus articulaciones, los cortes ardían mucho más y los moretones dolían tanto que ni siquiera podías tocártelos. La carga de adrenalina que habías tenido la noche antes y que había mantenido a raya el dolor había desaparecido y lo único que te quedaba para no llorar era tu fuerza de voluntad.

Muchos de los otros habían sucumbido. Había oído bastantes llantos los últimos dos días, a las primeras horas del alba, cuando los khurtas se retiraban hacia el norte y lo único que quedaba eran las réplicas imaginarias de la batalla. Cuando echabas una mirada a tu alrededor y veías a tus camaradas muertos sobre una pila de sus propias entrañas. Cuando llegaba el momento de preguntarse por qué tú habías sobrevivido.

Esa clase de pensamientos podían volverte loco. No había nada justo en una guerra. Por supuesto que podías inclinar la balanza a tu favor siendo el canalla más malo y más duro del campo de batalla, pero cuando te llegaba la hora, te llegaba. Al Señor de los Cuervos le importaría un bledo cuán duro fueras; iría a por ti de todas maneras.

Nobul jamás había creído en nada de esas basuras religiosas, pero entendía por qué había hombres que sí. En especial cuando te enfrentabas cada día a un final doloroso. Pensar que podría haber algo esperando en el más allá bien podía hacer mucho más soportable el saber que ibas a morir. Podía mantenerte en marcha cuando todo parecía perdido. Pero Nobul Jacks no necesitaba nada de eso. Tenía lo suficiente para mantenerse en marcha. Tenía su odio.

No importaba cuán dolorido estuviera, no importaba qué achaques lo afligieran, seguiría en marcha hasta el fin. Hasta que ya no pudiera mover el martillo. Hasta que algún khurta le cayera encima con la furia suficiente como para abatirlo.

Pero hasta que eso ocurriera...

Había alguien a su lado, respirando con dificultad. Nobul levantó la mirada y vio a Dustin, que lo observaba con cautela. Conocía al muchacho desde hacía algún tiempo, había combatido a su lado las últimas semanas, pero se había producido una distancia entre ambos, como si Dustin ya no tuviera idea de cómo acercársele después de haber visto al Casco Negro en acción. Nunca habían sido amigos íntimos, nunca habían tenido una larga y despreocupada charla ante un par de cervezas, pero una parte de Nobul se sentía apenada por ello. No le deleitaba que lo temieran, pero al

parecer le pasaba siempre.

De todas maneras, ya no tenía remedio.

—¿Qué? —dijo, mientras se incorporaba delicadamente, usando la pared para sostenerse más de lo que le habría gustado.

—Se trata de Kilgar —respondió Dustin y se apartó un paso cuando Nobul se incorporó del todo—. Recibió un lanzazo en las entrañas en el último ataque. No creen que sobreviva al día de hoy. Ha preguntado por ti.

Nobul asintió y le hizo un gesto a Dustin de que le indicara el camino. No había muchas personas a las que se hubiera tomado la molestia de ver, de sentarse a su lado mientras exhalaban el último aliento, pero si le debía algo a alguien en esa ciudad, probablemente fuera Kilgar. Ese tuerto cabrón lo había metido en los Casacas Verdes cuando ya no tenía adónde ir y le había salvado la vida en la muralla. Dedicarle unos minutos cuando se acercaba su final era lo menos que podía hacer.

Dustin lo guió en dirección a lo que hacía las veces de un modesto hospital de campaña: un viejo almacén junto a unos establos de los que habían tirado abajo las paredes para convertirlo todo en un solo edificio de gran tamaño. Había un silencio inquietante cuando Nobul entró; nadie gemía, nadie lloraba pidiendo a un sacerdote. Aquí y allá alguna Hija de Arlor atendía a algún herido con un trapo húmedo, pero salvo eso no había movimiento. Era casi pacífico.

Kilgar estaba en un rincón, con Bilgot sentado a su lado. El gordo parecía un poco más delgado que la última vez que Nobul lo había visto. Su rostro estaba ceniciento bajo la capa de suciedad.

Cuando Nobul se acercó, Kilgar le hizo un gesto a Bilgot para que se marchara y luego extendió la mano. Nobul la cogió, sintiendo lo débil que era el apretón del sargento. Estaba desnudo hasta la cintura, las vendas que le rodeaban el estómago se habían puesto rojas y se percibía el inconfundible hedor de una infección.

—No hay nada que hacer —afirmó Kilgar, cuando se dio cuenta de que Nobul le miraba las heridas en las entrañas—. Los khurtas cubren sus armas con toda clase de sustancias. Si no te matan en el campo de batalla, la infección acabará contigo más tarde. Pero esta se expandió muy rápido. Debe de haber sido algún asqueroso veneno.

—¿Te encuentras cómodo? —preguntó Nobul—. ¿Necesitas agua? ¿Comida? —Le parecía correcto preguntárselo. No tenía más que decir.

—No tiene sentido desperdiciarla en mí —respondió Kilgar con una sonrisa, que se convirtió en una mueca. Tosió, escupiendo gotas de sangre que le salpicaron la mejilla. Nobul le apretó la mano con más fuerza, hasta que el ataque de tos se calmó.

—Siempre supe quién eras, ¿sabes? —dijo, cuando se calmó lo suficiente como para hablar—. Desde el primer día en que te plantaron en el patio de las barracas. Te reconocí de inmediato. El condenado Casco Negro. Presentándose para ser un Casaca Verde. Sabía que debías de estar metido en alguna clase de lío o que las cosas se habían puesto muy duras.

—Agradezco que te lo hayas guardado —confesó Nobul.

—No era asunto de nadie más que tuyo, supongo. Entiendo que tendrías tus razones. ¿Y por qué iba a oponerme a tener al Casco Negro como parte de mi cuadrilla? Nadie se metería con nosotros, contigo cerca.

Nobul asintió, aunque dudaba de que aquello fuera cierto. Muchos se habían metido con él en las últimas semanas. Había muchos hombres que casi lo habían matado, además, pero él seguía allí y ellos estaban muertos.

—Ha venido, ¿sabes? —dijo Kilgar, dirigiendo su único ojo al techo.

—¿Quién? —preguntó Nobul.

—La Bruja Roja. Estuvo justo donde te encuentras tú ahora.

Nobul reconoció de inmediato de quién estaba hablando. La había visto en el tejado de la Capilla de los Negrófagos unas semanas atrás, pero entonces no sabía cómo se llamaba. También la había visto en la muralla, aunque se había mantenido apartado de ella lo más posible. No le avergonzaba decir que lo hacía estremecerse de miedo.

—¿Qué quería con un viejo caballo de batalla como tú?

Kilgar sonrió.

—Ella y yo nos conocemos desde hace mucho. No muchas personas confían en esa mujer, pero por alguna razón siempre me ha hecho sentirme a salvo.

Nobul no tenía idea de qué quería decir Kilgar con «a salvo», pero no pensaba preguntárselo.

—¿Y qué te ha dicho?

Entonces Kilgar miró a Nobul. Le clavó su único ojo y este pudo comprobar que en él había una clase de paz.

—Me ha dicho que yo ya había hecho bastante.

Nobul asintió.

—Supongo que está en lo cierto.

Durante un momento algo ardió en el ojo de Kilgar, algo del viejo guerrero que reaparecía.

—Pero tú no has terminado, Nobul Jacks —afirmó, cogiéndole con fuerza la mano a Nobul—. Te falta muchísimo para que termines, maldita sea.

Kilgar cerró los ojos y aflojó la mano. Nobul no sabía si el sargento estaba muerto o se había desmayado, pero le puso la mano con delicadeza sobre la cama y dio un paso atrás. Sin nada más que decir, salió del improvisado hospital de campaña.

Mientras regresaba hacia la muralla, supo que Kilgar tenía razón. Seguía sintiendo dolores y molestias, pero le faltaba mucho para considerarse acabado. Además se aseguraría de no morir en ninguna cama. Caería en plena lucha, gritando y rugiendo y escupiéndole al enemigo su último aliento.

Cuando llegó a ella vio que se había reunido una multitud. Los arqueros se habían congregado en filas y el nervioso silencio le indicó que algo andaba mal. Nobul subió los escalones a la carrera, levantando el martillo y esperando lo peor. Los khurtas aún no habían atacado de día, pero los creía capaces de cambiar su táctica.

Se abrió paso entre las tropas hasta que llegó al frente y miró entre los merlones. En la llanura, justo fuera del alcance de sus flechas, había unos mil khurtas. No parecían dispuestos a atacar y simplemente estaban allí, aguardando.

Mientras todos miraban, una solitaria voz khurta se elevó como había ocurrido la primera noche. Era una llamada fuerte, algo largo y desagradable en su feo lenguaje, respondido por un coro de gruñidos cuando los khurtas se pusieron de rodillas, los mil a la vez. La voz siguió canturreando y esos miles le respondieron. Se golpearon el pecho al unísono, cambiando el tono de sus gritos al hacerlo y chillaron hasta que los pulmones no dieron más de sí. Nobul se dio cuenta de que algunos de los muchachos estarían aterrorizados, pero los khurtas no se movían. No representaban ningún peligro a esa distancia.

—Es un saludo de guerra —dijo una voz al lado de Nobul. Se volvió y vio a Bannon Logar allí, con la armadura más abollada y manchada de sangre que la última vez que lo había visto, pero con los ojos más vivaces que como él los recordaba—. Es un tributo a uno de nuestros guerreros.

—¿A quién?

—Tú sabes a quién, muchacho. El Casco Negro mató a uno de sus comandantes. Es un desafío para la tribu. Van a mandar al mejor que tienen para probarte.

Como si el viejo lo hubiera anunciado, los khurtas se separaron, dejando que alguien caminara entre ellos. Al principio Nobul pensó que se trataría del mismo Amon Tugha. La perspectiva de combatir contra ese canalla elharim no lo llenaba particularmente de entusiasmo, pero cuando por fin pudo ver quién era su paladín sintió aún menos interés en lanzarse de lleno a la lucha.

El khurta era más grande que aquel al que había matado en el techo de la torre de la entrada. A esa distancia era difícil distinguir sus rasgos, pero Nobul se daba cuenta de que no era bonito. Se detuvo delante de los mil hombres y gritó, allí, inmóvil, con un mazo de guerra sobre el hombro, aullando proclamas en khurta como si con eso pudiera hacer que las murallas de Steelhaven se desmoronaran.

Nobul cogió el casco y se lo puso, luego subió a las almenas tratando lo mejor que pudo de no parecer un tipo viejo y cansado. Cuando apuntó el martillo hacia el gigantesco khurta todos los ruidos se acallaron. Los dos se miraron separados por trescientos metros hasta que el khurta separó su inmenso martillo del hombro y apuntó a él también. Entonces, como si fueran uno solo, los khurtas se volvieron y se dirigieron hacia el norte.

Hubo suspiros audibles de alivio cuando lo hacían. Nobul los observó todo lo que pudo antes de descender de la muralla. Lo que menos quería era caerse. Habría sido una manera de morir realmente estúpida, después de toda su pose.

El duque Bannon le hizo un gesto de asentimiento con una sonrisa maliciosa en la cara.

—Enséñales, muchacho —dijo, antes de marcharse con los demás.

Al menos Bannon esperaba con ganas lo que se avecinaba. Y Nobul supuso que

sería bastante humillante si no se ponía a la altura de las expectativas de ese viejo. Aunque tampoco importaba tanto.

La humillación no tenía ningún valor si estabas muerto.

El sueño amenazaba con vencerlo, a pesar de la resplandeciente luz del día y del frío penetrante. Pero Río no sucumbiría. No podía. La oportunidad de escapar podía llegar desde cualquier parte y no podía estar dormido cuando lo hiciera.

¿La oportunidad de escapar? Sabes que no hay manera de huir de esto. Morirás aquí, sujeto a este marco, viendo arder la ciudad ante tus ojos. Viendo a tu reina asesinada por el elharim.

Pero a Jay aún no la habían asesinado.

Cuando se presentó en el campamento y se entregó a Amon Tugha, Río quiso aullar, gritarle que huyera, aunque no tenía dónde ir. Todo se había derrumbado a su alrededor cuando la vio arrodillarse ante Amon Tugha. Todo lo que había luchado por proteger durante tantas semanas de pronto había quedado hecho trizas. Pero Jay era valiente y él siempre lo había sabido. Que se sacrificara por una ciudad a cuyas personas prácticamente no conocía, porque ella era su reina, no era ninguna sorpresa. Él debería haber sabido que por mucho que hiciera para mantenerla a salvo, no podría protegerla de ella misma.

Solo esperaba que el rescate hubiera tenido éxito, que los caballeros que habían aparecido en medio de los khurtas hubieran logrado ponerla a resguardo. Seguramente habrían triunfado; caso contrario Amon Tugha ya habría exhibido su cadáver en medio de ese campamento de salvajes.

No, sería mejor que Río pensara en su propia escapatoria. Aunque la situación parecía casi desesperada, tal vez habría alguna manera.

Dos khurtas estaban sentados junto a los rescoldos de una hoguera, con unas pieles ceñidas cubriéndoles los hombros. Tal vez si consiguiera provocarlos le ofrecerían la oportunidad de huir. Sujeto como estaba, Río dudaba de que tuviera muchas probabilidades, pero no se le ocurría ninguna otra manera de salir de esa situación. Y ahora más que nunca debía regresar a la ciudad, estar al lado de Jay para protegerla.

Buscó con la mirada los ojos de uno de los khurtas. No hablaba su idioma y dudaba que ellos conocieran mucho del suyo. La única manera de incitarlos era mostrándose desafiante, dar a entender que no estaba vencido. Tal vez así apelaría a su barbarie.

Uno de los khurtas le devolvió la mirada con una expresión en la que su odio se manifestaba plenamente. Era evidente que se moría por desenvainar la daga que llevaba a un lado y abrirle la carne, pero de todas formas se quedó allí sentado, inmóvil. Eso desmintió todo lo que Río sabía sobre aquellos bárbaros.

—No se apartarán del fuego.

Las palabras sonaron como un susurro en el oído de Río. La voz de Amon Tugha

era inconfundible. Cómo se las había arreglado para acercarse tanto sin que Río lo presintiera era un misterio, pero de todos modos los elharim eran misteriosos por naturaleza. ¿Acaso el Padre de los Asesinos no había sido uno de ellos? Y Río había crecido junto a ese hombre. Durante todo ese tiempo supo muy poco sobre sus orígenes.

—Los khurtas son salvajes. Temerarios —continuó Amon Tugha, colocándose junto al marco al que Río estaba sujeto—. Respetan solo una cosa: la fuerza. Y obedecen al que ejerce el poder. A pesar de todas sus fallos, su salvajismo, su brutalidad, uno puede confiar en que se mantendrán leales a aquel que ha demostrado ser digno de ello. Y no hay ninguno más digno que yo.

Entonces se movió para situarse delante de Río y lo contempló. Ese hombre exudaba poder, no solo por su estatura, sino por sus modales. Era como un animal, a la vez calmado y majestuoso, pero con un toque salvaje que sugería que su ferocidad podía explotar en cualquier momento.

—Deberías entender la lealtad, asesino. Fuiste leal una vez, o eso es lo que me han hecho creer. El que llamabas Padre de los Asesinos tenía mucha fe en la devoción que sentías por él. Pero hiciste a un lado esa lealtad. Solo un hombre que ha conocido la traición, que la ha vivido, puede entender el verdadero significado de la lealtad. Tengo curiosidad... ¿Duele haber traicionado al hombre que te lo dio todo? ¿Al hombre al que llamabas «Padre»?

Río miró esos ojos dorados. A pesar de la diferencia en el aspecto vio algo del Padre de los Asesinos en el semblante del caudillo. Ambos eran fríos, indiferentes, dispuestos a sacrificar cualquier cosa y a cualquiera para lograr sus propios fines.

—No fue ningún padre para mí —respondió Río.

Amon Tugha sonrió.

—Cierto. Era un hijo de las Riverlands. Y tú su cachorro sureño. No eras nada para él, al final. Has hecho bien en traicionarlo; él solo te habría llevado a la muerte. —El elharim miró hacia el horizonte septentrional, con una expresión extrañamente nostálgica cruzándole la cara—. Crecimos juntos, él y yo. Él se convirtió en subodai de la Casa de mi madre. Ella lo expulsó años atrás, pero él siguió siendo leal. Durante un siglo, o más, mantuvo su devoción, anhelando la oportunidad de regresar con honor a las Riverlands. ¿Te imaginas cómo se sintió cuando yo le ofrecí esa oportunidad? ¿La última oportunidad de redimirse?

Río se limitó a mirarlo. Le importaban poco las esperanzas o los sueños del Padre de los Asesinos. Tampoco tenía mucho interés en la nostalgia de Amon Tugha.

El elharim volvió a mirar a Río, clavando en él sus ojos dorados.

—Pero tú, desde luego, también sabes de redención. La buscas incluso ahora. Un hombre nacido y criado para matar, reducido por el amor de una mujer. —Una sonrisa cruzó los labios de Amon Tugha—. ¿A cuántos has matado, asesino? ¿A cuántos inocentes junto a los culpables? No habrá redención para ti. La única misericordia que puedo ofrecerte es que sobrevivas lo suficiente para ver caer la

ciudad. Gobernaré estas tierras durante cien años, mucho después de que estés muerto. Y entonces, cuando haya reunido un ejército lo suficientemente fuerte, regresaré a las Riverlands para reclamar lo que es mío por derecho.

Río miró a Amon Tugha a la cara, luchando contra las cuerdas que lo sujetaban con fuerza. No podía hacer nada; no había manera de que pudiera detener a ese guerrero inmortal, incluso si hubiera estado libre. Pero sí, tal vez, una última exhibición de desafío.

—Buena suerte —dijo.

La sonrisa de Amon Tugha se hizo más ancha antes de que él se diera la vuelta.

Río oyó su risa largo rato antes de que se desvaneciera a lo lejos.

—Entonces... Eso es todo, ¿verdad?

Shirl ya le había hecho la pregunta media docena de veces y ya estaba irritando bastante a Rag.

—Sí, en efecto —respondió—. Ahora deja de darle vueltas al asunto.

—Pero...

—¿Quieres callarte, maldita sea?

Ella entendía que él pudiera tener preguntas. Comprendía que lo más probable era que él estuviera aterrado, pero no había nada que pudiera decirle para calmarlo. Aunque tranquilizar a Shirl era el menor de sus problemas. La verdad era que probablemente aquello no fuera el fin. La verdad era que Bastian descubriría que todo había salido mal. Ya sabría que la puerta no estaba abierta y que los khurtas no habían podido entrar. Sabría que sus hombres no habían regresado con la buena noticia de que habían logrado cumplir con la misión. Lo sabría en ese mismo momento, y lo más probable era que estuviera tratando de averiguar qué había fallado.

Rag debería esconderse. Debería llevar a sus muchachos a algún rincón de la ciudad a esperar que terminara el sitio, para bien o para mal. Pero con toda seguridad eso delataría su jugada. Bastian sabría sin asomo de duda que ellos habían estado implicados. No: tendría que actuar con disimulo, como lo hacía con todo lo demás.

Solo los dioses sabían cuánto tiempo podría hacerlo... Y no se lo decían.

Lo mejor es quedarte sentadita y fingir que no sabes nada. No hay nada que pueda relacionarte con lo que ha ocurrido. Bastian pensará que los Casacas Verdes se han enterado y que han matado a todos sus hombres. No hay de qué preocuparse.

Pero Rag sabía que había mucho por lo que preocuparse. Había estado antes en situaciones similares, sin embargo, y aún no la habían matado. Siempre podía mantener la boca cerrada. Era solo cuestión de lo que dijeran los otros muchachos.

Harkas y Essen estaban sentados, jugando a las cartas. El grandullón no se veía particularmente molesto por lo que había hecho, que era ocuparse de todas las muertes. Rag y Shirl y sus muchachos habían colaborado bastante, causando distracciones en la oscuridad, de modo que los hombres de Bastian habían avanzado directamente hacia la punta del acero de Harkas, pero era él quien se había encargado de los asesinatos. Había eliminado a once hombres durante la noche. Once cadáveres que había dejado allí para que alguien los encontrara a la luz de la mañana. Rag siempre le había tenido miedo a ese enorme canalla, pero jamás se le había ocurrido que fuera capaz de eso. Y ahora estaba allí sentado, con una actitud del todo normal, como si no significara nada.

Essen no había participado, pero no diría nada. Si Bastian se enteraba de que tenía conocimiento del plan de impedir que abrieran la puerta, acabaría tan muerto como

los otros. Ella estaba segura de que podía confiar en que ambos mantuvieran la boca cerrada; eran firmes, ya lo había averiguado. De hecho, habría jugado a las cartas con ellos si tuviera idea de las reglas.

Chirpy, Migs y Tidge estaban en un rincón, comiendo. Rag sabía que debía haberlos mandado a esconderse, pero ellos le rogaron que les permitiera quedarse. Ya los había abandonado una vez y de ninguna manera lo haría nuevamente. Además, habían sido su pandilla durante años. Sabía que podía confiar en que mantuvieran la boca cerrada. Podían ser niños pequeños, pero eran duros como cuero de bota y leales como perros de caza. Los preferiría a un hombre adulto.

Y también estaba Shirl.

Rag sabía que jamás conseguiría mantener la boca cerrada sobre nada. Era un cobarde y un zopenco, pero también formaba parte de su pandilla. Por mucho que quisiera librarse de él, sabía que no podía. Solo el tiempo diría si aquello sería un estúpido error.

Cuando se abrió la puerta trasera de la taberna, Rag se dio cuenta de que ese momento podría llegar antes de lo previsto.

Entraron dos hombres. No llevaban ropas oscuras, pero con solo mirarlos Rag supo que pertenecían a la pandilla de Bastian. Eran delgados, sus ojos se movían constantemente, ya fuera buscando señales de peligro o tratando de encontrar su presa. Cuando esos ojos se posaron sobre ella, supo cuál de las dos cosas era.

—¿Eres Rag? —preguntó uno de ellos.

—Sí, ¿qué pasa? —respondió Rag, aunque tenía una idea bastante precisa de la respuesta.

—Alguien quiere verte.

—Bien, tal vez esté ocupada.

No quedaría bien obedecer con demasiado entusiasmo. No quería verse como una gatita, asustada como una niña. Eso podría delatarla antes de que Bastian tuviera una oportunidad de interrogarla.

—No te lo estoy pidiendo —replicó él, dando un paso adelante en una actitud de lo más amenazadora.

Con el rabillo del ojo Rag vio que Harkas se llevaba una mano al cuchillo que tenía en el cinturón, aunque sin apartar los ojos de las cartas desplegadas en la otra. Casi sin moverse, ella abrió los dedos para que él se relajara. Se encargaría de eso; no era necesario que las cosas se pusieran desagradables.

—¿Y quién diablos lo ordena? —dijo ella, manteniendo el tono duro. No sería bueno ceder tan fácilmente.

—Bastian, estúpida perra. ¿Quién otro iba a ser?

Rag sonrió.

—Bien, ¿y por qué no lo dijisteis? Adelante, indicadme el maldito camino.

Ambos hombres parecieron relajarse un poco, aunque no apartaron los ojos de los otros muchachos. Rag vio que uno de ellos posaba una lenta mirada sobre Chirpy,

Migs y Tidge, que habían dejado de comer y se limitaban a observar la situación con cautela. Luego la hicieron salir por la puerta.

—¿Adónde la lleváis? —prorrumpió Shirl cuando salían.

Rag no respondió y tampoco lo hicieron los hombres de Bastian, aunque ella tenía una idea bastante aproximada de cuál era su destino.

La noche empezaba a caer en la calle. Hacía frío, pero eso no era todo. Sin duda los khurtas volverían, y cuando el sol desapareciera se arrojarían sobre la ciudad. Ella casi podía sentir el miedo tanto como el frío. Pero, por otra parte, tenía sus propios problemas. Mientras la llevaban por las calles casi envidió a los muchachos de las murallas. Al menos sabían lo que se les vendría encima y tendrían una oportunidad de defenderse. A ella podían clavarle una navaja en el cuello en cualquier momento y ni siquiera podría intentar huir.

Rag no tardó en darse cuenta de dónde se encontraban. Alcanzaba a ver la Capilla de los Necrófagos sobre la lejana colina, tras su cerca de bronce. La entrada de la madriguera de Bastian no estaba tan protegida como la última vez que ella había estado allí, pero, por otra parte, ¿qué sentido tenía? Los Casacas Verdes tenían otras cosas de que ocuparse como para dedicarse a perseguir a los del Gremio. Si se enteraran de que a Bastian le pagaban los khurtas, tal vez adoptarían un punto de vista diferente.

Descendieron por los túneles bajo las calles de la ciudad, seguidos del constante goteo del húmedo techo, hasta pasar a la cámara principal. Rag miró el punto en el suelo donde habían matado a Palien. Si esperaba sentir algo al volver a ver ese sitio, quedó desilusionada. El lugar donde le habían cortado la garganta a aquel hombre no le hizo sentir nada.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz se dio cuenta de que Bastian no iba a efectuar una entrada dramática como la última vez. Ya estaba sentado en las sombras, esperándola. Por lo que ella veía, parecía cansado; como si alguien lo hubiera desenterrado y le hubiera añadido una capa de piel... Aunque ella tampoco diría nada al respecto.

Permaneció en silencio. No hablaría, a menos que le dirigieran la palabra —esa clase de cosas podía hacer que la mataran—, de modo que se limitó a aguardar mientras él seguía allí sentado, observándola.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Bastian por fin—. ¿Has logrado descansar después de haber entregado mi mensaje? Te veo mucho menos chamuscada que la última vez.

¿De qué iba todo eso? Desde cuándo a Bastian le importaba el bienestar de alguien?

—Me encuentro bien —contestó ella, echando una rápida mirada a su alrededor por si aquello era un chiste al que le faltara el remate. Pero nadie se rio.

—Bien. —Bastian se incorporó y dio unos pasos hacia la luz. Sus oscuros ojos brillaron un poco a la luz de las antorchas, como tinta flotando en agua. En una

ocasión ella había visto un tiburón muerto en el muelle y la escena se lo recordó demasiado—. ¿Has tenido una velada agradable?

Aquello se ponía raro. Seguramente él ya lo sabía. Seguramente estaría haciéndola sentirse cómoda para que luego fuera mucho peor cuando le clavara algo afilado.

—Ha estado bien —respondió ella, preguntándose de qué dirección saldría el metal puntiagudo.

—Me alegro. Ahora pregúntame tú.

—¿Qué?

Él se volvió hacia ella y bajó la voz.

—He dicho que me preguntes sobre mi velada.

Rag se preparó.

—¿Qué tal ha sido tu velada?

Ella sabía exactamente cómo debía de haber sido su velada y también lo que se avecinaba. Tensó los hombros, esperando la arenga, pero esta no se produjo.

—Te diré algo —continuó él en tono casual—. Ha sido una desilusión, en cierto modo. Un desastre, podría decirse. Parece que los Casacas Verdes estaban un poco más alertas de lo que me habría gustado y mis planes de abrir la Puerta de Lych quedaron en nada. Cómo imaginarás, eso me saca un poco de quicio.

—Lo imagino —replicó Rag. Las palabras salieron solas; ella no tenía pensado decirlas. Pero él la ponía tan nerviosa...

—¿Puedes? —le preguntó él—. ¿Imaginas lo fuera de quicio que estoy?

Rag lo contempló, tratando de poner su mejor cara de «cachorrito perdido». Sabía que era inútil. Ella le importaba un bledo a él, y tampoco le interesaban especialmente los cachorritos. Probó, en cambio, negar con la cabeza.

—No, no tienes idea. —Su rostro adoptó una expresión severa y él le clavó aquellos ojos de tiburón—. He perdido un montón de hombres. Tampoco he abierto la puerta, de modo que, en resumidas cuentas, he traicionado al hombre que viene a arrasar esta ciudad con todos los que estén dentro. Y esa es la razón por la que hay que abrir la puerta, a toda costa. —La miró como si ella fuera alguna clase de sabroso bocado—. Y de eso te encargarás tú.

Ella tardó unos segundos en procesarlo.

—¿Que yo qué? —dijo.

—Eres astuta. Cuentas con recursos. No tienes fuerza pero no creo que la necesites.

—Pero ¿cómo se supone que yo...?

Bastian se acercó a ella.

—Pensarás en algo, ¿verdad?

Rag le devolvió la mirada. Por un momento quiso estallar en lágrimas. En cambio, dibujó en su cara la sonrisa más grande que pudo.

—Desde luego —respondió—. Déjame a mí.

Waylian permaneció en silencio detrás de su señora mientras ella miraba por la ventana de la Torre de los Magistrados. El vitral estaba roto en el punto en que un proyectil lanzado desde una catapulta khurta había acertado en la parte inferior de la torre. El dibujo seguía en su sitio, encuadrado por el marco de plomo, pero la imagen en sí misma, que retrataba a un archimaestro de antaño cuyo nombre Waylian desconocía, estaba torcida de manera poco elegante y daba la impresión de que al hombre lo habían partido por la mitad.

La magistrada Gelredida siguió observando mientras los cielos se oscurecían. Todavía faltaba un poco para el anochecer, pero un velo de nubes negras proyectaba su sombra sobre la ciudad, acercándose desde el mar Midral como una marea que cubriera el cielo.

Waylian no se atrevía a interrumpirla. Ella seguía allí, como si montara guardia. Tenía tantas preguntas, quería saber qué podía hacer para colaborar, pero no podía encontrar la manera de formularlas. Si ella tuviera alguna última tarea para él, ya se la habría dado. Parecía que todas las esperanzas se habían desvanecido.

Los aprendices de Drennan estaban vencidos; la mitad de ellos había muerto. A los veteranos de Crannock les había ido peor y solo había sobrevivido un puñado de ellos. Los Caballeros Cuervo de Lucen Kalvor habían recibido una buena paliza, pero muchos seguían resueltos a proteger a sus pupilos hasta el final, para lo que les sirviera.

—La ciudad está prácticamente perdida —dijo Gelredida, poniendo voz a los pensamientos de Waylian—. Las cosas se van a poner mucho peor. Lo más probable es que en el próximo ataque los khurtas logren penetrar en la muralla. Si no esta noche, entonces la próxima.

Ella nunca había sonado tan derrotista como en ese momento y Waylian tuvo que admitir que ello lo preocupaba.

—Pero, magistrada, debe de haber algo que podamos hacer. ¿No tenéis alguna tarea para darme?

Gelredida se volvió y Waylian vio que sonreía. Eso casi bastó para hacerlo caerse de culo.

—Podría pedirte cualquier cosa, ¿no? El leal Waylian Grimm. Esa es una de tus virtudes. Siempre has sido digno de confianza y yo no contaría con nadie más que tú. —Se acercó a él y le puso una mano enguantada en el hombro. Jamás lo había tocado antes y eso lo hizo sentir extrañamente tranquilizado... Hasta que la cara de ella se volvió severa—. Ten cuidado de a quién ofreces tu lealtad, Waylian. Si por algún milagro sobrevives a esto, no debes confiar en nadie. Probablemente no queden miembros de la Casta que puedan ofrecerte resguardo o consejo. Si las murallas caen,

si Amon Tugha se sale con la suya, estarás solo. Codiciarán tus poderes. Tal vez tu misma alma. Cuida de ti mismo, Waylian Grimm, y conviértete en el hombre que siempre has estado destinado a ser.

Ella le hablaba como si no fuera a estar allí. Como si él ya no siguiera siendo su aprendiz. Eso lo asustó un poco y le hizo formularse todavía más preguntas para las que no habría respuesta, pero lo único que pudo hacer fue asentir con un gesto.

Ella lo contempló un momento más y Waylian se esforzó por descifrar qué le pasaría por la mente. ¿Estaría preocupada por él? ¿Era una muestra de compasión? Desde luego que jamás había manifestado algo similar antes. Lo único que había hecho era ponerlo en peligro. Era un poco tarde para preocuparse ahora, cuando la ciudad estaba a punto de caer y todos serían masacrados.

—¿Ahora qué, magistrada? —preguntó él, desesperado por desviar su atención.

—Ahora hacemos lo que hay que hacer —respondió ella—. La única alternativa que nos queda.

Gelredida se volvió y se dirigió hacia la puerta. Waylian no necesitó que se lo pidieran; sabía que debía seguirla a donde fuera.

Descendieron por la torre hasta el vestíbulo de la entrada a las catacumbas que se encontraban debajo de los cimientos del edificio. Pasaron junto a las celdas donde Waylian había presenciado cómo Gelredida había torturado a un hombre hasta la muerte con sus propias manos. El frío del lugar le hizo estremecerse de repente, ¿o sería el recuerdo? En cualquier caso, aferró las mangas de la túnica y se la apretó con más fuerza a su alrededor, como una capa.

Gelredida siguió descendiendo por la torre, llegando a lugares más profundos que en los que Waylian había estado antes. Apenas podía encontrar dónde apoyar el pie con esa luz tan débil, y trató desesperadamente de no tropezar en la resbaladiza escalera y chocar contra su señora. Cuanto más descendían, más parecía aumentar la presencia de los Caballeros Cuervo. Dos en la entrada del pasillo, otros dos en la antecámara, otros dos montando guardia ante la puerta que daba a una hilera de celdas.

Waylian se preguntó qué podría haber en aquellas celdas que causara tanta inquietud. ¿A quién podrían estar vigilando que requiriera la presencia de seis Caballeros Cuervo, hombres que habrían sido tan necesarios en la muralla protegiendo a los otros magistrados del imparable enemigo?

Cuando siguió a Gelredida por las puertas y bajó por otro pasillo, vio que todas las celdas estaban vacías. Contó diecinueve, hasta que llegaron a la última. A la mortecina luz de las antorchas era poco lo que Waylian podía ver de su interior. Siguió mirando, los ojos se acostumbraron lentamente a la penumbra, y notó que había un cuerpo solitario tumbado en un camastro en un sombrío rincón. El lugar hedía a humedad, podredumbre y pis y Waylian tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar.

—Es hora —dijo Gelredida, con una voz severa, cuando se puso a su lado junto a

la celda.

Al principio el cuerpo del camastro no se movió y Waylian se preguntó si ella no estaría hablando con un cadáver. Tal vez la presión de proteger esa maldita ciudad le había hecho perder la cabeza, finalmente. Tal vez su último y enloquecido intento de rescatar a todas las almas de Steelhaven era clamar a un esqueleto en putrefacción.

Entonces el cuerpo se movió.

Waylian miró en la penumbra cómo la figura se sentaba y se desperezaba, con el pelo oscuro y lacio cubriéndole la cara. Entonces la alborotada silueta se puso de pie y dio unos lentos pasos hacia ellos. Había algo en su manera de andar que Waylian reconoció, pero no lograba ubicarlo. Cuando la figura llegó a los barrotes se cubrió los ojos con una mano para protegerlos del resplandor de la antorcha, enmascarando sus rasgos.

Entonces Waylian lo vio sonreír tras una mata de barba oscura y rala.

—Hola, Grimm. Ha pasado bastante tiempo...

Waylian se sintió aterrorizado cuando oyó el sonido de esa voz. Era una voz que jamás habría querido volver a oír. Lo llenaba de pavor. De recuerdos de dolor y de muerte.

No puede ser. Está muerto. Tú lo mataste, maldita sea.

La figura movió la mano, apretó la cara contra los barrotes y mantuvo esa sonrisa amable y amistosa. Seguía siendo apuesto, a pesar de la mata de pelo y barba.

Seguía siendo Rembram Thule.

Janessa no había pronunciado palabra desde que Kaira la había llevado de vuelta al palacio. Se limitó a quedarse sentada en su cámara, mirando al norte de la ciudad, más allá de la muralla, hacia donde se encontraba el ejército de Amon Tugha.

Kaira no tenía idea de qué decir. Su obligación era proteger a la reina y había estado a punto de fracasar en más de una ocasión. Tampoco es que Janessa se lo pusiera fácil. Era imposible echarle la culpa a Kaira si Janessa le entregaba la garganta al enemigo, pero no era la culpa lo que la preocupaba. Se había encariñado con esa muchacha. Había llegado a amarla, incluso. La habían arrojado al trono, le habían impuesto el papel de reina guerrera cuando no era más que una niña. Con razón estaba dispuesta a sacrificarlo todo para salvar la ciudad. Kaira no podía decir que no habría hecho lo mismo de estar en la posición de la reina.

—He fracasado —declaró Janessa en voz baja.

Kaira se movió a su lado y posó la mano sobre el hombro de la muchacha.

—No es así. Seguí con vida. La ciudad todavía está en pie. Mientras respiréis habrá esperanza.

Janessa negó con la cabeza.

—Él vendrá y destruirá la ciudad. Deberías haberme dejado morir.

Kaira cogió a Janessa de los brazos y la obligó a incorporarse.

—No —dijo, mirándola a los ojos—. Sois una reina. Sois más fuerte que esto. Habéis sobrevivido a cosas peores; todos los intentos de asesinaros han fracasado.

—¿Y cuántos han muerto para protegerme? —preguntó Janessa. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Kaira no sabía si tenerle lástima o si sentirse alentada por el repentino fervor que surgía del interior de la muchacha—. ¿Cuántos más morirán antes de la victoria de Amon Tugha?

—Cientos —contestó Kaira—. Miles, tal vez. Pero morirán de pie, desafiándolo. No se arrodillarán ni se ofrecerán como ovejas en el matadero.

Janessa bajó la mirada hacia el suelo y Kaira notó su vergüenza.

—No soy lo bastante fuerte. No puedo vencerlo.

—Sola no. —Kaira le levantó el mentón—. Pero no estáis sola. Sois la comandante de un ejército leal. Seguí siendo la reina de todos los Estados Libres. Y la autocompasión no os sienta bien.

Janessa asintió.

—Lo sé, tienes razón. —Se limpió el rabillo del ojo—. He estado a punto de destruirlo todo. De entregarle en bandeja la victoria a Amon Tugha. Tengo que reparar lo que he hecho.

Kaira sonrió.

—Vuestro único error fue la ingenuidad. Confiar en la palabra de un hombre sin

honor. Pero lo repararéis.

—Lo haré —confirmó Janessa—. Y lo haré ahora. ¿Mi espada? ¿Mi armadura?

—Haré que os las traigan de inmediato, majestad.

Le dedicó una última sonrisa a Janessa antes de salir de su cámara. El repentino fuego de la muchacha alentaba a Kaira, pero por otra parte no significaba que saldrían vencedoras. Era muy posible que Janessa estuviera en lo cierto respecto de no ser capaz de derrotar a Amon Tugha, pero había cosas peores que la derrota. Y eso Kaira lo sabía demasiado bien. Solo esperaba que Vorena les conservara la fuerza cuando llegara la batalla definitiva.

Kaira no había llegado al final del pasillo que salía de la cámara de Janessa cuando vio al senescal Rogan aguardando pacientemente. Él sonrió cuando la vio y avanzó un paso.

—Confío en que la reina se encuentre bien después de la... noche movida —dijo.

¿Cómo podría saberlo tan pronto? Pero claro, él siempre lo supo. Tenía ojos y oídos en todas partes, dentro y fuera de palacio.

—Se encuentra completamente bien —respondió Kaira—. Y ansiosa por volver a incorporarse a la lucha.

—Qué alivio. La ciudad la necesita ahora más que nunca.

—Y ella cumplirá como lo haría cualquier reina.

—Estoy seguro de ello. Confío en que tengáis bastantes hombres para mantenerla a salvo, ¿verdad? Si precisarais más, dispongo de servidores de la Inquisición que estarían más que felices de sumarse a su séquito.

Rogan sonaba verdaderamente preocupado y por un momento Kaira sopesó su oferta. Janessa había estado en peligro bastantes veces y más estaría mientras se mantuviera el sitio. Tal vez la ayuda de Rogan era lo que necesitaba.

Pero no. Era deber de Kaira y de los Centinelas mantener protegida a la reina. Solo podía confiarse en ellos. El lord Leon Magrida lo había probado más allá de toda duda.

Kaira negó con la cabeza.

—Tenemos más que suficientes, senescal. Pero se agradece vuestra preocupación. Él inclinó la cabeza.

—Vivo para servir a la Corona.

—Igual que yo —replicó ella.

Kaira avanzó por el palacio y en el camino ordenó a un auxiliar que hiciera llegar la armadura de la reina a sus aposentos. La *Helsbayn* estaba bajo llave en su vestíbulo y Kaira no confiaría en ninguna otra persona para llevar a la reina su sagrada espada de mando.

Mientras caminaba por un pasillo vacío hacia la gran sala, Kaira supo con seguridad que había oído a alguien hablando entre dientes. Se detuvo, alerta ante cualquier peligro. Tal vez estaba siendo cautelosa en exceso, pero lo que había ocurrido durante los últimos días y el inherente riesgo que corría la reina la hacían

tener siempre los nervios de punta. Oyó más balbuceos, esta vez en el mismo pasillo, acompañados de un tintineo metálico. ¿Cadenas, tal vez?

Kaira desenvainó lentamente su espada y avanzó por el pasadizo, siguiendo el sonido. Este se volvía más fuerte, más frenético y a cada paso que daba, Kaira temía lo peor. ¿Otro asesino dentro de los muros de Skyhelm? ¿Cuántos más antes de que aquello acabara?

Se asomó por la esquina. Un pasillo adyacente se extendía hacia la oscuridad, pero había una puerta abierta que daba a una gran sala. La voz ya era audible, aunque en tonos apagados. Kaira no distinguía ninguna de las palabras, eran murmullos, como si los pronunciara algún loco. Ella esperó, aferrando la espada con fuerza, sintiendo su peso, lista para atacar.

Con un ruido metálico apareció el canciller Durket saliendo de la sala. Llevaba un gran saco de piel en cada hombro, resoplando bajo su peso mientras avanzaba con dificultad por el pasillo. Cuando se acercó lo suficiente Kaira salió de su escondite y él se paralizó, abriendo mucho los ojos.

—¿Canciller? —dijo Kaira.

—Eh... ¿Sí? —respondió él.

—¿Vais a alguna parte? —Durket negó sacudiendo vigorosamente la cabeza. Kaira intuyó que ese gesto tal vez no era del todo honesto—. ¿Qué lleváis allí?

—Nada —contestó Durket—. Quiero decir... Nada que deba preocuparos. —Frunció el ceño en un gesto de irritación—. Ahora, apartaos del camino. Tengo asuntos de la Corona de los que ocuparme.

Kaira no se movió y él la miró haciendo lo posible por mostrarse desafiante, pero ante el gesto severo de Kaira tenía pocas posibilidades de lograrlo.

—Repetiré la pregunta: ¿qué lleváis allí? —insistió ella.

Durket se limitó a mirarla, sin querer o sin poder moverse. La paciencia de Kaira ya se había agotado lo suficiente.

Su espada relampagueó y abrió un tajo en forma de sonrisa en el cuero de uno de los sacos. Se derramó un río de coronas de oro que rebotaron en las baldosas del suelo, haciendo que el sonido de la culpabilidad de Durket resonase con un eco en todo el pasillo.

Kaira extendió el brazo, cogió a Durket por la garganta y lo empujó contra la pared.

—Ladrón. —Escupió—. Creíais que podríais abandonar este lugar y a vuestra reina justo cuando más lo necesitan. ¿Pensabais escapar con el oro que quedaba en las arcas del palacio?

Durket sollozó, negando con la cabeza.

—No soy yo —dijo—. No soy yo. No soy yo.

De pronto Kaira se compadeció de aquel hombre. Era probable que todos murieran y no había duda de que Durket no era ningún guerrero. Era débil y temeroso, pero lo mismo podía decirse de media ciudad.

Cuando lo soltó, Durket se deslizó por la pared. Las lágrimas le manaban de los ojos al tiempo que repetía «No soy yo» una y otra vez desde sus labios húmedos. Ella lo hundió con la mirada, viéndolo allí sentado en medio del oro robado, preguntándose qué hacer, hasta que de pronto él interrumpió sus sollozos y la miró.

—¿Lo oís? —preguntó.

Kaira se planteó si el miedo le habría hecho perder la chaveta.

—No oigo nada —respondió.

—Yo lo oigo todo el tiempo. Esa voz en mi cabeza. Me habla en la oscuridad. Cada noche desde que...

—¿Desde cuándo? —inquirió ella, aunque no sabía para qué querría descifrar los desvaríos de un hombre sumido en el terror.

—Desde que él vino a llevársela. Desde que matasteis a sus hombres y la reina le arrancó la cabeza. Lo oigo.

—¿A quién? —exigió saber Kaira. Si tenía que admitirlo, las divagaciones de Durket comenzaban a ponerla nerviosa—. ¿A Azai Dravos? Está muerto, ya no está. Lo único que oís son vuestros sueños febriles.

Entonces Durket rio. Rio hasta que las lágrimas de los ojos y la saliva de la boca fluyeron libremente.

—No —repuso cuando recuperó el aliento—. Sé que está muerto. Es la voz de su amo lo que oigo. La voz de Horas. Viene a buscarme por las noches. Me llama.

Kaira envainó la espada. Era obvio que Durket se había vuelto loco, pero también era evidente que él representaba poco peligro, salvo para las arcas del palacio. Extendió la mano y lo obligó a incorporarse.

—Abandonad el palacio —dijo. Durket la miró sin entender con ojos enrojecidos—. Dejad el palacio y no regreséis jamás. Si os vuelvo a ver, el tal Horas será el menor de vuestros problemas.

Durket asintió vigorosamente, luego sonrió.

—Sí —susurró, antes de marcharse a tientas por el pasillo.

Kaira lo vio marcharse, preguntándose si no sería Durket el afortunado. Amon Tugha ya estaba casi dentro de la ciudad. Sin duda la locura acababa de empezar.

Habían quemado los cuerpos de Kazul y Akkula en una pira que ardió refulgente contra las ominosas nubes negras del cielo. Regulus había pronunciado las palabras lo mejor que había podido, pero cómo había echado de menos a Leandran y su sabiduría. Cómo había anhelado encontrar las palabras correctas para los hombres que él había hecho ir al norte y que habían muerto por él. Regulus sabía que no podía lamentarse demasiado tiempo al respecto. Ellos sabían por qué luchaban. Sí, lo habían seguido por lealtad, pero también habían combatido por su propia gloria.

Habían formado una pira alta, pero también lo eran las otras piras adyacentes. Piras para los cadáveres de los enemigos, piras para los centenares de hombres de las Tierras Frías que habían muerto combatiendo junto a los zatani. El hedor flotaba sobre la ciudad, cubriendo Steelhaven con la fetidez de la carne quemada. Regulus sintió una punzada de vergüenza cuando se dio cuenta de que ese olor le causaba ruidos en el estómago. Se consoló con el hecho de que tendría bastante tiempo para saciarse, ya fuera cuando derrotaran a esos khurtas o cuando muriera y regresara a la tierra bajo la forma de un guerrero renacido.

Por ahora tenía que pensar en vengar a sus caídos. Las normas indicaban que tendría que haber un sacrificio tanto para Kazul como para Akkula. Regulus juró que correrían ríos de sangre por su pérdida. Casi no podía esperar al siguiente asalto.

La noche ya caía. No faltaría mucho. Alcanzaba a ver al enemigo reuniéndose en el norte y a percibir la inquietud que recorría la muralla, con los hombres de las Tierras Frías preparándose para la que tal vez fuera la batalla definitiva. Regulus no sentía inquietud, solo expectación. O bien moriría allí o su nombre sería recordado en todas las Tierras Frías y más allá. Los de las Tribus sin Zarpas hablarían de sus hazañas durante siglos. Solo esperaba que esas noticias llegaran lo bastante al sur para que Faro las oyera. Que Faro supiera que Regulus Gor aún estaba con vida. Que Faro le temiera a él y a su reputación antes de que él regresara a Equ'un para reclamar su derecho de cuna.

Janto estaba sentado a unos metros de distancia, pasando una piedra de afilar por el borde de una de sus hachas. El tintineo metálico era lo único que rompía el silencio intranquilo. Era irónico que de todos los guerreros que había llevado al norte, Janto Sho fuera el último en permanecer a su lado. De todos los zatani con los que había combatido, este era el único que podría volverse en su contra. Y ahora más que nunca, ya que su deuda de vida estaba saldada. Janto había salvado a Regulus de la guerrera de ojos dorados; ahora no se debían nada. Habían vuelto a ser iguales, y de tribus rivales, nada menos. No había forma de saber qué haría Janto a continuación.

Regulus se acercó y se colocó a su lado, escuchando durante un momento el zumbido de la piedra de afilar sobre el acero.

—No hay nada que te retenga aquí —dijo cuando estuvo claro que Janto no se detendría—. No es necesario que te arriesgues más.

Janto permaneció en silencio, sin dejar de afilar su hacha. Regulus esperó hasta que por fin cesó el zumbido y Janto contempló la ciudad con gesto pensativo, considerando su respuesta.

—¿Crees que eres el único que tiene algo que probar, gor'tana? ¿Crees que eres el único que aspira a la gloria?

—Tal vez encontremos poca gloria. Tal vez solo muerte.

Janto lanzó una carcajada.

—No hay gloria sin muerte. Al arriesgar la vida por esta ciudad, al destruir a sus enemigos por decenas, nos convertiremos en leyenda. Creo que estoy en el lugar justo para ello. Habrá suficientes enemigos para construirme una reputación. Una pila de cráneos sobre la que pueda gritar mi nombre por todos los continentes.

—¿Y cuando no queden enemigos a los que combatir? ¿Volverás esas hachas contra mí? —Regulus dio un paso hacia atrás, manteniendo la mano cerca de su propio acero negro.

Janto se limitó a sonreír y a contemplar a Regulus con sus ojos azules.

—Cortarte la cabeza sería verdaderamente glorioso; no fingiré no haber pensado en ello. Pero mira a tu alrededor. Estos hombres de las Tierras Frías han intentado matarnos una vez y aun así acudimos al norte para combatir a su lado. Cuando hayamos derrotado a sus enemigos tú serás el único que quede para guardarme las espaldas. Sería un necio si te matara ahora.

Regulus le devolvió la mirada.

—Serías un necio si lo intentaras —dijo.

Janto sonrió, sosteniéndole la mirada, sin dar señal alguna de debilidad.

—Tal vez ni siquiera importe. Quién sabe, tal vez hay un guerrero que nos pueda derrotar a los dos. Entonces jamás sabremos quién de nosotros es el más grande.

—Tal vez sí exista ese guerrero —respondió Regulus, mirando hacia el norte. Desenvainó la espada y Janto rápidamente levantó sus propias hachas—. Si lo hay, creo que estamos a punto de averiguarlo.

Señaló hacia el norte y Janto se volvió para mirar.

Los khurtas se habían puesto en movimiento nuevamente.

Vinieron gritando por la llanura y de pronto el dolor que había sentido en los últimos días desapareció. Nobul los miró desde lo alto, cogiendo el martillo, estrujándolo como si fuera un paño, rechinando los dientes por la ansiedad.

Debería haber estado en la puerta, por más rota e inútil que estuviera. Hacia allí se dirigían; allí la lucha sería más intensa. Pero ya había suficientes hombres en ese sitio. La Guardia del Guiverno, los Caballeros de la Sangre, los abanderados de Steelhaven y de Valdor y de Dredun, todos lado a lado, una pared de acero contra la que los khurtas chocarían. Nobul no tenía indumentaria de acero; solo era carne y un casco negro. Allí abajo sería más un obstáculo que una ayuda, así que se quedó sobre la muralla y esperó. Seguramente habría bastantes combates para todos. La mayoría de las torres de asalto de los khurtas estaban magulladas y destruidas, el ariete que habían usado estaba hecho trizas, pero todavía tenían suficientes escaleras para subir por la muralla. Nobul las veía en la noche, con cien khurtas cargando cada una.

Las flechas empezaron a volar mientras observaba y se agachó para evitar el diluvio. Hake, que se había situado a su lado como hacía últimamente, no se movió un centímetro. Mientras el resto de los muchachos se encogían bajo la andanada, el viejo dio un paso y lanzó un escupitajo por encima del borde de la muralla, riendo para sus adentros.

—Eres un viejo y demente canalla, ¿lo sabes? —dijo Nobul.

Hake no respondió. Se limitó a guiñarle un ojo.

Una escalera golpeó la muralla un poco más abajo. Nobul sintió deseos de acercarse y esperar a que el primer khurta asomase la cabeza por encima de las almenas, pero se resistió.

Habrá bastante para todos, Nobul Jacks. Ten paciencia.

Y como era de esperar, dos escaleras más chocaron contra el borde de la muralla. Nobul miró hacia ambos lados de la pasarela, preguntándose si quedarían suficientes hombres. Preguntándose si ese sería el momento en que los conquistarían.

No mientras el maldito Casco Negro estuviera allí.

Apareció la primera cabeza. Nobul le propinó un martillazo y el khurta cayó en silencio. Apareció una segunda, levantando un escudo. Esta vez Nobul le cayó encima como si estuviera martillando acero en el yunque. El khurta logró aguantar más tiempo del que a Nobul le habría gustado. Mientras tanto otras escaleras golpeaban la muralla —en total una docena— y al mismo tiempo volaban más flechas por encima.

Más allá se oían los gritos de los muchachos. En el lado occidental de la Puerta de Piedra, una roca arrancó la parte superior de las almenas. Se oyeron más alaridos por encima de los golpes de su martillo contra el escudo. Finalmente el khurta se quedó

sin fuerzas y cayó hacia atrás. Gritó hasta que se estampó contra la base de la muralla.

Algo rozó el casco de Nobul cuando dio un paso atrás, esperando que se presentara el siguiente khurta. Tardó un instante en darse cuenta de que estaba lloviendo, al principio unas pocas gotas, luego más, grandes y gordas, que salpicaban por todas partes. El sonido en el casco era tremendo y por un momento pensó en quitárselo, cuando otro khurta mostró la cara. Antes de que Nobul pudiera golpearlo y hacerlo caer al otro lado de la muralla, apareció uno más gritando desde la izquierda. Apenas tuvo tiempo de levantar el martillo para desviar la hoja curva de ese miserable. Las armas chocaron entre sí con un sonido metálico y Nobul apretó los muslos para resistir el ataque del khurta.

Hake apareció desde un lado y le hundió la espada en las costillas al khurta. Este gritó y saltó hacia atrás para desplomarse contra las almenas, gimiendo mientras la lluvia lo empapaba.

—Retrocede —dijo Nobul, empujando a Hake tras él al tiempo que se volvía para enfrentar a los otros khurtas que subían por la muralla. Ambos se echaron hacia atrás cuando aparecieron tres enemigos más.

—Tú coge a los dos de la izquierda —ordenó Hake—. Yo me ocupo del gilipollas grandullón de la derecha.

—¿Por qué a mí me tocan dos? —se quejó Nobul, aunque estaba feliz con el trato.

Antes de que Hake pudiera responder, la pared que tenían delante estalló.

Nobul sintió un momento de ingravidez, luego algo lo golpeó con fuerza en la espalda.

Parpadeó una, dos veces, sintiendo la fuerte lluvia que le salpicaba la cara. Su casco había ido a parar a alguna parte, su martillo a otra. Cuando intentó incorporarse gimió a causa del dolor, pero no lograría mantenerlo agachado, nada lo haría. En el sitio en que instantes antes estaban él y Hake juntos, se había formado un inmenso hueco en la pasarela y el agua de lluvia empezaba a caer por la abertura.

—¿¡Hake?! —gritó Nobul. Todavía oía a otros hombres que luchaban en otras secciones de la muralla, pero en esa oscuridad y con toda la lluvia y el humo no veía nada.

—Aquí. —Llegó la respuesta en la noche.

Nobul avanzó trastabillando hacia el sonido y encontró a Hake sentado sobre una pila de escombros. Tenía un corte sobre un ojo, pero por lo demás se lo veía bien.

—¿Cómo te encuentras, viejo? —preguntó Nobul, al tiempo que lo ayudaba a ponerse de pie.

—Todavía respiro —respondió, y miró a Nobul—. Pero tú no te ves muy bien.

Nobul levantó la mano y sintió un ardor cuando se tocó la nariz. Le dolía. El dedo volvió cubierto de sangre.

—¿Parece rota? —preguntó.

—Sigues siendo muy feo, si eso es lo que preguntas.

Nobul miró a Hake durante un segundo, con ganas de reír. Con ganas de palmearse las rodillas y gritar desde el fondo de los pulmones. Pero antes de tener la oportunidad de hacerlo oyó alaridos desde otra parte de la muralla.

Hake le devolvió la mirada.

—Eso no suena nada bien.

—No, en efecto —convino Nobul y miró a su alrededor en busca de su martillo. Entre todos aquellos escombros, podía estar en cualquier parte.

Más arriba, por entre la lluvia y las tinieblas, vio que se acercaban unas siluetas y dudó de que pudiera resistir mucho si tenía que hacerles frente con un pedazo de mampostería rota.

—Ten —dijo Hake. Nobul levantó la mirada justo cuando el viejo le arrojaba el martillo. Nobul sintió un gran alivio cuando lo atrapó y su tranquilizador peso le llenó la mano—. Ahora ve a matar algo.

Nobul no necesitó más estímulo. Estaba más que contento de hacerlo. Sus botas chapotearon en los charcos que se habían formado en la pasarela y la lluvia le lavó la sangre de la cara. Tenía las manos frías, pero sabía que pronto se calentarían. El primer khurta le lanzó un gruñido cuando apareció entre la lluvia, pero el martillo de Nobul le borró la mueca de la cara. Balanceó el martillo de un lado para otro. Todas las molestias habían desaparecido, lavadas por el aguacero, y cada golpe era como una bofetada húmeda que derrumbaba a los khurtas.

Hake estaba detrás de él. El viejo ladino cabrón lanzaba estocadas aquí y allá, pero más que nada se aseguraba de no interponerse en su camino. No sería nada bueno interponerse entre Nobul Jacks y el objeto de su furia.

El balanceo se interrumpió con un rugido, pero no proveniente de sus labios. Procedía de más adelante en la muralla, un grito salvaje; Nobul no conseguía distinguir si pertenecía a un hombre o a un animal. Los khurtas que quedaban retrocedieron, sin apartar los ojos de él, pero moviéndose lo más rápido que podían.

Nobul se quedó mirando, preguntándose qué demonios habría desencadenado Amon Tugha sobre la ciudad mientras el mal tiempo seguía castigándolo, empapándole la piel. Hake seguía a su lado, con la lluvia goteándole por el casco y chorreándole por la barba. Si tenía algún consejo no estaba muy dispuesto a compartirlo.

Salió una bestia de la penumbra. Nobul reconoció la silueta y apretó el martillo con más fuerza. La reconoció del día antes, de cuando los khurtas se habían congregado en la llanura para entonar el desafío de guerra. Un desafío que Nobul había aceptado. Su líder había parecido bastante temible a la distancia, y de cerca hasta el propio Nobul sintió la mordedura del miedo. Si eso había sido alguna vez un hombre, ya no lo era. Debía de medir más de dos metros diez y su rostro estaba cubierto de cicatrices tan espantosas que Nobul alcanzó a ver sus dientes afilados. Tenía anillos y cadenas y toda clase de cosas clavadas en la piel y hasta los ojos

tenían un aspecto animal.

Sobre el hombro llevaba el martillo más grande que Nobul había visto y la mano con que cogía el mango tenía el tamaño de una dovela. El engendro bramó por los orificios nasales destrozados, lanzando vapor y espuma a la noche lluviosa.

Nobul había estado cerca en más ocasiones de las que quería recordar, pero en ese momento supo, sin lugar a dudas, que iba a morir.

La cara retorcida se dobló en lo que Nobul supuso que era una sonrisa. La criatura alzó el martillo, lo cogió con las dos manos y le hizo a Nobul el gesto de que se acercara.

Nobul avanzó un paso.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —susurró Hake torciendo la boca—. Ese martillo parece bastante contundente. Hace que el tuyo se vea como un badajo.

Nobul echó un vistazo a su propio martillo y luego lo comparó con el que cargaba la bestia.

—No importa lo grande que sea. Es lo que haces con él —respondió, antes de avanzar para enfrentarse a su fin.

La sonrisa del gigante se hizo más ancha, la piel de su rostro se contorsionó, dejando al descubierto más dientes entre mejillas laceradas. Tenía los ojos muy abiertos, negros como su alma, pero a Nobul no le importaba nada de eso. Ya había contemplado los infiernos antes. No le daban miedo.

Nobul se lanzó hacia delante mientras que la bestia alzaba bien alto su martillo. En el último segundo se hizo a un lado, balanceando su propio martillo con una sola mano al tiempo que la inmensa maza de guerra caía. La maza hizo astillas la pasarela justo cuando el martillo de Nobul impactaba en las costillas de la bestia. Había sido un golpe sólido, que hizo que el gigante lanzara un gruñido, pero nada más. Su propio martillo subió rápido y Nobul tuvo que agacharse para evitar que le hundiera la cabeza.

Otro balanceo y los martillos chocaron. Nobul sintió el poderoso impacto en las articulaciones de los hombros y apretó los dientes para soportarlo, mientras sus músculos aullaban de dolor y toda la presión iba a parar a la espalda. El gigantesco khurta mantuvo su mueca, inclinó la cabeza hacia delante e hizo rechinar los dientes. Nobul soltó el martillo con una mano y golpeó al monstruo en la mandíbula. Era como darle a un yunque, pero bastó para desequilibrar a la bestia.

Siguió atacando, volviendo a balancear, y logró acertarle en hombro, pero el caudillo khurta no se inmutó y levantó su inmenso martillo con una sola mano y lo hizo caer nuevamente. Nobul se volvió justo a tiempo y sintió que el suelo temblaba bajo sus pies con el golpe de la maza.

Antes de que la bestia pudiera volver a levantarlo, Nobul clavó el pie en la cabeza de la maza, apretándola con todo su peso, al tiempo que lanzaba un golpe con la culata de su propio martillo, que chocó contra la boca expuesta de la bestia: le destrozó los dientes frontales y le hizo sangrar profusamente. El khurta soltó su

martillo y cogió a Nobul de la muñeca. Su agarre era tremendo y Nobul sintió que estaba triturando sus huesos y tendones. No pudo reprimir un grito de dolor cuando la bestia lo obligó a soltar su martillo.

El khurta rugió e intentó morderle la cara, pero Nobul extendió la mano libre, le metió el pulgar en la boca, agarró la piel de las mejillas y la apartó. Tiró con toda la fuerza que le quedaba, apretando la mejilla desgarrada en el puño y sintiendo cómo se desgarraba.

Otro rugido, esta vez de dolor, y Nobul salió volando por la pasarela, hasta que su cabeza chocó contra un bloque de piedra. Lo único que alcanzaba a oír eran las estruendosas pisadas de la bestia que iba a buscarlo y sacudió la cabeza desesperadamente para despejarla. Levantó la mirada justo a tiempo para ver dos enormes manos que caían sobre él.

Trató de rodar hacia un lado con desesperación, deslizándose a gatas por la pasarela empapada. Sabía lo estúpido que se vería, pero nada de eso tenía importancia. Divisó la inmensa maza en el suelo, se acercó y con una mano cogió el mango al tiempo que se incorporaba. La bestia estaba casi encima de él. Nobul rugió cuando levantó el martillo... Menos de diez centímetros. El peso era increíble y apenas tuvo la oportunidad de darse cuenta de que había cometido un error antes de que la bestia le clavara un puño en la cara.

Negro.

Abrió los ojos. Todo daba vueltas, pero él seguía vivo. Y seguía lloviendo.

Muévete. Tienes que moverte, maldita sea, o estarás muerto.

Nobul rodó hacia un lado cuando la enorme maza de guerra arrancó un pedazo de la losa sobre la que él estaba. Se puso de pie con dificultad pero tropezó. La rabia le había despejado un poco la cabeza, pero no lo suficiente.

Una mano le cogió la espalda de su jubón de cuero y lo tiró hacia atrás. Oyó cómo la maza raspaba contra el pavimento roto cuando la bestia la alzó para lanzar un último golpe.

Se sintió furioso. Moriría allí. Lo había supuesto, de acuerdo, iba a morir tarde o temprano, pero ahora que iba a ocurrir, de ningún modo pensaba aceptarlo tumbado en el suelo.

La bestia lo hizo girar, queriendo mirarlo a la cara cuando lo matara. Nobul impulsó la cabeza hacia delante, le cogió la mano y le mordió el pulgar. La carne explotó y la sangre le salpicó la boca al tiempo que el khurta rugía. Los dientes de Nobul siguieron apretando hasta llegar al hueso y entonces él tiró de la cabeza hacia atrás, llevándose en la boca un pulgar enorme. El khurta retrocedió, con furia en los ojos negros al tiempo que levantaba el martillo; las piernas de Nobul, sin embargo, ya habían empezado a moverse. Cogió el mango de la monumental maza de guerra, empujándola con todo su peso, lo que logró desequilibrar al khurta. El gigante se tambaleó hacia atrás y perdió pie justo cuando Nobul empujaba hacia abajo para apretarle la garganta con el mango de la maza.

Nobul apretó los dientes y presionó mientras el khurta lo miraba. Apoyó todo su peso sobre el arma, empujando con toda su fuerza, escupiendo hasta la última gota de su furia. La cara del caudillo estaba llena de cólera, pero Nobul percibió que se debilitaba. Eso solo hizo que apretara todavía más, exprimiendo la vida de esa horripilante criatura.

Hubo un sonido de asfixia y la lengua salió flácida de aquella boca desgarrada, los ojos oscuros se pusieron vidriosos y Nobul sintió que se aflojaba bajo su peso. Apretó una última vez, asegurándose de que el khurta no volviera a levantarse, y no se detuvo hasta que oyó su propio rugido de victoria en los oídos.

Respirando con dificultad, sintiendo la excitación de estar vivo, Nobul se puso de pie y vio que los khurtas lo miraban. Incluso cuando escupió el pulgar de su jefe, siguieron mirándolo con odio. No había ni temor ni respeto. Esos khurtas no escaparían.

Hake ya estaba junto a Nobul, pasándole el martillo.

—Creo que estamos condenados —dijo el viejo cuando Nobul agarró el arma, sintiendo que la lluvia lo lavaba y que su corazón latía con el éxtasis de la matanza.

—Venid, pues, canallas —dijo Nobul, ignorando la inquietud de Hake y dando un paso adelante—. ¿Quién es el siguiente?

—Pero me habíais dicho que estaba muerto —protestó Waylian, mirando incrédulo a Bram, aunque sus palabras estaban dirigidas a su señora.

—Yo no te he dicho eso —respondió Gelredida.

Estaban en la sala de la entrada de la Torre de los Magistrados. Afuera el distante fragor de los combates se dejaba oír por encima del sonido de la lluvia.

Waylian contempló a Bram, sus rasgos hundidos y maltrechos, la arrogante sonrisa a pesar de su aspecto. En su interior empezó a sentir el ardor del odio, junto con la necesidad de estrangularlo, pero sabía que no podía. Si Gelredida lo había liberado sería por alguna razón de peso.

Recordó que habían sido amigos. Lo popular que Bram había sido con los otros aprendices, pero también lo oscuro que era el secreto que ocultaba. Los asesinatos que había cometido y la magia negra que había conjurado aquel día dentro de la Capilla de los Necrófagos. Si Waylian no hubiera conseguido manifestar sus propios poderes mágicos para detener a Bram, el resultado habría sido catastrófico. Y allí estaba la magistrada Gelredida, liberándolo de la prisión para que pudiera merodear nuevamente por la ciudad.

—¿Por qué está vivo? —dijo Waylian.

Gelredida echó una mirada a Bram, quien se encogió de hombros por toda respuesta, pues su desconocimiento del asunto era el mismo que el del propio Waylian.

—Él es el Maleficar Necris. Tiene poderes que exceden la imaginación. Poderes que tal vez a ningún mortal debería permitírsele poseer, pero en este momento puede que sea la única cosa capaz de salvar la ciudad.

Waylian estuvo a punto de decir que no entendía, pero se detuvo. Había pronunciado esas palabras demasiadas veces. Había hecho el papel de un imbécil en demasiadas ocasiones. Se negaba a volver a hacerlo, en especial ante ese asesino de Rembram Thule, que lo miraba como un sapo desagradable.

—Si no hay más preguntas, tenemos trabajo que hacer —dijo Gelredida.

Ante la ausencia de más cuestionamientos, emprendió el camino hacia la salida de la torre. Bram la siguió, con Waylian a la retaguardia. Gelredida había considerado apropiado mandar al resto de los Caballeros Cuervo que estaban en el interior del edificio a la muralla, de modo que no tenían quien los acompañara cuando salieron a las calles de la ciudad.

Bram llevaba las muñecas aseguradas con dos pares de esposas; uno de hierro y el otro similar al brazalete que Gelredida había llevado en el Crisol de los Magistrados para anular sus poderes. Waylian esperaba que fueran suficientes. Había visto la potencia de Bram con sus propios ojos y casi había muerto por ello. La única razón

por la que había sobrevivido era una suerte ciega y no estaba de ánimo para investigarlo más en profundidad. En momentos como ese, deseaba tener encima algún acero. Así podría ver lo peligroso que era Rembram Thule con un cuchillo clavado en las costillas. No daría tanto miedo entonces, ¿verdad?

—¿Cómo has estado, Grimm? —preguntó Bram en tono amigable mientras atravesaban la ciudad. Se oían gritos por encima de los sonidos de los combates y la lluvia ya les había empapado las capas y las túnicas que llevaban debajo. Y ahora un hombre que Waylian creía haber matado le hablaba como si estuvieran dando un paseo por una playa tranquila. De todo lo que le había sucedido, desde haber estado a punto de sufrir una muerte helada en las montañas Kriega hasta enfrentarse a un árbol animado y letal en el anfiteatro, eso era lo que menos sentido tenía.

—¿Cómo demonios supones que he estado? —respondió.

—No lo sé, Grimm. Por eso lo pregunto. Por si no te has dado cuenta, he estado encerrado en una catacumba durante Arlor sabe cuántas semanas. No me informaron de cómo te encontrabas y he echado de menos a mi viejo amigo.

—Vete a la mierda —rezongó Waylian—. Vete a la mierda, maldito demente hijo de puta.

Bram pareció sinceramente dolido.

—Oh, vamos. No hay necesidad de tanta grosería.

—No hay necesidad de... Intentaste acabar con el mundo, Bram. ¿Qué demonios te ocurre?

Bram negó con la cabeza.

—No hace falta ser hostil. Solo tengo ambición, Grimm, eso es todo. No es culpa mía que te contentes con ser el perro faldero de alguien. —Señaló a Gelredida con un gesto. Si ella lo oyó, no lo dejó traslucir.

—No soy el perro faldero de nadie. Y tú estás endemoniadamente loco. No me hables.

Se quedó un poco relegado, dejando que Bram y Gelredida se le adelantaran. Por mucho que quisiera convencerse de que no era el lacayo de nadie, sabía cuál era la verdad. Y sabía que dejaría que Bram le afectara. A pesar de que su examigo estaba loco, era evidente que seguía siendo un canalla manipulador. Probablemente lo mejor sería que ambos mantuvieran la boca cerrada.

No tuvieron que caminar mucho más para que Waylian se diera cuenta de hacia dónde se dirigían. La Capilla de los Necrófagos asomaba ominosamente a lo lejos. Waylian sintió un nudo en el estómago cuando se acercaron y el recuerdo de lo que había estado a punto de ocurrir en ese sitio le dio náuseas. Lo que empeoraba todo era no saber por qué Gelredida los llevaba hacia allí. Por suerte, Bram formuló la misma pregunta en voz alta, de modo que Waylian no tuvo que hacerlo.

—No es mi intención dudar de la sabiduría de la Bruja Roja, pero ¿por qué demonios regresamos a estas ruinas?

Ya habían llegado a la puerta, con sus demoníacas tallas de bronce, cada una con

la forma de un necrófago o su víctima. Ella pasó la mano por el panel de la puerta y susurró unas palabras. Waylian sintió que una gran náusea lo inundaba como había ocurrido la primera vez que había estado en ese sitio, solo que no tan intensa. Esta vez le pareció que casi conseguía soportar la experiencia con facilidad.

Cuando las tallas de bronce se movieron en su silenciosa danza y la puerta se abrió, Gelredida se paró y contempló el sendero hacia la Capilla de los Necrófagos.

—Querías una oportunidad de alcanzar la grandeza, Rembram. Y ahora vas a tenerla.

Bram miró a Waylian, con ambas cejas levantadas, como si la perspectiva lo entusiasmara.

—Eh... ¿Magistrada? —dijo Waylian—. No es posible que estéis pensando en lo que pienso que estáis pensando.

Gelredida cruzó el umbral y avanzó por el sendero hacia la capilla. Bram igualó su largo paso y Waylian caminó tambaleándose tras ellos.

—¿Magistrada? —volvió a decir.

—Aunque jamás hayas confiado en mí antes, Waylian, tendrás que hacerlo ahora —expuso ella sin volverse hacia él, concentrándose en el ominoso edificio.

—Pero esto es una locura. Esto es una locura, no podéis... —Pero Waylian supo que sí podía.

Claro que puede, Grimm. Es la Bruja Roja: puede hacer lo que le plazca. ¿A cuántos ha hecho arder para salirse con la suya? ¿Cuánto ha arriesgado para salvar esta ciudad? Estaba más que dispuesta a ponerte en peligro y tú eres su aprendiz. ¿Crees que le importa algo la vida de unos pocos campesinos harinados en las entrañas de la ciudad si con eso derrota a los khurtas?

Gelredida no los hizo entrar en la capilla propiamente dicha, sino que subieron por una improvisada escalera de piedra que daba la vuelta por un lado del edificio. Waylian la siguió detrás de Bram, mientras unos locos pensamientos de hacer caer a ese degenerado de las escaleras para que se matara le sobrevolaban la mente. Pero sabía que jamás tendría el coraje de hacerlo, nunca sería lo suficientemente valiente como para desafiar a su señora, incluso a pesar de que parecía que ella había perdido la razón.

Llegaron al tejado de la capilla y Gelredida recorrió el perímetro con la mano extendida y la palma hacia abajo. Cuando pasaba junto a cada montante del parapeto que rodeaba el tejado, una antorcha se encendía con un estallido emitiendo fuertes llamas amarillas. A pesar de que la lluvia caía con fuerza, las llamas seguían ardiendo. Bajo esa luz Waylian vio que el tejado mediría unos seis metros de ancho y que unos agujeros en el mosaico de tejas planas que tenía bajo los pies dejaban ver la capilla. El dibujo que formaban las tejas representaba un diseño arcano que Waylian no reconoció.

Gelredida se colocó delante de Bram y lo miró a los ojos. Él, a su vez, la contempló con su habitual expresión arrogante.

—Terminarás el ritual —declaró—. Soltarás a los necrófagos sobre la ciudad. Solo tú puedes hacerlo. Y solo tú puedes detenerlos.

—¿Qué os hace pensar que lo haré? —preguntó Bram con una sonrisa.

—Porque si no lo haces, Waylian te matará.

¿Que Waylian hará qué?

Bram echó un vistazo a Waylian, quien trató de mostrarse lo más valeroso que pudo, no como si alguien acabara de darle una patada en los testículos.

—¿Él? Tuvo suerte la última vez, lo sabéis tan bien como yo, bruja. No podría matar ni a una mosca lisiada.

—Te sorprendería lo que ha logrado desde que dejaste de ver la luz del sol.

—Tenéis razón, seguramente, pero me asombra.

—No tienes que preocuparte por él. Debes preocuparte por ti mismo —dijo Gelredida, mirando a Bram a los ojos. Waylian sintió que el aire giraba y que un hedor metálico emanó de donde estaba su señora—. Obligarás a los no muertos de este lugar a que destruyan el ejército khurta. Harás lo que puedas para asegurarte de que se concentren en el enemigo y que dejen con vida a la gente de Steelhaven. ¿Entendido?

Bram le devolvió la mirada. Su arrogancia había desaparecido. La miró a los ojos.

—Sí, magistrada —respondió.

—Ahora, prepárate —dijo ella antes de quitarle los brazaletes de las muñecas. Así, todavía ceñido por las esposas de hierro, Bram inició los preparativos del ritual, mascullando algunos oscuros sortilegios mientras se arrodillaba en el suelo, trazando sigilos con la punta de los dedos sobre las agrietadas baldosas.

Gelredida se acercó a Waylian y lo contempló cálidamente. Con delicadeza, le puso una mano en el hombro.

—¿Estás listo? —le preguntó.

Waylian asintió.

—Sí, magistrada —contestó, aunque sabía que se encontraba de cualquier modo menos listo.

—A la primera señal de que esté a punto de traicionarte, mátalos.

—Pero... ¿Cómo?

Gelredida sonrió.

—Encontrarás la forma, Waylian Grimm. Siempre lo haces.

Por mucho que agradecía la fe que ella ponía en él, no podía evitar sentir que estaba equivocada. ¿Cómo iba a detener a Rembram si él desobedecía a su señora? Y, para el caso, ¿dónde demonios estaría Gelredida?

—Magistrada, no entiendo. ¿Por qué debo yo controlar a Bram? ¿Por qué no lo hacéis vos?

Gelredida le devolvió la sonrisa y él vio tristeza en sus ojos.

—Mi tiempo ha acabado —le reveló.

Waylian sintió que el estómago le daba un vuelco.

Abrió la boca para hablar, pero descubrió que no tenía palabras. Ella se volvió y se alejó de él para arrodillarse en el centro del tejado. Bram se colocó encima de ella. Su examigo sonreía una vez más.

—En realidad no le habéis dicho nada, ¿verdad, vieja?

Ella empezó a quitarse la túnica.

—Lo siento, Waylian, pero esta es la única manera. Estoy infectada con el propio poder del Velo. Ya estoy muerta.

Waylian vio que la enfermedad que le afectaba a las manos se había extendido, cubriéndole los hombros y el pecho con una telaraña de venas negras. Bram echó una mirada a Waylian al tiempo que Gelredida le pasaba una daga de hierro que llevaba escondida en la túnica.

—Ya ves, Grimm, no puedes lograr nada sin sacrificio.

—¡No! —gritó Waylian—. No podéis.

Gelredida lo contempló con una pena sincera en los ojos.

—Recuerda lo que debes hacer. Y no vaciles. —Miró a Bram—. Tú tampoco.

Bram le hizo un guiño.

—Oh, ya sabéis que es imposible que yo vacile, vieja —dijo.

Cuando levantó la daga con un sortilegio mudo en los labios, Waylian quiso lanzarse hacia delante. Arrancar el cuchillo del agarre de Bram y hundírselo en el corazón. Eso era una locura, no podía estar sucediendo. Gelredida desvariaba, la úlcera que le había invadido el cuerpo debía de haberse expandido hacia el cerebro. Pero al oír los sonidos de la batalla que flotaban sobre la ciudad, Waylian se dio cuenta de que ella estaba en lo cierto: los khurtas no tardarían en invadir. Aquella era la única manera.

Gelredida cerró los ojos cuando Bram le hundió el cuchillo en el pecho. Waylian casi sintió que le penetraba en su propio corazón. Se aferró a la túnica y los ojos se le llenaron de lágrimas al tiempo que apretaba los dientes para reprimir un grito de pena. Ella no emitió sonido alguno cuando su cabeza colgó hacia atrás. Bram siguió con su sortilegio y pareció ganar en fuerza y en estatura a medida que balbuceaba las oscuras palabras.

Waylian solo atinó a mirar a la luz de las antorchas y vio unos oscuros poderes mágicos que chorreaban de la hoja de la daga de hierro, extendiéndose sobre el cuerpo de la magistrada. Al hacerlo, Waylian sintió una presión cada vez mayor en los oídos. Se llevó una mano a la cara para frenar el goteo de sangre de la nariz justo antes de que el tejado se estremeciera bajo sus pies. Una de las antorchas se cayó de su soporte mientras Rembram no cesaba de murmurar su mudo encantamiento.

Mientras la oscura hechicería seguía su curso, con el aire cada vez más saturado a pesar de la fría lluvia, Waylian dio un paso adelante, obedeciendo las palabras de su señora. Si Bram los traicionaba, tendría que matarlo sin vacilar. El muchacho tenía los ojos cerrados con fuerza cuando cogió con ambas manos la daga, cuya hoja seguía enterrada en el pecho de Gelredida. Su piel se había vuelto negra y su cuerpo era

poco más que una cáscara reseca. Waylian apretó los puños, deseando que Bram hiciera alguna señal de que iba a traicionarlo.

La Capilla de los Necrófagos se estremeció una vez más; en esta ocasión cayeron pedazos de mampostería de un lado del edificio que se hicieron añicos en el suelo. Algo se agrietó en el interior, como un gigantesco huevo que se abría con vida, pero Waylian supo que no había nada vivo allí.

Los ojos de Bram se abrieron de pronto, dos orbes negros mirando el lluvioso cielo nocturno. Al mismo tiempo, algo aulló. Waylian lo sintió, más que oírlo. El ruido pareció apretarle las entrañas, despojándolo de la poca fortaleza que le quedaba y reemplazándola con terror.

Retrocedió trastabillando y se aferró al parapeto del tejado. Más abajo, a la luz mortecina, vio movimientos. Unas siluetas que se arrastraban en la capilla, moviéndose como animales aunque sus miembros eran inconfundiblemente humanoides. A esa distancia Waylian no alcanzaba a distinguir detalles y una parte de él se sintió agradecido.

Después de siete siglos, los necrófagos volvían a Steelhaven una vez más, y el único que podía impedir que sembraran destrucción por doquier era un asesino.

Y el único que podía mantener a raya a aquel asesino era Waylian Grimm.

Rag no tenía idea de cómo lograría cuadrar aquello. Acababa de hacer que los muchachos arruinaran el plan de Bastian de abrir la Puerta de Lych y ahora tenía que decirles que serían ellos quienes la abrirían. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Huir?

No tienes elección, muchacha. Esta es tu única alternativa. Si abres la puerta, la ciudad estará condenada. Si no la abres, la condenada serás tú.

Todo se había ido al garete. Ella se creía tan astuta, siempre un paso por delante, pero era evidente que se había equivocado. Bien podría dejar a Shirl al mando. Al menos él sería quien estaría frente al pelotón cuando Bastian decidiera que había que matar a alguien.

Era hora de dar todo ese asunto por terminado. De largarse antes de que toda la porquería le cayera encima. No había otra manera. Jamás abriría aquella puerta; esa no era una opción. Por más que su vida dependiera de ello, Rag sabía que no sería capaz de vivir consigo misma si colaboraba con la invasión de los khurtas. Solo quedaba un camino: reunir a sus muchachos y salir de allí cuanto antes.

Harkas, Shirl y Essen podían ir, si lo deseaban. Ella no estaba a cargo de ellos, en realidad. Podían decidir por su cuenta. Pero Chirpy, Migs y Tidge sí eran su responsabilidad. Ya los había abandonado una vez y la culpa le dolía como una puñalada. De ningún modo volvería a hacerlo.

Cuando divisó la taberna, solitaria en la oscuridad y la lluvia, supo que no había alternativa. Todos podrían desaparecer en la noche. Cuatro niños de la calle huyendo del terror. ¿Quién lo sabría? Habían pasado toda la vida sin ser vistos, manteniéndose en las sombras. Estaba segura de que se encontrarían muy lejos de ese sitio antes de que los khurtas se dieran cuenta. Luego podían seguir su camino. Que Bastian les mandara su jauría, que hiciera correr la voz de que había que eliminarla. Seguramente ello sería menos peligroso que permanecer por allí.

Además, tampoco había garantías de que el mismo Bastian sobreviviera. ¿Quién podía afirmar que Amon Tugha cumpliría su parte del trato y dejaría en paz al Gremio? En especial teniendo en cuenta que ahora era el mismo Bastian quien no había hecho lo que se esperaba de él.

No, ella y los muchachos se encontrarían muy lejos de allí cuando se asentara el polvo. Una vez que terminaran los combates, si Bastian estaba fuera de circulación entonces siempre podían pensar en volver. Incluso hasta era posible que hubiera botines interesantes. Viviendas vacías donde esconderse. Bienes familiares abandonados. Muertos que ya no necesitarían sus pertenencias.

Rag entró en la taberna por la puerta trasera, preguntándose sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal de esa última reflexión, cuando oyó un estrépito en el interior. Abrió la puerta que daba a la barra principal y vio que el lugar estaba patas

arriba: mesas del revés, botellas rotas, jarras esparcidas por todas partes... El grandullón de Harkas estaba sentado en silencio, apoyado contra la pared, llevándose una toalla ensangrentada a la cara. Shirl estaba a su lado como una especie de niñera inútil. Essen estaba en otro rincón, casi muerto de susto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rag, sintiendo una pequeña punzada de pánico cuando se percató de que no había señales de Chirpy, Migs o Tidge.

—Algunos muchachos de Bastian nos visitaron cuando no estabas —respondió Essen—. Dijeron que regresarías con novedades para nosotros. Y...

—¿Dónde están mis chicos? —lo interrumpió Rag, reprimiendo el temor.

Dos cabezas aparecieron tras la barra y Rag exhaló un suspiro de alivio cuando reconoció a Chirpy y a Migs. Ambos parecían aterrorizados, pero al menos estaban con vida.

—Tratamos de impedirselo —dijo Shirl—. Pero dijeron que Bastian quería asegurarse de que supieras que él iba en serio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rag, recorriendo la zona de la barra con la mirada—. Tratasteis de impedirles que hicieran ¿qué? ¿Dónde demonios está Tidge?

—Se lo han llevado —respondió Essen—. Dijeron que tenías una tarea para nosotros y que se lo llevarían para asegurarse de que la hiciéramos.

Rag miró el espacio entre Chirpy y Migs. Donde debería haber estado Tidge.

Tienes que tomar una decisión ahora, muchacha. Parece que todos esos pensamientos de escapar han volado con el viento, como si fueran ceniza. Parece que tendrás que hacer exactamente lo que quiere Bastian o al pequeño Tidge le arrancarán el corazoncito de su pechito. ¿Cómo lo harás para soportar algo así?

Rag sabía que no podría vivir con ello. Pero tampoco podría vivir consigo misma si abría la Puerta de Lych y dejaba pasar a los khurtas. Eso era imposible, por más peligro que corrieran sus muchachos.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —comentó Shirl totalmente acongojado, como si ya supiera la respuesta.

Rag lo miró y luego posó los ojos en Essen y Harkas. Después en Chirpy y Migs.

—Os diré lo que se supone que debéis hacer —contestó, apretando los puños—. Tú y Essen buscaréis a Harkas y a los muchachos y os esconderéis en el Dockside. Los barcos atacantes fueron reducidos a cenizas y descansan en el fondo de la bahía, de modo que será el lugar más seguro de la ciudad. Encontraréis el agujero más profundo, os ocultaréis allí y esperaréis.

Sabía que lo que decía sonaba como si fuera en serio y ninguno de los muchachos pareció dispuesto a discutir.

—Esperar ¿qué? —preguntó Shirl finalmente.

—A que vuelva a buscaros.

—¿Por qué? —insistió Shirl, casi llorando—. ¿Dónde irás?

—¿Dónde crees que iré? A buscar a Tidge. Ahora, basta de hablar, empezad a mover el culo.

Essen y Shirl recogieron a Harkas, quien aceptó la ayuda ofrecida en silencio. Chirpy y Migs los siguieron cuando salieron por la puerta. Al hacerlo, Chirpy la miró.

—Regresarás, ¿verdad? —le dijo.

—Claro que sí —respondió Rag, acariciándole la grasienta mata de pelo—. Ahora largaos.

Se quedó allí sola en la taberna viéndolos marcharse durante un minuto. Sabía que no había muchas probabilidades de que pudiera regresar. Si Bastian no se encargaba de ella entonces lo más probable era que lo hicieran los khurtas, cuando entraran en la ciudad arrastrándose por encima de la muralla. Hasta entonces siempre había tenido alguna clase de plan, más allá de si lo hubiera pensado con bastante antelación o si se le había ocurrido en el momento. Pero en ese instante no tenía ninguno. Ni idea de qué demonios haría.

Pero tampoco tenía sentido posponerlo.

Salió de la taberna. Las calles hedían a podredumbre y barro y humo. A guerra. A muerte. Pero no le importaban ninguna de esas cosas. Mientras la lluvia le empapaba el pelo y entraba por su chaqueta, no pensaba en nada de eso. Lo único que tenía en mente era cómo encontrar a Tidge... Y tal vez, de paso, matar al canalla de Bastian. Si fuera una asesina, si se hubiera decidido a llevar un cuchillo encima y a aprender a usarlo, tal vez nada de eso habría sucedido.

Cuando divisó la Capilla de los Necrófagos a lo lejos se dio cuenta de que era inútil. Ella jamás tendría el valor de usar un cuchillo. Al menos en una persona viva, que respirara. Hacer que otros se ocuparan de matar en tu lugar sí que era bastante fácil. Clavarles ella misma un metal afilado hasta que dejaran de respirar estaba, muy probablemente, por encima de sus posibilidades.

Una vez que llegó a la entrada de la madriguera de Bastian, hizo una pausa, tratando de aguzar la vista en dirección a la capilla. ¿Había algo moviéndose allí? ¿Algo extraño en la lluvia y la oscuridad?

Concéntrate, estúpida. Asustarte por unas sombras nocturnas es la mejor manera de hacer que te maten.

Rag negó con la cabeza, sin prestar atención a aquello, fuera lo que fuese... Si es que era algo. Lo más probable era que el miedo estuviera alterándole la mente, volviéndola descuidada. El temor solía tener ese efecto y ella sabía que no podía permitir que la desviara de su camino. Tidge confiaba en ella.

Se deslizó por la entrada, aliviada de que nadie estuviera vigilando la puerta. En el interior, el sonido de la lluvia retumbó en el pasillo hacia los pasajes subterráneos y a ella no le costó avanzar en silencio. Había dos sujetos en la oscuridad, con las capuchas subidas para protegerse del frío y la humedad, pero Rag pasó a su lado sin que ellos se dieran cuenta. Jamás se había orientado bien, pero de todas maneras consiguió llegar al centro del escondite de Bastian sin perderse. Allí, en las sombras, trató de pensar qué demonios haría a continuación.

Entraba una luz de algún lado, pero desde su escondite en la oscuridad Rag no

podía distinguir su origen. Antes de que pudiera pensar dónde empezar a buscar a Tidge, oyó una voz procedente del pasillo:

—Es verdad, lo juro. —La voz sonaba firme, pero con una nota de desesperación—. Yo había hecho salir al resto de la brigada de la puerta para que vuestros muchachos vinieran e hicieran su trabajo. Cuando vi que todas las luces estaban apagadas volví a echar un vistazo.

Rag avanzó hacia las voces, con cuidado de mantenerse lejos de la luz que se proyectaba sobre el suelo de la caverna subterránea.

—Y entonces, ¿qué?

Rag casi se paralizó al oír la voz de Bastian, que chirriaba como una bisagra oxidada. Pensó que había llegado al sitio correcto; Tidge debía de estar cerca.

—Entonces vi a Jerrol. Le pregunté dónde estaba el resto de sus hombres y él dijo que en el exterior, pero fuera no había nadie. Entonces él se inquietó. Subió al tejado a averiguar qué era un ruido que procedía de allí. Yo oía cosas muy raras por todas partes así que me escondí. Estaba oscuro, nadie me vería. Luego Jerrol empezó a gritar, salió corriendo de la torre hacia la calle. Ahí lo asesinaron. Más tarde, cuando las cosas se calmaron, miré alrededor y su gente estaba apilada en las sombras. Muertos todos.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Bastian.

—En realidad no pude distinguirlos en la oscuridad. Pero eran niños. Niñitos que corrían en la noche. Uno de ellos era una muchacha, de eso estoy seguro.

Rag se quedó petrificada. Si Bastian no la iba a matar antes, ahora no había duda de que lo haría. De todas maneras, se asomó por la esquina, lo más lentamente posible, tratando de ver algo. Bastian y dos de sus hombres estaban en la sala, completamente iluminada por un farol colocado sobre la mesa. Había otro tipo de espaldas a ella, vestido con una casaca verde con el sello real.

Bastian estaba sonriendo.

—A ver si lo entiendo, Platt. ¿Insinúas que una pandilla de mocosos acabó con una docena de mis asesinos más crueles?

El Casaca Verde levantó la mano y trató de retroceder.

—Yo... Solo digo lo que vi. Lo juro.

Todos estaban mirando al tipo y Rag se dio cuenta de que se preguntaban si clavarle o no sus cuchillos. Ella aprovechó la oportunidad y entró a hurtadillas en la habitación y se mantuvo pegada a la pared en penumbras.

—¿Lo que viste? —ironizó Bastian, mientras Rag avanzaba pegada a la pared. Había cajones y sacas en el camino, que solo los dioses sabían qué contendrían, pero ella no estaba allí para llevarse ningún botín—. ¿O lo que quieres que creamos que viste?

Rag se asomó por el borde de una caja de madera y su corazón dio un vuelco. Allí sentado, como si fuera lo más normal del mundo, estaba Tidge, escuchando la conversación con una expresión de aburrimiento en el rostro.

—¿Por qué razón me inventaría algo así, señor Bastian? —preguntó el Casaca Verde con un poco más de desesperación en la voz. Rag saludó a Tidge con un movimiento de la mano pero este pareció no darse cuenta.

Bastian guardaba silencio, como si estuviera sopesando si ese era un buen momento para matar al Casaca Verde. Entonces uno de sus hombres se inclinó hacia él y le susurró algo al oído.

Rag volvió a hacerle un gesto a Tidge. Estaba vez sí la vio, pero se mostró impertérrito. Buen muchacho, ese Tidge. Mucho más listo de lo que parecía.

—Tienes razón —concedió Bastian—. Sí conocemos a alguien que encaja con esa descripción. —Se oyó un estruendo arriba, como si una tormenta se hubiera desatado justo encima de la caverna en la que se encontraban—. ¿Verdad, Rag?

Ella se quedó petrificada. Tidge también y la miró. Había llegado el momento y ella sabía que ya no tenía sentido intentar ocultarse. Lentamente, se incorporó desde detrás del cajón.

—¿Has venido a salvar a tu amiguito? —dijo Bastian, justo antes de que se produjera otro estruendo. Parte del techo se derrumbó y cayó al suelo, aunque nadie pareció notarlo excepto Rag.

—¿Qué demonios crees? —replicó ella en actitud desafiante.

—Creo que has venido a que te arranque las entrañas —masculló Bastian apretando los dientes; acto seguido, e hizo una señal a uno de sus hombres con una mano huesuda.

El matón de Bastian extrajo lentamente una larga daga de su cinturón y la caverna tembló una vez más.

Rag salió de detrás de los cajones y extendió un brazo en dirección a Tidge. Él se acercó a ella y le cogió la mano.

—Déjalo ir —le pidió—. Él no te ha hecho nada. No forma parte de esto.

Los labios de Bastian se curvaron en un gesto torvo que casi la hizo vomitar.

—No es él de quien deberías preocuparte. Eres tú...

De pronto toda la caverna se tambaleó. Bastian casi perdió pie y los otros tipos cayeron al suelo, cubriéndose la cabeza cuando algunas partes del tejado se desplomaron.

Rag no pensaba quedarse quieta y esperar que Bastian terminara su frase. Apretó con fuerza la mano de Tidge antes de arrastrarlo hacia la salida. Los estruendos amainaron mientras ella corría hacia la oscuridad y oía que Bastian y sus hombres la perseguían, gritándole a ella y entre sí.

Cuando corría, oyó algo en el pasillo. Era como un chillido, un ruido único y espeluznante que no había oído jamás y que parecía concentrar todo el miedo que ella había experimentado en su vida. El grito retumbó en los túneles con tanta fuerza que Rag no pudo distinguir dónde se había originado.

—¿Qué diablos ha sido eso? —inquirió Tidge con su vocecilla. Rag habría sentido pena por él si no hubiera tenido tanto miedo.

—Ni idea —respondió—. Y no vamos a quedarnos lo suficiente para averiguarlo. Mientras seguía arrastrándolo por el túnel, esperaba que aquella frase fuera cierta.

Endellion contemplaba el desarrollo de los acontecimientos en compañía de Amon Tugha. En silencio, el caudillo no perdía detalle del asalto, viendo cómo sus khurtas morían como moscas. La puerta principal de la ciudad estaba destrozada y la artillería había abierto una inmensa brecha en la muralla más hacia el este, pero los guerreros de Steelhaven la defendían valerosamente. Ella casi se sintió conmovida al ver ese sacrificio; una rendición habría sido la reacción más racional. Pero si Endellion había aprendido algo era que esos sureños distaban mucho de ser gente que entrara en razón.

Algo le llamó la atención en el oeste. Una solitaria flecha en llamas sobrevolaba desde muy alto la ciudad en ruinas situada al lado de la nueva como un cadáver. Parecía extraño: no había khurtas atacando desde ese flanco, nada que requiriera una flecha llameante.

Endellion habría pensado que se trataba de una flecha perdida si Amon Tugha no hubiera sonreído a su lado. Su sonrisa refulgía, su expresión era casi de deleite.

—Es hora —dijo. Se volvió y se dirigió hacia el campamento.

Allí lo esperaba una guardia de honor compuesta de khurtas. Sus mejores guerreros, escogidos entre las ocho tribus. El comandante que había sobrevivido, Stirgor Cairnmaker, también lo aguardaba allí. Su actitud era tan arrogante como siempre, con las manos descansando sobre la espada y el hacha que llevaba a la cintura. Sus hombres, todos ágiles cazadores, más guerreros que salvajes fanáticos, estaban a su lado, esperando sus órdenes.

—Cuando por fin penetremos en la muralla —le dijo Amon al general que le quedaba—, tú encabezarás el ataque definitivo. Puedes quedarte con los trofeos que quieras.

Stirgor sonrió.

—Solo quiero un premio. Wolkan y Brulmak fueron tontos al hacerle frente de manera tan poco astuta. Él descubrirá que yo no soy tan precipitado.

Endellion sabía a quién se refería. Cairnmaker había obtenido grandes fortunas y numerosos elogios gracias a los luchadores que hacía pelear en los sangrientos pozos khurtas. En el interior de las murallas de Steelhaven había un guerrero que le granjearía fama en todas las estepas, si sobrevivía lo suficiente.

Amon se volvió hacia ella.

—Tú te unirás a Stirgor en el ataque definitivo. Debería bastar para saciar tu sed de matanza, hermana.

Endellion respondió con un gesto de asentimiento, manteniendo la lengua quieta. Sus palabras le habían erizado el vello, el hecho de que él estuviera tan seguro de que ella, después de todo, después de haber perdido a Azreal, siguiera dispuesta a

lanzarse a la refriega y a dar la vida para mayor gloria de Amon Tugha.

El caudillo silbó y sus sabuesos, *Sul* y *Astur*, se pusieron a sus pies en un instante, retorciendo el hocico ante la perspectiva de que los soltaran. Incluso ellos presentían el final.

Amon tomó su lanza y avanzó hacia el sur, rumbo a la ciudad, con sus guerreros tras sus pasos.

Endellion lo observó marcharse, esperando a medias que lo mataran o que al menos ella no tuviera que volver a verlo. Pero también seguía sedienta de sangre, envidiando la gloria que él conseguiría cuando matara a la reina sureña y aplastara su corona bajo la suela de sus botas. Una corona que había ido a reclamar. Una corona que había costado la vida de innumerables subalternos y la del hombre al que ella le habría entregado el alma si tan solo él se la hubiera pedido.

Echó un vistazo hacia el sitio donde habían enterrado a Azreal. Lo dejarían que se pudriera allí, bajo el frío suelo, ¿y para qué? Para el ensalzamiento de Amon Tugha. Una vida desperdiciada junto a tantas otras.

Tal vez debería correr hacia la ciudad junto a Stirgor. Tal vez debería perseguir al demonio de armadura negra que había aniquilado a Azreal para vengarse.

¿Y qué objeto tendría eso? Lo más probable es que te maten y, si no, incluso si triunfas, Azreal seguirá muerto.

Había sido una tontería por su parte ir allí. Seguir al príncipe. Todo había parecido tan sencillo, tan valeroso, tan ideal... Pero Amon Tugha había resultado ser algo muy distinto del héroe que ella había creído: era egoísta, arrogante y muy probablemente estuviera loco. Los había puesto a todos en peligro por aquella locura y ahora, sobre los cadáveres de sus seguidores, estaba a punto de reclamar la victoria definitiva.

¿Y tú vas a permitirlo? ¿Te quedarás mirando cómo destruye a esta reina sureña y su ciudad para su propia gloria? ¿O tal vez sencillamente no te importe?

Endellion se volvió hacia el campamento mientras Stirgor y sus hombres revisaban sus armas, preparándose para el último ataque. Ninguno de ellos le prestó atención cuando avanzó hacia el norte, pasando junto a los heridos y abatidos, abriéndose paso entre los rescoldos de hogueras olvidadas junto a las tiendas vacías cuyos dueños estaban muertos y pudriéndose. Cuando llegó al centro del campamento vio que él seguía aguardando. Pero, por otra parte, ¿en qué otro sitio estaría, atado como estaba a ese marco de madera?

El pelo le cubría la mayor parte del maltrecho rostro, pero Endellion se dio cuenta de que él seguía mirando, contemplando cómo ardía su ciudad. Tal vez viendo morir a su amor.

Pero lo más probable era que la reina aún estuviera con vida. Endellion lo envidiaba por ello. Y en otro tiempo, en otro lugar, esa envidia le habría hecho clavarle la espada. Pero esa noche no. Ni tampoco en ese lugar.

Se quedó a su lado mientras él seguía contemplando la lejanía, mirándole los ojos

que no parpadeaban y que reflejaban la luz danzante del fuego. Percibió su odio, que enmascaraba su desesperación. Él habría hecho cualquier cosa por que lo liberaran. Cualquier cosa por la oportunidad de alcanzar la libertad, de salvar a su reina.

—Conozco tu dolor —confesó ella—. Yo también lo he experimentado. La pérdida. La indefensión. —Él no respondió, sino que se limitó a seguir mirando intensamente la lejana ciudad—. Saber que no hay nada que puedas hacer para salvarla.

Entonces él le echó un vistazo, una fugaz mirada de pena, antes de volverse nuevamente hacia la ciudad con una expresión de odio.

—No conoces nada —le espetó con sus labios partidos.

—Oh, pero sí. —Endellion se acercó un poco más, sus palabras apenas eran más que un susurro—. Sé lo desgarrado que estás. El conflicto que sientes entre el amor y el odio. Darías cualquier cosa por salvarla. Y si no lo lograras, darías cualquier cosa por matarlo *a él*.

Entonces él la miró y sus ojos refulgieron en la oscuridad.

—¿Has venido a burlarte de mí?

Ella le sonrió.

—Tal vez. O tal vez haya venido a acabar con tu pena.

—Entonces adelante —dijo él.

Endellion volvió a sonreír. Era mucho más divertido cuando se resistían. Esa chispita de desafío ante la desesperación.

Le pasó un dedo por un lado de la cara, llevándose un trozo de sangre congelada.

—¿Qué razón tendría para matarte, cuando preferiría mucho más usarte?

Río volvió a mirar la ciudad.

—No me usarás de juguete, elharim.

—¿No? ¿Ni siquiera si así pudieras salvarla?

Él la miró con recelo.

—Tú jamás...

—El templo —lo interrumpió Endellion, señalando Steelhaven—. Esa será la última posición defendible de tu ciudad. Allí es donde él la encontrará y allí le cortará la cabeza. —Lo miró fijamente a los ojos—. A menos que se lo impidas.

Su mirada de sospecha fue reemplazada por una de incredulidad.

—¿Por qué? ¿Por qué tú...?

Endellion retrocedió un paso y desenvainó su acero con un veloz movimiento. Cuatro hábiles tajos y él quedó libre de sus ataduras. Cayó al suelo y ella se preguntó si sería capaz de incorporarse, mucho menos de luchar. Cuando él se puso de pie, con los ojos llenos de odio, obtuvo la respuesta.

Ella tenía la espada apuntando hacia abajo y a un lado. Esperó que él tuviera la sensatez de no atacarla. ¡Menuda pifiada si lo hiciera!

—Puedes vengarte conmigo... O puedes salvarla.

En cuanto las palabras salieron de sus labios, él se echó a correr. Endellion quedó

impresionada por su vigor... Una energía nacida de la urgencia... Del amor.

Lo vio desaparecer en las sombras hacia el sur, preguntándose si llegaría a tiempo hasta su reina. Preguntándose si Amon Tugha la mataría antes. Pero no se lo preguntó por mucho tiempo antes de darse cuenta de que no le importaba.

Sin echar una segunda mirada hacia atrás, Endellion puso rumbo al norte y empezó a andar.

Los khurtas se arrojaban contra la barricada de madera pero por el momento las defensas habían aguantado. Regulus lanzó un rugido de desafío cuando otra oleada entró en tropel por la puerta abierta. Janto estaba en silencio a su lado, con su armadura teñida de rojo y las hachas chorreando sangre a pesar de la lluvia. Cada vez que exhalaban, despedían nubecillas de vapor en la fría noche, pero a Regulus le daba igual la temperatura. El esfuerzo del combate lo ayudaba a mantener el calor, a sentirse como si estuviera en la llanura con el sol calentándole los huesos.

Cuando los khurtas arremetieron contra ellos el sonido fue ensordecedor. Cada oleada surgía como si fuera la primera, como si antes que ellos no hubiera habido miles que se habían lanzado a la muerte. Y a cada ataque el número de defensores disminuía. Janto y Regulus seguían bien dispuestos, pero a su alrededor los hombres de las Tierras Frías eran cada vez menos. A la derecha de Regulus había un guerrero rojo, con un dibujo de espinas labrado en el peto de su armadura. Regulus no sabía su nombre, ni siquiera había cruzado una palabra con él, pero ya admiraba su ferocidad en la batalla. Del resto no recordaba nada, tan ensimismado estaba en su propio trabajo. Y era un trabajo realmente sanguinario. Un trabajo para el que había nacido.

Su negro acero trazó una curva descendente cuando un khurta subió a la carrera por el montículo formado por los cadáveres de sus camaradas apilados contra la barricada. La cabeza del khurta se partió en dos y el cuerpo se desplomó, pero llegaron más detrás. Siempre llegaban más. Janto arrancó una cabeza y después otra, silencioso dentro de su armadura negra. Regulus había perdido el casco tiempo atrás, pero una parte de él se alegraba de ello. Que los khurtas fueran hacia él, que le vieran la cara, que vieran su furia, cuando los aniquilara por docenas.

Esta vez el ataque khurta pareció terminar tan pronto como empezó. Regulus observó, manteniéndose en guardia, la retirada de los supervivientes del ataque.

Alguien rio en algún lugar de la barricada y los defensores empezaron a relajarse, pensando que habían logrado otra victoria. Janto y el caballero vestido de rojo que flanqueaban a Regulus se mantuvieron alerta. Era evidente que los khurtas aún no habían sido vencidos.

El resplandor al otro lado de la puerta era impresionante. A pesar de la lluvia Regulus veía las teas ardientes sostenidas en lo alto. Un alarido retumbó en la noche, profundo y resonante como si procediera del vientre de una bestia. El sonido de cascos en estampida creció hasta convertirse en un estruendo, antes de que la barricada comenzara a ceder.

—¡Preparaos! —gritó el caballero rojo.

Janto rugió. Su grito se encontró con otro alarido cuando una manada de inmensas criaturas corrieron en tropel por la puerta abierta. Se parecían a las grandes

bestias de las llanuras de Equ'un, pero estas no eran dóciles animales pastando: tenían colmillos, curvados y afilados, pelos en la piel, las pezuñas como garras, levantaban la tierra blanda que pisaban.

Hubo un grito de congoja cuando alguien huyó ante semejante terror, pero Regulus dio un paso adelante, clavando los ojos en la manada.

Las bestias arrollaron los cuerpos de los khurtas esparcidos en la entrada, con ojos abiertos de furia y terror, empujados por los fuegos que tenían detrás. El primero chocó contra la barricada, lanzando madera y piedras y hombres por todas partes.

Los arqueros se adelantaron y empezaron a disparar a las bestias, pero las flechas apenas les hacían disminuir un poco la velocidad. Regulus se mantuvo firme en su sitio cuando uno de los monstruos se le vino encima. Bufó de furia, lanzando vapor por sus amplios orificios nasales y Regulus y Janto se pusieron en cuclillas, preparándose para el impacto. La bestia chocó contra la barricada y la hizo balancearse hacia atrás, pero no la partió en dos. Con un gruñido de ira, retrocedió y sacudió la cabeza antes de volver a golpearla.

Janto rugió y saltó desde lo alto de la barricada y le clavó un hacha en el pellejo. Regulus, que no estaba dispuesto a ser menos, clavó su espada en el cuello de la bestia.

Cuando cayó, ambos zatani rodaron para hacerse a un lado. Regulus apenas tuvo tiempo de esquivar la carga de otra criatura antes de que se lanzara contra la barricada y consiguiera pasar al otro lado. Cuando logró ponerse de pie, vio que Janto estaba a su costado, jadeando esforzadamente, con la lluvia repiqueteando contra su armadura.

El estruendo de los khurtas corriendo hacia la puerta detrás de las bestias era como el ruido lejano de una cascada. Regulus lo ignoró; estaba demasiado atento a los ojos azules de Janto que lo observaban desde el interior de ese casco oscuro.

Regulus asintió. Sabía que el guerrero sho'tana había tomado una decisión. Ya no había nada de lealtad entre ellos. A pesar de los enemigos que pasarían en tropel por la puerta desprotegida, Janto iba a tener su día.

—¿Ahora? —preguntó Regulus.

—¿Qué mejor momento? —respondió Janto.

Regulus rugió, dando un salto hacia delante, moviendo su negro acero a derecha e izquierda. Janto se vio obligado a retroceder y sus hachas subieron justo a tiempo para bloquear el ataque.

Los khurtas irrumpieron por la puerta. Alrededor de ellos los hombres de las Tierras Frías gritaban «¡Formaos!» y «¡Presentad combate!», pero Regulus solo veía a Janto.

El sho'tana paró una estocada de Regulus con su hacha. Se miraron mientras los khurtas atravesaban la puerta.

—Moriremos aquí —sentenció Regulus.

—Uno de nosotros sí —respondió Janto, empujando a Regulus hacia atrás y girando para propinarle un hachazo a un khurta que se le venía encima. La espada de

Regulus giró dos veces en rápida sucesión, eviscerando a dos de los salvajes, y apenas tuvo tiempo de volverse y bloquear el hacha de Janto cuando este volvió a atacarlo.

Con el rabillo del ojo vio que los defensores habían quedado en muy mala posición ante la tremenda superioridad numérica de la horda khurta, pero tenía peligros más inmediatos que considerar.

—Esto debe esperar —dijo—. Harás que muramos los dos.

—¿No era lo que querías? —replicó Janto—. ¿Un final glorioso? ¿Como el que regalaste a cada uno de los guerreros que te siguieron desde Equ'un?

Enfurecido, Regulus gruñó y empujó a Janto hacia atrás. Los dos se enfrentaron mientras a su alrededor rugía la batalla.

—Cada uno de ellos tomó su propia decisión. Cada uno de ellos murió como deben hacerlo los guerreros gor'tana.

—Tú sigues vivo. —La voz de Janto sonó hueca y fría desde el interior del casco, como la de un fantasma—. Pero no sacrificarás más hombres por tu causa.

Intentó lanzarse hacia delante, pero antes de que pudiera levantar las hachas se oyó un aullido desde el interior de la ciudad, más allá de lo que quedaba de la barricada. No era una voz humana, ningún mortal podría haber emitido semejante sonido, y Regulus sintió que su sangre casi se convertía en hielo.

Janto pareció olvidar su ataque y se quedó mirando hacia el sur, desde donde había surgido el ruido. De la misma manera, la batalla en torno a ellos también se paralizó, cuando al primer alarido lo siguió un segundo.

Mientras las facciones en pugna se quedaban quietas, traspasadas de terror, la barricada estalló en pedazos. Al principio Regulus supuso que los animales o los khurtas habían vuelto a atacar, pero esas no eran bestias de carga.

Aunque esas cosas tenían cuerpos de hombres, eran deformes, con las extremidades alargadas que terminaban en garras que podrían rivalizar con cualquier aeslanti. Las cabezas eran igualmente inmensas, y la parte inferior de las mandíbulas estaban distendidas para poder alojar sus enormes colmillos. Los ojos negros y hundidos lanzaban miradas torvas, llenas de odio y de sed de sangre.

Las criaturas cayeron sobre los khurtas con un hambre voraz, aunque muchos de los defensores también quedaron atrapados en el ataque. Aullaban mientras mataban, arrancando cabezas y brazos de hombros, desgarrando con sus zarpas, arrancando los rostros de sus víctimas a dentelladas. Regulus miró sobrecogido de temor semejante carnicería hasta que una sombra lo cubrió. Levantó la mirada y vio que una de las criaturas le caía encima, con baba y sangre goteando de sus negras fauces.

Pero Regulus no flaqueó. Si ese era su fin, lo enfrentaría como un hijo de los gor'tana.

Con un rugido, dio un salto hacia delante y su negro acero surcó el aire. La criatura se movió a una velocidad sobrenatural, esquivando el acero y haciéndolo a un lado de un golpe como si fuera de paja. Regulus aterrizó con fuerza y el impacto

lo hizo rodar, pero se puso de pie justo cuando la bestia estaba sobre él. Su espada ascendió, lista para atravesar el pecho del demonio, que lanzó un grito mientras una sangre negra manó por la herida. Regulus no pudo resistirse y gritó él también, desde el fondo de los pulmones, cuando la criatura le cogió la muñeca y tiró de él, dispuesto a darle un mordisco con esas mandíbulas infernales.

Lanzando una columna de líquido negro, su cabeza giró y se separó del cuerpo. Janto estaba detrás de la bestia, con sus dos hachas todavía chorreando. Regulus se tambaleó hacia atrás y la bestia cayó, con su espada aún enterrada en su pecho. Entonces Janto apareció detrás, mirándolo intensamente. Al parecer el salvador de Regulus lo había rescatado solo para satisfacer su propia necesidad de sangre.

Regulus se irguió cuan alto era, listo para el golpe definitivo que acabaría con su vida.

Con un aullido infernal, otras dos endemoniadas bestias se abalanzaron sobre Janto. Le propinó un hachazo a una de ellas mientras la segunda le arrancaba el peto con las garras. El sho'tana rugió y atacaba con las hachas a la desesperada mientras los monstruos clavaban sus zarpas y mordían las placas de acero negro que lo protegían.

Janto había desaparecido y Regulus se alejó de la batalla con dificultad, buscando su espada, aunque sabía que encontrarla en la refriega era imposible. Los defensores de Steelhaven habían huido en desbandada y las criaturas infernales parecían concentrar su furia en los khurtas.

Mientras se apartaba de la carnicería, Regulus vio una armadura roja. El caballero que se había mostrado tan resuelto a su lado estaba tendido boca abajo, esforzándose por arrastrarse lejos de la batalla.

Sin decir palabra, Regulus lo ayudó a incorporarse. Si no obtendría la gloria en combate ese día, al menos podía ayudar a un guerrero caído. Mientras la batalla atronaba a su alrededor, Regulus llevó al caballero a un lugar seguro.

Arun siempre había sido un niño codicioso. Su madre lo había reprendido en más de una ocasión por ello. De pequeño siempre había querido más en su plato, siempre había intentado jugar con los juguetes de todos los demás, siempre había anhelado cosas que no podía poseer. Nunca había sido ni el más dulce ni el más bonito de los niños, de modo que para obtener esas cosas había tenido que pensar en métodos que no implicaran una sonrisa agradable o una palabra amable. Muy pronto había aprendido que la prestidigitación y el subterfugio estaban muy bien, hasta que te atrapaban. Por lo tanto, no le habían tenido que dar muchas palizas con la rama de abedul hasta que aprendió a no dejarse atrapar.

Nunca permitas que nadie sepa lo que estás pensando. Ese siempre había sido su mandamiento. Resérvate tus opiniones, no te presentes como una amenaza, sonríe en todos los sitios adecuados. Esas simples reglas lo habían hecho avanzar mucho. El hijo de un tonelero había acabado ocupando un puesto importante en el palacio de Skyhelm. Se había convertido en uno de los consejeros en que el rey Cael más confiaba. Había sido un largo camino, pero él lo había tomado con entrega y compromiso.

Y, como mínimo, Arun Durket era un hombre entregado.

Aunque la entrega tenía un límite respecto a lo que un hombre podía avanzar y el canciller Durket se había encontrado con muchas oportunidades afortunadas. De hecho, la fortuna le había sonreído con apetitosos ofrecimientos en numerosas ocasiones, pero solo un hombre con una visión certera podía aprovechar esas oportunidades y hacerlas florecer.

Cuando los agentes de Amon Tugha le habían ofrecido la oportunidad de obtener todavía más poder, él la había agarrado como el cuello de una víbora y la había sujetado con fuerza. Se había aferrado a ella a pesar de los considerables peligros que representaba para su bienestar, porque se daba cuenta de que si alguna vez conseguía ascender por encima de la sombra de la Corona, de los legítimos gobernantes de Steelhaven y los Estados Libres, solo podría hacerlo valiéndose de la traición.

Traición. Una palabra muy desagradable. Aunque Durket jamás le había tenido miedo, como ocurría con otros hombres. Hombres más valientes. Nadie sobrevivía a una defenestración de un rey o a un intento de asesinato siendo valeroso o leal. Y si el canciller Durket sabía algo era cómo sobrevivir.

Tampoco es que la supervivencia hubiese sido fácil o que sus planes y ardidés hubieran ido todos como la seda. En las últimas semanas y meses y años había visto cómo su camino se llenaba de mierda de vaca proveniente de la manada divina del mismísimo Arlor.

Más recientemente, la principal espina que tenía clavada en el costado era Kaira

Stormfall, que protegía a la reina en todo momento. Luego había tenido lugar la aparición de Azai Dravos, con su proposición matrimonial. Durket había hecho todo lo posible para apaciguarlo, pero este había sido de lo más persuasivo. En aquella ocasión, Kaira había resuelto sus problemas, pero no antes de que Dravos ejerciera su magia.

Una magia que todavía te persigue. Una oscuridad que amenaza con consumir cada hora de vigilia.

No había duda de que haber sido testigo de Azai Dravos y su maligna hechicería había tenido un precio. Cuando Kaira se le había encarado saliendo de las arcas de palacio, su acto de demencia no había sido solo teatro. Dravos le había dejado una marca indeleble —*las pesadillas, las voces*—, pero Durket se había visto enfrentado a la adversidad antes y de ninguna manera pensaba rendirse a ella ahora. En especial cuando estaba tan cerca.

Kaira lo había acusado de robo y al menos eso era cierto. Pero no estaba huyendo del palacio con dinero de las arcas; simplemente lo estaba trasladando para pagarle a Rogan y a su Inquisición, que habían sido tan importantes para asegurar que sus confabulaciones dieran resultado. Era mejor que ella lo tuviera por un ladrón común y corriente. Si lo hubiera creído culpable de traición entonces él ya estaría muerto.

Durket se abrió paso por los pasillos del palacio. Si había habido suerte, el arquero al que había mandado a la zona occidental de la ciudad ya habría emitido la señal sin incidentes. Era de esperar que fuera más hábil que sus otros colaboradores.

Leon Magrida había resultado ser de una incompetencia indescriptible. Pero, por otra parte, habían sido las artes mágicas de los elharim las que habían garantizado su lealtad. Eso en sí mismo lo volvía impredecible. Finalmente había sucumbido a la locura, pero al menos la participación de Durket se había mantenido en secreto.

Rogan también había resultado difícil. Había hecho falta prometerle riquezas considerables para convencerlo. Pero al menos él sí había cumplido su propósito. Había sido él quien persuadió a la Madre Matrona de mantener a raya a las Doncellas Escuderas dentro del Templo de Otoño. Era el mejor situado para esa tarea. Además, cuando todo hubiera terminado y Amon Tugha se hubiera marchado, Durket necesitaría a alguien apropiado para hacer de regente. Tendría que ser Rogan. De ninguna manera Durket saldría de detrás del telón y se expondría. Mantenerse en segundo plano le había dado buenos resultados hasta la fecha. ¿Para qué cambiar?

Pasó junto a una ventana. A la distancia podía ver por encima de la muralla occidental. Al otro lado habría khurtas trabajando en la Ciudad Vieja, cavando. Para entonces ya habrían alcanzado la entrada. Había túneles olvidados que se internaban en la ciudad de Steelhaven, pasadizos secretos que solo Durket conocía. Esos pasadizos secretos servirían para acabar con todo aquello.

Entró en la capilla inferior, donde años atrás se rendía culto a los Viejos Dioses, antes de que se empezara a venerar a Arlor y Vorena. Era un lugar antiguo, incluso anterior al Templo de Otoño.

Esa idea le hizo sonreír. El Templo de Otoño era la clave de todo. Era donde él había plantado su primera semilla. Donde la corrupción dentro de su organización le había permitido tejer sus planes. Era donde la reina encontraría su fin.

No se sentía culpable por ello; ella siempre lo había despreciado y él lo sabía. Ella era una niña, débil e inexperta. Todo esto había sido inevitable.

Se acercó a un candelabro en la pared, sacó una de las antorchas e hizo girar el soporte. Se oyó el chasquido de piedra sobre piedra, un movimiento de engranajes y tres baldosas del suelo se desplazaron, dejando al descubierto una escalera que descendía en caracol. Un aire rancio surgió de la oscuridad y Durket cogió aliento. Había llegado el momento de su gran apuesta. Estaba jugándose la vida en ello, confiando en la palabra del enemigo de su reino. Pero con los mayores riesgos llegaban las mayores recompensas.

Sostuvo la antorcha delante para alumbrarse el camino mientras descendía cuidadosamente. Las escaleras giraban hasta llegar a un pasaje en la parte inferior, lo bastante ancho como para que cinco hombres pudieran caminar uno al lado del otro. Mientras avanzaba, la antorcha de Durket iluminó antiguos murales en las paredes: escenas de héroes de antaño combatiendo contra demonios, reyes olvidados, espadas legendarias y cosas semejantes. Durket nunca había dado mucho crédito a las leyendas, pero sabía que los demonios sí eran reales. Había uno esperándolo al final de ese pasadizo.

Y están los de tu mente, Arun. Los que dejó Dravos allí. Horas está siempre vigilándote...

Negó con la cabeza y una gota de sudor le surcó la cara. Al final del pasillo había una gran puerta. A su lado, una rueda, oxidada y con una costra de suciedad y polvo. Bajó la antorcha y miró la rueda. Aquella era una tarea para un hombre mucho más fuerte. Tal vez debería haber llevado a alguien consigo... Pero, pensándolo bien, mejor no. Ya había bastantes personas que conocían sus objetivos y sus metas. Personas con quienes había compartido demasiadas cosas. Esa tarea era solo suya.

Depositó la antorcha en el polvoriento suelo y cogió la rueda. Como sospechaba, por más presión que aplicó, no giró de inmediato. Los afilados bordes del metal oxidado se le clavaron en las palmas y apretó los dientes por el dolor. A la solitaria gota de sudor de su frente se sumaron muchas más por el esfuerzo, y un sonido agudo surgió de su interior. Justo cuando pensaba que tendría que darse por vencido, la rueda se movió unos centímetros. Alentado por su avance, Durket volvió a empujarla una vez y el ruido de su interior pasó de chillido a gruñido y luego a rugido. Cuando gritó con toda la fuerza de sus pulmones, la rueda giró y las puertas al final del pasillo comenzaron a abrirse.

Un aire frío corrió por la abertura, llenando el túnel. Durket sintió que la humedad de su frente se enfriaba al tiempo que la rueda parecía aflojarse. La giró vigorosamente, estimulado por la visión de las puertas abriéndose y exponiendo la fría negrura que se extendía al otro lado.

Cuando sus esfuerzos llegaron a su fin y la puerta quedó completamente abierta, Durket recogió la antorcha y se dispuso a aguardar. Jadeó laboriosamente mientras contemplaba la oscuridad. No había señales de nadie al otro lado del umbral y empezó a preguntarse si los khurtas habían visto su señal. Tal vez su arquero había fracasado o lo habían matado antes de que pudiera disparar su flecha de fuego. Tal vez los zapadores no habían sido lo bastante vigorosos en su trabajo y necesitaban más tiempo. Después de todo, se les había asignado la tarea de reabrir un pasadizo en la Ciudad Vieja que llevaba siglos sin que se supiera de su existencia.

Justo cuando empezaba a pensar que todos sus esfuerzos habían sido en vano, unos ojos lo miraron de repente desde las sombras. Dos charcos rojos que se acercaron más. Luego un segundo par.

Durket comenzó a temblar. Había supuesto que tendría miedo, pero no tanto.

Los ojos se aproximaron, como motas de fuego incorpóreas, hasta que llegaron al umbral. Se detuvieron, contemplándolo desde la oscuridad por un tiempo indefinible. Luego se oyó un gruñido, un ruido que lo llenó de pavor. Lo siguió una pata con zarpas que apareció a la luz de la antorcha. Una cabeza; la cabeza de un sabueso, enorme y bestial, surgió de la oscuridad, sin dejar de mirarlo en ningún momento. Lo siguió su mellizo, los dos enormes mastines avanzaron hacia él con pasos cuidadosamente calculados.

Sintió que le temblaban las piernas, pero no se movió. Arun Durket no era un hombre valiente, pero de todas maneras permaneció en su sitio cuando esas bestias avanzaron hacia él. ¿Estaría paralizado de miedo? ¿O serían los afamados hechizos de los elharim de los que tanto había oído hablar? Fuera cual fuese el motivo, no se movió cuando uno de los sabuesos se acercó hacia él, retorciendo el morro y emitiendo con la garganta un continuo gruñido grave.

Le olfateó la pierna y echó hacia atrás el hocico, revelando unos dientes inmensos que podrían haberle arrancado la cabeza fácilmente.

—¡Sul!

La voz resonó desde el otro lado del umbral y Durket dio un respingo, y de su boca salió un sonido lastimoso. Para su alivio, el sabueso retrocedió, sin dejar de mirarlo, pero a Durket ya no lo preocupaban unos animales: había una criatura mucho más terrible que temer.

Amon Tugha salió de la oscuridad, con sus resplandecientes ojos de oro, más luminosos que los de sus sabuesos. Miró a Durket como un carnicero que contemplara una pieza de carne. La enorme lanza que llevaba al hombro parecía querer partir a Durket en dos. De pronto, que le arrancaran la garganta ya no parecía una perspectiva tan aterradora.

Aparecieron más siluetas en la oscuridad. Khurtas llenos de pinturas y cicatrices, de cuerpos ágiles, con las armas desenvainadas. Pasaron a ambos lados de Durket, ignorando al canciller, como si no estuviera allí. Lo único que podía hacer era mirar esos ojos dorados, demasiado atemorizado para moverse o emitir algún sonido.

Amon Tugha guardó silencio; se limitó a esperar a que sus guerreros ocuparan el pasadizo hacia la capilla antes de que él mismo avanzara, con sus sabuesos detrás.

Arun Durket se quedó a solas en el frío túnel, con la antorcha chisporroteando lastimosamente en la oscuridad. Tardó un tiempo en darse cuenta de que se había orinado.

Se quedaron agazapados detrás de la barricada mientras caía la lluvia. Merrick mantuvo la cabeza inclinada, protegida dentro del casco, mirando por la brecha de la muralla en busca de alguna señal del enemigo. Hasta el momento habían tenido suerte; el principal ataque khurta se había centrado en la Puerta de Piedra, hacia el este, y en la Puerta del Río, hacia el oeste. Muy pocos khurtas habían aparecido en la oscuridad. Mayormente los arqueros de Steelhaven habían logrado frenar cualquier ataque en la brecha mediante andanadas de flechas, y los montones de escombros esparcidos al pie de la contramuralla estaban cubiertos de salvajes muertos.

Merrick tenía que admitir que la espera lo ponía cada vez más impaciente. Como si la perspectiva de que los atacaran fuera peor que el hecho real de que alguien estuviera tratando de cortarle la cabeza. Estaba claro que su padre compartía la misma ansiedad.

Tannick se movía de un lado para otro por la línea defensiva, gruñendo para sus adentros. Nadie se atrevía a preguntarle nada mientras trataba de contener una furia que anhelaba ser desencadenada sobre el enemigo. Por su parte, los miembros de la Guardia del Guiverno se mantenían resueltos, aguardando su momento, entusiasmados por la idea de matar. El resto no compartía su actitud. Por más valerosamente que hubieran actuado los otros defensores en los días pasados, ya se veían muy cansados. Era como si cada uno de ellos presintiera que el final estaba cerca y que muy probablemente no sería bueno. El único hombre que no parecía afectado por la atmósfera lúgubre era ese al que llamaban el Casco Negro. Se les había unido en algún momento de la noche, con el cuerpo empapado por la lluvia y la ropa manchada de sangre. Parecía más un animal que un humano y Merrick agradecía que los dos fueran del mismo bando.

Se oyó un ruido desde el este. Otro ataque. Merrick no alcanzaba a ver en la lluvia y en la penumbra, pero estaba seguro de haber oído rebuznos. Todos los hombres miraron en esa dirección, preguntándose si había llegado el momento de la invasión de los khurtas. Hasta Tannick dejó de moverse y echó una mirada intensa hacia la Puerta de Piedra, a todas luces desesperado por participar en los combates.

Luego llegó un ruido desde el oeste, hacia la Puerta del Río. Los khurtas volvían a atacar, arrastrando hacia la muralla sus últimas máquinas de asedio y sus escaleras. En algún sitio de esa zona se encontraba la reina, que había acudido al frente para comandar a sus abanderados. Merrick esperaba que ella estuviera a la altura de su cometido.

Volvió a mirar la apertura, esa enorme brecha negra, y supo que los khurtas estaban esperándolos. La tensión en la línea se incrementó cuando el ruido de los combates se extendió por la muralla. No parecía que las cosas estuvieran yéndoles

bien a los defensores de la ciudad, a juzgar por la manera en que los rugidos se hacían cada vez más estentóreos. A su alrededor había hombres rezando que sabían que su supervivencia estaba en manos de los dioses, pero Tannick Ryder no era de los que permitía que ninguna divinidad decidiera su destino.

El lord mariscal cruzó la barricada y miró hacia la brecha. Luego se volvió.

—¡Guardia del Guiverno! —gritó Tannick—. El enemigo espera y escoge el momento de atacar. No pienso permitirles ese privilegio. —Desenvainó su espada, la *Bludsdottr*, y sostuvo la inmensa hoja fácilmente con una sola mano—. Nosotros elegimos nuestro destino. Nosotros elegimos cómo vamos a morir. No agazapados detrás de una barricada, esperando que nos arrollen, sino en el campo de batalla, con nuestro acero en las manos y una maldición en los labios. —Algunos de los de la Guardia del Guiverno dieron un paso adelante y Merrick no pudo contenerse, atrapado como estaba en la sed de sangre que de pronto pareció dominarlos—. Recordad lo que os he enseñado. Hasta el último de vosotros es un cabrón sin corazón alimentado con sangre y acero. Sois tanto mis hijos como mis hermanos. —Algunos de sus hombres lo ovacionaron y desenvainaron sus espadas. Tannick estaba mirando directamente a Merrick, con una sonrisa en la comisura de los labios.

Después de eso, el viejo dio media vuelta y empezó a correr. Sin que hicieran falta más palabras ni órdenes, la Guardia del Guiverno lo siguió y Merrick corrió hacia la brecha tan rápido como los demás. Cargaron sobre los escombros y saltaron hacia el otro lado de la muralla rota. El aliento de Merrick salía en forma de nubecillas y la lluvia seguía cayendo con fuerza. Sus pies revolvieron la tierra blanda y durante un momento, con la luz de la ciudad detrás, se hundió en la oscuridad. Luego los vio: la totalidad del ejército khurta en la lluvia, esperando silenciosamente la orden de atacar.

Lanzarse sobre ellos a caballo había sido suicida. Había perseguido a Cormach Hijoputa hasta las fauces del enemigo, pero al menos entonces había habido alguna posibilidad de sobrevivir, un brillo de esperanza de volver con vida.

Ahora había cobrado conciencia de que esa posibilidad había desaparecido. Y por primera vez, no le importó.

Todos los hombres morían. Eso era irrefutable. Lo había intentado evitar toda la vida, siempre había logrado mantenerse un paso delante del Señor de los Cuervos. Pero ahora sabía que moriría —había una horda de khurtas que se encargaría de ello — y aun así lo único que quería era darles a probar su acero antes de caer.

Sintió que el corazón le latía más rápido y que una sonrisa aparecía en sus labios cuando corrió junto al resto de la Guardia del Guiverno. Se sonrojó de orgullo por estar al lado de esos hombres, que se habían convertido en hermanos. Por estar junto a su padre, a quien había odiado toda su vida, pero al que ahora seguía hasta la muerte.

Todo había sido para eso. Ese era el punto al que su vida lo había llevado, y estaba contento.

Tannick llegó a la línea de los khurtas y su inmensa hoja partió al primero de los enemigos casi en dos. Luego, formando una cuña bronceada, lo que quedaba de la Guardia del Guiverno cayó sobre los salvajes. Los escudos resonaron discordantes cuando chocaron contra las hojas enemigas, golpeando a la vanguardia de invasores con una furia desenfrenada.

Hubo exclamaciones entre las filas khurtas y sus gritos de guerra se elevaron por encima de los choques de las armas. Merrick apenas los oía mientras buscaba a su primer adversario. Su hoja descendió, cortando la lluvia, partió la parte superior de un escudo de madera y atravesó el cuello de un khurta. Gritó, desencadenando su cólera. Todas las lecciones que había aprendido en el Colegio de la Casa Tarnath habían quedado olvidadas, reemplazadas por un salvajismo que le era completamente propio. Hizo caso a las palabras de su padre. No había crecido en las duras montañas, pero esa noche era un canalla sin corazón, igual que sus hermanos de la orden.

Después de la primera carga, la Guardia del Guiverno formó una pared de escudos, entrelazándose con una disciplina tácita. Los khurtas atacaron el círculo de acero, empezando a rodearlos, y en poco tiempo se les abalanzaron por todos lados. Merrick bloqueaba desesperadamente los golpes, con su acero contraatacando rápido, hombro con hombro con Cormach y su padre. Por su parte, el Hijoputa se movía más rápido y más fuerte que cualquier otro que Merrick hubiera visto hasta ese momento. Estaba en su elemento, era una verdadera bestia de guerra. Tannick agitaba la *Bludsdottr* con furia, abatiendo a cualquier khurta que se atreviera a atacarlo.

La Guardia del Guiverno había formado un apretado círculo, rodeado de alaridos estremecedores y armas siniestras. Era una situación desesperada, no lograrían sobrevivir, pero Merrick Ryder sentía una alegría inédita. Cuando faltaban pocos instantes para su muerte se sentía, por primera vez, verdaderamente vivo.

Algo siseó junto a su cabeza y con un gruñido su padre hincó una rodilla. Un khurta corrió desde la horda y, antes de que Merrick pudiera interceptarlo, lanzó una estocada. La mitad de la espada se hundió entre la hombrera y el peto de Tannick. Tan pronto recibió el golpe, el viejo rugió y su poderosa espada se alzó para atravesar a su atacante.

—¡El lord mariscal! —gritó alguien cuando Tannick empezó a derrumbarse, privado de toda energía.

Merrick cogió a su padre de un brazo, Cormach del otro, y lo apartaron a rastras del asalto khurta. De inmediato la pared de escudos volvió a formarse en torno a ellos y los combates continuaron mientras Merrick acunaba al viejo en sus brazos.

Le quitó el casco y se sintió desconcertado cuando vio que su padre sonreía con una boca perfilada de sangre. Se miraron y el sonido de la batalla pareció desvanecerse en la cabeza de Merrick. Quería hablar, pero no tenía idea de qué decir.

—¿Lo ves, muchacho? —dijo Tannick. Merrick no tenía idea de si lo veía o no—. Ahora es tu turno. —Tannick empujó la *Bludsdottr* en su dirección—. Cógela. Es tuya.

Merrick miró la hoja y negó con la cabeza.

—No puedo.

—Sí que puedes. Es tuya. La idea siempre fue que sería tuya. La idea siempre fue que estos hombres serían tuyos.

Merrick miró a Cormach. El Hijoputa se limitó a devolverle la mirada, sin ofrecerle ningún consejo, aunque Merrick sabía que ese canalla jamás se lo daría.

La hoja parecía grande y pesada, pero no era la dificultad de empuñarla lo que llenaba de dudas a Merrick. Esa arma representaba el corazón de la Guardia del Guiverno y el único que podía empuñarla era el lord mariscal. Merrick no era un líder; no tenía derecho a usarla. La Guardia del Guiverno jamás lo seguiría; ninguno de esos guerreros templados en la batalla y en el odio lo haría. ¿Quién era él? Un mocoso sin experiencia. ¿Cómo podía suponer que tendría la capacidad de dirigir a una compañía de caballeros?

—No puedo —repitió Merrick—. No soy el hombre que quieres que sea. Nunca lo seré.

—¡Maldita sea! —exclamó Cormach, cogiendo la espada de Tannick—. ¡Lo haré yo, qué demonios!

Merrick levantó la mirada justo cuando la pared de escudos se abría. Tres khurtas atravesaron las defensas, saltando sobre los cadáveres de los miembros caídos de la Guardia del Guiverno.

Cormach levantó la espada, pero tropezó. Toda su habilidad pareció abandonarlo cuando trató de mover la inmensa hoja y le erró al primer khurta. El segundo se le abalanzó y Cormach casi cayó; el peso de la espada parecía demasiado para él, como si estuviera levantando el tronco de un árbol. Un hacha le rebotó en el brazo y él se echó hacia atrás, dejando caer la *Bludsdottr* al suelo. Jared se interpuso para desviar el ataque, pero tres enemigos lo superaron y lo único que pudo hacer fue mantenerse en pie.

Merrick miró la espada. Su padre ya no podía hablar; sus ojos lo miraban, implorando. La *Bludsdottr* yacía allí, inmensa e inmanejable.

Oyó alaridos. La última defensa de la Guardia del Guiverno había perdido fuerza rápidamente desde que su lord mariscal cayera herido de muerte. Merrick se puso de pie en medio de la confusión. Dio un paso hacia la espada mientras la batalla rugía a su alrededor. Hombres que combatían y morían, la lluvia que golpeaba con fuerza en torno a ellos. Se detuvo y se arrodilló; su mano se cerró en torno a la empuñadura...

El pomo es más grande que cualquier otra espada que hayas cogido, pero encaja en tu mano como si hubiera sido hecha para ti... Porque fue hecha para ti. Cuando el mismo Arlor forjó la Bludsdottr, se la adjudicó a un linaje de héroes —un linaje de reyes—, y ahora, siglos más tarde, después de haber servido a hombres en batallas durante todo ese tiempo, finalmente es tuya, para que tú la empuñes.

Merrick levantó la hoja como si no pesara nada. Los combates continuaban a su alrededor, pero él mantenía la calma en la estruendosa tempestad.

Tu sangre y la de tus ancestros se ha derramado en defensa de este reino durante más de mil años y esta espada les ha servido a todos ellos. Es tuya, y de nadie más. Es parte de ti: tu corazón y tu alma.

Un cuerpo apareció gritando en medio de la lluvia, levantando un hacha. Merrick apenas se dio cuenta, pero la *Bludsdottr* giró en su mano, atravesando la lluvia, con las gotas rebotando en la hoja. Partió al khurta en dos y su sangre salpicó la bronceada armadura que protegía el cuerpo de Merrick.

Te servirá hasta la muerte, y a continuación servirá a la sangre de tu sangre, hasta el final de los tiempos.

Tan pronto cayó el primer khurta, apareció un segundo, luego un tercero. Merrick blandió la espada con ambas manos, sintiendo cómo le corría la sangre, bombeando en el pecho, repiqueteando en los oídos. La hoja volvió a girar, trazando un arco en el aire, decapitando a uno, luego amputando una pierna.

La Guardia del Guiverno se concentró, reculando para colocarse junto a Merrick, quien lo miraba todo con el rostro ensangrentado. Los khurtas estaban aterrados, temerosos ahora que Merrick los observaba con claridad. Su desconcierto había quedado atrás, la espada que empuñaba había emitido su hechizo. Él sabía lo que esa arma valía... Sabía lo que *él mismo* valía.

Pero por muchas espadas mágicas que hubiera, nada podía salvar al resto de la Guardia del Guiverno de los miles de khurtas formados contra ellos.

Merrick sonrió delante del enemigo. Quiso hablar, lanzar alguna arenga digna de un héroe, pero no tenía palabras. Ni siquiera él iba a fastidiar el momento hablando. Ese instante era sagrado y él lo sabía. Morir junto a esos hombres era un honor que ni siquiera él podía despreciar.

Antes de que Merrick pudiera lanzar su última carga, un aullido cortó el aire. Un grito de muerte que hizo que todos los hombres se paralizaran en su sitio.

Desde la ciudad surgió un enjambre de demonios, saliendo a borbotones por la brecha, como si se hubieran abierto todos los infiernos.

Cuando se les vinieron encima, Merrick Ryder levantó la espada de su padre y se echó a reír.

Desde el mirador en el bastión de la Puerta del Río, Janessa volvió a mirar cómo atacaban los khurtas. Había perdido la cuenta de los hombres que había visto morir, de los khurtas aniquilados por las descargas de flechas. De todas maneras, siguió mirando.

A través de la lluvia miraba cómo morían hombres valientes. Cómo los khurtas atacaban una y otra vez. Los vio lanzarse contra la falange de Steelhaven. Janessa Mastragall miró hasta que ya no pudo más.

Había llegado el momento de actuar. De combatir. Todo lo demás debía olvidarse; todo su dolor y su pena. Todas sus antiguas dudas. Incluso debía olvidar a Río, a quien había visto por última vez prisionero en manos de su enemigo más odiado. Debía olvidarse de todo para liderar a Steelhaven contra ese adversario irrefrenable.

Una torre de asalto avanzó inexorablemente, cubierta de flechas. Daba la impresión de que la hubieran construido cincelando una montaña de acero. Apenas media docena de hombres le hacían frente, pero de todas maneras allí estaban, dispuestos a morir para defender la ciudad. Su ciudad.

Janessa espolé a su caballo y aflojó las riendas. La *Helsbayn* resonó cuando salió de su vaina mientras la reina galopaba a lo largo de la muralla. Kaira gritó algo a sus espaldas, pero Janessa no le prestó atención. Los hombres se apartaban de su camino, llenos de pánico, y las flechas siseaban en torno a su cabeza descubierta mientras ella se dirigía a la torre de asalto. La rampa cayó con un estruendo metálico justo cuando ella la alcanzó y los khurtas que estaban en su interior salieron disparados, soltando alaridos en la noche.

La Helsbayn cantó su respuesta.

Janessa experimentó la excitación de su primera matanza cuando la hoja decapitó a un khurta. La emoción de aquella pequeña victoria. Un ansia empezó a arder en su interior cuando lanzó otra estocada, segando otra vida khurta. Su corcel corcoveó y resopló, haciendo caer a tres enemigos de la rampa. Janessa ya estaba aullando, añadiendo su propio grito de batalla a los cánticos fúnebres. Tenía salpicaduras de sangre en la armadura y en el mentón, y otras que se apelmazaban en sus rizos. No tenía idea de si parte de aquella sangre sería suya, pero le importaba poco.

Se volvió para ver que Kaira la observaba desde la montura de su propio caballo, con la espada que blandía reluciente de sangre. Tenía los ojos abiertos de incredulidad, pero también de orgullo. No dijo nada, no era necesario. Janessa se limitó a hacer un gesto de asentimiento, que Kaira devolvió, y ese gesto lo significó todo. Más de lo que las palabras podían transmitir.

Ya eres una reina guerrera.

Janessa volvió la atención a la batalla. A lo largo de la muralla veía que los

khurtas se concentraban, dispuestos a atacar. Hasta ella misma sabía que masacrarían a los hombres que se atrevieran a enfrentarlos si ella no hacía nada.

Clavó las espuelas a su caballo, guiándolo por la pasarela, ordenando a gritos que sus hombres se concentraran, que acudieran a su llamada. Levantó la *Helsbayn* en alto mientras cabalgaban y vio que todos los ojos se volvían en su dirección. Al pasar junto a uno de los bastiones de la muralla cogió una bandera con el escudo de armas de Steelhaven y la alzó. La bandera estaba empapada por la lluvia y le pesaba en la mano, pero la sostuvo en alto para que todos vieran el blasón con la corona y la espada cruzadas.

—¡Concentraos en la plaza! —gritó—. ¡Seguidme!

Janessa descendió la escalera y su rauda cabalgadura logró mantenerse erguida sobre la resbaladiza superficie. Había pocas posiciones defendibles en ese espacio abierto, pero al menos sus soldados podían formar filas. Los khurtas deberían entrar por caminos más estrechos y sus efectivos serían menos abrumadores en los confines de la plaza.

Tan pronto llegó al pie de la escalera, Kaira y el capitán Garret se situaron a su lado. El corcel de Kaira resopló, presintiendo la inminencia de la batalla.

—Esto es una locura —comentó Garret—. Debemos sacaros de aquí. Debéis retiraros a...

—No los abandonaré —replicó Janessa, mientras los hombres se arremolinaban, concentrándose en la plaza y aguardando sus órdenes.

Kaira empezó a formar a los defensores en filas, ordenó que convirtieran un carro volcado en una improvisada barricada y que los arqueros tomaran posición en la retaguardia.

—Vuestra seguridad es lo más importante —dijo Garret con más firmeza—. No puedo protegeros si insistís en esto.

—Entonces no me protejáis —repuso Janessa—. Proteged mi ciudad.

No era una orden, que ella sabía que él obedecería sin preguntas, sino un ruego.

Garret la miró, mientras la lluvia le empapaba el pelo y la barba. Los días de lucha hacían que él se viera, de alguna manera, más pequeño. En la cara tenía sangre apelmazada de media docena de heridas.

—Siempre, majestad —respondió.

Janessa echó un vistazo en dirección a las almenas. Los khurtas ya habían penetrado la muralla y estaban concentrándose sobre ella. El ruido de su llegada era superior al repiqueteo de la lluvia sobre la plaza.

Hizo avanzar a su caballo, sin soltar la bandera que tenía en la mano. La elevó.

—¡Hombres de Steelhaven! —gritó—. No os pediré que luchéis por vuestra ciudad y jamás que lo hagáis por mí. Solo que luchéis conmigo esta última vez.

Cada hombre respondió con un grito que llenó de orgullo a Janessa. Por un fugaz momento deseó que su padre estuviera allí para oírlo, para ver cómo ella presentaba batalla. Pero él no estaba. Solo ella. La reina Janessa Mastragall. Soberana de

Steelhaven y de los Estados Libres. Protectora de Teutonia.

Los khurtas ya habían llegado a la base de la muralla y estaban cargando contra la plaza. Janessa clavó las espuelas en su caballo, volvió a desenvainar la *Helsbayn* y avanzó. Salió un grito de sus labios, algo animal, algo que venía directamente del oscuro y vacío pozo que tenía en su interior. Kaira acicateó a su caballo para ponerse al lado de ella, al igual que Garret y media docena de Centinelas, los únicos que quedaban de su comitiva. Cayeron sobre los khurtas como un hacha golpeando madera podrida, haciendo trizas la carga enemiga. La *Helsbayn* zumbó atravesando el aire, transmitiendo la cólera de Janessa.

Mientras combatían se oyó un golpe atronador. Janessa tiró de las riendas y su caballo retrocedió cuando vio a la distancia que una inmensa roca había caído sobre la Torre de los Magistrados. La antigua piedra de la base del edificio cedió de pronto y la torre se inclinó violentamente hacia atrás. Luego se derrumbó, aplastando tejados y casas bajo su enormidad, pero Janessa no tuvo tiempo de lamentar la pérdida. A su alrededor la batalla se prolongaba encarnizadamente.

Las flechas sobrevolaban en lo alto en ambas direcciones mientras la lluvia seguía cayendo implacable. Los rojos rizos de Janessa se le habían pegado a la cabeza, la lluvia formaba arroyos que entraban en su armadura, pero nada de eso la detuvo ni la hizo más lenta y ella continuó blandiendo aquel sagrado acero.

Algo chocó contra el mástil de la bandera que llevaba en la mano, obligándola a soltarla y a dejarla caer entre los khurtas que la atacaban. Bloqueó una estocada, levantando la *Helsbayn* para contraatacar, cuando su caballo trastabilló. Con un relincho angustioso el semental se desplomó al suelo y Janessa gritó de furia y frustración cuando cayó. El impacto hizo que soltara la espada y su cabeza chocó contra el empedrado. Mientras su visión se volvía borrosa, trató de incorporarse, pero tenía la pierna atrapada bajo el animal muerto. Al verse indefensa, la sobrecogió el pánico.

La confusión continuaba a su alrededor. Los Centinelas hacían lo que podían para protegerla. La *Helsbayn* estaba justo fuera de su alcance, apenas un poco más allá de sus dedos extendidos.

Levantó la mirada a tiempo para ver la cara burlona de un khurta que se disponía a atacarla, pero la expresión de su atacante pasó de la furia a la agonía cuando la hoja de una espada le penetró el pecho. Garret retiró la hoja con una facilidad estudiada, y extendió la mano hacia ella cuando el khurta cayó. Ella le cogió la mano y lanzó un grito cuando él la arrastró desde debajo del caballo. Tenía la pierna entumecida por haber soportado el peso del animal. Pero a pesar del dolor mantuvo la suficiente lucidez como para aferrarse a la *Helsbayn* justo antes de que Garret la ayudara a incorporarse. En un instante, Kaira también se puso a su lado.

—Sácala de aquí. —Gruñó Garret—. Al templo.

Kaira asintió y sacó a rastras a Janessa de la batalla mientras sus Centinelas y abanderados bloqueaban el ataque de los khurtas. La reina intentó protestar, pero el

dolor de su pierna extinguió toda objeción. Mientras se retiraban, Garret se volvió para enfrentarse a los khurtas, levantando bien alto la espada y proclamando su lealtad a la Corona para que todos lo oyeran. Ella miró a Garret —al valeroso y leal Garret— cuando la masa de salvajes acabó con él, con su espada aún moviéndose.

Janessa se aferró a Kaira mientras se alejaban de los combates.

—¡En retirada! —ordenó Kaira al resto de los hombres que estaban agachados tras la barricada—. ¡A la ciudad! ¡Ocultaos!

Algunos de ellos huyeron de inmediato, sin necesidad de que les dijeran nada más. Pero otros corrieron a ayudar a Kaira a alzar a Janessa.

Tenía un dolor punzante en la pierna, una puñalada ardiente que le atravesaba la rodilla a cada paso, pero siguió moviéndose. Había querido combatir a los khurtas hasta el fin, pero ahora aquello parecía una locura. Todo era una locura. A la distancia algo bramó en la noche, como si una airada manada de toros se hubiera lanzado sobre la ciudad, sumándose a la demencia.

Los khurtas ya corrían en tropel, con una furia desenfrenada, aniquilando todo lo que se les cruzaba. Kaira hizo lo que pudo para ayudar a Janessa a avanzar hacia el sur, alejándose de la carnicería, pero con el estado de su pierna, sabía que jamás llegarían lejos.

Dos khurtas se separaron de la jauría y se les echaron encima con las espadas levantadas. Janessa se apartó de Kaira, tambaleándose ligeramente, pero sin perder pie. Levantó la *Helsbayn* como Kaira le había enseñado, colocándola lista para golpear. Se sentía bien en la mano, dispuesta a matar.

Una sombra cayó desde el edificio contiguo, lanzándose sobre los dos khurtas como un leopardo sobre su presa. Janessa miró horrorizada cómo la bestia se metía en la boca la cabeza de uno de los salvajes mientras sujetaba al otro por la garganta. Con una presión de las garras se la arrancó. Se tomó un momento para disfrutar del festín, quitándole la piel a sus víctimas desenfrenadamente, y lo único que Janessa pudo hacer fue mirar, muda de espanto. Entonces, los negros ojos de la bestia recorrieron la zona con la mirada, mientras la dueña de esos ojos olfateaba el aire.

Janessa sintió el agarre de Kaira en el brazo, que la tiraba hacia atrás, y se alejaron lentamente hasta perder de vista al monstruo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Janessa, con el corazón latiéndole en el pecho y la mano con la que no cogía la *Helsbayn* temblándole incontrolablemente.

—No sé —respondió Kaira—. Pero ojalá odie a los khurtas más que a nosotros. Ahora venid, debo ponerlos a salvo.

—¿Dónde vamos?

—Al Templo de Otoño. Es nuestra última línea de defensa —contestó Kaira. Avanzaron con dificultad hacia el sur, por las calles desiertas.

Janessa decidió no malgastar su aliento y se movió lo más rápido que pudo, mordiéndose el labio para contener el dolor de la pierna.

El cielo empezaba a iluminarse. Solo esperaba que cuando llegara el nuevo día

aún hubiera una ciudad que defender.

No tenía idea de por qué la mujer elharim lo había liberado, pero Río no pensaba perder tiempo pensando en ello. Lo único que importaba era encontrar a Jay, pero primero tenía que sobrevivir el tiempo suficiente.

Había miles de khurtas en la llanura, pero su interés era la ciudad. Río estaba desnudo de la cintura para arriba; moretones y costras de sangre le surcaban la cara; no le sería difícil pasar inadvertido en medio de la horda salvaje.

Había una enorme brecha en la muralla y los khurtas estaban delante, esperando la orden de atacar. Sería imposible entrar por allí. Al oeste, una inmensa aglomeración de khurtas cargaban contra la muralla, pero Río vio que hacia el este habían destrozado la gigantesca puerta y que luego habían abandonado el ariete que habían utilizado para ello. En medio de la lluvia, a la luz de miles de antorchas chisporroteantes, Río vio que los khurtas estaban acicateando a sus bestias de guerra, dándoles frenéticos latigazos.

Corrió hacia ellos, pasando entre guerreros que aguardaban pacientemente su turno de participar en la masacre. A Río ya no le importaba si lo reconocían; no era momento de tomar precauciones.

Cuando se acercó vio que las bestias estaban encadenadas y que sus adiestradores las fustigaban. Las criaturas gritaban de miedo y dolor y se retorcían contra sus ataduras. Entonces las liberaron al unísono y se oyó un coro de estruendos metálicos que retumbó por encima del repiqueteo de la lluvia. Las bestias se lanzaron en estampida, corriendo hacia la puerta abierta, acorraladas por el fuego que llevaban algunos khurtas.

Río corrió tras ellos cuando los khurtas iniciaron su asalto detrás de las bestias que lo arrasaban todo. A su alrededor la aglomeración de cuerpos corría hacia la puerta pero nadie trató de detenerlo, nadie le prestó atención a otro loco que corría tras una manada de monstruos feroces.

Pasó bajo el portalón, entró en la ciudad y vio, más adelante, una barricada destrozada. Unos guerreros combatían con valentía, a pesar de lo que la estampida había hecho con sus defensas. Durante un momento Río sintió una punzada de pena por no poder unirse a ellos, por no poder tomar las armas en defensa de Steelhaven. Después de todo, había sido su hogar. Él había pasado toda su vida entre esas personas, pero ya estaba claro que la ciudad estaba perdida. Era poco lo que un hombre podía hacer para salvarla. Había solo una vida que estaba decidido a salvar. Y si no lograba hacerlo, entonces había otra vida que estaba decidido a segar.

Río corrió por una brecha en la barricada mientras a su alrededor se apelotonaban más khurtas. El suelo estaba lleno de desechos y Río escudriñó el campo de batalla buscando señales de un arma. Había una daga abandonada cerca y se agachó para

recogerla, casi sin interrumpir su avance. Tan pronto tuvo el arma en la mano, se detuvo sobre sus pasos.

Había algo en la oscura sombra de un edificio próximo. No podía decir qué lo había delatado, pero incluso desde esa distancia se dio cuenta de que era fétido, malévol.

Un chirrido se elevó sobre la ciudad y afectó profundamente a Río, casi congelándole la sangre en las venas. Desde las sombras surgió una bestia que no era ni humana ni animal. Lo miró con ojos cadavéricos y por primera vez en una eternidad Río conoció el miedo.

El instinto lo hizo moverse y sus piernas avanzaron rápido por el terreno. Sabía que la criatura lo perseguiría si corría, pero de ninguna manera permanecería allí a esperar que acudiera la muerte y se lo llevara.

La calle más próxima estaba vacía y fue llenándose de oscuridad cuando empezó a correr, como si estuviera adentrándose en los mismísimos infiernos. A su izquierda vio una escalera ascendente y se lanzó hacia ella, para subir los peldaños de cuatro en cuatro. Si podía llegar a los tejados, su territorio familiar, tal vez tendría más probabilidades contra esa criatura.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras saltó al techo. La lluvia hacía que las tejas estuvieran resbaladizas y su habitual firmeza pareció desvanecerse cuando se deslizó por ellas. Una rápida mirada hacia atrás le sirvió para constatar que, efectivamente, la criatura se había lanzado en su persecución, con el ceño fruncido de rabia. Sus miembros eran de una longitud imposible y avanzó hacia él a cuatro patas.

Río se volvió hacia el sur, llegó al borde del tejado y saltó en la oscuridad. Cayó de mala manera y se deslizó por el tejado del edificio siguiente, pero recuperó pie inmediatamente. Corrió a ciegas, oyendo el ruido sordo y el golpe de la bestia aterrizando en el tejado a sus espaldas.

Mientras seguía corriendo, una teja lo traicionó bajo sus pies, quebrándose bajo su peso, y Río tropezó y se deslizó hacia el otro lado del borde del techo, pero consiguió detenerse antes de caer en la oscuridad. Miró la negrura, sabiendo que no había escapatoria por ese lado. Volvió la mirada y vio que la criatura lo acechaba más cuidadosamente, raspando las tejas con su zarpa. Río logró ponerse de pie y empuñó la daga que daba la impresión de ser inservible ante esa bestia.

Tu tiempo ha terminado. No hay nada que puedas hacer contra esa endemoniada criatura. Le has fallado a Jay.

Cuando la bestia intentó dar un salto, las tejas que tenía bajo los pies cedieron. Su costado desapareció cuando el techo se derrumbó; sus zarpas rasparon alrededor en busca de algo a lo que aferrarse, pero no encontró nada en la grasienta superficie. Se precipitó al interior del edificio y Río dejó escapar una larga exhalación de alivio. Corrió hacia el borde del tejado y volvió a saltar, para aterrizar en el tejado siguiente, desde el que emprendió el camino hacia el palacio.

Ya estaba en terreno conocido. Lo había cubierto muchas veces, pero nunca con

un peso tan grande en el corazón. Los khurtas habían atravesado la muralla y ahora había bestias de los infiernos por todas partes. Solo los dioses sabían qué las habría liberado. Jay estaría en mayor peligro que nunca si él no lograba protegerla.

Para cuando llegó al palacio gritos de pavor y violencia resonaban por toda la ciudad como un toque de difuntos. Parecía que Steelhaven estaba condenada, y él junto con ella.

Las puertas de Skyhelm estaban abiertas de par en par y el palacio parecía abandonado. Río corrió al interior, atravesando los jardines desenfrenadamente donde en otras ocasiones había tomado tantas precauciones para permanecer oculto. Las puertas principales estaban entreabiertas y él las abrió del todo antes de entrar. Unos faroles resplandecían en el interior y él hizo una pausa, prestando atención a cualquier sonido, pero no oyó nada.

Subió corriendo la escalera principal, pasó por una docena de habitaciones inmensas, por cámaras y vestíbulos, hasta que finalmente llegó a una sala enorme, donde se detuvo. Había un trono de piedra en un extremo y allí, sentado, había un hombre, vestido con una túnica y encapuchado, que apoyaba la cabeza en una mano.

Río atravesó la sala sin siquiera tratar de ocultar su presencia. Si el hombre lo oyó, no reaccionó.

—¿Dónde está? —preguntó Río cuando llegó a los pies de la escalera que terminaba en el trono.

El hombre levantó la mirada, con los ojos en lágrimas pero con una sonrisa en la cara.

—Dónde está ¿quién? —replicó, como si no le importara.

—Tu reina —contestó Río—. La reina Janessa.

El hombre negó con la cabeza. Las lágrimas seguían fluyendo, la sonrisa se hacía más ancha.

—¿Qué importa dónde está? Con toda probabilidad estará muerta, como todos nosotros.

Río sacó la daga y la apretó contra la garganta de aquel hombre, pero este parecía poco preocupado por la posibilidad de morir.

—¿Dónde? —repitió Río, apretando la hoja contra la carne e hiriéndole.

El hombre rio.

—Yo era un hombre poderoso en esta ciudad. Respetado. Y cumplí mi deber con la Corona... Con mi rey. ¿Y ahora qué soy?

—Eres hombre muerto si no me dices dónde está. —Río giró el cuchillo, presionando un punto debajo del mentón del hombre y haciendo salir otra gota carmesí.

—De acuerdo —respondió con dificultad—. Está en el templo. El Templo de Otoño. Allí me dijeron que la enviara. Me aseguré de que ese fuera el último lugar seguro de la ciudad. —Río soltó al hombre y se volvió para marcharse—. Pero no la salvarás. Es una trampa. —Se limpió la sangre del cuello con la manga de la túnica, y

bajó la mirada tristemente.

—¿Qué quieres decir?

—Fue todo una treta. Durket lo había planeado desde el principio. Ella cree que es un lugar seguro, pero no lo es. Ahora él sabe dónde encontrarla. Y ellos no lograrán protegerla.

Río quiso preguntarle quién era el tal Durket y quiénes no lograrían protegerla, pero un grito que llegó desde el exterior del palacio le recordó que el tiempo no estaba de su lado.

Salió corriendo de la sala del trono. Salió corriendo del palacio y del barrio de la Corona. Corrió hacia el sur y hacia el este de la ciudad. Corrió en dirección a aquellas dos estatuas de antiguos dioses que seguían en pie, orgullosas, él mirando al norte y ella mirando al mar. Cuando dobló una esquina para coger una avenida flanqueada de árboles, con el templo casi a su alcance, los vio.

Los khurtas avanzaban impetuosos, su destino estaba claro. Y a la cabeza estaba Amon Tugha, caminando por las calles de Steelhaven como si ya las poseyera.

Río le enseñaría al caudillo que aún no había conquistado la ciudad.

Corrió hacia la retaguardia de la comitiva, pero cuando aún le faltaban unos cien metros uno de los sabuesos de Amon Tugha ladró, se volvió hacia él y lanzó un gruñido. El gigantesco elharim se volvió al oír los ladridos y una sonrisa le cruzó el rostro cuando vio a Río en la calle. Los khurtas se volvieron para hacerle frente, pero Amon Tugha les hizo el gesto de que siguieran adelante. En lugar de soltar a sus hombres, dirigió dos palabras a sus sabuesos. Estos obedecieron de inmediato y corrieron por la calle hacia Río, con los ojos bien abiertos de hambre.

Pensó en escapar, en evadirse de aquellas crueles bestias, pero no había tiempo. Si corría y conseguía huir de los sabuesos, era muy probable que Amon Tugha localizara a Jay antes de que él tuviera una oportunidad de protegerla.

Río se adelantó para atacar, al tiempo que veía cómo Amon y los khurtas desaparecían en dirección al templo. Se enfrentó desesperadamente al primero de los sabuesos y su cuchillo relampagueó bajo la lluvia. El can lo esquivó, lanzó una dentellada a su brazo extendido y se llevó una tira de carne. El segundo estuvo encima de él en un instante y Río le agarró la oreja cuando intentó morderle la garganta.

La criatura era de una fuerza increíble. Lo empujó hacia el suelo y Río soltó el cuchillo. Con el rabillo del ojo vio que el segundo sabueso estaba acercándose para sumarse a su hermano.

Río lanzó un grito de desafío. Sabía que ya no tenía ninguna oportunidad. Lo único que podía hacer era lanzar un último alarido a los cielos.

El necrófago aterrizó con un chillido y hundió las zarpas en el sabueso que estaba más lejos antes de que pudiera empezar su ataque. Se oyó un gáñido. Un frenesí de colmillos y zarpas y pelo. La bestia no muerta debía de haber perseguido a Río por media ciudad, siguiendo su olor mejor que cualquier perro de caza.

Mientras tanto, el primer sabueso, cuya oreja seguía aferrando Río, ladró, desesperado por acudir en socorro de su hermano. Río lo soltó y le permitió sumarse a la refriega.

Río se incorporó con dificultad, sintiendo un dolor en el pecho donde el sabueso le había clavado las garras. Los dos perros atacaron al necrófago, desgarrándolo con sus caninos, pero la bestia parecía encajar los ataques con indiferencia, mientras los destrozaba con sus chorreantes zarpas.

No se quedó a ver el resultado. Lo más probable era que Amon Tugha ya estuviera dentro del palacio.

Cuando se lanzó a la carrera por la calle hacia el Templo de Otoño, con el sol asomando en el horizonte oriental, la lluvia, de pronto, cesó.

Llovía a cántaros mientras chapoteaban por las calles anegadas. Kaira le servía de apoyo a Janessa lo mejor que podía, la reina trataba desesperadamente de seguirle el ritmo, pero el corcel casi le había aplastado la pierna con su peso y sin ayuda cojeaba.

Solo les quedaba un sitio al que ir. El Templo de Otoño era el último bastión de la ciudad. Steelhaven estaba a punto de ser arrasada, algo malévolo se había liberado y si tenían que presentar una última resistencia la antigua casa de Kaira se convertiría en el único sitio donde podrían hacerlo. Había algo de poético en ello. Una especie de lógica en que fuera ese el sitio donde encontrara su final. Pero, en cualquier caso, nada de esto estaba destinado a terminar bien.

Para cuando el templo apareció a la vista las dos jadeaban, pues se encontraban al borde de la extenuación. Janessa seguía aferrando la *Helsbayn* como si su vida dependiera de ello, y era bastante probable que así fuera.

Al tiempo que se encaminaban hacia la puerta principal, Kaira levantó la mirada. La luz del amanecer hacía que el cielo pasara de negro a gris y cuando levantó los ojos la lluvia se detuvo de repente y el sonido de sus implacables golpes cesó como el final de una composición coral.

Más adelante, las puertas del Templo de Otoño estaban entreabiertas. Faltaban pocos metros para el santuario. Las dos subieron las escaleras tambaleándose. Janessa casi se cayó al suelo, pero Kaira no pensaba soltarla, no pensaba darse por vencida ahora que estaban tan cerca.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, Kaira empujó las puertas con los hombros, preguntándose si habría alguien para recibirlas. Cuando arrastró a Janessa al interior, se detuvo, contemplando el austero patio.

Las Doncellas Escuderas estaban formadas en fila, con las lanzas y los escudos listos. Su líder, la Exarca, estaba delante, con un casco que le cubría el rostro por completo, ocultando sus rasgos. Kaira vio que más atrás también aguardaban las Hijas de Arlor, con las cabezas cubiertas por velos blancos. Ninguna de ellas se movió cuando Kaira y Janessa cruzaron el umbral y entraron al templo.

—Cerrad las puertas —ordenó Kaira, sin soltar a Janessa, que jadeaba en sus brazos.

Al principio, nada. Luego, una de las figuras de la retaguardia se adelantó. Kaira la reconoció instantáneamente a pesar del velo que le cubría la cara. El andar encorvado de la Madre Matrona se volvió inconfundible cuando se acercó hasta situarse a menos de tres metros de Kaira y la reina, y se echó la capucha hacia atrás.

—Este templo cumple con la voluntad de Arlor y de Vorena —manifestó la anciana—. Desde luego que sois bienvenida, majestad. —Durante un instante, la Madre Matrona contempló a Kaira con una mirada cercana a la pena—. Cerrad las

puertas —concluyó.

Los Doncellas Escuderas se acercaron a las puertas del templo para asegurarlas, pero antes de poder hacerlo, otra guerrera se adelantó y avanzó hacia la Madre Matrona.

—Esperad. —Era Samina, con el mentón levantado, los ojos desafiantes—. Este templo sirve a la voluntad de Vorena, en efecto. Pero no os ofrece asilo a vos. —Miró a Janessa.

—¿Qué es esta herejía? —preguntó la Madre Matrona—. ¿Te has vuelto loca?

—¿Loca? —replicó Samina—. Lo único que ha pasado es que he estado todo el tiempo con los ojos vendados, como un cordero rumbo al matadero. Fui una tonta cuando permití que el Abad Supremo profanara este lugar. Todas hemos sido unas tontas cuando permitimos que reyes y señores y sacerdotes se aprovecharan de la orden durante siglos. Esta es nuestra oportunidad de resarcirnos.

La Madre Matrona se volvió a Samina.

—Debes saber cuál es tu sitio —dijo, señalando a la Exarca, que lo miraba todo sorprendida—. Obedece y...

La espada de Samina salió de la vaina a la velocidad del relámpago y degolló a la Madre Matrona trazando un arco rojo. Las Hijas de Arlor gritaron en un coro aterrador antes de que la anciana tocara el suelo.

—¿Qué has hecho? —preguntó la Exarca.

Kaira contempló espantada el crimen de su hermana, casi incapaz de comprender lo que había sucedido.

—He hecho lo que vos deberíais haber hecho años atrás —le respondió Samina a la Exarca—. Intento liberar este templo de la abyecta corrupción a la que ha estado sometido a manos de otros. Ahora nosotras controlaremos lo que ocurre aquí.

—Te has vuelto loca. —La Exarca extrajo su propia arma y se acercó a Samina, quien abrió los brazos como dándole la bienvenida. Antes de que la Exarca pudiera avanzar más de cinco pasos, dos Doncellas Escuderas se le echaron encima y le atravesaron el peto con sus lanzas.

Kaira contempló cómo al otro lado del patio otras dos Doncellas Escuderas se atacaron entre sí. Y las siguieron otras. De pronto se había producido una batalla entre sus exhermanas, como si hubiera surgido de la nada.

Era una locura. Una parte de su mente le decía que aquello no podía estar ocurriendo, pero estaba claro que alguien lo había planeado, que se trataba de una estratagema que llevaba meses, si no años, forjándose.

Samina se volvió a Kaira.

—Puedes unirte. Puedes regresar con nosotras —comentó—. Lo único que tienes que hacer es entregarla. —Señaló a Janessa.

Kaira negó con la cabeza, mientras retrocedía.

—Jamás.

Se volvió, preguntándose si podrían huir de ese sitio antes de que Samina

consiguiera detenerlas, pero lo que vio subir por los peldaños hacia el templo la paralizó.

Khurtas, brutales y hambrientos, que avanzaban hacia el templo con sed de muerte en los ojos. Y, en la retaguardia, con su imponente arrogancia, estaba Amon Tugha.

Era una trampa. El Templo de Otoño no era un santuario, sino una tumba, y Kaira había llevado a su reina allí mismo.

No había tiempo de maldecirse por su insensatez. Se volvió hacia Samina, empuñando su espada. Antes de que pudiera atacarla, dos Doncellas Escuderas se lanzaron sobre Samina, quien se vio obligada a defenderse. En la confusión, Kaira le dijo a la reina que se apoyara en ella y atravesaron el patio.

En todas partes había Doncellas Escuderas luchando e Hijas de Arlor huyendo de la violencia. Hermanas que habían vivido juntas durante años ahora estaban masacrándose las unas a las otras. No había tiempo de lamentos; lo único que Kaira tenía en la mente era huir.

Janessa se esforzó para seguirle el paso. Ambas mujeres eran conscientes del peligro y no era necesario hablar. Ya no habría rescates. O huían o morían.

Kaira llevó a la reina por un pasillo que terminaba en unas escaleras que desembocaban en el borde del acantilado. Salieron a la parte superior del templo: una escarpada muralla de roca amarilla que daba al mar Midral. El sol naciente proyectaba una luz ambarina sobre las aguas verdes. Kaira vio una embarcación a la distancia. Podría haberlas llevado a cientos de destinos, cualquiera más seguro que aquel, pero lanzarse al mar desde esa altura las habría matado a las dos. Bien podría haber estado a miles de kilómetros. Siguió avanzando a lo largo de la muralla, sabiendo que no había adónde ir. Sabiendo que solo estaba escogiendo adónde morirían.

—Espera —ordenó Janessa.

—Tenemos que seguir —respondió Kaira, incapaz de ocultar la desesperación de la voz.

—Suficiente... Has hecho suficiente.

Kaira se detuvo y contempló a la exhausta muchacha entre sus brazos, todavía aferrada a esa espada, ese legado que le habían impuesto. Una muchacha que se había enfrentado con dignidad a todos los desafíos que se le habían presentado, que se había ofrecido ella misma como sacrificio, para salvar una ciudad condenada.

—Entonces descansaremos un momento —propuso Kaira y recostó a la muchacha contra el pie de la estatua de Vorena.

Si realmente hubiera tiempo para descansar. Si tan solo...

Kaira se volvió, sabiendo que él estaría allí. Amon Tugha las observaba mientras el sonido de la batalla resonaba desde el patio donde las Doncellas Escuderas luchaban entre sí y contra los khurtas. Donde se derramaba sangre en lo que debería haber sido un sitio sagrado.

—Podría haberos ahorrado todo esto —dijo él, al tiempo que avanzaba—. Podría haber hecho que todo este sufrimiento y esta muerte fueran piadosamente rápidos. Pero no. Vosotros, los sureños, sois testarudos, puedo verlo ahora. Hará que los siglos venideros sean exigentes. Subyugaros será difícil... Pero a la vez interesante. Finalmente, os haré entrar en vereda.

Kaira se adelantó para hacerle frente. Adoptando una postura defensiva, alzó la espada a la altura de la cabeza.

—Entonces empezad conmigo.

Amon Tugha sonrió y levantó su inmensa lanza en un gesto de saludo. Luego se abalanzó sobre ella. Su arma zumbó en el aire como si cortara una rebanada del cielo del amanecer. Kaira se agachó, giró y balanceó el arma con toda su fuerza, esperando contra toda esperanza que tal vez un golpe de suerte...

El elharim bloqueó su ataque, las armas chocaron y el impacto sacudió el brazo de Kaira. Lanzó un grito, furiosa por lo indefensa que era ante este hombre. Sus talentos jamás alcanzarían para derrotarlo, su diosa no bajaría de los cielos, pero tal vez si...

Él esquivó su estocada e hizo descender su arma, que chocó contra la espada de Kaira y se la arrancó de la mano, para luego cambiar de dirección el ataque a mitad de camino y golpearle el muslo con la punta de la lanza. Kaira gritó de rabia y dolor durante un momento fugaz antes de que el caudillo le diera en la cara con el mango de su arma, con un martillazo que le aplastó la mejilla y la arrojó al suelo.

Amon Tugha no perdió tiempo en regodearse; su premio aguardaba. Aunque su visión se había vuelto borrosa, Kaira pudo ver cómo él se volvía hacia Janessa y cómo ella, cojeando, le hacía frente. No exhibió ningún temor; aún tenía la espada de su padre en la mano, lista para la muerte que ese monstruo le infligiría.

Kaira trató de hablar, pero fue incapaz de formar las palabras. La sangre manó de su nariz y boca y cayó al suelo. Cuando se dio cuenta de que no podía incorporarse, trató de arrastrarse hacia él, pero parecía que estuviera nadando contra la más poderosa de las corrientes.

Amon Tugha se detuvo delante de Janessa y le habló por última vez, pero Kaira no oyó sus palabras. La reina se limitó a devolverle la mirada al gigantesco elharim, desafiante hasta el fin.

El caudillo levantó su acero.

La *Helsbayn* se sacudió en la mano de Janessa. A pesar de su fatiga, a pesar de la pierna lisiada, avanzó con una velocidad increíble y la espada saltó como una flecha disparada desde un arco, penetrando en el cuerpo de Amon Tugha. Él hizo una mueca y su rostro se contorsionó de ira ante ese ataque inesperado. Retrocedió tambaleándose, pero logró lanzar un golpe con su lanza que atravesó el peto de Janessa.

Kaira gritó cuando el elharim tiró de su arma para liberarla y la reina cayó de rodillas, con todo su vigor y su desafío desaparecidos. Amon Tugha retrocedió otro

paso, con la sangre manándole de la herida en un río rojo. Miró la hoja, como impresionado de que le hubiera penetrado la carne, luego la arrojó a un lado, donde rebotó antes de caer rodando de la muralla hacia el lejano mar.

Cuando avanzó hacia donde estaba Janessa de rodillas, Kaira se sintió gritar, pero no logró formar las palabras de lo mal que se encontraba. De todas maneras, siguió arrastrándose, siguió abriéndose camino hacia él, aunque ya no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

Amon Tugha levantó la lanza una última vez.

Una figura pasó corriendo, desnudo de cintura para arriba, de cuerpo ágil y poderoso. Dio un salto levantando un brazo. Antes de que el caudillo pudiera completar su asesinato, el hombre, que tenía un lado del rostro cubierto de cicatrices cruzadas, le hundió una daga en el cuello. El elharim soltó la lanza y sus poderosas piernas se tambalearon, mientras el solitario atacante sujetó la cabellera del caudillo y lo volvió a apuñalar una y otra vez.

Kaira contempló cómo el elharim trastabillaba, con tanta sangre saliendo a borbotones de las heridas de su garganta que ni siquiera podía pararla con sus enormes manos. El caudillo la miró con un gesto enloquecido y la incredulidad escrita en esos ojos dorados mientras su atacante se aferraba a él, apartándolo de Janessa. Durante un brevísimo instante Amon Tugha clavó esos ojos en Kaira, con una última mirada de confusión. Luego él y su atacante desaparecieron, precipitándose al otro lado de la muralla, para seguir a la *Helsbayn* en su caída al lejano mar Midral.

Kaira se arrastró hacia Janessa, que estaba de rodillas y muda, con su cabeza de rojos rizos inclinada hacia delante. Cada metro era una agonía, pero Kaira reprimió el dolor y las lágrimas. Cuando por fin alcanzó a su reina, extendió la mano, incapaz de hablar. Janessa se desplomó contra ella y apoyó la cabeza en el hombro de Kaira.

El sol ya había salido, bañándolas con una luz que le permitió a Kaira darse cuenta de que ya era demasiado tarde. Janessa se había ido.

A los pies de la estatua de Vorena, Kaira abrazó con fuerza a su reina hasta que la luz de la mañana pareció desvanecerse. Hasta que la sombra del cansancio la conquistó...

—¿¿Hake?! —gritó. Su voz resonó en el campo de batalla por encima del sonido lejano de los combates, de bestias gruñendo, de hombres muriendo—. ¿¿Dónde estás?! —Nobul captó un dejo de desesperación en su propia voz, pero había perdido a Hake en la confusión de la batalla. No había querido admitirlo hasta ahora, pero necesitaba a ese viejo.

No quedaba nadie con vida en la brecha; o bien habían huido o estaban muertos. Cuando aquellos monstruos habían surgido de la oscuridad, la desbandada había sido total. Solo Nobul seguía en pie. Pero ¿dónde demonios se encontraba Hake?

Descendió a trompicones de la barricada aplastada, sintiendo que el hombro, la rodilla y la espalda le dolían en todo momento. Tenía la ropa empapada, pero por fin la dichosa lluvia había parado. El sol naciente se elevaba por encima de la muralla.

Nobul apretó los dientes para contener el dolor.

Aún no. No te rindas aún, no has acabado. Todavía falta mucho. Hay más cosas que hacer, más muertes en tu cuenta antes de que caigas, Nobul Jacks.

El martillo le pesaba en la mano. Le pesaba tanto que podría haberlo soltado tranquilamente, dejarlo caer al suelo y no volver a recogerlo nunca más. Respiraba con fuerza y dificultad, lanzando nubecillas en el húmedo aire del amanecer.

O tal vez sí estés acabado. Tal vez haya llegado la hora de tumbarte en el barro y en los escombros y dar todo por terminado.

Un khurta se le abalanzó gritando por la brecha, igual que habían hecho sus hermanos antes. Pero este no tenía la cara retorcida de furia, sino un rostro arruinado por el terror, como si huyera de los infiernos. De todas maneras, Nobul levantó el brazo para atacar y se tensó, plantando los pies, empuñando otra vez el martillo. El impacto resonó en cada una de sus fibras cuando casi le arrancó la cabeza al salvaje, silenciando su grito de miedo.

El cuerpo se desplomó, desmadejado, y Nobul retrocedió trastabillando.

—¿¿Hake?! —volvió a gritar.

Este no se presentó.

Pero hubo otros que sí.

Entraron caminando lentamente por la abertura de la muralla. No gritaban como asesinos enloquecidos, sino que acechaban, como cazadores. Los khurtas se apartaron de él, rodeándolo, como si pensaran que él los mataría si se acercaban demasiado. Y era cierto, los mataría, como había hecho con todos los demás.

Debería haber perseguido a alguno de ellos, no darles la oportunidad de encerrarlo, pero estaba cansado. Tan cansado... El tiempo de correr había quedado atrás. Que vinieran hacia él; les enseñaría que no era ningún animal herido dispuesto a que lo masacraran.

Eran seis en total. Cada par de ojos lo contemplaba fijamente, cada arma estaba lista. Se detuvieron y lo miraron con furia hasta que el último de ellos atravesó la abertura. No estaba empuñando sus armas; su espada y su hacha colgaban flojas a los lados; sus manos descansaban sobre ellas. Se quedó allí un rato largo, observando a Nobul con interés... Incluso con respeto.

El casco le pesaba en la cabeza, aplastándolo como si lo hubiera forjado a partir de un bloque de granito, no de hierro negro. Nobul se lo quitó de la cabeza y lo dejó caer al suelo con un ruido sordo. Que le miraran la cara, esa cara golpeada y ensangrentada. Que le vieran los ojos. Eso les haría saber, sin necesidad de palabras, en qué se estaban metiendo.

Nobul apretó el mango del martillo una última vez, sintiendo que el movimiento lo reconfortaba. Entonces el líder pronunció una palabra en su asquerosa lengua extranjera, y todos le cayeron encima.

Escogió a su blanco. Se le abalanzaban todos al mismo tiempo y lo más probable era que lo abatieran, pero al menos arrastraría a uno de ellos a los infiernos. No emitieron sonido al echarse sobre él, lo que era más inquietante que si hubieran gritado, pero Nobul ya no se inquietaba por nada.

Apuntó con su arma al primero de ellos, pero el salvaje clavó los pies, interrumpió su ataque y se inclinó hacia atrás, esquivando el movimiento. Nobul maldijo, esperando sentir el impacto de una hoja, el dolor de su carne al abrirse, pero ello no sucedió. En cambio, dos khurtas se lanzaron sobre él a toda velocidad, lo golpearon y le hicieron perder el equilibrio, y todos cayeron sobre los escombros. Uno de ellos le había cogido la mano, el otro lo tenía atrapado por el cuello. Pero el brazo con el que empuñaba el martillo seguía libre y eso era lo único que necesitaba.

Clavó la rodilla en el cuello de un khurta y bajó el martillo. El arma impactó en el cráneo de un atacante, quien se quedó inerte. Ahora gritaban en su extraña lengua, como si estuvieran coordinando sus ataques. Los cinco saltaron sobre Nobul simultáneamente y él se contorsionó, quitándose a dos de encima con sacudidas de los hombros. Liberó su otra mano y cogió a uno de la garganta, apretando con toda su fuerza. Rugió, levantando el martillo, pero algo le atrapó la muñeca y lo ciñó con fuerza. Una cuerda. Al otro extremo estaba uno de los khurtas, tirando lo más fuerte que podía. Nobul gruñó de dolor, pero no pudo retener el martillo. Cuando se le cayó, cogió la cuerda y tiró, arrastrando al khurta hacia él.

—¡Venid, cabrones! —gritó, levantando al khurta que tenía cogido de la garganta. El hombre intentó desasirse en el aire un momento antes de que Nobul lo lanzara cabeza abajo contra los escombros, partiéndole el cráneo.

—¡Os mataré a todos, hijos de puta!

Volvieron a echársele encima.

Embistió a uno de ellos y le destrozó la nariz, pero este khurta era lo bastante tenaz como para seguir en pie.

Todos jadeaban con dificultad, luchando cuatro contra uno. Nobul trastabilló y

sintió que estaba perdiendo fuerza. Uno de ellos podría fácilmente haber sacado un acero, clavárselo en las costillas y terminar con todo aquello, pero ninguno lo hizo.

Nobul cayó de rodillas bajo el peso de sus atacantes. Su respiración se había convertido en jadeos entrecortados y, delante, alcanzó a ver al khurta con la espada y el hacha, caminando con actitud despreocupada, observándolo todo como si fuera un entretenimiento montado para su placer.

—¡Cabrones! ¡Cabrones hijos de puta! —gritó Nobul con voz ronca, tratando de escupirles su desafío.

Una cuerda le rodeó la cabeza y no le llegó al cuello porque él la atrapó con los dientes y la mordió, gruñendo como un animal. Más cuerdas cayeron sobre él, ciñéndole los brazos, y sintió que le ataban las manos por detrás.

Nobul siguió mordiendo la cuerda, rugiendo desde la garganta. Gritándole al solitario khurta que seguía observándolo, con una sonrisa dibujándose lentamente en su rostro.

Nobul dio un paso hacia delante al tiempo que ataban más cuerdas en torno a su magullado cuerpo. Entonces el líder habló, con palabras suaves y lentas para un khurta. Palabras que enunciaban la derrota de Nobul a un volumen más alto que el fragor de la batalla o la sensación de un cuchillo en la garganta.

Y después negrura.

Desde el tejado de la Capilla de los Necrófagos se contemplaba una vista perfecta de la ciudad. Cualquiera otro día, Waylian la habría apreciado. La habría contemplado con deleite. Pero ese no. Lo que veía lo llenaba de pavor. Un horror que jamás había experimentado hasta ese momento, incluso a pesar de todas las cosas que le habían sucedido.

Pero era mejor que lo que había en el tejado.

Su señora yacía muerta, con su cuerpo ya ennegrecido por las nefastas úlceras que, con su propio permiso, le había contagiado Bram. Pero su plan había dado resultado.

Los khurtas habían regresado con el aguacero y habían penetrado por la destrozada Puerta de Piedra. Los necrófagos les habían opuesto una feroz resistencia. Desde la parte superior de la capilla, Waylian había visto la carnicería, la sed de muerte, los cuerpos desgarrados y consumidos. Con razón llevaban tanto tiempo encarcelados: nadie tenía oportunidad frente a ellos.

Cuando el sol salió y la lluvia cesó dio la impresión de que los khurtas se habían desbandado, incapaces de soportar el hambre feroz de los necrófagos. Habían hecho bastante. Era hora de que volvieran a su prisión.

Waylian se volvió hacia Bram, que tenía la cabeza inclinada y el rostro oculto por su tupido y empapado pelo negro. Hizo lo que pudo para no mirar a Gelredida, cuyo cuerpo yacía boca abajo en el tejado de la capilla.

—Hazlos regresar —dijo Waylian, al tiempo que un grito surgía en la ciudad, acompañado de un sobrenatural alarido proveniente de las mismas profundidades de los infiernos, recordándole la necesidad de actuar con urgencia antes de que las criaturas destruyeran lo que quedaba de Steelhaven.

Bram levantó la mirada lentamente. Waylian sintió que su corazón daba un salto cuando vio esos ojos, más negros que el pozo más profundo, que lo contemplaban. Aunque Bram seguía teniendo las manos ceñidas por esposas de hierro, eso no sirvió para que Waylian se sintiera a salvo.

—¿Por qué? —preguntó Bram, con la insinuación de una sonrisa en el rostro.

—Esto debe terminar. Ya has hecho suficiente.

Bram negó con la cabeza.

—No, Grimm. No he hecho lo suficiente. Aún falta mucho. No habré hecho lo suficiente hasta que esta ciudad esté aplastada y las cabezas de los muertos se amontonen en pilas putrefactas que se eleven más altas que el palacio de Skyhelm.

—No puedes —dijo Waylian, a medias rogando, a medias exigiendo.

—¿Y quién va a impedírmelo, Grimm? ¿Tú?

—Si es necesario —respondió Waylian, dando otro paso por el tejado.

Rembram Thule rio y dejó al descubierto sus dientes amarillentos. Sus esposas tintinearón cuando sacó algo de la manga de su andrajosa túnica y Waylian se detuvo cuando vio que se trataba de la daga de hierro que había utilizado para sacrificar a la magistrada Gelredida.

—Te has vuelto valiente en tu vejez, Grimm. —Hizo girar el cuchillo en el aire y lo atrapó hábilmente por el mango—. Ya no eres un cachorrito que lloriquea como cuando te encontré.

—He pasado por muchas cosas —comentó Waylian—. Y no te tengo miedo. —Sus palabras habrían tenido más ímpetu si no se le hubiera quebrado la voz al pronunciarlas.

Bram volvió a reír.

—¿Qué crees que lograrás? Esta ciudad está condenada, en cualquier caso. Mira a tu alrededor. —Señaló con el cuchillo la destrucción palpable en todas direcciones—. Deja que se desmorone. Luego podremos construirla nuevamente, a nuestra propia imagen, Grimm. Imagínatelo.

—¿Qué? ¿Crees que voy a unirme a ti?

—Sí. ¿Por qué no? Sé que hemos tenido nuestros desacuerdos en el pasado, y es cierto que intentamos matarnos el uno al otro, pero ¿por qué habremos de permitir que una nadería como esa nos impida gobernar un reino? Piénsalo: la orden antigua ha muerto. Nosotros somos la nueva, Grimm. Tú y yo.

Waylian negó con la cabeza, sin dejar de mirar el cuchillo en la mano de Bram.

—Estás loco.

—Venga, venga —dijo Bram, frunciendo el ceño—. No hace falta ser grosero.

—Estás loco. —Waylian sintió que la furia crecía en su interior una vez más—. Siempre lo has estado. Al principio pensaba que solo eras arrogante y egoísta, pero... Eres un maldito lunático.

—Ten cuidado, Gr...

—Tampoco es que lo puedas disimular, ¿verdad? Estás loco de remate. ¡Mírate! ¿Gobernar un reino? ¡Tú no podrías gobernar ni un retrete!

—¡No estoy loco, mierda! —aulló Bram.

Waylian dejó que se acercara, observando cómo empuñaba la daga en ambas manos, midiendo cada paso mientras sus pies chapoteaban sobre el tejado empapado. Bram se abalanzó hacia él gritando, con los ojos llenos de negrura, la piel pálida y cerosa, como si él mismo ya fuera medio necrófago.

Cuando estuvo a su alcance, Waylian lanzó una patada, apuntando con una de sus veloces botas a los testículos. Quedó aliviado cuando comprobó que había acertado en el blanco y Bram se desplomó, mientras su grito de furia se elevaba un par de octavas. El cuchillo salió volando de su mano y Waylian mantuvo el ataque, saltando sobre Bram cuando este caía.

—¡Ordénales que se detengan, Bram! —gritó Waylian, agarrándolo de las solapas de la túnica y golpeándolo contra las tejas—. ¡Haz que se detengan!

Volvió a empujarlo hacia abajo, golpeándole la cabeza contra el tejado.

—¡Vete a la mierda! —respondió Bram. Le lanzó un golpe a Waylian con las manos esposadas y le acertó debajo del mentón.

Waylian cayó hacia atrás mientras la sangre salía a borbotones de su boca, apartándose de Bram y chocando contra un charco del techo. Mientras tanto, Bram se puso de pie y lo miró con ojos negros.

—Destruiré esta maldita ciudad —dijo Bram. Empezó a desprenderse un humo negro de las manos, las cuales empezaron a crecer, al tiempo que se convertían en zarpas—. Pero primero te destruiré a ti, como debería haber hecho la última vez.

Waylian sintió el sabor a cobre de la sangre en los labios y la cabeza le dio vueltas, pero de todas maneras logró centrar la vista en Bram. Su examigo estaba trazando un sigilo en el aire con esas zarpas negras, conjurando un encantamiento mágico, de la naturaleza más oscura y malévola. Waylian sintió que algo se agitaba al otro lado del Velo y pudo percibir que fuera lo que fuese lo consumiría completamente, incluso tal vez llegara a comerle el alma.

No ocurriría. Él no lo permitiría.

Dio un manotazo sobre la pared de baja altura que corría alrededor del tejado, mirando con la visión borrosa mientras que conseguía incorporarse con dificultad. Bram abrió la boca para hablar, para desencadenar los infiernos, pero no fue lo bastante rápido.

Waylian pronunció una palabra.

En ese instante, lo entendió todo. Empleó el Velo, sintiendo los planos de magia que se ocultaban en la sombra del plano de los hombres. Era terrorífico y hermoso a la vez, nacimiento y muerte, júbilo y agonía. Y Waylian Grimm lo aceptó todo; se dejó fluir más allá de eso, dentro de eso, como si hubiera nacido para esa tarea.

Surgió una voz desde lo profundo, una orden que no pudo comprender, y Bram lanzó un alarido agudo y ensordecedor, al tiempo que su ojo izquierdo explotaba y salía despedido de su cabeza en una lluvia de líquido carmesí. Se llevó una mano, convertida en garra, a la cara y, sin dejar de gemir, retrocedió trastabillando hasta el borde del tejado, hasta que sus piernas chocaron contra la pared que tenía a sus espaldas. Bram intentó extender los brazos pero, con las manos esposadas, no pudo aferrarse a nada y cayó hacia atrás desde el techo de la capilla.

Waylian no corrió a ver qué había ocurrido. No tenía tiempo de comprobar que Bram estuviera muerto. Avanzó, a medias tambaleándose y a medias arrastrándose, hasta el centro del tejado, donde yacía la daga sacrificial. La cogió con ambas manos, sintiendo un frío antinatural en el hierro, cerró los ojos y apretó los dientes...

La bestia tiene mil ojos. Con ellos vio cada calle y callejón de la ciudad, vio a los muertos que yacían en medio de la carnicería, vio las masas que huían y cómo las perseguían y las aniquilaban. La bestia se tumbó sobre la tierra, expandiendo su circunferencia desde el vértice donde se encontraba Waylian. Desde la prisión de la que había sido liberada. Desencadenada para que persiguiera y matara, como lo

había hecho tantos eones atrás.

Ya no.

Waylian la atrajo hacia su interior. Respirando profundamente y tirando de la bestia.

Protestó... Maulló y gimió y clavó las zarpas en el suelo, desesperada por seguir siendo libre.

Él no podía permitirlo...

Waylian se arrodilló en la parte superior de la Capilla de los Necrófagos y sus labios se movieron en silencio recitando letanías antiguas y prohibidas que jamás recordaría en un momento de vigilia, ni tampoco querría hacerlo.

Esos monstruos a quienes jamás se les tendría que haber permitido deambular por las tierras de los hombres fueron devueltos a rastras a su prisión eterna.

Y la ciudad gritó.

Parecía que los túneles se fueran a derrumbar en cualquier momento. Y además estaban esos alaridos. Rag casi sintió la necesidad de apretarse las orejas con las manos mientras se lanzaba a toda velocidad en la oscuridad pero no podía hacerlo, no se atrevía a soltar la mano de Tidge aunque solo fuera un instante, por miedo de perderlo en la negrura.

A pesar de los estruendos que procedían de arriba y de los gritos que parecían retumbar en todos los pasajes, todavía oía que la perseguían. Le gritaban que se detuviera y le decían que era una perra y una putita. Rag jamás había entendido por qué los tipos siempre te exigían que te detuvieras gritándote insultos. Seguramente si querían que lo hiciera esos canallas podrían tratar de ser amables.

Salieron a una inmensa caverna. En uno de sus lados había pilas de cajones y cofres, con toda clase de basura polvorienta. No parecía que hubiera ningún túnel que saliera de allí.

—¿Qué demonios haremos ahora? —preguntó Tidge con su más valiente voz de cagado de miedo.

—Estoy pensando —respondió Rag, recorriendo la caverna con la mirada justo cuando retumbó un estruendo que hizo caer un montón de tierra del techo.

Necesitas esforzarte más, muchacha, o ambos moriremos aquí abajo.

Se oyó el raspar de una bota en el suelo tras ella. Rag se volvió y se encontró con ese Casaca Verde en la entrada, con un cuchillo en la mano.

—Basta de correr. Ahora os voy a cortar a los dos —dijo el Casaca Verde, dando un paso hacia delante.

Rag empujó a Tidge para ponerlo detrás de ella y retrocedió hacia el interior de la caverna, pero sabía que no había adónde ir ni adónde esconderse.

—No tienes que hacer esto —replicó. Ya no le quedaba nada sensato que argumentar—. Podrías dejarnos ir. De todas maneras, la ciudad se ha perdido. ¿Qué importancia tiene ahora?

—Tiene importancia para mí —respondió el Casaca Verde justo cuando un gran terrón de tierra golpeó el suelo tras él—. Y tiene importancia para Bastian. Le has fastidiado las cosas y ahora pagarás por ello.

Rag retrocedió un poco más, sintiendo que Tidge le apretaba la mano con más fuerza. Detrás del Casaca Verde cayó del techo otro pedazo de tierra, que se desintegró contra el suelo húmedo.

Él ya se había puesto bajo la luz del farol y Rag vio que tenía una enorme sonrisa en la cara. La hoja del cuchillo brilló y ella se dio cuenta de que aquello no sería rápido. Rag había conocido hombres como ese a lo largo de su vida, hombres que obtenían placer con el dolor de otras personas. Siempre supo que había que evitarlos

a toda costa, pero no daba la impresión de que tuviera esa alternativa en ese momento. Tal vez si se entregaba voluntariamente, le daría a Tidge tiempo suficiente para escapar...

Hubo otro ruido sordo detrás del Casaca Verde pero esta vez no era un pedazo de tierra que caía desde el techo. Era enorme, de miembros imposiblemente delgados y una cabeza imposiblemente grande. Rag abrió la boca para gritar, pero no salió nada.

El Casaca Verde estaba casi encima de ella, pero la cosa se movió más rápido, atravesando el suelo de la caverna como una araña gigantesca. Tidge hizo un ruido, un jadeo estrangulado en la garganta, y la sonrisa del Casaca Verde se volvió más ancha, porque creía que era él quien lo asustaba. Cuando se dio cuenta de su error, era demasiado tarde.

La criatura lanzó la cabeza de golpe hacia delante y cerró las mandíbulas sobre el hombro del Casaca Verde. Este tuvo tiempo de abrir grandes los ojos de la impresión antes de que la sangre que salía a borbotones le salpicara la cara y la casaca.

Rag no pensaba quedarse a ver qué sucedía luego. Le agarró la mano a Tidge y corrió a toda velocidad, pasando junto al festín y regresando por el túnel. Al Casaca Verde se le ocurrió gritar cuando ella pasaba corriendo a su lado, pero era dudoso que le sirviera de algo. Se oyó un sonido de desgarró justo cuando Rag sacó a rastras a Tidge de esa caverna y los gritos cesaron.

El corazón le golpeaba el pecho, su respiración era superficial y aguda. Sus pisadas resonaban en el túnel. Tidge, por su parte, no armó ningún escándalo ni hizo preguntas. Se limitó a correr a su lado como si su vida dependiera de ello. Y no había prácticamente ninguna maldita duda de que su vida sí dependía de ello.

Rag corría a ciegas. Cualquier posibilidad de recordar adónde daban los túneles había desaparecido. Lo mejor que podían hacer era tratar de alejarse de los aullidos, en especial teniendo en cuenta que terminaban en lo que acababa de ver.

Estaba tan desesperada por escapar que no le importaba qué les esperaba en los túneles o en las pequeñas cuevas a los que salían. No bajó la velocidad cuando entró corriendo en una cámara iluminada. No vio a Bastian esperándola ni su gran y viejo cuchillo en la mano.

Por suerte seguía teniendo reacciones rápidas, de modo que se agachó justo antes de que él pudiera cortarle la cabeza.

Se tropezó y cayó al suelo, raspándose las rodillas y las palmas. Tidge hizo lo que pudo para ayudarla a incorporarse justo cuando Bastian se les echó encima.

—La has cagado —dijo, apretándole la garganta con el cuchillo y entrelazando sus huesudos dedos en el pelo—. Del todo.

Tidge lanzó un puñetazo que acertó a Bastian en su enorme y esquelética cabeza, pero este ni siquiera se inmutó, sino que se limitó a apartar a Tidge de sus pies con el dorso de la mano.

—¡Tenemos que huir! —repuso Rag desesperadamente—. Créeme, tenemos que huir.

Bastian sonrió, con dientes que parecían lápidas y un aliento de cloaca.

—Oh, sí que huiré. Tan pronto haya...

Un alarido largo y fuerte y demasiado cercano lo detuvo antes de que pudiera terminar la frase. Bastian miró por encima del hombro, con la duda transformándole el rostro.

—Te lo hemos dicho —comentó Tidge, frotándose la mejilla.

Bastian retrocedió un paso y Rag estuvo segura de haber visto que la mano con la que empuñaba el cuchillo le temblaba. Entendía cómo se sentía; ella misma se sacudía con tanta fuerza que era como si estuviera desnuda en medio de la nieve invernal.

Una sombra cayó sobre la entrada a la caverna y pareció filtrar la luz de los faroles que la rodeaban. Un brazo surgió de las sombras, largo y pálido, rematado por negras zarpas que se hundieron en la tierra.

Rag miró a Tidge y le hizo una señal de que se acercara. Él lo hizo y ambos retrocedieron. Había una elevación en la oscuridad de la caverna, tras ellos, y los dos comenzaron a avanzar arrastrándose. Bastian se limitó a quedarse allí, observando cómo la criatura salía de la parte negra arrastrándose con las zarpas.

—¿Qué demonios? —dijo Bastian. Había recuperado la suficiente lucidez como para apartarse. Bien podía ser el jefe del Gremio, con bastante poder como para mandar a asesinar a alguien con una palabra, pero de ninguna manera se iba a meter con esa cosa.

La criatura siguió acercándosele, deslizándose desde las sombras a cuatro patas. Rag vio que había otra tras ella, entrando en la caverna con las zarpas, aferrándose a la pared como una cucaracha.

Ella ya había llegado a la elevación, pero ahora ya no había dónde ir, apenas un pasadizo minúsculo hacia un túnel que estaba al otro lado, tal vez lo bastante grande como para que cupiera Tidge, pero Rag no tenía ninguna oportunidad. Volvió a mirar hacia atrás al tiempo que oía a Bastian decir una palabra...

—¡Estás muerta!

Estaba mirándola fijamente.

Cuando Bastian corrió hacia ella, con el cuchillo levantado, las bestias que lo acechaban también corrieron. Él subió tambaleándose por la elevación del fondo de la caverna y Rag metió desesperadamente a Tidge por la abertura de la pared. El niño se volvió cuando pasó y extendió la mano hacia ella, pero Rag sabía que era imposible que pudiera pasar por allí.

Se volvió justo cuando Bastian caía sobre ella. La agarró del tobillo y la arrastró hacia él, al tiempo que la atacaba con el cuchillo. Rag trató de apartarle el brazo, pero él era demasiado fuerte y la hoja le mordió la mejilla. Ella gritó, pateó, se retorció, luchando por su vida, pero era inútil.

—Jodidamente muerta —dijo Bastian.

Unos dedos putrefactos le hundieron sus negras zarpas en la mejilla al tiempo que

la caverna retumbaba. Bastian abrió grandes los ojos cuando su carne estalló, desgarrándose y separándose de la cara. Lanzó un grito ahogado y su fuerte exhalación se elevó espantosamente hasta convertirse en un aullido de agonía. Rag miró horrorizada cómo la bestia le arrancaba la cara a Bastian y con una inundación de sangre los huesos y los músculos quedaron al descubierto.

Bastian siguió aullando, con un grito largo y agudo, cuando las dos criaturas lo sacaron a rastras de la elevación. Rag no podía apartar los ojos, no podía cerrarlos, y vio cómo lo destrozaban en pedacitos.

Una le desencajó un brazo, la otra le mordió con fuerza la mandíbula inferior, arrancándosela de la cara desgarrada.

Mientras Rag observaba, una tercera bestia entró en la caverna desde la oscuridad, olfateando el festín que se daban las otras dos. Luego olió el aire y sus negros ojos recorrieron la caverna hasta que se posaron en Rag. Cuando siseó, Rag intentó retroceder, pero no había dónde ir. Tidge extendió la mano desde el túnel y le cogió la camisa para tirar de ella, pero la entrada era demasiado pequeña.

—Debes marcharte —le conminó ella mientras la criatura se arrastraba en su dirección sobre sus propias zarpas y con una expresión hambrienta en los negros ojos.

—No me iré a ninguna parte —respondió él.

Ella se volvió para mirar esa carita sucia y llena de lágrimas, para exigirle que se marchara, cuando toda la caverna volvió a retumbar. Esta vez un pedazo de mampostería cayó desde el techo, golpeó el suelo y se hizo trizas. Una de las cosas que estaba alimentándose de Bastian levantó la cabeza y luego lanzó un alarido tan fuerte que Rag tuvo que llevarse las manos a las orejas.

Como si una mano invisible la hubiera cogido, la criatura se deslizó por el suelo de la caverna hacia la entrada. Siguió aullando, clavando las zarpas en el suelo, buscando de dónde agarrarse, pero no lo había. Cuando la caverna volvió a retumbar, la bestia desapareció por el túnel, lanzando un grito de protesta.

Rag contempló con incredulidad cómo la segunda bestia también salía arrastrándose, como si algún viento divino hubiera soplado hasta echarla de la caverna. La tercera criatura la miró fijamente y siguió avanzando hacia ella por la elevación. Ya casi estaba a su alcance. La miraba, gruñía y clavaba sus zarpas cada vez más cerca. Entonces se resbaló por la elevación y sus garras trazaron surcos en la piedra. Lanzó un gruñido postrero y se vio arrastrada por el aire por la caverna, y desapareció con un rugido desafiante.

El estruendo continuó, cayeron más pedazos del cielo y la cueva entera empezó a desmoronarse. Rag se volvió y vio que parte de la roca que le impedía llegar a Tidge y al túnel que había al otro lado se había desplazado.

—¡Larguémonos de aquí! —exclamó y se metió en el interior mientras Tidge avanzaba por el pequeño túnel.

Su interior era negro y húmedo. Rag siguió el culo de Tidge, que se afanaba por avanzar en la oscuridad. Los estruendos no se detuvieron y Rag suponía que el túnel

se derrumbaría de un momento a otro, encerrándolos en una tumba hasta el final de los tiempos. Exhaló, conteniendo las lágrimas, cuando vio que había luz más adelante.

Ya era hora de que tuvieras un poco de suerte, Rag. Pero mejor que no te acostumbres.

Escarbaron desesperadamente, avanzando a tientas por el túnel, hasta que por fin salieron a la calle por la salida de desagüe. Ya había amanecido, la lluvia había parado y solo había un silencio inquietante. Reconoció la calle en la que se encontraban, pero no recordaba haberla visto nunca tan vacía.

Rag miró a Tidge y su carita sucia.

—¿Te encuentras bien?

—¿Tú me ves bien, por casualidad? —respondió él.

Ella soltó una risita.

—Te ves como yo me siento —dijo. Se lamió el dedo para quitarle un poco de tierra de la cara, pero luego lo pensó mejor. Había demasiada mierda como para quitarla con un pulgar. Tidge necesitaría un buen baño después de todo aquello, y ella sabía que él preferiría volver a enfrentarse a otra de esas malévolas y cabronas criaturas que recibir esa noticia.

Cuando regresaron caminando a la taberna, el silencio de las calles continuó igual. No había khurtas gritando ni buscando a quien matar y violar. Nadie los detuvo cuando avanzaron por la calle, audaces y resueltos. Por primera vez en muchos días no se oían los ecos de la batalla rebotando en los tejados.

Esperaba que la taberna estuviera vacía, puesto que les había ordenado a todos que se escondieran. Lo que vio la hizo paralizarse de repente y el pánico le apretó el estómago.

Essen, Shirl y Harkas estaban sentados a una mesa. Lo rodeaban otros: muchachos del Gremio, de otras pandillas, del séquito de Bastian y de media docena de otras bandas que había visto antes. Todos discutían con un ruido que cortaba el silencio de la taberna y arruinaba lo que de otra manera habría sido una mañana bastante agradable.

Ninguno de ellos sabía qué hacer, adónde ir, a quién preguntarle qué ocurriría a continuación. Rag suponía que no obtendrían ninguna alegría en el futuro próximo, puesto que Bastian se había convertido en una masa de carne y huesos masticados.

Es ahora o nunca, Rag. Date la vuelta y huye o da un maldito paso hacia adelante.

Miró a Harkas. A Shirl y a Essen. A Migs y a Chirpy, quienes corrieron hacia ella cuando vieron que Tidge estaba vivo y coleando.

Allá tú, probablemente esta sea tu única oportunidad.

Se subió a la barra y cogió la vieja campana de la taberna. Jamás la había oído sonar —nadie había necesitado tocarla hasta ese momento—, pero de todas maneras cogió la cuerda y golpeó el badajo contra la campana.

La taberna se sumió en el silencio y todos los ojos la miraron.

—Bastian está muerto —anunció. De inmediato el lugar estalló nuevamente, con los muchachos gritando, a... Rag volvió a tocar la campana, más tiempo y más fuerte, asegurándose de captar la atención de todos.

Entonces sonrió.

Era la sonrisa que le había dedicado a Friedrik, la sonrisa que les había dado a Harkas y a Bastian. Una sonrisa que la había mantenido con vida cuando, a todos los efectos, debería haberse convertido en un cadáver en el suelo. Una sonrisa que sabía que debería empezar a usar con bastante frecuencia a partir de ese momento.

—No os preocupéis, muchachos —dijo—. Tengo una idea...

Había encontrado una capa abandonada entre los restos del campo de batalla y ahora la llevaba flameando a su alrededor en la fría brisa matinal. Regulus sentía olor a sangre en los orificios nasales, a los muertos en putrefacción, a los rescoldos apagándose. Nada de eso había aparecido en ninguno de sus numerosos sueños de victoria.

Al menos el enemigo se había marchado, había huido al norte, de donde habían venido. Las fétidas bestias que se habían levantado para atacarlos también habían regresado al pozo, habían sido arrastrados de vuelta al Infierno mediante una hechicería que estaba más allá de su entendimiento. También le había llegado la noticia de que el gran caudillo Amon Tugha había muerto, pero lo mismo había ocurrido con la valerosa reina de la ciudad.

No eran los únicos. Los muertos yacían por todas partes. Era como si en la ciudad hubiera más cadáveres que los que habían quedado para cuidar de ellos. Aquí y allá habían construido piras funerarias y, a la distancia, al norte de la ciudad, Regulus vio cómo cavaban tumbas.

En cuanto a la ciudad, donde antes se veía una magnificencia sin par, ahora había una carcasa vacía. Edificios quemados y derrumbados. Monumentos caídos. El lugar era un inmenso mausoleo, mudo y rumiante en su victoria. Regulus sabía que no había sitio para él allí, si es que alguna vez lo había tenido.

Solo le quedaba una cosa por hacer antes de marcharse. Una deuda que estaba decidido a pagar.

Descendió de las almenas y llegó hasta la inmensa brecha de la muralla. Había muertos esparcidos por toda la zona. Regulus se preguntó si alguien recordaría sus nombres. Algunos él jamás los olvidaría: los de Kazul, Hagama, Leandran y Akkula. Sus guerreros. Hombres con los que había convivido, que habían crecido en su interior y, que, en definitiva habían muerto para gloria de los gor'tana.

¿Tendría que haber muerto él en lugar de ellos? ¿No habría sido más apropiado que él cayera en la batalla a su lado? Esa vergüenza encontraría su propia forma. El tiempo diría si la culpa de la muerte de ellos, así como la de su propia supervivencia, le pesaría. Por ahora, debía ocuparse de los vivos.

Bajo los escombros la blanda tierra estaba completamente revuelta por todas partes. La lluvia de la noche anterior hacía prácticamente imposible distinguir huellas en el barro. Aun así, Regulus caminó por el campo de batalla, recorriéndolo con los ojos en procura de una señal, la nariz alerta al olor que buscaba. No tardó en encontrarlo, tirado y abandonado, abollado e inútil en la tierra.

Regulus se arrodilló y recogió el casco negro, haciéndolo girar en las manos. Echó un vistazo a su alrededor, examinando los cuerpos que yacían por todas partes,

pero no había rastros del cadáver de Nobul Jacks. Mientras buscaba, encontró otra cosa, más cerca de la brecha de la muralla. Dejó caer el casco y corrió hacia allí. Semienterrado en la blanda tierra estaba el martillo, allí tirado como una antigua arma perdida durante años. Cogió el mango y tiró para sacarlo del suelo, luego le limpió la tierra y dejó al descubierto la compleja talla del mango y la cabeza.

Nobul Jacks no se encontraba allí. Tal vez estuviera muerto... En algún sitio... Pero no en ese campo de batalla.

Regulus miró al norte. La deuda de vida de los zatani era un juramento sagrado, una promesa antigua que no podía romperse. Tal vez Nobul Jacks hubiera perecido, pero la deuda que le debía Regulus Gor no quedaría satisfecha hasta que este se cerciorara.

Después de guardar el martillo bajo la capa, Regulus pasó por la brecha, para salir a la devastada llanura al norte de Steelhaven, y comenzó la búsqueda.

Era un fuego bien grande, eso seguro. Merrick jamás había visto nada semejante. La Guardia del Guiverno le había preparado al viejo la mejor despedida posible.

El lord mariscal tenía puesta toda su armadura excepto su magnífico casco alado. Jared lo llevaba bajo un brazo mientras miraba la ceremonia con lágrimas en los ojos. También había cogido la *Bludsdottr*, la espada que el padre de Merrick le había obligado a aceptar durante la última batalla.

La mayor parte de la noche anterior había transcurrido en una bruma. Merrick recordaba haber levantado el arma, recordaba a los khurtas, recordaba a los espectros. No tenía idea de qué había sucedido entre eso y el instante en que habían tenido que arrancarle la espada de las manos mientras él clamaba al cielo su sed de muerte. Su armadura seguía cubierta de sangre, pero limpiarla no parecía ser algo importante en ese momento.

Cuando se había enterado de lo ocurrido con Janessa, se le había hundido el corazón. Merrick casi había muerto para salvarla en una ocasión, pero tal vez todo estuviera destinado a terminar así desde el principio. La chica estaba condenada, eso estaba claro, pero Merrick había decidido no llorar por ello.

Porque eres un hombre cambiado, Ryder. Hecho de roca de la montaña; todo hierro y sangre y el resto de lo que vomitó tu padre. Estás empezando a creer en todas esas mentiras, igual que has terminado creyéndote las tuyas.

El hedor de cien hogueras comenzaba a revolverle el estómago. Estaban cocinando cerdo, aunque él no quería comer nada. De todas formas, a pesar de que eso no detenía los ruidos de su interior, que le recordaban que estaba hambriento, no tenía intención de ingerir nada hasta que estuviera a muchos kilómetros de allí.

En cualquier caso, suponía que tendría que quedarse a mirar hasta que quemaran al resto de sus muertos. De los trescientos hombres que habían descendido de las montañas Kriega, solo quedaban treinta y siete. Estaban allí, en silencio; atrás habían quedado sus bravuconadas. Observaban solemnemente, viendo cómo ardían sus muertos. Había sido una victoria cara, pero una victoria, a fin de cuentas, aunque ninguno tenía ganas de celebrar. Merrick menos que cualquiera.

Cuando pasó el día y las hogueras se extinguieron, Jared hizo que todos se reunieran en una de las plazas de Northgate. Más temprano había estado llena de montículos de cadáveres, pero las brigadas de enterradores habían hecho su trabajo con eficiencia y se encontraba casi vacía. Los treinta y siete supervivientes de la Guardia del Guiverno se quedaron aguardando la palabra del segundo del lord mariscal, que aferraba aquella espada y el poderoso casco.

—Hemos triunfado, muchachos —afirmó Jared con poca alegría en la voz—. Es para lo que hemos nacido y hay algo en lo que hemos hecho de lo que debemos

enorgullecernos. Tal vez ahora no lo sentimos así, pero es la verdad. —Merrick vio que algunos de sus compañeros expresaban su aprobación con gestos de asentimiento, mientras que otros simplemente miraban hacia delante, con los rostros todavía cubiertos de sangre y tierra—. Volveremos al norte pronto, a aguardar el próximo llamado. Tal vez pasen años, quizás algunos de vosotros ya seáis ancianos cuando nos necesiten nuevamente. Pero antes de marcharnos hemos de tomar una decisión que no puede posponerse.

Un viento sopló alrededor de ellos de repente, una brisa fría proveniente del mar, y Merrick sintió que le calaba los huesos. Ninguno de los otros muchachos la notó, así que de ninguna manera él manifestaría que le afectaba.

Jared le pasó el casco a uno de los otros miembros de la guardia y tomó la *Bludsdottr* con ambas manos.

—Todos conocéis este acero —dijo—. Todos conocíais al hombre que lo empuñaba. Esta espada le pertenecía por derecho propio, pasó de generación en generación por el mismo linaje durante más de mil años. Es la espada de nuestra orden, empuñada por el lord mariscal. Y anoche nos mostró quién ocuparía el lugar de Tannick.

Merrick tragó saliva con fuerza. Podía presentir lo que se avecinaba y no lo encontraba para nada correcto.

—No —negó Cormach calladamente, con una palabra que reflejaba el pensamiento de Merrick.

—Solo un hombre puede empuñar este acero —continuó Jared—. Solo un hombre tiene ese derecho. Ese hombre está justo allí. —Señaló a Merrick y el resto de la Guardia del Guiverno se apartó para que todos pudieran verlo.

—Esto no puede ser cierto —aseveró Cormach, aunque ninguno de los otros le prestó atención.

—Pero lo haremos a la antigua usanza —prosiguió Jared—. No solo seguiremos mi palabra. Todos los que estén a favor, que digan «sí».

Los primeros tres lo dijeron al unísono, sin vacilar. Luego continuó la hilera de la Guardia del Guiverno, uno tras otro, sin que ninguno dejara traslucir alguna duda, todos mirando directamente a Merrick cuando decían «sí».

Merrick quiso decirles que no se apresuraran. Que tal vez él no era la persona indicada. Que no era digno —podía levantar una espada, no dirigir una banda de guerreros—, pero ninguno parecía querer oírlo.

Ya habían pasado por toda la fila y Jared se acercó hasta él, con los brillantes a pesar de la suciedad que los rodeaba.

—Lord mariscal —dijo, y se hincó de rodillas, levantando esa enorme espada y presentándola como si Merrick fuera alguna clase de príncipe. Este cogió el acero, todavía incapaz de creer que algo tan grande pesara tan poco.

Tan pronto Jared se arrodilló, el resto de la Guardia del Guiverno siguió su ejemplo, todos hincando una rodilla, colocándose con la cabeza gacha en dirección de

Merrick. Todos excepto uno.

—¡Me niego! —exclamó Cormach Hijoputa—. ¡Él no! ¡No puede ser él!

—Ten cuidado con tus palabras, Hijoputa. Él es el nuevo lord mariscal —dijo Jared.

—¡Jódete! —Escupió Cormach—. Él no es mi puto lord mariscal. No seguiré a este gilipollas a ninguna parte.

—La decisión está tomada.

—Yo no tomé esa decisión.

—Eso no cambia nada —respondió Jared, poniéndose de pie—. Tú perteneces a la Guardia del Guiverno. Estás obligado.

—¡Y una mierda! —gritó Cormach. Se quitó el casco y lo arrojó al suelo, donde rebotó con un ruido hueco antes de rodar en la plaza.

—Hijoputa...

—Vete a la mierda y a la mierda con esto —dijo Cormach, mirando a Jared sin retroceder ni un centímetro—. No pienso seguir a ese gilipollas a ninguna parte. —Apuntó con un dedo a Merrick—. De todas formas ya estoy harto de esta mierda. He terminado.

Después de decir esas palabras se volvió, arrancándose la andrajosa capa de pelo blanco de los hombros.

—¡No irás a ninguna parte, muchacho! —chilló Jared—. Uno no se marcha de la Guardia del Guiverno.

—¿Y quién diablos va a impedírmelo, anciano?

Esperó que alguien se lo dijera, pero ni Jared ni el resto de la Guardia del Guiverno estaban dispuestos a decirle qué hacer a Cormach Hijoputa. Merrick estaba completamente seguro de que él no lo haría, lord mariscal o no.

Como no hubo respuesta, Cormach llegó al otro lado del patio y solo se detuvo para lanzar la capa de pelo a una de las menguantes piras funerarias antes de desaparecer.

Una vez que se marchó, Jared giró hacia Merrick con una expresión expectante.

Quieren que pronuncies un discurso. Quieren que los guíes. Buena suerte con eso, Ryder.

Merrick miró la *Bludsdottr*, como si pudiera darle inspiración. Como si lo fuera a ayudar a abrir la boca y soltar una arenga enardecedora sobre el futuro de la Guardia del Guiverno y el hecho de que aquella no era más que la primera de muchas victorias gloriosas. Sobre cómo se difundiría la noticia de sus legendarias proezas en combate de sus miembros y la manera en que unificarían los Estados Libres y los convertirían en un lugar mejor para todos los niños.

—Reunid vuestro equipo y preparad los caballos para la jornada —dijo.

Algunos de los muchachos se miraron momentáneamente, preguntándose si aquello era todo, antes de moverse para obedecer. Merrick se sintió aliviado. En cierto sentido había esperado que tan pronto empezara a dar órdenes lo mandaran a la

mierda, pero parecía que le estaban prestando atención... Al menos por el momento.

Mientras el resto de la Guardia del Guiverno se dedicaba a los preparativos, Merrick notó que una silueta se aproximaba desde el otro lado de la plaza. Reconoció al hombre incluso desde lejos; tenía un andar tan parecido al de los reptiles que Merrick esperaba que dejara un rastro.

El senescal Rogan se detuvo ante Merrick al tiempo que este se ceñía la espada.

—Felicidades por vuestro nombramiento, lord mariscal —dijo Rogan, con una sonrisa chorreante de falsedad. Tenía un corte reciente en el cuello que apenas había empezado a cicatrizar, aunque era un misterio como había podido ver de cerca alguno de los combates.

—¿Qué queréis, Rogan? —preguntó Merrick, que no estaba de ánimo para los velados cumplidos del senescal.

Rogan dejó escapar un suspiro, como si incluso él estuviera aburrido de fingir.

—Simplemente me preguntaba cuando vos y vuestros hombres os marcharíais y si había algo que yo pudiera hacer para que vuestro trayecto sea más... expeditivo.

—Nos iremos tan pronto estemos listos. Antes del anochecer, supongo.

—¿Y la reina? ¿Le presentaréis vuestros respetos antes de partir?

Merrick negó con la cabeza.

—Nuestros respetos no le servirán para nada.

—Cierto —dijo Rogan y por un extrañísimo momento a Merrick le pareció percibir un dejo de pena en la voz de ese hombre—. Quedaos tranquilos de que en vuestra ausencia la ciudad estará en buenas manos.

—Estoy seguro de ello —respondió Merrick—. Con el fin del linaje de los Mastragall, supongo que vos seréis el regente, ¿verdad?

—Efectivamente —dijo Rogan, entrecerrando los ojos mientras lo decía—. Una obligación que podéis estar seguro de que cumpliré con la máxima dedicación.

—Apuesto a que sí —replicó Merrick, perdiendo la paciencia a pasos agigantados—. ¿Y qué hay de los Centinelas? ¿Y los Caballeros de la Sangre? ¿Todavía los controláis?

—Los Caballeros de la Sangre se han negado a jurar lealtad a un regente en ausencia de un monarca. Servían a los Mastragall, no a Steelhaven. En consecuencia, ahora son poco más que otra Compañía Libre.

—¿Y los Centinelas?

—Ay, ya no quedan. Han desaparecido en defensa de la reina y de la ciudad. —Merrick sintió un peso en el corazón—. Pero hay una superviviente. Vuestra excolega, Kaira Stormfall, sigue con vida... Por ahora.

—¿Por ahora?

—Es probable que haya adoptado una postura problemática durante los combates del último día. Hay rumores de que se convirtió en una traidora. Que llevó a la reina a la emboscada donde fue asesinada a manos de Amon Tugha. Cuando se recupere será llevada a juicio por traición.

—No —dijo Merrick, luchando por reprimir sus emociones—. No es posible. Amaba a Janessa como a una hermana. Jamás la habría traicionado.

—Me temo que no soy yo quien puede determinar eso.

Merrick se volvió hacia el hombre y lo miró fijamente a los ojos. Se dio cuenta de que estaba aferrando la empuñadura de la *Bludsdottr*, extrayendo fuerza del arma, aunque estaba envainada. A pesar de toda la arrogancia de Rogan, de su gesto firme, Merrick vio que una duda nublaba su expresión, por lo general segura de sí misma.

—No —dijo—. No habrá ningún juicio. Dejadme explicaros lo que va a suceder...

Algo frío le tocó la frente y unas gotas de humedad le cayeron por la sien hasta llegarle al pelo. La mano de Kaira salió despedida como un relámpago, aferrando una muñeca. Oyó un grito ahogado de dolor antes de abrir los ojos y entrecerrarlos por la luz que brillaba con fuerza por una ventana abierta.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz vio los austeros contornos de una habitación, más una celda que un dormitorio. Estaba asiendo con fuerza un brazo delgado, apretándolo, y cuando por fin pudo ver se dio cuenta de que se trataba de una de las Hijas, en cuya mano aún estaba el paño húmedo con que le había refrescado la frente.

Soltó el brazo y la muchacha cayó hacia atrás. La Hija de Arlor tenía el rostro cubierto por un velo, pero su temor era evidente. Kaira abrió la boca para hablar, para decirle a la muchacha que no estaba en peligro, pero tenía la garganta tan reseca que las palabras se negaron a salir. Para cuando logró aclararse la garganta lo suficiente, la Hija de Arlor ya había huido por el pasillo.

Al tratar de pasar las piernas por encima del borde de la cama, Kaira dio un respingo de dolor. Vio que tenía un grueso vendaje en el muslo izquierdo, donde sintió un dolor agudo. Los recuerdos de los combates le inundaron la mente. De Amon Tugha, de Janessa... De ella misma, acunando una cabeza de rizos rojos hasta que se había sumido en la bienvenida oscuridad de la inconsciencia.

Apretando los dientes, se obligó a incorporarse. Se agarró al borde de la cama con toda la fuerza que pudo, aceptando el dolor, tragándolo junto con la pena.

—Estás viva.

Kaira levantó la mirada al oír la voz, sintiendo que algo ardía en su interior. Samina la observaba desde el umbral, con una expresión que no delataba emoción alguna.

—Y sin embargo no estoy segura de por qué —respondió Kaira—. ¿Querías tener el placer de matarme tú misma?

Samina sonrió y negó con la cabeza.

—¿Por qué querría matarte? Somos hermanas, después de todo.

—Ya no. Has traicionado a nuestra ciudad. A nuestra reina. Has dado la espalda a todo aquello que defendíamos...

—Todo lo que defendíamos era una mentira. Lo sabes, Kaira. ¿Por qué otra razón te has alejado de este lugar después de que te aceptaran de regreso con tanta facilidad? El Templo de Otoño debía renacer. Levantarse de nuevo. Y había que hacerlo sobre la sangre de quienes dejaron que se infectara tanto. La Madre Matrona. La Exarca.

Kaira hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿A quién pertenecen esas palabras? ¿Son de Amon Tugha?

Samina echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—¿Crees que todo esto fue por él? ¿Crees que nos importaba algo el elharim y su cruzada? Esto fue por nosotras. Por nuestra orden. Por hacerla pura una vez más. Amon Tugha era un medio para lograr un fin. Si no hubiera muerto a manos de la reina, entonces lo habría hecho otra persona.

—Eres una necia —dijo Kaira, poniéndose de pie con dificultad, sintiendo el sudor caliente de la fiebre pegándole la camisa a la espalda.

—¿Sí? ¿De quién es la victoria, hermana? ¿Quién ha sobrevivido cuando tantos han muerto? Los khurtas han huido. El caudillo ha perecido y nuestra reina ya no existe. Son las señales de una nueva orden.

Kaira sintió que esas palabras le tensaban el estómago. Janessa estaba muerta. Había fracasado.

—Perdóname —se disculpó Samina, acercándose un paso—. Sabía que erais íntimas. Su muerte fue desafortunada... Pero necesaria.

Kaira levantó una mano para impedir que Samina se aproximara más. Exhaló rápidamente entre los dientes apretados y se mordió para reprimir su ira.

—¿Necesaria? Era tu reina.

—Y era débil. Una niña. Jamás habría mantenido unidos a los Estados Libres.

—¿Y ahora quién lo hará? ¿Tú?

—Yo estaré entre quienes se esfuercen por mantener las provincias unidas. Tú también podrías, Kaira. Todavía puedes unirme a nosotras. Todavía puedes salvar tu ciudad y tu reino.

—¿Y si me niego? ¿Me mataréis, me ejecutaréis como a una traidora?

Samina negó con la cabeza.

—Jamás habría escogido ese destino para ti, hermana, pero hay algunas que habrían querido forzar esa situación. Pero al parecer han cambiado de opinión. Si no te unes a nosotras, puedes marcharte. —Se apartó del umbral.

Kaira avanzó cojeando, sintiendo el grueso del dolor en el muslo, sintiendo que la herida recién cosida protestaba a cada paso. Cuando llegó al umbral, hizo una pausa y miró a Samina de costado. En ese momento habría dado cualquier cosa por su armadura, por un arma. Herida como estaba probablemente no le habrían servido de mucho, pero al menos podría haber hecho una última exhibición de desafío.

Como si pudiera presentirlo, Samina se apartó del alcance de Kaira y mantuvo la mano cerca de la empuñadura de la espada que llevaba ceñida a la cintura.

Sin decir palabra, Kaira cruzó el umbral cojeando y salió del templo. El gran patio estaba bordeado de cadáveres y las Hijas de Arlor se arrodillaban a su lado, administrando los últimos ritos entre susurros. Kaira no se animó a mirar, sabiendo que había hermanas que conocía y amaba entre los cuerpos. Pero ya no había nada que pudiera hacer, salvo que quisiera sumarse a la lista de muertos.

La herida en la pierna siguió ardiéndole cuando salió por una de las entradas

principales y se dirigió hacia el norte de la ciudad. Había una calma inquietante en las calles. Unos edificios quemados y aplastados contemplaban en penoso silencio su andar. Aquí y allá unas almas andrajosas revisaban los restos de sus antiguos hogares en un vano intento de reconstruir sus vidas. Kaira les deseó suerte; aunque estaba segura de que terminarían dándose cuenta de la necesidad de todo aquello.

Cuando había recorrido la mitad de camino, se detuvo. Más adelante alcanzaba a ver una lastimosa procesión que ingresaba en el barrio de la Corona. Kaira podía adivinar de qué se trataba: las doloridas masas que acudían a decirle adiós a su reina. A verla yacer en una capilla ardiente por última vez. Se aglomeraban en las puertas del barrio, algunos llorando abiertamente, otros contemplando en silencio el suelo, toda esperanza desaparecida.

Kaira sabía que debía haberse sumado a ellos, decir adiós a Janessa, rogarle que la perdonara. ¿Pero de qué serviría? La joven estaba muerta y ninguna acongojada súplica la traería de regreso.

Siguió avanzando, mientras sentía cómo el cansancio se acumulaba sobre sus hombros a cada esforzado paso, pero no podía detenerse. El lugar le parecía cada vez más denso, más asfixiante y solo se libraría de aquella sensación una vez que saliera de la ciudad. No le quedaba nada allí, ni amigos ni deber. Estaba claro que había sido abandonada, incluso por la misma Vorena.

Kaira Stormfall ya no le debía nada a aquella ciudad. Le había dado todo.

Cuando llegó a la Puerta de Lych apenas podía caminar, pero no se detuvo. Había caballos merodeando por el patio delante de la puerta y un grupo de hombres que parecían preparados para partir. Cuando los alcanzó, reconoció algunas de las caras. Eran la Guardia del Guiverno, sin sus armaduras, con las espadas y los escudos atados a las monturas, alistándose para regresar a las montañas Kriega. Se veían extraños sin sus atavíos bélicos; como cualquier banda normal de viajeros, aunque de hombros y brazos un poco más anchos. Cuando sus ojos se posaron en el rostro amable de Merrick Ryder, apenas logró contener las lágrimas.

Él vio que ella lo miraba y le ofreció una sonrisa antes de acercársele.

—¿Estás herida? —preguntó.

—Sobreviviré —respondió ella.

Él asintió y una expresión de lamento le cubrió el rostro.

—Mira, lamento lo de...

—No sigas —lo interrumpió ella, esforzándose por mantener el control. Su dolor y su pesar amenazaban con desbordarla y si le mostraban compasión, especialmente Merrick, creía que se quebraría.

—¿De modo que has venido a despedirnos? —comentó Merrick y Kaira agradeció que cambiara de tema.

—No —contestó—. Me marcho. Aquí ya no hay nada para mí.

—Lo entiendo —convino él, echando un vistazo a las ruinas en que se había convertido Steelhaven—. Siempre puedes acompañarnos. Nos vendría bien una

buen espada.

Kaira sonrió, pero negó con la cabeza.

—No. Ya he servido bastante para toda una vida. Solo me ha traído pesar.

—Desde luego —dijo Merrick. Tras él, el resto de los hombres estaban montando—. Si cambias de idea, dirígete a Silverwall. Me han dicho que si encuentras a un hombre que se llama Crozius Bowe, él podrá ponerte en contacto con nosotros. Es nuestro agente en la ciudad desde hace varias décadas, de modo que puedes confiar en él.

Kaira le hizo un gesto de agradecimiento y le ofreció la mano. Merrick la cubrió con las suyas y la estrechó cálidamente. Sin decir palabra, se volvió y montó en su cabalgadura.

—Bien —exclamó con una voz que resonó en todo el patio—. Salgamos de aquí.

Con esas palabras, la Guardia del Guiverno salió en fila por la Puerta de Lych mientras Kaira los observaba. Merrick estaba en la retaguardia y se volvió para echarle una última mirada, una última sonrisa desde la comisura de su apuesta boca, antes de desaparecer por la puerta.

Cuando se marcharon, Kaira también se acercó cojeando a la puerta, hizo una pausa y miró al este, hacia el largo camino que se extendía desde allí. Solo había un vacío en los Estados Libres. Nadie que conociera o que le importara. Sin volverse a mirar, sabía que incluso había menos tras ella.

No tenía nada ni a nadie. Ni deber ni monarca. Tal vez incluso su diosa la había abandonado. Si dejaba la ciudad, ¿qué otra cosa podía hacer salvo vagabundear?

Quizá debiera permanecer allí. Tal vez la oferta de Samina era la única opción posible. Si se quedaba, al menos podía servir. Al menos podía tratar de hacer algo bueno por la ciudad y el reino.

O tal vez Kaira Stormfall ya había hecho bastante.

Apretando los dientes para contener el dolor, atravesó la puerta y cogió el camino hacia el este.

Waylian estaba entre las ruinas. La mitad superior de la Torre de los Magistrados seguía mayormente intacta, desplegada sobre Northgate como la cabeza de alguna gran sierpe. Su caída había aplastado calles enteras. De la base solo quedaban escombros; un revoltijo de piedras inmensas y madera. A Waylian no se le escapaba el simbolismo: junto con la muerte de la torre también había acaecido la de la Casta. Los magistrado de Steelhaven ya no existían. Lo único que quedaba era un grupo disperso de miembros de la Casta, sin la fortaleza ni los recursos para reconstruir un cobertizo.

Drennan Folds había muerto la última noche. Una solitaria flecha le había penetrado el ojo; Waylian no tenía idea de si se trataba del azul o del blanco. También Crannock Marghil había caído durante la noche, aunque no se conocían los detalles de su deceso. Los Caballeros Cuervo habían sido prácticamente masacrados en su totalidad; el puñado de supervivientes estaban buscando entre los restos de la torre, pero Waylian no tenía idea de qué. Casi sonrió al verlos: cuervos rebuscando entre los desechos de la batalla.

Se apartó de la torre muerta. Lo único que podía hacer era preguntarse qué ocurriría ahora. La reina estaba muerta, la ciudad herida, tal vez fuera de toda recuperación. ¿Cuál era su lugar?

Siempre podrías regresar a Groffham. Con tus padres. Volver al refugio del anonimato. A la tranquila seguridad de una vida común y corriente. Ya no estás sometido a nadie. Ya no hay ninguna Bruja Roja que se burle de ti.

Sintió un repentino tirón en las entrañas al pensar en ella. Gelredida había sido una pesadilla constante y nunca lo había tratado mejor que a un perro. Y al final se había sacrificado para rescatar la ciudad, poniendo en él la máxima confianza: la responsabilidad de salvar a Steelhaven si su apuesta resultaba ser una tontería.

Y no la has defraudado, Grimm. Cumpliste con cada una de las tareas. Hiciste que se enorgulleciera de ti.

Waylian sonrió. Sabía que era extraño, estar allí entre el polvo y los escombros de una ciudad destruida, sonriendo para sus adentros como un condenado imbécil. Pero todavía había victoria en la devastación. Habían triunfado. Habían derrotado al enemigo a pesar del costo y los Estados Libres seguirían en pie. La gente de esa ciudad volvería a levantarse, más allá de lo que hubieran sufrido. La única pregunta era si Waylian se quedaría a colaborar.

Los restos de la Casta de la ciudad se encontraban en lo que antes habían sido los jardines que rodeaban la base de la Torre de los Magistrados. Waylian caminó junto a un anciano que mascullaba para sus adentros, con la túnica quemada y rota, aunque la piel que se veía debajo parecía intacta. No prestó atención a Waylian y siguió

parloteando consigo mismo, al parecer tratando de resolver una avalancha de ecuaciones que corrían por su cabeza. Era imposible decir si había estado en pleno uso de sus facultades antes del sitio o si sus esfuerzos para repeler a los khurtas lo habían vuelto loco.

Había un grupo de aprendices sentados en un banco de piedra a unos metros. Un joven sollozaba suavemente sobre la falda de la muchacha que estaba a su lado. Ambos estaban flanqueados por muchachos de más edad, pero no menos traumatizados, que contemplaban desconcertados el follaje aplastado y quemado que yacía en torno a ellos. Waylian estaba seguro de que los conocía, pero no lo bastante como para iniciar una conversación. Además, parecía que era mejor dejar que se las arreglaran por su cuenta.

Aquí y allí se veían magistrados atendiéndose entre sí, frotando unguento en heridas o vendando miembros. Ninguno estaba valiéndose de sus poderes mágicos, como si el esfuerzo de los últimos días hubiera agotado todas sus energías. Aunque era más probable que las consecuencias de haber utilizado el Velo tan rigurosamente los días anteriores aún no se hubieran manifestado. Cualquier uso posterior del Arte seguro que tendría efectos desastrosos. Todos temían lo que podría ocurrir y Waylian no podía culparlos. Después de lo que había sentido y experimentado en el tejado de la Capilla de los Necrófagos, dudaba de si alguna vez querría volver a incursionar en las Artes. Solo el tiempo pondría a prueba su valentía.

Una figura se detuvo junto a Waylian mientras observaba el triste panorama, anunciado por el crujido de la gravilla bajo sus zapatos. Aldrich Mundy se acomodó las gafas, una de cuyas lentes estaba rajada y la montura torcida de manera poco elegante. Waylian esperó que se manifestara con su habitual verbosidad, pero Mundy no dijo palabra, como si incluso él reconociera la necesidad de un silencio solemne. No pasó mucho antes de que Waylian no pudiera seguir soportando la incomodidad.

—¿Y ahora qué crees que ocurrirá? —preguntó, prefiriendo la indudablemente obtusa opinión de Aldrich a su silencio.

—Ahora reconstruiremos —respondió Mundy.

Waylian esperó más, pero no hubo nada. Aldrich se limitó a contemplar a los magistrados allí reunidos con una expresión que Waylian no pudo descifrar.

Tal vez Aldrich estaba en lo cierto. Tal vez era momento de reconstruir. De erigir la torre de nuevo, de forjar la Casta con una nueva imagen. Waylian empezó a creer que aquello era algo en lo que podría quedarse a colaborar, pero cuando vio quién se acercaba por un sendero de gravilla que estaba al este, cambió repentinamente de idea.

Lucen Kalvor caminó hacia el claro escoltado por dos Caballeros Cuervo. Como el último superviviente de los archimaestros era el jefe sustituto de los magistrados. Aún no estaba claro si sabía el papel que Waylian había cumplido en su chantaje. Tal vez no tenía idea. Tal vez estaba esperando el momento de vengarse. Cuando el archimaestro se acercó, Waylian supo que sería una necedad quedarse a averiguarlo.

Kalvor se detuvo en medio de los setos chamuscados, flanqueado por su guardia de honor, y contempló al lamentable grupo de magistrados que lo rodeaba.

—Damas y caballeros —dijo—. Amigos. —Al decir esa palabra clavó los ojos en los de Waylian. Era evidente, por esa mirada, que no era, ni jamás sería, amigo de Waylian Grimm. Tal vez, a pesar de todo lo que había que hacer, Waylian tendría tiempo de marcharse elegantemente.

Mientras Kalvor se dirigía a los magistrados que quedaban, contándoles qué les depararía el futuro, Waylian salió a hurtadillas de los jardines y avanzó hacia el norte por la ciudad.

Era evidente que quedaba poco para él allí, pero ¿estaba dispuesto a regresar a la relativa seguridad de Groffham?

No seas ridículo, Grimm. Jamás harías eso, ni en un millón de años. Gelredida vio algo en ti; sería un insulto a su memoria que lo desperdiciaras.

Waylian sonrió mientras se dirigía hacia el norte. Había un mundo allí afuera, un reino que tal vez estuviera a punto de hundirse en la confusión. Los Estados Libres necesitarían todos los héroes que pudiera encontrar.

Además, tal vez Rembram Thule seguía libre en alguna parte, pergeñando sus planes de dominio. No se había encontrado ningún cadáver, ni aplastado ni desmembrado, en la cripta de la Capilla de los Necrófagos. Lo más probable era que hubiera vuelto a escapar de la muerte y que siguiera libre, listo para causar el fin del mundo.

¿Y quién podría impedirselo salvo Waylian Grimm?

Epílogo

La ciudad había ardido durante casi una semana. Seth vio cómo el humo se elevaba más allá del horizonte oriental, y cómo fue desvaneciéndose lentamente a medida que pasaban los días, hasta que no quedó nada salvo un despejado y azul cielo invernal. Nadie habría sabido que el sitio de Steelhaven había tenido lugar.

Pero Seth sí lo sabía.

Había llorado por esas pobres almas perdidas a manos de los khurtas. Había rezado a Arlor por los héroes que defendieron la ciudad con tanta valentía. Y la reina... Su reina...

¿Qué les sucedería, ahora que ella ya no estaba? ¿Que el linaje de los Mastragall, que había unificado las provincias por primera vez, había desaparecido? Ya había rumores de descontento en Braega y Stelmorn. Se hablaba de que la unión de los Estados Libres se derrumbaría. Eso significaría guerra, y Seth lo sabía sin ninguna duda. Nobles que competirían por el poder y hombres y mujeres bajo su yugo que sufrirían por ello.

Seth solo podía sentir gratitud por pertenecer a un oficio que sería muy codiciado en los meses y años venideros. Podía estar viejo pero su brazo seguía firme y el fuego de su forja no se había apagado en treinta y pico años.

Había sido herrero toda su vida, como su padre antes que él. Tenía una hija, pero ella se había marchado muchos años atrás, anhelando una vida menos dura que la que él podía proporcionarle. No se lo reprochaba, y desde que su esposa había fallecido, Seth se había sentido satisfecho trabajando solo en su fragua.

El viejo echó un vistazo por la ventana de su pequeña cabaña, y volvió a sentirse agradecido por el cristal, el único de su casa, que mantenía fuera el frío del invierno. Su fragua estaba al otro lado del Great East Road, enfrente de la cabaña, y más allá se encontraba el mar Midral. ¿Cuánto trabajo le encargarían en los tiempos de lucha que se avecinaban? ¿Cuántos zapatos tendría que convertir en cascos, cuántas espadas tendría que afilar en los próximos años de conflicto? La idea casi le hizo oír en la mente el sonido del martillo contra el acero.

¿Realmente era solo en la mente?

Seth frunció el ceño y se acercó a la ventana, aguzando sus oídos cada vez menos fiables. Otro tintineo, sordo pero de todas maneras inconfundible. Abrió la puerta delantera y dio un paso hacia el aire fresco, sintiendo el crujido de la escarcha matinal bajo las botas. Hizo una pausa, preguntándose si los oídos le engañaban, pero no. Allí estaba nuevamente, el choque del metal, viniendo de su forja.

Volvió a la cabaña y cogió la hoja que guardaba detrás de la puerta. Mientras cruzaba la calle el corazón empezó a golpear en su pecho con más fuerza y él apretó el mango de madera. Solo había cortado madera con esa hacha, en su vida jamás

había tenido ningún motivo para levantar un arma lleno de furia, pero desde luego que lo haría si fuera necesario. Tal vez estaba entrado en años, pero seguía en buena forma, capaz de cuidar de lo suyo.

Otro ruido metálico resonó en el interior de la fragua justo cuando su mano se acercó a la puerta, esta vez acompañado de una maldición amortiguada. Seth buscó el pomo de la puerta y notó que le temblaba la mano. Durante un fugaz instante trató de decirse que era por el frío matinal, pero ese viejo jamás se había mentido a sí mismo. Sabía que estaba asustado. Era mejor admitirlo que tratar de fingir que alguna vez había sido valiente.

La puerta se abrió en silencio. Seth sintió que el remanente del calor de la forja le daba en la cara. Había rescoldos todavía ardiendo en la hoguera, proyectando un resplandor amortiguado en el interior del edificio. Con el mayor sigilo posible, Seth entró, cogiendo el hacha con ambas manos. Se asomó en la penumbra, mirando el yunque que estaba al otro lado de la forja.

Una demacrada silueta estaba al lado, con el martillo de Seth en la mano. En la otra tenía un cincel, con el que apuntaba torpemente a las cadenas que le sujetaban las muñecas. La silueta trataba en vano de golpear la cabeza del cincel, pero las cadenas que lo sujetaban lo hacían casi imposible. Lo mejor que podía hacer era dar golpecitos débiles, pero no tan débiles como para el eco no resonara en aquella pequeña estancia.

La silueta lanzó una maldición y Seth vio los verdugones lívidos y en carne viva que rodeaban las muñecas esposadas, como si llevaran semanas con esos hierros.

—Por todos los demonios —suspiró el desaliñado intruso, levantando la cabeza tristemente.

Bajo una maraña de pelo oscuro y una barba rala, Seth vio una cara joven, apuesta, pero estropeada por falta de cuidado. Tenía un ojo cubierto por un parche improvisado, hecho con un pedazo de tela arrancado de su sucia túnica. Debajo del parche había sangre seca, que lo había desbordado, manchando de negro la mejilla del joven.

—¿Qué estás haciendo allí? —exigió saber Seth, aunque sería obvio para cualquiera lo que el joven estaba haciendo.

Con otro suspiro, el intruso miró a Seth desde un extremo de la forja. Luego, lentamente, como si Seth fuera un viejo amigo, sonrió.

Era una sonrisa fría, una sonrisa de muerte. Seth la sintió justo en el corazón. En ese momento supo que ese muchacho era peligroso, pero a pesar de su temor, a pesar del temblor en las rodillas y del frío pavor que se le filtró en los huesos, supo que no podría huir.

—Al parecer me estoy comportando como un inútil con estas cadenas, Seth —dijo el joven.

Seth tardó lo que duraban dos latidos en darse cuenta de que era imposible que aquel joven supiera su nombre.

—¿Cómo has...?

—No tiene importancia —respondió el otro, negando con la cabeza como si ya estuviera aburrido de toda la conversación—. Lo único que importa es que tengo que quitarme estas cadenas. Y tú me vas a ayudar a librarme de ellas.

A pesar del miedo, Seth aferró el hacha con más fuerza. No estaba dispuesto a aceptar órdenes en su propia forja. Fuera quien fuese ese joven, no podía esperar que Seth hiciera lo que se le antojara. Además, alguien le había puesto esas cadenas por alguna razón. Seth sería un tonto de quitárselas sin que ni siquiera se lo pidieran por favor.

—Yo... Yo haré lo que yo quiera —aseveró Seth—. Yo soy el que tiene la maldita hacha.

El joven volvió a suspirar.

—Efectivamente, Seth. Pero esa no es la única arma en la habitación. —El anciano miró el martillo que el joven tenía en la mano, pero sabía que no se refería a eso. Algo no estaba bien en ese muchacho y Seth sabía que debía tener cuidado con él; su vida bien podía depender de ello—. El conocimiento es un arma tan poderosa como cualquier acero. Y yo poseo conocimientos, Seth. Sé de tu hija en Fleetholme. Sé de los hijos de ella, Dorry y Karl. Sé cómo todos ellos morirán. Sé cuáles serán sus últimas palabras.

Seth sintió que la forja se enfriaba cuando el muchacho hablaba. Experimentó el frío en su propia alma. Sintió cómo sus dedos se congelaban aferrando el hacha, y supo que jamás le serviría de nada. Era evidente: ese muchacho era la perdición. Por primera vez, Seth deseó haber sido un hombre más piadoso. Solo esperaba que Arlor estuviera cuidándolo.

—No les hagas daño —rogó. Sabía que era lastimoso y estúpido. Que no tenía ningún poder de negociación, pero debía decirlo de todas maneras.

El joven volvió a sonreír.

—Quítamelas, Seth —dijo, al tiempo que depositaba el martillo y el cincel sobre el yunque.

Seth sintió que el hacha se le caía de la mano. No había tomado la decisión consciente de soltarla, pero aun así se desprendió de sus dedos entumecidos. Dio un paso adelante, sintiendo que una fría lágrima le surcaba la mejilla. Cuando levantó el martillo y el cincel sintió repentinamente lo malo que era lo que estaba a punto de hacer, como si tuviera una breve oportunidad de hacer el bien, de hacer algo bueno para los Estados Libres, para el mundo. Si cogía el martillo y le aplastaba la cabeza al joven hasta convertirlo en un despojo humano salvaría innumerables vidas, y si moría en el intento valdría la pena.

En cambio, Seth colocó el borde de una esposa sobre el yunque. Estaba asegurada por un perno doble en el armazón. Levantó el martillo y de un golpe abrió uno de los dos; luego, con otro golpe, quitó el otro. El hierro cayó de una de las muñecas del joven quien, con otra sonrisa —esa sonrisa fría y muerta— dispuso la otra esposa

sobre el yunque. Dos golpes más, dos pernos más, y el muchacho quedó libre.

Se miró un momento las maltrechas muñecas, como si estuviera respirando su nueva libertad. Seth se quedó mirándolo con las herramientas de su oficio en las manos, sabiendo que probablemente aquella sería la última vez que las utilizara.

—Gracias, Seth —dijo el muchacho, mirando al viejo con su único ojo.

Seth no vio más que oscuridad en ese ojo. Vio la muerte de todo. Vio el fin del mundo.

—¿Ahora vas a matarme? —preguntó el anciano.

El muchacho hizo una pausa, como si estuviera considerándolo. Luego se echó a reír, una risa prolongada y fuerte, más dura que cualquier chiste le hubiera provocado a cualquier hombre.

—Seth, me caes bien —afirmó—. Y tranquilízate, te dejaré con vida. —Todo el humor se había esfumado de su cara, toda calidez se había filtrado por cada una de las brechas de las paredes, y la luz pareció amortiguarse. El muchacho se inclinó hacia Seth, quien pudo oler su fétido aliento cuando le susurró—. Pero desearás que te hubiera matado. Cuando veas lo que se avecina, Seth, desearás que te hubiera arrancado la carne de los huesos y que hubiera dejado el resto para que lo picotearan las gaviotas.

El viejo sintió que una lágrima rodaba por su mejilla.

El muchacho había vuelto a sonreír. Siguió sonriendo mientras pasó a su lado, caminando sobre unas piernas delgadas y desnudas. Se detuvo un segundo en la puerta, respirando profundamente el frío aire de la mañana.

—Y cuando el mundo grite de dolor —dijo—. Cuando un millar de miles de almas aúllen pidiendo misericordia, podrás decirles que fue Rembram Thule quien les hizo caer encima todo ese apestoso desastre. —Se volvió hacia Seth, mostrando sus dientes amarillentos en una irónica sonrisa—. Y que tú fuiste quien me ayudó a hacerlo.

Después de decir esas palabras, atravesó la puerta, sin dejar nada más que un frío pavor tras de sí.

Seth contempló la puerta abierta, que dejó pasar el frío durante un largo rato.

Ese día por primera vez en treinta y tantos años, el fuego de su fragua se extinguió.

Agradecimientos

Como siempre, necesito agradecer a mi agente, John Jarrold, por su magnífico gusto en libros y su gusto todavía mejor en sombreros.

Un gran agradecimiento a mi exeditor y *hobbit* barbudo, John Wordsworth, que ahora está forjándose una reputación como agente literario, y a Claire Baldwin, quien casi fue, pero no del todo, mi nueva editora.

Como siempre, el equipo de Headline se ha comportado de manera asombrosa, de modo que gracias a Serise Hobbs, Joanna Kaliszewska, Patrick Insole, Fran Gough y Tom Noble.

En último lugar, gracias a todos los que habéis leído la serie y habéis dicho cosas amables sobre ella, en particular Marc Aplin de Fantasy-Faction.com y Claire Rowe, que sigue oculta en algún lugar de Escocia.



RICHARD FORD. Nacido en Leeds, Inglaterra, es autor de una novela steampunk llamada *Kultus* y de relatos aparecidos en antologías como *The Cold Hand of Betrayal* o *Dark Horizon 55*. Con su siguiente obra, *El heraldo de la tormenta*, ha dado inicio a la Trilogía de *Steelhaven*.